

A romantic couple is shown in profile, embracing on a bridge. The woman, with long blonde hair, wears a mustard yellow jacket and blue jeans, holding two large, shiny red heart-shaped balloons. The man, with a beard, wears a light blue striped shirt and dark jeans. They are standing on a paved walkway with a blue metal railing. The background shows a blurred cityscape under a bright, warm sky. A white oval speech bubble in the upper left corner contains the text: SECRETOS, MENTIRAS, DESEO, ¿ESTÁS PREPARADA?

SECRETOS,
MENTIRAS,
DESEO, ¿ESTÁS
PREPARADA?

LOS BESOS QUE NOS QUEDAN

PRISCILA SERRANO

Los besos que nos quedan

Priscila Serrano

Secreto, mentiras, deseo ¿Estás preparada?

Título: Los besos que nos quedan

© 2018 Priscila Serrano

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Febrero, 2018.

priscilasautora@gmail.com

Banco de imagen: ©Fotolia

Diseño de portada: Elisabet Castro

Maquetación: Priscila Serrano

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

SINOPSIS

Lara, Belén y Luisa son tres amigas inseparables de esas que se apoyan en los peores momentos de la vida, locas y completamente diferentes, pero ¿qué pasa cuando en sus caminos se cruzan tres hombres igual o más locos que ellas? Tres uniformados que las sacarán de sus casillas.

Secretos, mentiras, deseo, pasión y amor son los ingredientes para esta trilogía.

No te pierdas la historia de cada una de ellas.

[Prólogo](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

[Historia de Belén](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Historia de Luisa](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



—Quiero el divorcio —le pidió él a su esposa.

Lara no entendía el motivo que lo llevó a su marido, después de tres años de matrimonio, pedirle que se separaran, ¿por qué? Tenía sus dudas, y más después de que hace unos meses él cambió su forma de tratarla, ya no se acordaba de la última vez que la tocó, o le hizo el amor. No recordaba el último “te amo” y todo era muy extraño.

—¿Por qué? Dame una explicación coherente al menos, es lo mínimo que merezco —exigió entre sollozos—. Hay otra, ¿verdad? ¡Joder Álvaro! ¿Por qué coño no me hablas? No me miras a los ojos, ¿qué ocultas?

La desesperación estaba llegando a su límite, y el silencio de su marido, respondió la pregunta que le hizo, pero Lara, no muy conforme, quería saber más. Quería saber quién era esa mujer que lo apartó de ella, que impidió que fueran felices como un día se prometieron. Ni siquiera habían llegado a tener hijos, ya que el bebé que esperaba meses atrás, lo perdió espontáneamente. Fue algo muy duro de procesar para ambos. Estaban muy felices y emocionados con la llegada de su primer hijo, pero, después de la pérdida, todo cambió y ahí empezaron los problemas entre ellos.

—Lo siento Lara, pero esto se ha acabado —se disculpó con la mirada en el suelo—. No te voy a engañar —suspiró sin levantar la mirada—. Me enamoré de ella, no me preguntes cuando porque no lo sé, solo sé que pasó... Y que ya no hay marcha atrás —explicó apenado.

Pero su pena en ese momento para Lara no se la creía, y menos después de confesarle lo que ella pensaba desde hacía meses, pero lo que no le entraba en la cabeza, era... ¿Quién era ella? Él no salía de noche, siempre estaba con ella y únicamente salían con sus amigas. Lara se acercó a él habiendo

descubierto quien era, hizo que levantara la cabeza para así poder ver sus ojos miel por última vez y le abofeteó, era lo que sentía y necesitaba.

—Silvia, ¿verdad? —Preguntó en un hilo de voz— ¡¿Verdad?! —volvió a preguntar alzando la voz.

Álvaro asintió y después de eso salió de su hogar para siempre. Lara fue hasta la puerta y fuera estaba “ella” esperándole, su mejor amiga Silvia, su amiga desde niñas le quitó lo que ella más amaba, le quitó al amor de su vida y eso jamás lo perdonaría.

CAPÍTULO 1



Un día cualquiera y después de meses, volvía al trabajo. Las vacaciones han sido las peores que he pasado en mi vida, sin salir de estas cuatro paredes. Sin querer ver a nadie, y todo, ¿por qué? Por culpa de Álvaro y Silvia, habiéndome destrozado la vida que tenía, mi futuro con un buen hombre, o eso pensaba.

Me levanté ese día sin ganas, sin querer quitarme el pijama que llevaba puesto después de una semana. Llevaba tres meses separada del hombre del cual estaba enamorada, y todavía, no me entraba en la cabeza ¿Cómo pasó todo y cuándo? Mis amigas, las de verdad, me llamaban a diario, venían a mi casa para estar conmigo, para animarme y, sobre todo, para hacerme olvidar todo, pero yo no lo conseguía, pero ¿cómo haría eso? Era imposible borrar de mi mente ese día, viendo como todo mi mundo se desmoronaba y viendo cómo el hombre que había estado a mi lado por años se marchaba a los brazos de otra.

Me fui hasta la ducha, al terminar me vestí rápidamente, ya que hacía un frío de mil demonios. En Madrid los inviernos eran helados y o te abriganas, o morías de una pulmonía. Luego me calcé mis botas y fui hasta el baño para peinarme y maquillarme. Aunque no me sentía con ganas, pero tampoco podía llegar a la escuela, y darles a los demás profesores tema de conversación durante todo el semestre. Cuando acabé de arreglarme, cogí mi maletín y salí de casa dirección a la escuela de primaria San Patricio. Iba en mi coche, sin escuchar música como cada día. En ese momento, me paré en un semáforo y aproveché para coger mi móvil que había sonado, no sabía quién podía ser tan temprano. Abrí los mensajes y tenía dos de Luisa y uno de Belén.

“Hola, cari. ¿Cómo estás hoy?”

Preguntó Luisa.

“Llámame cuando acabes y comemos juntas, ¿vale?”

Cuando leí el de Luisa, y abrí el de Belén, tuve que reír al ver lo que había hecho.

“Que sepas que me van a poner una multa por darle un guantazo a Silvia. Llámame y te cuento todo con detalles”

Cuando terminé de leer los mensajes, ya se había puesto el semáforo en verde y todos los coches me estaban pitando. Arranqué y unos metros más adelante, un policía en moto me paró, tuve que parar en pleno atasco subiéndome a la acera, para poder dejar circular a los demás conductores.

—¡Joder! Todo me pasa a mí —dije cuando vi como el policía se acercaba a mi coche.

Pegó en la ventanilla y bajé la misma. El policía iba con el casco y las gafas de sol. Ni siquiera podía verle la cara porque la llevaba media tapada, pero lo poco que pude ver, era de mala leche, así que era preferible no ver más de lo que a simple vista se veía.

—Dígame, Sr. Agente —hablé nerviosa.

Nunca un policía me había parado por nada, ni nunca había perdido la noción del tiempo en un semáforo, pero desde aquel día no era la misma y todo en mí había cambiado. No era yo la que un día fui, ya no era Lara la mujer enamorada y feliz, ahora era la infeliz, cornuda y amargada.

—Papeles del coche —dijo con voz ruda.

Mis ojos se abrieron al escucharle hablar y no era para menos, si me puso los vellos de punta solo escucharle, daba miedo con solo oírle pedir los papeles. No me quiero ni imaginar lo que sería escucharle decir mi nombre.

<<Pero ¿qué dices Lara?>> pensé.

Bajé la mirada nerviosa y acerqué mi cuerpo a la guantera para coger los

papeles, los saqué y se los extendí al policía que cada vez tenía más cara de mala leche. Los ojeó y me los devolvió, sacó su libreta y comenzó a apuntar algo, parecía que estaba poniéndome una multa.

—Tiene el carné de conducir caducado —dijo dándome la multa.

La miré y ponía doscientos euros, abrí los ojos tanto que se me saldrían de las orbitas en cualquier momento, ¿Cómo se le ocurría ponerme una multa por eso? Sé que tenía que renovarlo, pero es que tampoco salía de la casa para nada, si para comprar el pan y todo, lo compraba online en la página de Mercadona.

—¿Es en serio? ¿Una multa? Joder, si es que hay días que es mejor no salir de casa, mierda y más mierda.

—¡Cuide ese vocabulario! ¡Srta.! —me regañó.

¿Qué se creía? Encima me regañaba como si fuera mi padre, este tío es gilipollas y en su casa no lo sabe nadie. Me quité el cinturón y me bajé del coche para encararlo, nadie me iba a tratar como una niña pequeña. No iba a dejar que un auténtico desconocido por muy policía que fuera me tratara como si fuera una niñata que no sabe lo que quiere.

—Encima que me pone una multa, me regaña como si fuera su hija, ¿Qué se cree? ¡Es usted un gilipollas, que lo sepa y ahora si quiere arrésteme, me da igual, me la suda todo ya! ¡Estoy harta de personas como usted, que se creen el culo del mundo solo por tener una placa y una pistola! —Grité haciendo que todo el mundo parase para mirarnos.

El policía, se quitó el casco y las gafas dejándome ver lo que escondía bajo ellas y tragué saliva al ver sus ojos marrones, eran tan oscuros, que, no te dejaba ver más allá de lo que él quisiera. No te dejaba ver su interior resguardado bajo esa oscuridad. Se acercó a mí más de lo permitido y acercó su boca a mi oído para decirme:

—Debería usted mantener la compostura, porque puedo detenerla por insultar

a un agente de la policía, y no creo que eso se pueda hacer, ¿no cree? —dijo cada palabra en mi oído poniéndome la piel de gallina, haciendo que quisiera escuchar de sus labios mi nombre.

Era tal el erotismo que sentía con sólo escuchar su voz, que tuve que separarme de él, cosa que, al hacerla, vi cómo curvó sus labios en una fina sonrisa, sin dejarme ver su dentadura, pero sí esos hoyuelos marcados en sus mejillas. Tenía que dejar de pensar así, tenía la mente calenturienta por todo el tiempo que llevaba sin tener sexo, con las mismas me di la vuelta y me subí en mi coche pegando un portazo tras de mí. Me había excitado demasiado, incluso mucho más de lo que lo había hecho Álvaro, y solo con unas palabras.

—No olvide la multa, Srta. Molina —habló con sarcasmo.

Le miré con cabreo y arranqué el coche para luego salir de allí como alma que lleva al diablo. No entendía que me había pasado con él, con un desconocido, yo no era de esas que, con sólo conocer a un hombre guapo, cae rendida a sus pies. Pero con este hombre es diferente, él es diferente y hay algo que me ha hecho replantearme mi vida, como si estuviera perdiéndome muchas cosas buenas que la vida nos regala día a día, y una de esas cosas era ponerme encima a un tío como el policía.

—Estoy peor que Luisa —afirmé para mí.

Mientras iba de camino a la escuela sin parar de pensar en ese pedazo de hombre vestido de uniforme, puse la música de mi coche, necesitaba relajarme y que mejor que con la música que me gustaba tanto poniendo a “mí” Pablo Alborán y puse Quién, me encanta este cantante mucho y encima andaluz, lo tiene todo. Mis padres son andaluces, concretamente de Almería, pero yo nací aquí en Madrid. Por motivos de trabajo, mis padres vinieron a vivir aquí y desde entonces, aunque ya solo quedamos mi padre, mi hermano Martín y yo. Martín es mayor que yo por solo un año y justamente se casa

este año, en unos meses se casará con mi mejor amiga Belén, las casualidades de la vida. Gracias a mí, ellos se conocieron y gracias a Belén yo conocí a Álvaro, ya que ellos son primos, y aunque no puedo decir que casarme con él había sido lo peor que me ha pasado en la vida porque mentiría, si tengo que decir que no me esperaba lo que me hizo y menos, con una de mis mejores amigas, con una de mis amigas de la infancia. ¡Joder! Lo compartíamos todo, pero parece que se lo tomó como algo personal, ya que quiso compartir mi marido, bueno ex marido.

**No te atrevas a decir te quiero
No te atrevas a decir que fue todo un sueño.
Una sola mirada te basta
Para matarme y enviarme al infierno.
Quién abrirá la puerta hoy
Para ver salir el sol
Sin que lo apague el dolor
Que me dejó aquella obsesión.
De tu corazón con mi corazón
De mis manos temblorosas arañando el colchón.
Quién va a quererme soportar
Y entender mi mal humor,
Si te digo la verdad,
No quiero verme solo.
Me conformo con no verte nunca
Me conformo si ya no eres parte de mi vida.
Te ha bastado una noche con otro
Para echarme la arena en los ojos...**

Mientras seguía escuchando a “mí” Pablo, me iba acordando de todos los antepasados de Álvaro. Parecía que lo tenía superado, pero no era así y estos meses habían sido los peores que pasé. Minutos después llegué al colegio, aparqué el coche y salí de él. Dirigiéndome hasta la entrada rápidamente, no llegaba tarde, pero me gustaba llegar antes de tiempo, ya que era una posesa del control. Cuando llegué sentí la mirada de algunos alumnos de sexto curso, eran los más grandes y los más bocazas, algunos me miraban mientras reían y aunque yo sabía que me esperaba las burlas de algunos, no quería pensar en ello, más que nada porque soy la cornuda del colegio. Caminé con la cabeza gacha, sorteando a cada alumno y me dirigí a la sala de profesores, buscaba al director o jefe de estudios, para que me informase de todo. Entonces, cuando llegué, me quedé en la puerta estática, en el interior de la sala se encontraba Silvia hablando muy animadamente con Yolanda y Lorena, otras dos compañeras. No pensé encontrarme a Silvia pues creía que estaba de vacaciones, pero ya veo que no. Quise darme la vuelta para salir de allí, pero escuché la voz de Yolanda llamándome.

—Lara, ¿eres tú? —preguntó con amabilidad fingida.

Me di la vuelta y dibujé en mi cara una sonrisa igual de fingida que su amabilidad, las tres me miraron y yo solo miraba a Silvia, me entraron ganas de darle su merecido, pero entonces recordé el guantazo que le dio Belén y se me pasó.

—No sabía que habías vuelto —habló esta vez Lorena.

—Ni yo lo sabía, pero me llamaron y aquí estoy —respondí con pesadez.

Giré de nuevo sobre mis talones para irme, pero otra vez me pararon e incluso Yolanda se acercó corriendo para agarrar mi brazo e impedir mi huida, cosa que no me gustaba, no quería estar cerca de ella, de la mujer que acabó con mi matrimonio, con mi vida y encima no puede venir ahora como si fuera mi amiga del alma.

—Pero no te vayas, estamos celebrando el compromiso de Silvia —informó la estúpida.

Me congelé y me tensé al instante, no podía ser cierto, si solo llevaban meses juntos o al menos eso creía yo. Me di la vuelta y la miré con las cejas levantadas, estaba impresionada y muy cabreada, pero no se lo dejaría ver. No iba dejar que viera que estaba sufriendo por dentro. Silvia me miraba con una sonrisa marcada en su cara, esa misma que tenía ganas de romper. Conté hasta diez, luego hasta veinte y así hasta que llegué a cien, me enderecé para responder, mientras bufaba.

—Ah, ¿sí? Vaya, no me lo esperaba, pues que seáis muy felices —respondí, pero parece que no les sirvió mi respuesta pues Yolanda seguía sin dejar que me fuera.

—¿Y tú cómo estás? ¿Te sientes mejor? Yo no podría estar aquí y ver como la que te quitó a tu marido está feliz mientras planean su boda —escupió hiriéndome, pero no lo iba a dejar así, me echarían por esto... Pero lo hice. Me acerqué a Silvia con una sonrisa cínica y la cogí del pelo.

—¡Ah, ¿Qué haces loca?! —gritó mirándome con odio.

—Lo que te mereces por puta y caliente pollas —susurré en su oído mientras tiraba con fuerza de su pelo.

Ninguna hizo ni dijo nada, aunque por un momento pensé que Yolanda venía a ayudarla, pero la miré como una loca y se alejó despavorida, eran todas unas cagadas y Silvia la primera. Me estaba sentando de lujo eso de tener a esta zorra cogida del pelo, mientras que arrancaba las extensiones una a una, verla sufrir me reconfortaba.

—¡Suéltame loca! —gritó llamando la atención del director que, en ese momento, me cogió del brazo cabreado para que la soltara, lo hice, la solté, pero antes de irme le grité todo lo que llevaba dentro:

—Eres una puta, lo que tú has hecho no se le hace a la que era tu mejor

amiga. “Amigas para siempre” ¿recuerdas? ¡No, como te vas a acordar si solo piensas en robarles la polla a otras! —Grité llevándome un regaño del director, pero me dio igual—. No espero que seáis felices, os deseo todo el mal que haya en este mundo, para vosotros, deseo con toda mi alma que te haga lo mismo que me hizo a mí, porque el que lo hace una vez, lo vuelve a hacer, no lo olvides. —El director seguía con mi brazo cogido—. ¡Qué sí, que ya me voy, que no me echas tú... me voy yo! ¡Anda la mierda, que os jodan! —insulté a todos los habidos y por haber, y me fui, salí del colegio con una sonrisa marcada en mi cara, y jamás, me sentí tan liberada como me sentía. Por fin, dejaba esta mierda de trabajo, porque estaba siendo explotada. Me metí en mi coche y grité, mientras me reía, había perdido la cabeza del todo. Mi móvil sonó y vi que era una llamada de Belén, le colgué. No tenía ganas de contestarle en este momento, así que, sin más, arranqué y salí de allí.

CAPÍTULO 2



Conduje tranquila, suspirando, mientras seguía escuchando a mi Pablo Alborán, era como si me diera igual el haberme quedado en paro. Pego un frenazo y grito.

—¡Joder, que estoy en paro! ¿Y ahora qué hago? —me grité—. Tonta y más tonta, si es que se me ha ido la cabeza del todo. —Arranqué de nuevo, no quería que me pusieran otra multa, entonces pensé en el policía y suspiré, ¿Cómo podía estar tan bueno? Eso tenía que ser pecado. Me reí por mis ocurrencias.

Cuando llevaba una hora metida en el coche, recordé que Luisa y Belén querían verme, así que conduje hasta el bar de la familia de Luisa, seguro estaría ahí. Media hora después, estaba aparcando en la puerta del “**Bar, La Rueda**”. Belén, al escuchar la música de mi coche, puesto que la tenía a todo volumen, salió en mi busca. Me miró mientras que yo me bajaba y me sonrió, no sabía por qué, pero me daba la impresión de que le pasaba algo. Belén no era tan risueña, más bien era borde y que estuviera así, no era buena señal.

—¿Hola? —pregunté besando su mejilla.

Ella me apretó en un fuerte abrazo y me sentí rara. Nunca, pero nunca Belén abrazaba, bueno... a no ser que fuera un tío bueno.

—¡Por fin, le diste su merecido a esa perra! —gritó pegando saltitos. Mi cara se desencajó, ¿Cómo se había enterado? Desde luego que ella se enteraba de todo, pero... ¿Cómo lo hacía? Para mí que tenía una bola del futuro o algo parecido, porque si no, no entendía algunas cosas.

Me la quedo mirando y enarco una ceja, desde luego que esta mujer cada vez me impresiona más. Entramos las dos juntas y Luisa, me mira de igual forma, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, le devuelvo el beso y me siento

en un taburete para que me sirva mi café. Me sentía tan cansada, que, no podía pasar sin mi dosis de cafeína al día, ya que hoy con las prisas ni siquiera me paré a desayunar. Miro la hora en el móvil y me doy cuenta de que ya son, las tres de la tarde, ¿Cuánto tiempo había conducido? No me había cerciorado de eso. Belén y Luisa me miran expectantes, esperando a que les dijera con detalles todo lo ocurrido en la escuela. Intento evadir el tema, pues no tenía muchas ganas de contar mis batallitas, ni que fuera un tío, ellos son los únicos tontos que alardean entre ellos, cuando hacen algo como lo que yo acabo de hacer. Suspiro con pesadez y me incorporo en el taburete.

—Lo siento, pero hasta que no me pongas mi café doble, no abro esta boquita —insinué haciéndolas reír. Después miro a Belén —. Ahora tú, ¿Cómo te has enterado? De verdad que parece que me estás espiando —hablé señalándola.

—¡Venga mujer...! ¿Me vas a decir ahora que no sabes quién me informa? —dijo con una sonrisa pícaro. Entonces, recordé que, Yolanda era una chivata y que también era amiga de Belén. Agaché la cabeza y me reí pues, a saber, lo que le contó a la loca de mi amiga, pero seguro que no le dijo que estaba cagada.

Mientras tanto, Luisa me preparaba mi café, Belén y yo hablábamos animadamente, y en ese momento, llegó mi hermano que, primero fue a su prometida, le dio un beso y luego me abrazó a mí, nos llevábamos muy bien y teníamos mucha confianza el uno en el otro. No creo que haya hermanos que se llevaran igual que nosotros. Martín se sienta al lado de Belén y Luisa vuelve a preparar otro café, en cambio este para él. Después de que ya estuviéramos servidos, el padre de Luisa le da su media hora de descanso y nos vamos a la terraza. Hacía fresco, pero en el sol se estaba muy bien. Cuando nos sentamos, Luisa espera a que le cuente todo, y así lo hago, les cuento a los tres como han sucedido las cosas y se ríen, pues yo no soy agresiva, pero también sabían que necesitaba mi venganza y aunque lo que

hice hoy, no me sirvió de mucho, por lo menos, me sentí mejor.

—¿Qué piensas hacer ahora? Digo... estás en paro y eso —pregunta mi hermano y Belén le da una colleja.

—Pero qué tonto eres, no hurgues en la llaga hombre —crítica esta enfurruñada.

—¡Oye, pero no me pegues, psicópata! —responde mi hermano con una sonrisa de tonto.

Mientras ellos discutían, yo pensaba y mucho, cosa que no se me daba bien, pues de ahí sacaba las ideas de mierda. Miré a mi hermano con una sonrisita, de esas que debes tener miedo y mi hermano sabía que cuando yo lo hacía, era porque necesitaba algo de él o en su defecto, que haría una pequeña, gran locura. Este niega y se ríe, pues tenía miedo de preguntarme.

—¿Qué quieres pequeña? —pregunta cogiendo a mi cuñada y obligándola a sentarse en sus piernas. Yo me río, pues me encantaba verlos así, eran tal para cual.

—Acabo de tener una idea, pero necesito tu ayuda o tu opinión, aunque ya sabes que me la pela lo que me digas —informé nerviosa y él enarcó una ceja —. Voy a opositar para policía. —Afirmé, obligando a mi hermano a escupir el café que estaba a punto de tragar, por cierto, lo hace encima de mi cuñada y esta le vuelve a dar otra colleja. Se levanta como un resorte y me escruta con la mirada, cosa que hacen también Belén y Luisa, pero unos segundos después sueltan una carcajada, creyéndose que era una broma. Me pongo seria, pues si no lo hago, no me tomarán en serio y no se creerán ni una palabra.

—¿Te has vuelto loca?! ¡Te crees que, eso es ir y besar el santo! —gritó haciéndome reír, ¿por qué tenía mi hermano esa facilidad para hacerme reír? Era como mi payaso particular.

—Desde luego que, cuando Belén te dice tonto, tiene mucha razón —

respondí—. Claro que sé que es difícil, de ahí es cuando te digo que necesito tu ayuda pardillo.

Mi hermano, se va hacia el interior del bar y me deja sola con las locas de mis amigas. Sé que me harán todo un interrogatorio con manipulación incluida, eran de las que a cada cosa que yo decía o hacía, era por algún motivo, pues como yo soy la tonta del grupo, la que nunca comete locuras, la que siempre vive en paz y armonía, pero eso se acabó, ya era hora de coger al toro por los cuernos. ¡Joder, qué penosa soy!

—Ya estás largando por esa boquita —habló Luisa.

—Sí, porque tú, perdona que te diga, no eres tan decidida, ¿Qué te ha pasado para querer hacer eso? Porque opositar para policía son palabras mayores —afirma Belén y yo suspiro recordando a mi amigo el policía. Joder, es que me ha dejado huella y solo lo he visto unos minutos, aunque han sido los minutos más calientes de toda mi existencia.

—¡Uy!, aquí pasa algo. —Le dice Luisa a Belén—. Nunca suspiras Lara, no así y eso me lleva a pensar en algo. —Me miró a mí.

—Sí, o estás desesperada o conociste a alguien, aunque también puede que estés desesperada por tirarte a ese alguien, ¿me equivoco? —responde Belén. Yo me rio, pero es de estas risas nerviosas. Me pillaron y ahora sí que me harán el tercer grado. Si hasta pienso como un policía, esto es el destino.

Me levanté y las miré a las dos negando, no les iba a decir nada, no hoy, no ahora. Entro en el bar y me dirijo al baño, me estaban agotando y es mejor dejarlas con la miel en los labios antes de que quieran trincharme como a un pavo para conseguir lo que quieran conmigo. Cuando acabo, vuelvo a la mesa y Luisa ya está de nuevo trabajando, pero Belén sigue ahí, esperándome, menos mal que sin Luisa. Ella no me pregunta nada y tenía un poco más de tiempo para poder inventarme cualquier excusa, cualquiera cosa, antes de contarles que me he obsesionado con escuchar mi nombre de la boca de un

policía, uf... me sofoco con solo pensarlo. Me siento y nada más hacerlo, Belén me suelta:

—Da gracias, que Luisa esta de curro hasta arriba, pero nada más que salga, tenemos una conversación pendiente y una salida, por cierto... ¿esta noche nos vamos a tomar algo? Bueno para que te pregunto, si eres la niña del no. Iras y punto pelota —dijo todo seguido, sin dejarme responder a nada y mucho menos a pensar. Le sonreí y afirmé mirando algo en el móvil.

—¿Dónde está mi hermanito? —pregunté mirando hacia ambos lados, pero no lo veo por ninguna parte.

—Se ha ido, le llamó su inspector para no sé qué cosa, o sea, que lo necesitan en comisaría —respondió encogiéndose de hombros.

Belén, me miró y por un momento me puse nerviosa, sabía que no iba a aguantar a la noche para hacerme el interrogatorio, y es que la conocía tan bien que, me extrañaría demasiado que lo hiciera. Justo en ese momento sale del bar Luisa que, al vernos, se sienta un momento con nosotras, pues ella pensó que ya nos habíamos ido. Ambas me miraron y tuve que sonreír, eran tan pesadas...

—¿Qué? De verdad, qué pesadas —hablé con desgana, a veces llegaba al límite con ellas, pero no podía vivir en una vida, donde no estuvieran dándome el coñazo a diario. ¿Qué de qué? ¡Habla de una vez! Desde que has llegado, no paras de sonreír y encima está el hecho de que quieres ser policía —afirmó Belén mirándome a mí y a Luisa—. Digo yo... que tendrás algo que decirnos, ¿no?

Negué y me levanté, no les diría nada, más que nada porque recordé que tenía que ir a casa de mi padre. Me había pedido acompañarle a hacer la compra y no le podía dejar tirado. Me excusé con las dos y me escabullí como pude, pero me amenazaron con cortarme a cachitos, si por la noche no les decía que, era eso que me pasaba, para estar así de risueña, aunque ni yo misma lo

sabía. Únicamente sabía que, cuando me acuerdo del policía, se me pone una cara de tonta que no puedo con ella, ¿Qué me pasaba? Yo no era así, bueno... yo no soy así, nunca lo he sido, pero la cosa está, en que hace tiempo que no soy la misma y todo se lo debo a mi ex marido. ¡Cabrón! Me metí en mi coche y arranqué. Mi padre no vivía muy lejos del bar de Luisa, pero cogí el coche, porque teníamos que ir al súper a comprar y claro, como que no iríamos a pie, ya que, conociendo a mi padre, se llevaría el supermercado completo. Es un bruto a la hora de llenar la alacena. Se creerá que el mundo se va a acabar pronto y el pobre solo es precavido.

Minutos después, llegué al portal del edificio donde vive mi padre y éste ya me espera en la puerta. Veo que viene con cara de pocos amigos, pues seguro que lleva esperándome unos minutos de más y al caballero no le gusta la impuntualidad.

—Ahora seguro que me cae la charlita —susurré antes de que entrara en el coche.

Mi padre entra en el coche y cierra la puerta de un portazo. “Ole el carácter andaluz” me miró con el ceño fruncido y le sonrío como solía hacer cuando me peleaba con mi hermano y como no, yo tenía la culpa, menos mal que mi padre siempre ha tenido devoción por mí y no me regañaba tanto. Pero eso fue hasta que me pilló en una de las mías, pues aproveché que mi hermano estaba dormido y le corté un buen trozo de pelo, se me cayó la máscara y ya no confiaba en mí como lo hacía.

—Llevo diez minutos esperando, ¿se puede saber dónde estabas? Si lo llego a saber, le pido a tu hermano el favor, seguro que él vendría diez minutos antes —escupió cabreado.

Yo asentía, mientras que arrancaba el coche, ni si quiera le respondía. ¿Para qué? Si no me va a escuchar. Él sólo escucha a mi querido hermanito, al orgullo de la familia. Al policía de la familia, siempre él, él y más él. Estaba

harta y por eso quería hacer una locura y eso mismo es lo que haría, pues me haré policía, aunque se me vaya la vida en ello.

CAPÍTULO 3



Dos horas comprando con mi padre y como yo decía, se llevaba más de la cuenta. ¡Joder que él vive solo!, ¿para qué compra tanta comida? Eso era algo que le preguntaría, porque no es normal, parece que está dando de comer a un regimiento. Íbamos en el coche con todos los bultos hasta arriba, claro a mí no me cabía todo en el coche, puesto que tengo un Nissan Micra, cosa que también ha criticado mi padre, porque tenía que haberme comprado el coche que tiene mi hermanito Martín, y siempre tengo que responderle lo mismo. “Mi hermano es policía y gana más que yo, papá”, pero oye, que al hombre no le entra en la cabeza. Total, que la mitad de la compra, los del supermercado la tienen que llevar a casa, porque llamamos a mi hermano y el caballero estaba ocupado. Yo no me lo creí, puesto que estaba de descanso, aunque después recordé que lo llamaron de comisaría, así que el día de descanso al traste y por el váter. Una hora después de comprar, llegamos a la casa y ahí está en la puerta mi hermano y otro chico que, ¡joder!, sí que estaba bueno. Aparqué el coche justo delante de ellos y me bajé, mi padre hace la misma acción y este va decidido a saludar al chico que acompaña a mi hermano, me acerqué a ellos y besé la mejilla de mi hermano. El guaperas, como ya le apodé, me miraba con una sonrisita de <<aquí tengo presa fácil>> va listo conmigo, aunque, por otro lado, me hace falta un buen revolcón para quitarme la amargura del cuerpo.

—Hola hermanita. Te presento a mi compañero, Cristian —dijo señalando al guaperas que ya tenía nombre. Me acerqué y le di dos besos después de decirle mi nombre, ya que mi hermano no se lo dijo.

Cristian me sonríe y dice hola de forma sensual y a mí me va a dar algo, pues parece que el chico quiere tema. Claro está es que yo no soy una facilona, a

mí, primero que nada, me tienen que respetar, pues yo así lo hago. Me separé de ambos y mi padre me estaba mirando con el ceño fruncido, al igual que mi hermano, los dos se habían dado cuenta de cómo estaba babeando con Cristian.

—¿Qué? ¿Tengo monos en la cara? —pregunte haciendo que los tres soltaran una carcajada. Desde luego que en este momento parecía yo el mono de feria, los tres tenían la mirada puesta en mí.

Bufé y me dirigí a mi coche para abrir el maletero, tenía que sacar toda la comida que mi padre había comprado. Mi hermano se acercó para ayudarme al igual que Cristian y estos al ver todo lo que tenía en el maletero, miraron a mi padre y luego a mí, como si yo tuviera algo que ver en todo esto de llevarse el súper entero a casa.

—A mí no me miréis, aquí el caballero que se cree que el mundo acabará mañana —susurré para que mi padre no lo oyera, pues me daba la sensación de que esto, tenía gato encerrado, porque no era normal toda la comida que mi padre compraba.

Mi hermano me aparta a un lado para hablar conmigo y yo ya sé de qué quiere hablar, el tema de mi padre le tiene tan preocupado como a mí. No quiero pensar mal, pero parece que a mi padre se le está yendo la cabeza ya al pobre y me daba pena, ya que vivía solo, mi hermano y yo nos emancipamos muy jóvenes y mi madre... bueno ese es otro tema, del cual no me quiero ni acordar. Así que mejor borrarlo de mi mente, esa etapa de mi vida fue una de las malas y mira que el haber sido engañada por mi ex marido había sido lo peor que me ha pasado, pero no se compara con el dolor de perder a una madre, aunque esa madre no estuviera muerta.

—¿Tú sabes lo que le pasa? —preguntó Martín y yo negué, no tenía ni idea del motivo de tanta compra.

—No sé, pero lleva así tres meses, lo que pasa que tú estás tan ocupado en tu

trabajo que no te enteras, pero papá y yo hemos estado comprando una cantidad de comida descomunal y encima no le digas nada, que te come —respondí y mi hermano me miró mal.

Le jodía que le dijera las cosas en la cara, pero es que es verdad, él solo ve por su vida, su trabajo y todo lo referente a él. Que oye, yo lo veo bien, pero tiene que recordar que tenemos a un padre y que el pobre pasa mucho tiempo solo, a saber, lo que hace tantas y tantas horas, pues me parece que no tiene ni amigos. Martín sin responderme, se va con mi padre para arriba y Cristian se queda abajo conmigo, me pongo nerviosa, pues el chico está bastante bien, aunque no como mi policía favorito. Dios, ¿por qué pienso en él ahora? De verdad, no tengo remedio.

—Bueeeeno... ¿Y tú en que trabajas? —pregunta Cristian mirándome con una sonrisa marcada.

—Trabajaba, me he despedido esta mañana, pero soy profesora de primaria —respondí devolviéndole la sonrisa—, aunque estoy pensando seriamente en hacer algo que, por lo visto a mi hermano no le hace mucha gracia.

—Ya, ya, si me lo ha dicho, ¿por qué te crees que he venido con él? Quería conocerte, pues tienes que tener bastantes ovarios para hacer eso —afirmó y yo fruncí el ceño. Este no sabe quién soy yo, se creará que soy una princesita de reino, ¡será gilipollas! Ya me cae mal.

Me acerqué a él, lo máximo posible para que solo él pudiera escucharme, pues estábamos en un barrio un tanto cotilla y las vecinas de mi padre eran las típicas que, después lo publican todo en el periódico.

— ¡Qué sabrás tú lo que yo tengo! Tengo que volver a decirte que soy profesora de primaria y que los niños son muy porculeros, incluso más que gilipollas como tú —respondí y me sonrió sarcástico, aunque sin quitar la expresión de guardia civil que quería demostrar.

Justo en el momento en el que pensaba responderme, mi hermano llega hasta

nosotros y se extraña el vernos tan pegados, pues casi lo estaba intimidando. Mi hermano, nos sonrío y aparta a su compañero “gilipollas” de mí y este me sonrío de nuevo, ¿por qué no borra la sonrisa? A este paso, no se me va a quitar de la cabeza lo de opositar para policía, con cada espécimen que estaba viendo, entre el rudo y uniformado de esta mañana y ahora este, “uf”, me hago policía fijo.

—Lara, ¿esta noche salís? Me lo dijo Belén —dijo mi hermano de pronto y yo asiento, aunque no muy conforme, pues me daba la sensación de que mi hermano vendría al mismo lugar con todo un cuerpo de policía.

—Sí, pero no vengas a vigilarnos que ya somos mayorcitas, ¿no te parece? —hablé fingiendo cabreo.

—Yo a ti no te vigilo, yo vigilo a mi novia. Lo que hagas con tu vida, es cosa tuya, hermanita —respondió mirando a Cristian y luego a mí.

Abrí los ojos impresionada por su respuesta, no me esperaba que mi hermano quisiera emparejarme con alguien, todo esto tiene que ser culpa de mi cuñadita, veras cuando la coja, se va a acordar de todos mis antepasados. Yo no soy mujer de pelear, a la vista está que me vengué de Silvia a los meses y no en el momento que veía como la muy zorra esperaba a Álvaro en la puerta. Pero cuando me cabreaba, tenían que temerme, pues me parecía a la niña del exorcista y pobre de ella como sea lo que estoy pensando. Joder que yo sola sé ligar, aunque haya perdido un poco de facultades y me cueste.

—¡Hombre, gracias! O sea, ¿Qué si un imbécil se me acerca más de la cuenta, a ti te da igual? —pregunté mirando a Cristian y este se rio, ya comenzábamos a llevarnos bien, creo que esta noche será divertida.

Mi hermano negó y después de unos minutos más, soltándonos puyitas, él y su amigo el guaperas se fueron por donde vinieron y yo me volví a meter en mi coche, tenía que llegar a mi casa, ducharme, cenar y arreglarme, todo eso en solo dos horas, no sé cómo haría todo eso y encima había atasco. Después

de media hora, llegué a mi casa y Luisa me esperaba en mi puerta.

—¿Qué hace aquí? —me pregunté.

Aparqué el coche y una vez tenía todas mis cosas, salgo del coche y me dirijo hasta ella, esta me da dos besos y nos vamos hasta mi casa. Abrí la puerta y ambas entramos, solté el bolso y las llaves en la entrada y antes de encender las luces, salí de nuevo y cogí las cartas del buzón, dándome cuenta de que tenía una notificación del juzgado, cosa que no me asusta, pero si me preocupa, entré de nuevo y me dirigí hasta el salón, me siento y Luisa hace exactamente lo mismo.

—Que gusto —dije echando la espalda—. ¿Qué haces aquí? No me dijiste que venias.

Me mira y la veo un poco triste, no sé qué será lo que le pasa, pero cuando Luisa está así, es porque la cosa es grave, pues ella se tomaba las cosas mejor que yo o incluso que Belén, aunque esa es para echarle de comer aparte, esa sí que sabe vivir, se la pela todo, y vive de puta madre, sin tener que darle explicaciones a nadie y sobre todo hace y dice lo que quiere, cuando quiere. Por eso mi hermano y ella se llevan tan bien, pues mi hermano es una balsa de aceite y era como mezclar el fuego y el aceite, juntos hacen la pareja perfecta. De pronto comienza a llorar y no puedo evitar acercarme a ella y abrazarla. Ella y Belén estuvieron y están conmigo en los malos momentos de mi vida, al igual que en los buenos y yo, estaría también para ellas.

—Eh, eh, ¿Qué te pasa? —Pregunté acariciando su espalda, pero no me podía responder, pues lloraba a mares—. Luisa, sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? —Asintió y se incorporó de nuevo, soltando hipidos y sorbiéndose los mocos. Desde luego estaba fatal.

Me levanté un momento y fui a la cocina para poner una cafetera, nos hacía falta nuestra dosis de cafeína. Cuando ya estuvo el café hecho, volví al salón y me senté a su lado, le di su taza y le dio un sorbo antes de comenzar a

contarme.

—¿Te acuerdas del chico con el que me estaba viendo? —preguntó y yo fruncí el ceño intentando acordarme, pues hacía tiempo que no nos contaba nada de él.

—Sí, Eliot, ¿Qué pasa con el friki? Lo siento, no quería decirle eso...

—¡Friki y también gilipollas y cabrón! Lo tiene todo —vociferó sin dejarme terminar.

Yo abrí los ojos tanto, que se me saldrían de las órbitas en cualquier momento, no era normal todo lo que estaba pasando en solo un día, pero ¿Qué pasa? El karma se está vengando de nosotras por algo que hemos hecho y no nos hemos dado cuenta.

—Eh, para leona, ¿Qué pasó? ¿Por qué hablas así? Se supone que tú y yo somos las cuerdas, aunque ya no tanto —respondí y las dos soltamos una carcajada. Menos mal que nos entendíamos a la perfección.

Entre sorbo y sorbo, me contó que el friki, llevaba sin llamarla un mes y todo porque se estaba revolcando con otra y lo peor de todo, es que se supone que el muchacho, estaba en Granada, visitando a sus padres y que por eso no la veía. No es que Luisa estuviera enamorada, pero algo estaba empezando a sentir por el chico, aunque no sé por qué, porque era feo, pero feo, y ella no es porque sea mi amiga, era muy guapa, guapísima, es la más guapa de las tres. Después de despotricar del granadino, nos fuimos hasta mi cuarto, ella se fue al baño que había para invitados para poder ducharse y yo me fui al mío. Una vez que nos duchamos, ella volvió a mi habitación y comenzamos a arreglarnos para salir y todo eso sin cenar, menos mal que la cafeína ayudaba, pero ya sabíamos que esta noche cogeríamos una buena cogorza. Una vez listas, bajamos y antes de irnos, Luisa coge la carta del juzgado y me la da.

—¿No piensas leerla? —preguntó.

—La verdad, no tenía intención. Sea lo que sea, ya me llamará mi abogado

cuando crea oportuno.

—Yo que tú lo leía, ¿Qué vas a perder?

La cogí y la abrí, comencé a leer la notificación y arrugué el papel con fuerza. No podía ser cierto, no era capaz de hacerme esto después de todo, después de que él ha tenido la culpa, pero ¿qué se ha creído? Luisa me miró y unas lágrimas de cabreo salieron de mis ojos.

—Mi casa, eso es lo que tengo que perder.

CAPÍTULO 4



Luisa me miró y se acercó a mí, se agachó y cogió la carta, la leyó y abrió los ojos. Yo no podía decir nada, no podía pensar, únicamente pensaba en como joderle la vida al hombre que me hizo feliz por algunos años y al mismo que ahora quería hundirme, pero no lo va a conseguir y menos sabiendo que la culpa de todo la tenía Silvia, ya que él no tenía suficiente imaginación para poder pensar en hacer algo de eso. Cuando él se fue, unos días después me llamó y me dijo que no quería nada, que la casa me la quedara yo, que él no me la reclamaría, pero parece que pensó las cosas mejor y ahora quiere su parte. Bufé desesperada y salí por la puerta de la que todavía era mi casa. Luisa me siguió y cerró de un portazo. Entramos en mi coche y nos fuimos hasta la Discoteca Palace, allí nos esperaba Belén y seguro que ya estaría cabreadísima de esperar, pues llegábamos tarde por media hora, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Si con todo lo que estaba pasando, no tenía ganas de nada, bueno de una cosa sí, de beber hasta olvidarme de todo. Hoy bebería hasta perder el control, mañana me lamentaría de todo lo que hiciera.

Cuando llegamos, conduje hasta los aparcamientos privados que había para la Discoteca, pues era una de las más selectas de todo Madrid. Aquí solo venían los “pijos” como yo les llamo a los adinerados y es que no puedo ni verlos, con eso de que se sienten superiores a uno que tiene menos que ellos, menos mal que no todos son así y los hay más humildes. Luisa y yo íbamos completamente en silencio, no decíamos nada ninguna y es que ¿Cómo hacerlo? Dios, si cada vez que pienso en la carta del juzgado, me cago en todos los antepasados de mi exmarido. ¿Se puede ser más gilipollas? Yo creo que no. Y es que todavía no me entraba en la cabeza, como es qué se le

ocurrió hacer semejante tontería, sabiendo que si a mí me daba la gana se quedaba sin nada, pues puedo demostrar que él, abandonó el hogar, aun estando casados.

—Será imbécil —susurré a regañadientes y Luisa me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué dijiste? —preguntó preocupada.

La miré, pero no respondí, ya que nos estábamos acercando a nuestra muy cabreada amiga que, nos esperaba en la puerta de la Discoteca y joder si había gente, desde luego es la primera y la última vez que vengo a este sitio. Llegamos y nos ponemos frente a Belén. Ésta nos mira mal y las dos no le decimos nada, simplemente la ignoramos y entramos en la Discoteca, pues teníamos entradas, porque hasta para entrar en este sitio, hay que tener invitación, ¡no te jode! Desde luego que no vengo más. Cuando entramos, después de que el gorila de la puerta nos cogiera las entradas, las tres miramos el interior, inspeccionando cada rincón, aunque era tan grande que costaba ver todo. Belén nos dice que la sigamos con la mano, ya que la música estaba tan alta que, no escuchábamos ni nuestra respiración. Caminamos sorteando a los bailongos, los borrachos y, sobre todo, a las que venían a zorrear, aunque para que nos vamos a engañar, todas lo hacíamos, sobre todo las solteras, una más que otras, pero todas lo hacíamos y la que diga que no, miente.

Después de terminar de sortear a toda esa gente en la pista, llegamos a unos reservados. Nos sentamos y menos mal que la música aquí no se escuchaba tan fuerte, eran salas aparte y la música más bien era murmullo, para lo que se escuchaba. Nos sentamos y un chico se acercó a nosotras para que pidiéramos las bebidas, cosa que me dejó boquiabierta, pues se supone que, en las discotecas, tienes que mover tu culo hasta la barra para pedirte algo de beber. Belén pidió vodka y Luisa la imitó, ambas me miraron a mí para que

pidiera, pues pensaron que pediría lo mismo, pero no, yo pedí tequila, comenzaría fuerte, necesitaba unos cuantos chupitos para entonar la noche.

—¿Y a ti que te pasa? ¿Qué quieres un coma etílico hoy? —preguntó Belén y yo asentí, cosa que no pasó desapercibida, pues yo no era de beber y menos así de fuerte. Yo era de las que se tiraba con un mojito dos horas y ya casi que me lo bebía calentorro. Eso parecía el caldo del puchero cuando me lo terminaba.

—Hoy lo necesito, pero no me preguntes, porque no te responderé. Únicamente quiero olvidarme de todo, de lo que pasa en mi vida y del hijo de puta de Álvaro, ¡¿puedo?! —Respondí alzando la voz y me di cuenta al instante—. Lo siento, no pretendía gritarte, pero estoy muy agobiada. Mañana te cuento ¿sí?

Belén asiente y justo en ese momento llega el camarero con nuestras bebidas, pero no venía solo, pues tras él venía mi hermano, Cristian el guaperas y espera, ¡no... no puede ser, esto es imposible! Me levanté como un resorte y él me ve, me mira y sonrío, casi me caigo de bruces, por un traspiés y él, me agarra con sus fuertes brazos. Al sentir sus manos en mi espalda, una corriente eléctrica me cruza toda entera y no puedo ni respirar, pero también se cruza por mi cabeza, la multa que el energúmeno que me está agarrando en este momento, me puso esta mañana. Me separo de él y le pego un guantazo que hace que mi hermano me coja del brazo. Él no se inmuta y en cambio me sonrío abiertamente, marcando unos hoyuelos en su cara.

<<Joder, ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?>>, pensé mientras que mi hermano, me cogió del codo y me llevó a una esquina del reservado. Está tan impresionado como lo están mis amigas e incluso yo no me creo lo que acabo de hacer, pero me enerva la seguridad con la que me mira, como si se sintiera superior a mí y eso no lo iba a permitir.

—¡¿Pero qué coño haces?! ¿Por qué le has pegado? ¡Él solo intentaba

ayudarte! —gritó mi hermano cabreado, pero no le iba a dejar que me tratara como a una niña pequeña y menos delante del estúpido policía, que me tiene cardiaca desde que lo vi por la mañana.

<< ¿Por qué tiene que ser tan malditamente sexy?>>, pensé sin responder a mi hermano.

Éste seguía regañándome y yo seguía mirándole, pues no apartaba la mirada de mí, yo no lo haría de él, a ver quién se cansaba antes. Luisa y Belén, nos miran como si estuvieran en un partido de tenis, cosa que me hace gracia y no puedo evitar sonreír y cuando lo hago, veo como mi amigo el policía traga fuerte. Ignoré a mi hermano y me acerqué a mis chupitos, tres chupitos que me esperaban en la mesa, cojo uno y me lo bebo sin pensar, hago la misma acción con los otros dos y todo si apartar la mirada de él. Entonces me siento y me cruzo de piernas, llevaba un vestido corto, en color negro. Se me había metido en la cabeza una idea, y como no, era una idea de mierda, aunque si salía como yo esperaba, a lo mejor no sería tan mala idea. Lo calentaría, tanto que me rogaría hacerlo en los baños o en su defecto que se vaya con un gran calentón que solo pueda calmar masturbándose. Claro está que lo haría pensando en mí.

Belén que estaba sentada a mi lado, se acerca a mí y me dice al oído:

—¿Le conoces? ¡Joder como está el “culito”! —habló en mi oído y no puedo evitar reír cuando me dice el apodo que le hemos puesto a los tíos buenos que nos encontramos.

—Puede y sí es verdad, está que, uf... no sé cómo expresar lo que ese hombre me hace sentir —respondo sin miramientos y creo que ya el tequila me está haciendo efecto, pues no quería decirle eso a Belén.

Entonces en ese momento, se me acerca Cristian y me saluda con dos besos. Este chico, me va a ayudar a cabrearlo, ¿por qué seré tan mala? Creo que sí, que los chupitos me han sentado un poco mal, pero me da igual y le vuelvo a

pedir otros tres chupitos al camarero. Cojo a Cristian de la mano y tiro de él hacía la pista, estaba sonando una canción bastante pegadiza, aunque ni siquiera sabía quién la cantaba. Hice que el guaperas, me pusiera sus grandes manos en la cintura y comenzamos a bailar pegados, muy pegados y todo lo hago mirándole a él, como si nos importara lo que hiciéramos cada uno, pues no debería ser así, ya que no nos conocíamos de nada. Ni siquiera sabía su nombre, aunque él si supiera el mío.

—¿Piensas utilizarme para darle celos a mi mejor amigo? —susurra en mi oído y eso hace que lo mire y sonría maliciosamente.

—¿Te importa que lo haga? —pregunto arqueando una ceja.

—No, pero solo si me presentas a tu amiga.

Frunzo el ceño, pues no creo que se refiera a Belén, entonces me doy cuenta de que no le quita ojo a Luisa, le miro de nuevo y le sonrío mientras asiento. Acabo de hacer un trato con este hombre sin conocerle y no sé a dónde me llevará, pero espero no estar haciendo el pacto con el diablo.

Seguimos bailando y Cristian, por petición mía, comienza a acercarse más a mí, rozando nuestros cuerpos, en un baile sensual. Mi hermano ni se entera, pues está comiéndose la boca con mi cuñada, aunque no me importa lo que mi hermano diga o haga, al único que quiero joder, es al hombre que tengo en frente. El mismo que por la mañana me habló muy cerca de mí. Al único que por motivos que desconozco, me hace sentir como si estuviera quemándome viva. Cristian seguía en su juego, cuando miro al desconocido, ¿cuál apodo le puse?, “el hombretón”, y veo su cara de cabreo. Beso a Cristian y este no se lo espera, pero tampoco me rechaza, entonces siento unas fuertes manos, coger mi cintura y cogermme en brazos, posándome en su hombro. Ese acto me cabrea, y veo como Cristian se ríe mientras camina en dirección al reservado. El estúpido que me tiene cual saco de patatas, me mete dentro de los baños y cierra con pestillo. Cuando lo hace, se abalanza sobre mí y me besa, mete su

lengua en mi boca, cual juego salvaje, es todo un placer sentir como su lengua juega con la mía, mientras que sus manos tocan todo mi cuerpo.

El juego del deseo se estaba convirtiendo en algo oscuro y yo estaba ardiendo bajo sus manos. Me cogió de la cintura cual pluma de ángel y enrosco las piernas en su cintura. No hablamos, no nos miramos, únicamente podemos besarnos, comernos y disfrutar. Entonces haciendo que me equivoque, me mira, con esos ojos oscuros, luego mira mi cuerpo menudo y sonrío, esa sonrisa de malote que tenía era lo que me ponía a cien por hora. Baja la mirada hasta mis piernas y comienza a tocarlas, adentrándose poco a poco en mi intimidad, entonces y sin esperármelo, me arranca el tanga de un tirón, haciéndome gemir por la sorpresa. Jamás había sentido esto que siento, nunca, pero nunca, hice lo que estoy haciendo y menos con un desconocido.

Su mirada clavada en la mía, mientras me tocaba mi humedad, solo con eso podía conseguir llevarme al infierno y abrazarme. Sacó su mano y comenzó a quitarse la correa del pantalón, se bajó la cremallera y por consiguiente el pantalón junto con su bóxer. Saca un preservativo del bolsillo trasero, lo rasga y se lo pone rápidamente, al igual que rápidamente y sin pensarlo me penetra. Grito por la intrusión, pero más me hace gritar cuando sus embestidas son fuertes y certeras, gemimos al unísono y nos comemos la boca mientras tanto, es una locura lo que estamos haciendo, lo que estoy haciendo. Pero es la locura más placentera que he hecho en mi vida y de la cual no me iba a arrepentir, seguro.

CAPÍTULO 5



Cuando acabamos, me baja al suelo y cojo papel para limpiarme. Él hace lo mismo y después ambos comenzamos a vestirnos y arreglarnos, no sé por qué, pero me siento fatal después de haberlo hecho. Yo no estoy acostumbrada a hacer estas cosas y tampoco me había acostado antes con un hombre que no fuera Álvaro. ¿Por qué tenía que pensar en él ahora? Él me mira como si estuviera esperando a que yo le dijera algo, pero no puedo siquiera mirarle a la cara. Me sentía avergonzada, no era yo la que en este momento estaba frente a un desconocido que, por otro lado, cada vez que lo veo, mi cuerpo arde por tenerlo dentro de mí y ahora que lo he tenido, me siento mal.

<<Desde luego que no tengo remedio>>, pensé.

Después de unos minutos mirándome, ya no podía más, levanté la mirada y le empujé para que me dejara salir, pues me estaba agobiando y no soy buena compañía cuando me pongo así, pero el caballero ni se inmuta, él era un tiraron de estos que ni con un huracán se mueven del sitio. Imagínate con lo renacuaja que era a su lado. ¿Cómo lo movería? Cogió mi brazo fuerte, pero al ver mis ojos clavados en su mano, cosa que volvió a hacer que mi cuerpo temblara, con solo ver sus venas marcadas en sus manos y brazos. Dios era frustrante como un hombre al cual no conoces de nada, puede hacer que me sienta de esa manera, me soltó despacio y se disculpó. Pero poco le duró, cuando mi pequeña mano, chocó con su mejilla, haciendo que sonara en el baño por el eco, al estar solos. Su cara de desconcierto no me pasa desapercibida, pero el cambio en su mirada hace que mi cuerpo se pegue a la pared, no por miedo, porque no le tenía miedo, pero si daba un poco de respeto, pues sus ojos marrones, se oscurecieron aún más por el cabreo que

tenía. Aunque no me iba a dejar amedrentar por muy policía que fuera y menos, después de haberlo tenido dentro de mí hacía unos instantes.

—¿Qué haces? ¿estás loca? O sea, que primero te abres de piernas y luego me golpeas, ¿Qué pasa, no te gustó? ¿quieres repetir? —preguntó con sarcasmo y cabreado.

Alzo las cejas y no puedo evitar soltar una carcajada, desde luego que este tío es gilipollas, este no sabe con quién está hablando. Me acerco a él con el dedo clavado en su pecho y le grito:

—Desde luego que sí, que estoy loca, porque para haberme dejado follar por ti, tenía que estar muy loca... y mejor no, no repitas, porque con uno ya tengo para darme cuenta —respondí y bufó cabreado.

—¿Cuenta de qué? Por tus gritos, parecía que lo pasabas muy bien, ¿no crees?

No pude más y salí del cubículo, ya me estaba ahogando. No podía estar cerca de él y parecer que no me importaba lo que habíamos hecho y menos después de haberle dicho lo que acababa de soltar por mi boca. Me deja salir, me acerco al lavabo y me echo agua en la nuca, me dio calor, un calor abrasador, un calor que, ni con tres duchas frías, se me quitaría. Viene tras de mí y siento su aliento chocar con mi nuca, mi cuerpo se eriza al instante y él se da cuenta, pues veo su cara reflejada en el espejo y sonrío satisfecho. Pero yo no quiero que se sienta el rey del mambo, así que, sin más me doy la vuelta y lo escruto con la mirada, cosa que parece darle igual.

—Será mejor que esto lo olvidemos ¿vale? Por lo menos para mí, no fue nada —afirmo seriamente, intentando parecer serena y tranquila, pero se acerca a mí, agarra mi cintura y siento como si dejara sus huellas marcadas en mi cuerpo, abrasando todo a su paso. Intento zafarme, pero no me deja, me tiene bien agarrada.

Entonces acerca su boca a la mía y me besa con lujuria y pasión, una pasión

que nos acabara abrasando como una hoguera. No sé qué me pasa, no lo logro entender, pero no puedo volver a verle, no estoy en mis facultades para tener algo con nadie, aunque, por otro lado, no tendremos nada jamás, ya que solo fue un polvo de una noche, así que lo que haré será disfrutar el momento y nada más. Nuestros labios siguen dándose ese placer que, sé que ambos sentimos, ya puedo notar su excitación en el pantalón y como se moja de nuevo mi intimidad, esto es increíble. Nos separamos y nos miramos fijamente, pasa su mano por mi mejilla, acto que no sé a qué viene, pues eso solo se le hace a alguien que realmente te gusta. Le iba a responder, pero entran en el baño y nos sobresaltamos, la chica nos mira con la ceja alzada y ambos nos reímos. Así que, sin más, salimos del baño y buscamos con la mirada a nuestros amigos, pero antes nos decimos que esto no puede saberlo nadie, y que llegásemos por separado, como si cada uno llegara de diferente lugar. Entiendo lo que me pide, pero algo en mí se resiente, cogiéndome un pequeño pellizco, pero en seguida sonrió y olvido lo que sea que haya pasado en el interior del baño. Lo único es, ¿podré olvidarlo? No lo creo.

Mientras él iba al reservado, yo me fui a la barra para pedir algo de beber, tenía la boca seca y no es para menos, nunca había tenido sexo en los baños de una discoteca y menos con un hombre como él. El mismo camarero que vino a la mesa antes, me vio y me puso un chupito de tequila, me lo bebí de un sorbo y le pedí otro para llevármelo. Cuando me lo dio, me fui para el reservado y como si fuera la protagonista de una película, todos me miraron con una sonrisa. No entendía a que venía todo, pero ahí estaba yo, en medio de todos como si fuera un payaso de circo.

—¿Pasó algo y no me he enterado? —pregunté con una sonrisa socarrona.

Luisa y Belén, ambas me miraron y alzaron una ceja como si les estuviera haciendo una pregunta que, yo tuviera la respuesta, como si estuviera loca, entonces me di cuenta de que algo se nos pasó por alto. Cristian nos vio

cuando el policía desconocido, me hecho en su hombro cual saco de patatas y nos metimos en el baño y digo desconocido, porque nadie me lo había presentado. Ni siquiera sabía el nombre del hombre con el que había tenido un sexo brutal hace unos escasos minutos. Me senté con ellas y mi hermano no paraba de escrutarme con la mirada, como si hubiera cometido un delito, pero ¿Qué se creían? Ya no era una niña pequeña.

—Cuenta —susurra Luisa y la miro de reajo mientras niego con la cabeza.

El hombre que me quemaba con solo una mirada, lo seguía haciendo, no apartaba la mirada de mí y eso me hacía removerme nerviosa en el sitio, como si con solo una mirada consiguiera excitarme, aunque en cierto modo eso era lo que conseguía y lo peor de todo, es que él lo sabía y se valdría de eso para volver a tenerme. Mi hermano se levanta y lo coge del brazo cabreado, no entiendo nada, así que sin más los ignoro, no es mi problema.

—¿Te lo has tirado Lara? —preguntó Belén, pero esta vez más seria de lo normal, cosa que me extrañó y me preocupé.

Será un asesino en serie, o tendrá una enfermedad venérea y yo no me he enterado de ello, ¿Qué coño pasaba? Asentí temerosa por saber, como si lo que me fueran a contar vaya a hacerme daño, que ocurrencia, no tendría que molestarme y mucho menos hacerme daño.

—¿Qué coño pasa? ¿Por qué tanto secretismo? Ni que estuviera casado — dije y parece que di en el clavo, pues se miraron y cambiaron su cara.

<< ¿Casado? Joder Lara, vaya vista tienes, para uno que coges>>, me regañó.

—¿Está casado? —pregunté, pues no me respondieron y ya me estaba alterando.

—Aún no, pero está a punto de hacerlo, vaya que fuiste su despedida de soltero —ironizó Luisa y la miré mal.

Yo no era la despedida de nadie y menos de ese gilipollas al cual le iba a cantar las cuarenta, como que me llamaba Lara Molina. Me levanto, bajo la

atenta mirada de mis amigas, aunque poco tardan en seguirme, pues mi hermano y Cristian, se lo llevaron para la calle. Y ese es otro, ya le diré algo, pues ha dejado que me acueste con su mejor amigo y que no me joda diciéndome que, él no lo sabía. Salimos a la calle y efectivamente, los vemos en los aparcamientos discutiendo, corremos hasta ellos y me acerco al hombre que me he tirado en los baños y que ya me estaba dando dolores de cabeza y le doy un puñetazo en los morros con todas mis fuerzas.

—¡Eso por gilipollas y capullo! ¡Eres un cabrón y ahora ponme otra puta multa! —grité eufórica.

Todos me miraban perplejos, pero ninguno dijo nada, ni siquiera él. Los miré a todos y me fui hasta mi coche para largarme, no podía estar más cerca de ellos, de ninguno, estaba muy cabreada y seguramente lo iba a pagar con quien no se lo merecía. Escuché las voces de mis amigas llamándome, pero las ignoré y arranqué el coche, saliendo del aparcamiento a toda leche, como si estuviera huyendo de algo que no tenía ni pies ni cabeza, porque solo fue un polvo, únicamente fue eso. Conduje cabreada, pero conmigo misma, por ser tan estúpida y dejar que un hombre así se aprovechara de mí. Unas estúpidas lágrimas salieron de mis ojos, marcando mis mejillas con el corrido del rímel y grité pegando fuertemente en el volante. Podrían pensar que estaba teniendo una pataleta, pero no era eso, simplemente me sentía como cuando me enteré del engaño de Álvaro, cosa que aún no había superado. Mi marido me deja por otra y yo lo celebro acostándome con un hombre comprometido.

—Bien por ti Lara, así acaba un Molina su día. Pero que tonta eres por dios, odio parecerme tanto a ella —susurré en el aparcamiento de mi casa.

Había llegado ya hacía unos largos minutos, pero aún no salía del coche, me estaba cobijando, escondiendo más bien, como si tuviera miedo de encontrarme con alguien y conociendo a mis amigas, no tardarían en llegar y

consolarme como hacen siempre, pero la pregunta es... ¿Consolarme, por qué? Ese hombre no significa nada para mí, pero si ha dejado huella, con solo un día, dejó huella en mi piel y en mi mente, solo ahí la dejó, no en otro lugar y nunca, jamás, nadie dejará huella donde me hicieron daño, en mi corazón.

Salí del coche, después de pensarlo por más de media hora, además el tequila ya estaba haciendo estragos en mí, así que caminé hasta mi casa y entré, cerrando de un portazo y cuando entro, me vuelvo a encontrar con la carta del juzgado tirada en el suelo, la cojo y la rompo. Nadie me iba a echar de mi casa, de mi hogar, primero muerta que dejar que me la quitaran, después de todo lo que he pasado, después de que él fue quien me engañó, él fue quien abandono su hogar por una puta que... que solo quiere sacarle los cuartos, pero allá él. Supongo que se lo tiene merecido todo lo que le pase. Voy hasta la cocina y me sirvo un vaso de leche, esto me servirá para limpiar el organismo. Después me voy despojando de la ropa y por cada prenda caída, un recuerdo de ese baño me inunda, calentando mi cuerpo. Intento borrarlo de mi mente, pero me es imposible y no creo que pueda hacerlo en mucho tiempo.

Cuando entro en mi habitación, ya estoy semidesnuda, voy hasta el baño, mi cuerpo necesitaba una ducha, así que sin más me meto en el interior y abro el grifo del agua fría, pues tenía mi cuerpo ardiendo y todo por su culpa, ¿por qué tenía que ser tan sexy? Bufo desesperada y me enjabono. Cuando acabo, salgo del baño y me pongo el pijama, el mismo pijama que no me quité en una semana cuando Álvaro se fue, y no sabía por qué debía ponérmelo, pero sentía la necesidad de hacerlo, me lo puse y me acosté. Dando vueltas por horas, por fin me quedé dormida, aunque ya estaba amaneciendo, pero eso no evitó que mis ojos se cerraran y en mi mente se metiera él y nuestro encuentro.

CAPÍTULO 6



Me despierto por el calor sofocante y la luz del sol entrando por mi ventana abierta, al llegar no cerré la persiana y es lo que no me deja dormir. Me desperezo y me levanto de la cama, voy al baño para asearme, aunque solo me lavo los dientes, pues cuando llegué, me duché y como no tenía pensado quitarme el pijama hasta que mi cuerpo me pidiera a gritos otra ducha, no me importaba lo que pasara. Bajé las escaleras y fui a la cocina para prepararme algo de comer, me había levantado hambrienta, mientras bajaba iba recogiendo toda la ropa que fui quitándome cuando llegué anoche. Entro en la cocina y me sobre salto, no podía creerlo.

—¿Álvaro? —Pregunté y se dio la vuelta—. ¿Qué coño haces aquí? —volví a preguntar insistente.

Me miraba, pero no decía nada, comenzó a acercarse y pude ver en sus ojos, esa luz que un día vi en él, como si el Álvaro del que yo me enamoré estuviera de vuelta, pero no dejé que me alcanzara y cerré los ojos con fuerza, para así evitar mirarle, porque sabía que, como dejase que llegara hasta mí, con esa mirada y esa sonrisa, caería, seguro que caería y no, no lo iba a permitir.

—Hola cariño —dijo y abrí los ojos desorbitados.

¿Cariño? ¿En serio? No sé qué cojones querrá, pero que me dijera cariño después de cómo me dejó y después de cómo pasó todo, era como si se estuviera burlando de mí. No daba crédito a lo que estaba pasando, no lo podía creer. Después de meses de dolorosa realidad, en el cual tuve que pensar y sacármelo de la mente para poder ser feliz, sin resultado alguno, pues no lo tengo superado del todo. Álvaro caminó en mi dirección y ya casi lo tenía encima, así que le rodeé y me volví a separar, teníamos que mantener

las distancias.

—No vuelvas a decirme cariño, perdiste ese derecho el día que saliste por esa puerta por irte con la puta de Silvia —escupí cabreada—. Y ahora dime, ¿Qué haces aquí? Que yo sepa, no vives aquí y no sé cómo es que tienes llave para entrar —sentenció y él cambió su expresión a una más ¿triste?

Se sentó en la silla y me miró con los ojos aguados, de verdad no entendía nada. No podía llegar aquí, después de tres meses y esperar a que yo lo aceptara o le perdonara, no, eso sería imposible, mi corazón y mi alma estaban heridos, muy heridos, casi muertos y él, solo él, era el culpable de todo. Mató todo entre nosotros, lo que teníamos, lo que habíamos construido y todo ¿por qué? Por alguien que no merece la pena, por alguien que no lo quiere ni lo querrá jamás, porque ella lo único que quiere es joderme a mí, porque quiere todo lo que es mío, siempre lo ha querido, siempre fue así.

—Lo siento, perdóname. Yo... yo sigo queriéndote —balbuceó y mi corazón se paró.

—No, ¡no! —grité y se sobresaltó—. Eres un jodido embustero. Ya sé para qué estás aquí... quieres la casa ¿verdad? ¡Pues toda para ti, yo la odio! —seguí gritando y él negaba—. Cada paso que doy es un golpe en mi corazón, cada maldito recuerdo hace que la odie cada día más. Por eso, si la quieres, toda para ti y... y esa, aquí podréis ser felices, pero solo hasta que aparezca otra y lo jorobe todo.

Me di la vuelta para darle la espalda, no podía más, no podía mirarle si quiera a la cara, escuché como arrastraba la silla y se levantaba, lo que no me imaginé, era sentirlo tras de mí... sentí su aliento, olí su colonia y fue como si el tiempo no hubiera pasado, cerré los ojos y los recuerdos me inundaron, llenando todos mis sentidos, llenando de aire mi corazón asfixiado. Álvaro pasó sus brazos por mi cintura y me abrazó como hacía antes, como cuando llegaba del trabajo y yo le esperaba en la cocina preparando la cena, me dio

un beso en el cuello y... no sentí nada, mi corazón no aleteó, mi alma no brincó de alegría, ¿Qué me pasaba? Entonces sus ojos, su voz, su aliento chocando en mi espalda, ese hombre, ese maldito policía entró en mi mente. Me separé de él y bufé cabreada, ¿por qué? ¿Por qué tenía que pensar en él? No era nadie para mí, solo un hombre más con el que sufrir, porque ninguno merecía la pena, con todos sufriría.

—Lara, cariño, no huyas, ¿por qué no puedes creerme? Lo que te digo es verdad...

—¿Verdad? Esa palabra no existe para ti, tú no sabes qué es eso y por favor, deja de llamarme cariño, yo no soy tu cariño.

—Hay otro ¿verdad? ¿Conociste a alguien? —susurró.

—Y si así fuera, ¿Qué? No debe importante, es mi vida y hago lo que me da la gana —escupí sin pensarlo.

Me estaba metiendo en un berenjenal, pero me daba igual si así me lo quitaba de encima, así que le diría que sí, que conocí a alguien y que ese alguien si sabe hacer que vibre bajo su piel y no como él, que ni siquiera sabía moverse en la cama. Quería que sufriera, que llorara como lo hice yo, si es que era verdad que le importaba yo y no era una mentira como tantas.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero sí, conocí a un hombre, porque él si es un hombre de verdad, de esos que con solo mirarte te derriten, que con solo tocarte te desarman, con solo susurrar una palabra, te enamoran. Ese hombre conocí y estará a punto de llegar, así que, si no te importa, lárgate —afirmé y él se quedó callado, aunque no dejaba de mirarme, como si no quisiera creer cada una de mis palabras.

Su mirada entraba en mí, como si quisiera leer mi pensamiento, como si todo lo que le había dicho, él supiera que era mentira, así que le miré con una ceja alzada y tuve que poner la cara más seria, pues solo así, él me dejaría en paz, solo así, se creería todo lo que mi boca le acababa de soltar. Álvaro se dio la

vuelta y caminó hasta la entrada, yo por instinto lo seguí, pero solo para comprobar cómo se iba de nuevo, como volvía a desaparecer de mi vista y esperaba que también sea de mi vida. No lo quería cerca de mí, no quería verle nunca más.

—Espero que ese hombre, te valore como yo no lo hice. Te deseo lo mejor, que seas feliz —murmuró en la puerta antes de abrirla.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, pero no se dio cuenta, porque abrió la puerta y se marchó, ¿por qué todo me pasaba a mí? ¿Qué había hecho yo en esta vida para merecerlo? No podía negar que aún lo quería, que todavía sentía algo por él, pero no de la misma forma. No lo amaba como antes, ahí no había amor, ahí solo había el cariño por un recuerdo, por los recuerdos de la familia que íbamos a tener. Entonces recordé el embarazo y toqué mi vientre, pues esa parte de mi vida había sido reemplazada por su amor y ahora que tampoco lo tenía, ¿Quién me ayudaría a olvidarme de todo? Me fui hasta el salón y me recosté en el sofá, no quería saber nada de nadie, no quería ver a nadie. Cerré los ojos y me dejé llevar por el cansancio de la noche anterior, llevándome a un sueño, en el que mi policía favorito era el protagonista.

Después de dos horas, seguía dormida, pero los aporreos en la puerta me sobresaltaron y me levanté de mala leche. ¿Quién será? Camino hasta la puerta y suspiro antes de abrirla, pues seguro eran mis amigas y no quería discutir con ellas. Abrí la puerta y casi me da un ataque, ¿qué hace ésta aquí? Desde luego que hoy es el día de las malas visitas. Me mira esperando a que la deje pasar, pero no, no va entrar en mi casa, nunca más entrará en mi casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cabreada y mucho.

Silvia tenía el descaro de venir hasta mi casa, para saber dios que. Estaba loca si pretendía que fuera amable con ella, estaba loca si no intentaba hacer lo mismo que hice ayer en la escuela, porque no me iba a temblar la mano, y

muchos menos se me habían quitado las ganas de partirle la cara de “niña buena” que, según ella, tenía.

—Vengo para echarte de esta casa —respondió y mi boca se abrió desencajada, ¿había dicho lo que he oído?

—¿Cómo? Tú estás loca si piensas que me echaras de mi casa, estás loca si piensas que voy a dejar que me toques.

Silvia, sin ser invitada entró en la casa y la agarré del brazo, no iba a entrar, no era bien recibida, la empujé hasta la salida, pero ella se resistía y en una de esas, me dio un guantazo que no me lo esperaba y mi mano subió hasta mi mejilla caliente por el golpe. Arrugué la frente y me abalancé sobre ella, agarrándola del pelo, la tiré al suelo y yo encima de ella, ambas nos golpeamos cual fieras salvajes. Entonces escuchamos una voz ruda, esa voz, ambas paramos y mis ojos se clavan en los suyos.

<< ¿Qué hace aquí? >>, Pensé.

Su presencia hace que paremos y Silvia se lo come con la mirada, cosa que no me hace ni pizca de gracia, así que me levanto del suelo, quitándome de encima de ella y me acerco al hombre que inunda mis sueños, clavo mi mirada en la suya. No sé a qué ha venido y muchos menos por qué, Silvia se acerca a la puerta y antes de irse me mira y me dice:

—Tienes hasta mañana para largarte de aquí o vendré con una orden del juzgado y te echarán ellos por las malas. —Una vez dicho eso, se da la vuelta, le echa una mirada de loba al hombre que tenemos delante y se va pegando un portazo, eso hace que me sobresalte y me dé cuenta de que lo tengo delante y que ha presenciado algo que no debería.

Llevamos a solas unos minutos, pero ninguno ha dicho nada, únicamente nos miramos, nos comemos con la mirada y tengo que obligarme a mí misma a mirar hacia otro lado para no abalanzarme sobre él, porque no puede ser. Él es un hombre comprometido y lo que pasó anoche, no debería haber pasado y

eso será algo que siempre le recriminaré, si es que seguimos en contacto.

—Creo que no he venido en buen momento —susurra y niego, dándome cuenta, pues estando en silencio y solo mirándonos, era como si estuviéramos en trance.

—La verdad, no, aunque no sé para qué has venido. Además, ¿Cómo me has encontrado? —pregunté.

—Olvidas de que soy policía y puedo ver tus datos... cosa que no he hecho nunca, pero...

Se calla, ¿Qué ha querido decir con eso? Que es la primera vez que busca a alguien, que es la primera vez que está interesado, no creo, esto debe ser una broma de mal gusto y ya empieza a sacarme de mis casillas.

—Será mejor que te vayas, no tengo ganas de hablar y mucho menos contigo

—sentencio dándome la vuelta, pero él me coge del brazo y me acerca a su cuerpo, encendiéndolo, como si con solo sentir sus dedos mi cuerpo ardiera.

Niego con la cabeza, esto no puede ser, esto es una locura, no le conozco de nada y encima está a punto de casarse.

CAPÍTULO 7



Seguimos mirándonos, sigue con sus brazos rodeando mi cuerpo y me siento flotar, perdida en su oscura mirada, ¿Cómo podía hacerme sentir así con solo una mirada? ¿Cómo un hombre que no conozco puede llegar a tanto? Sus dedos acariciaban mi espalda y deseaba no tenerla tapada con la tela del pijama para poder sentirlos en mi piel, sentir sus manos recorrer todo mi cuerpo, tatuando cada parte de él en mí. No quiero estar así, no quiero que este hombre llegue a más, no quiero sufrir más por nadie y si él no se va, me estoy viendo en unos meses peor de lo que me dejó Álvaro.

—¿Me dejas ir a la cocina? Necesito beber agua —pregunté de pronto y él sonrió asintiendo.

—No me había dado cuenta de que te tenía agarrada. Lo siento —se disculpó y me soltó.

Caminé con las piernas temblorosas hasta la cocina, saqué la botella de agua de la nevera y me serví, siento su presencia y miro hasta la puerta, dejándome ver su cuerpo apoyado en el quicio, sus ojos achinados, intentaban averiguar algo más sobre mí y no sé porque, me siento con la necesidad y las ganas de hacer lo mismo con él, queriendo averiguar cosas de él.

—Esto es de locos —susurré para mí, pero me escuchó y se acercó un poco más.

Quería salir corriendo, pero mis pies no se movían del sitio, mi cuerpo parecía anclado al suelo y su cuerpo estaba casi rozando el mío. Su aliento mentolado chocó con mi cara y fue acercándose poco a poco, hasta que sus labios rozaron los míos y en ese momento, sentí como mi cuerpo entero se estremecía. Solo bastó un roce de sus labios para conseguir que cayera rendida, por eso decía que esto era de locos, porque lo que comenzó como un

calentón, se estaba convirtiendo en un juego peligroso en donde yo sería la única que sufriría, porque él después de aquí se irá con su prometida y se olvidará de mí. Pensar en la prometida, fue la clave para separarme de él y darle su bofetada, pero seguía sin borrar esa sonrisa que me mataba, porque le daba igual que le pegara mil cachetadas, si después conseguía que mis labios y los suyos se pegaran de nuevo, porque le daba igual que le gritara, si después de eso, podría llegar a desnudarme y hacerme suya. No sabía si era eso lo que pensaba, pero si lo parecía, o era lo que pensaba yo.

—Estas cogiendo una costumbre muy fea, Lara —habló con la voz ronca y cuando oí de su boca mi nombre y como lo había dicho, me perdí y me abalancé sobre él, sobre su boca, comiéndole la boca como ansiaba, mordiendo esos labios carnosos que tanto sonreían, queriendo dejarlos hinchados por mis besos.

Sus manos en mis mejillas, acariciándolas mientras que nuestros labios seguían dándose calor y sentí un pinchazo donde no debía, en el sitio menos indicado, en ese sitio prohibido para mí. Quise coger fuerzas para separarme de él, pero no podía, el calor me abrasaba y sus manos ya volaban por todo mi cuerpo, despojándome del pijama “estúpido” que volví a ponerme como segunda piel. Él se hizo cargo de hacer que este pijama odioso, se separase de mí, dejándome en ropa interior. Pero poco duré con la ropa interior y con maestría me quitó el sujetador y de un tirón hicieron trizas mis bragas de algodón. Se separó de mí un momento y contemplo mi cuerpo con deseo, deleitándose con lo que observaba. Entonces dejé que lo hiciera y comencé a desvestirle yo a él, quitándole primero la camiseta, dejando su duro pecho a mi vista, mis dedos rozaron su piel y vi como su vello se erizaba por mi contacto, me hizo sentir satisfecha y sonreí complacida, pues ya no era él el único que conseguía eso, yo también lo hacía.

—Esto no está bien —susurré con nuestros labios pegados, pero él hizo caso

omiso y seguimos el beso, profundizando.

Me cogió en brazos y enrosqué mis piernas en su cintura, sus manos agarrando mis nalgas, apretándolas a veces y acariciando otras tantas, así en esa posición, nos dirigimos hasta las escaleras y las subió rápidamente.

—¿Cuál es tu habitación?

—La primera puerta.

Todo eran susurros, entre besos y lamidas, porque ya nuestras lenguas habían entrado al juego. Abrió la puerta de una patada, caminó despacio, sin parar de tocarme y besarme, hasta que caímos en la cama, su cuerpo encima del mío. En esta posición, era mucho más placentero que anoche, pues de esta manera, podía sentirle al completo, piel con piel, su cuerpo desnudo... acariciando el mío, sus besos por todo mi cuerpo, volviéndome loca y haciéndome gemir desesperada por tenerle dentro de mí de una vez por todas.

—Di... dime tu nombre, por favor. —Gemí y sentí su sonrisa. Estaba en mi estómago, bajando con su lengua, hasta que llegó a mi intimidad.

—Rubén —respondió y luego hizo que gritara de placer, su lengua ahí abajo, lamiendo mi clítoris, volviéndome loca completamente.

—Para, por favor o terminaré antes —supliqué temblorosa, pues mi cuerpo ya estaba sintiendo los espasmos que el orgasmo experimentaba, pero Rubén no lo hizo, no paró y siguió con su tortura, con esa deliciosa tortura, hasta que grité de placer al llegar al clímax.

Subió e hizo que abriera mis piernas, y de un empujón entró en mí, llenándome por completo. Decir que antes me sentía vacía era una locura, pero así era. Antes de que Rubén llegara a mi vida, me sentía vacía, y por eso mismo sentía miedo, porque no era normal, pues solo lo conocía del día anterior. Pero los dos encuentros que habíamos tenido ayer fueron tan intensos, que me estaban haciendo delirar y no podía negar que ese delirio, era el que me estaba ayudando a enfrentar la situación que estaba a punto de

vivir. Su cuerpo se balanceaba y no paraba de entrar y salir a un ritmo dulce y precioso y yo no quería eso, yo quería que esto solo fuera sexo, únicamente un polvo de si te visto, y no me acuerdo, no el ritmo que esto estaba cogiendo. Después de haber terminado, su cuerpo seguía encima del mío, nuestras respiraciones seguían agitadas y así nos tiramos segundos o quizá habían sido minutos, no lo sabía con exactitud. Se tiró a mi lado y sosteniéndose en su codo, se puso de lado, me miró y me hice la dormida, tenía los ojos cerrados, no quería mirarle, no después de haber hecho lo mismo que anoche. Después de cometer de nuevo la locura con un hombre que no era mío, que tenía dueña, me sentía mal, muy mal, me sentía como si estuviera rompiendo una pareja y no quería sentirme así.

—No te hagas la dormida Lara, sé que estás despierta —susurró en mi oído—. Si quieres que me vaya, solo tienes que pedírmelo y me iré.

Abrí los ojos y lo vi sonreír, de nuevo se había salido con la suya. Mis ojos se clavaron en los suyos, me perdía en ellos de tal forma que su oscuridad me cobijaba, como si fuera mi escondite, convirtiéndose en mi favorito. Moví mi cabeza cerrando los ojos, no podía ser, esto no podía seguir, yo no era así. Lo de anoche tenía un pase, yo estaba borracha y no sabía que tenía a alguien, que se iba a casar, pero lo de hoy no estaba bien, sabiéndolo y sin estar borracha volví hacerlo.

—Rubén, esto no puede volver a pasar, por favor. No vuelvas a buscarme —dije mirando hacia otro lado—. No me conoces de nada, no sabes nada de mí y lo que yo sé de ti, es que te vas a casar y que estás aquí conmigo, mientras tu prometida te espera en su casa. —Se carcajeó y eso hizo que le mirase con los ojos bien abiertos y la mandíbula desencajada, ¿Qué se creía? Encima se iba a reír de mí.

—¿Que te hace pensar que no te conozco de nada? —Pregunta y frunzo el ceño—. Sí te conozco y más de lo que piensas. Sé que eres profesora y que,

aunque te gusta tú trabajo, no te llena lo suficiente, sé que te gusta Pablo Alborán, que es tu cantante favorito, sé que tienes tu carácter, el carácter andaluz corre por tus venas, sé que no bebes, aunque anoche te pasaste... Sé muchas cosas de ti, Lara —expresó y yo no me lo podía creer—. También sé qué quieres ser policía y aunque me consta que tienes carácter para serlo, no me gustaría, no quiero que te hagan daño.

—¿Cómo sabes tantas cosas de mí? Solo nos conocemos de un día y ya sabes tanto, ¿me has investigado? ¿Acaso usas tus influencias de policía para saberlo?

—No, pero tu hermano habla mucho de ti y el saber tanto, hizo que mi curiosidad se incrementara —respondió nervioso.

No entendía nada, esto no me estaba pasando a mí, esto no podía seguir, este hombre debía salir de mi vida ya, no podía volver a verle, no podíamos seguir con este juego peligroso.

—Yo también sé cosas de ti —hablé llamando su atención que en este momento recorría mi cuerpo de nuevo—. Sé que eres un pretencioso y gilipollas, que se cree que con solo una sonrisa y bonitas palabras cualquier chica cae a sus pies, también sé, que te vas a casar y que seguro tu novia está loca por ti, pero eres tan cabrón que no puedes ver más allá de tu culo —sentencié e hice que su cara cambiara a una de cabreo.

—Todo eso te lo dijo tu hermano.

—No me hizo falta, yo sola me he dado cuenta. Es lo que pienso yo.

Alzó las cejas y se levantó como un resorte de mi cama, comenzó a coger su ropa y a vestirse, lo había cabreado y aunque no quería que acabáramos así, era lo mejor, él tenía que seguir su camino y yo el mío. Cuando ya estuvo vestido, se paró por unos minutos, mirándome expectante, como si esperase que yo lo parara, que no lo dejara que se fuera, pero no hice nada, solo quería que se marchara de mi casa, de mi vida, para siempre, porque esto no se

podía repetir nunca más.

—Solo quiero pedirte disculpas por lo de anoche, debí decirte que tenía novia, pero... pero no sé qué me pasó. Lo siento. —Y después de esas palabras, se fue, salió de mi habitación y segundos después escuché el portazo de la puerta de la casa. Se había ido, lo eché, pero es lo mejor, era lo mejor para todos, incluido para mí.

Me levanté de la cama y me fui al baño, necesitaba una ducha, necesitaba relajarme, pero no sabía si eso conseguiría algo, pues no conseguía olvidarme de él y su mirada de decepción al decirle lo que pensaba, la cosa estaba en si lo pensaba de verdad o no, no lo sabía, no sabía si realmente pensaba eso de él, o simplemente fue mi subconsciente el que hizo que le dijera eso para que la coraza de mi corazón no se rompiera.

Cuando terminé de ducharme salí del baño y me dirigí al armario, iría a ver a mis amigas, les debía una disculpa por lo de anoche, me fui y no las dejé ni siquiera hablarme. Me vestí y salí de mi habitación, bajé las escaleras, cogí mis cosas y salí al frío de Madrid. Hoy hacía bastante frío y era de esos días en los que el pijama y la manta viendo una película, me gustaban más. Pero no podía hacerlo, tenía que ir a ver a las chicas, así que sin más me metí en mi Micra y arranqué dirección a la casa de mis locas amigas, ya que estas vivían juntas, compartían piso desde hacía más de dos años y a veces me entraban ganas de irme con ellas y creo, que al final, acabaré con ellas.

CAPÍTULO 8



Llevaba en el coche bastantes minutos, aparcada delante del apartamento de mis amigas, pero algo me decía que no debía entrar aún y por loco que parezca, era la primera vez que le hacía caso a mi subconsciente, así que por eso estaba sentada en el coche. Puse la radio para entretenerme mientras y la música de Carlos Rivera inundó mis sentidos. Era de esos cantantes que con solo oír la primera palabra te llevaba a otro mundo, por eso él, junto con mi Pablo Alborán, eran mis cantantes favoritos. La canción “Otras Vidas” sonaba y por instinto o no sé muy bien por qué, los ojos oscuros de Rubén entraron en mi mente para volverme loca. No sé qué me pasa con él, no sé qué sentí cuando escuché de sus labios mi nombre, no sé qué sentí cuando se fue de mi habitación y vi como lo hacía, viendo sus ojos tristes, pero ¿por qué? ¿Por qué un hombre como él apareció en mi vida? ¿Por qué con solo un día la puso patas arriba?

**No sé qué es lo que hice en otras vidas
¿A quién tuve salvar para que me salvaras tú?
Tal vez cure en la guerra mil heridas
Para que hoy en tus brazos encontrara la quietud
No sé si yo te encontré
O si me encontraste tú
No sé, que fue
Que es lo que hice que no lo puedo creer
Podría jurar, que es cosa de dios
Cuando te miro solo puedo agradecer
Lo que sucedió para poderte merecer**

**Que aún no lo puedo creer
No sé qué es lo que hice en otro tiempo
Para ahora encontrarme en este instante junto a ti
Tal vez fui el agua que bebiste en el desierto
Para que hoy seas quien me vino a revivir
No sé si yo te encontré
O si me encontraste a mí**

En ese momento, mi vista se clavó en el portal del edificio y Silvia salía de ahí. No podía creerlo, ¿Qué hace Silvia en casa de mis amigas? ¿Qué quería esa individua ahora? Las cosas se estaban complicando demasiado y ya me estaba viendo de patitas en la calle, después de todo, ¿acaso soy yo soy la culpable de todo? Parece ser que sí, puesto que, si me hubiera dado cuenta antes de las intenciones de mi amiga, no la habría metido en mí casa, en mi hogar y por consiguiente en mi cama.

—Pero que estúpida eres Lara Molina, ¿Cómo pudiste dejar que pasara? — me regañé a mí misma.

Cuando vi como Silvia desaparecía de mi vista, me bajé del coche y me encaminé hasta el portal de mis amigas, subí las escaleras, pues estas vivían en la primera planta, así que no subiría en ascensor. Llegué a su puerta y toqué el timbre, este se abrió a los tres segundos. Belén estaba delante de mí, mirándome con cara de mala leche y ya me imaginaba lo peor, a saber, lo que la tonta de Silvia les había contado. Me miraba, pero no me invitaba a pasar y ya me estaba desesperando. Luisa vino a mi rescate y me cogió del brazo, metiéndome en el interior del apartamento y todo bajo la atenta mirada de Belén.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Belén de mala manera.

—Hola a ti también, cuñadita —respondí con el mismo tono.

—Parad las dos y tengamos la fiesta en paz —habló neutral Luisa.

Nos matábamos con la mirada y lo peor es que no sabía por qué, pero si ella lo hacía yo no me iba a dejar amedrentar por ella, ni por nadie, ya estaba harta de ser la tonta del grupo, estaba harta de que me trataran como si fuera estúpida, estaba harta de todo y si Silvia lo que quiere es separarme de mis amigas y mi familia, espero que no lo consiga, porque entonces sí que me va a conocer.

—¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo? —pregunté algo más cabreada, no quería sonar así, pero parece que fue por instinto.

—Encima eres tú la cabreada. Manda cojones Lara, ¿Cómo puedes tener el descaro de estar así? Después de lo que pasó anoche ¡joder Lara! ¡Te acostaste con un tío comprometido! ¿Es que perdiste la cabeza? Desde luego es que los cuernos te han sentado fatal... —Terminó por decir, pero se calló de pronto, sabiendo que había metido la pata hasta el fondo. Yo no le respondí, únicamente me acerqué al sofá y me senté, ni siquiera la miraba, solo resoplaba, cabreada conmigo, con todos, con el mundo y no debería estar así, puesto que yo solo soy una estúpida que se enamoró del hombre equivocado, que no supo valorarme y que se fue con la primera fulana que se puso por delante y después apareció Rubén. Ese estúpido policía con voz sensual que... que me ponía cardíaca cada vez que me miraba y que sin saberlo me follé anoche y bueno esta mañana, ya sabiéndolo, pero es que soy débil, estoy débil y falta de cariño.

—Lo siento Lara, no quise decir eso —se disculpó, pero yo ya estaba a moco tendido.

—No lo hagas, tienes razón en todo lo que has dicho y sé que lo hice mal, que estuvo mal, pero te juro que no lo sabía, no sabía que Rubén está comprometido, aunque...

—Aunque ¿qué? Además ¿ya sabes cómo se llama? Anoche no tenías ni idea

—soltó de pronto Luisa que, hasta el momento estaba al margen de todo.

Me quedé mirándola, luego miraba a Belén, pero mi boca no articulaba palabra, parecía que me comió la lengua el gato o que me la arranqué y la tiré a la basura junto con mi orgullo de mujer cornuda... Joder, si es que yo misma me digo las cosas, si es que soy patética, tan patética que me dejo llevar por un desconocido.

—Lo has vuelto a ver ¿verdad? —Afirmó Belén y yo asentí con la mirada en el suelo—. ¿Cuándo?

—Al mediodía, aunque antes recibí dos visitas más y estoy en problemas chicas. El policía no es ahora el mayor de mis problemas, creedme —respondí haciendo una mueca de disgusto.

Mis amigas se sentaron a mi lado y me cogieron de las manos, yo sabía que ellas estarían para mí y que si estaban enfadas no les duraría mucho, pues a mí con ellas me pasaba lo mismo, nos queríamos demasiado para que alguien nos separara por gusto propio, éramos familia, éramos hermanas.

—Silvia estuvo aquí... antes de que tú vinieras —declaró Belén—. Vino a darnos esto y a ponerte a caldo también, pero sobre todo para esto —afirmó entregándome un sobre.

Lo cogí con manos temblorosas y le di la vuelta para leer lo que tenía grabado, unas lágrimas estúpidas salieron de mis ojos, yo ya sabía que eso pasaría, pero algo en mí no quería creerlo, pero ahí está, aquí lo tenía en mis manos, su invitación de bodas.

Nos complace invitarle a nuestro enlace matrimonial. Tendrá lugar en la iglesia de San Jerónimo, el día veintidós de abril a las cinco de la tarde...

Álvaro y Silvia.

No quise leer más, no quería saber más sobre ese “enlace de mentira” no quería hablar más de ellos y de cómo jugaron conmigo. Belén cogió mi cara y limpió mis mejillas con sus pulgares, no dejándome caer, ellas estarían para

ayudarme a superar todos los baches que la vida me estaba poniendo, sin ellas no sé qué sería de mí, ni donde o con quien estaría.

—No llores más, no se lo merecen... ninguno de los dos se merece que estés así. Tú vales mucho Lara y eso es algo que tienes que ver por ti misma y por lo visto alguien más lo vio —expuso con picardía.

—No tienes remedio Belén y yo menos ¡Joder! Me he acostado con él dos veces y es un gilipollas, pero un gilipollas que hace que mi cuerpo le pida a gritos sus atenciones —afirmé respondiendo a su comentario—. Creo que me volví loca después de lo del gilipollas de mi ex.

Las tres soltamos una carcajada y nos abrazamos, me sentía mejor ahora que lo había soltado todo. Me quité un gran peso de encima y todo gracias a ellas que, eran las mejores amigas que me pude cruzar en el camino y no las cambio por nada ni nadie. Después de eso, llegó la hora de cenar y yo desde ayer no comía nada, así que Belén pidió unas pizzas y me quede con ellas, obligándome a quedarme a dormir también. Un rato después de pedir las pizzas llegó el repartidor y nos las entregó. Cenamos tranquilas, hablando de todo un poco, era una noche de chicas y me sentía tranquila, me estaban ayudando a olvidar el tema casa y Rubén y tenía que agradecerse a ambas, ya que si no hubiera venido hace unas horas, ahora estaría recogiendo mis cosas para irme de mi casa, cosa en la que se negaron en rotundo, diciéndome que me ayudarían a conseguir quedarme con mi casa, porque era eso, mi casa y de ahí no me podía echar nadie y menos mi ex marido, después de revolcarse con otra.

—Lara ¿Qué piensas hacer con lo del trabajo? ¿De verdad quieres ser policía o solo es porque conociste a Rubén? —pregunta Luisa haciendo que me lo piense, pues no lo sabía, no sabía si era porque quería hacerlo o porque conocí a Rubén.

—No lo sé, no sé nada desde ayer... me siento perdida, como si ese hombre

hubiera entrado en mi organismo y no quisiera salir. Es... es como cuando coges un virus, lo único es que él es un virus agradable y también hace que caiga en la cama —respondí por un momento seria, pero después quise quitarle un poco de hierro al asunto, ya que mis amigas me estaban mirando raro, como si yo estuviera loca y lo que les decía era una auténtica locura.

—Lara, a nosotras no nos engañas, ¿lo sabes verdad? —preguntó Belén y asentí sintiéndome ridícula—. ¿Te gusta ese hombre?

—Más que el chocolate —respondí haciéndolas reír—, pero es extraño, él es rudo, un hombre de esos que te sacan de quicio, pero tiene la maldita maña de hacer que me guste así, tal y como es... Diréis que estoy como una puta cabra, pero solo lo conozco de dos días y ya pienso en él a todas horas, no sé qué coño me hizo, ¿será que me hizo brujería? —afirmé burlándome.

Me levanté y fui hasta la nevera, tenía la boca seca y es que cada vez que pienso en él, se me seca, como si llevara días sin beber nada. Es increíble lo que provoca en mí solo con pensarle, solo con ver su mirada. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¿Es que no hay más mujeres en este mundo? Porque para un revolcón sirve cualquiera, pero yo, yo era de las que querían relaciones largas, con tres hijos y una casa en la playa, si en la playa, porque quiero vivir en Almería, y no creo que demore mucho más en hacerlo, incluso podría llegar a un acuerdo con Álvaro, vendiéndole mi parte y comprándome un apartamento allí, aunque también puedo vivir con mi “Nona”. Ella es mi abuela, pero se llama Magnolia y no le gusta y como tampoco quería que la llamáramos abuela, empezamos a decirle Nona. Volví a sentarme con las chicas, con una cerveza en la mano y las miré a ambas.

—Quiero vivir en Almería —dije y ambas me miraron como si ya hubiera perdido la cabeza del todo.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca? —Negué, por primera vez tenía algo claro en la vida, me iría a Almería y cogería una plaza allí de profesora en

otro colegio, sé que las cosas están mal, pero a lo mejor tengo suerte o si no, también puedo hacer las oposiciones de policía, pero lejos, lejos de todos, de mi pasado, de él. Es lo único que quiero, separarme de la tentación, porque Rubén para mí es una tentación y no quiero que esto se convierta en un juego, en el cual solo él se divertirá, porque sé que yo acabaré enamorada y tirada como un trapo sucio y no estoy dispuesta a pasar por lo mismo otra vez, eso nunca.

CAPÍTULO 9



Las dos me miraban, esperaban una respuesta clara que las convenciera, pero es que no tenía que convencer a nadie, simplemente quería irme, pasar página y esperar... esperar a la segunda oportunidad que la vida siempre te regala después de un fracaso. Esa oportunidad no me había llegado todavía y si no la conseguía aquí, lo haría en Almería. Antes de responderles, se escuchó el timbre de la casa y Belén fue a abrir la puerta, no sabía quién era, pues no esperaba a nadie ya que mi hermano estaba trabajando. Abrió la puerta y por la está, entra mi hermano, Cristian y, “él”. Los tres venían uniformados y cuando sus ojos y los míos se encontraron, mi corazón se paralizó, ¿Por qué me ponía así? Su mirada era de preocupación y vi la intención en su cuerpo, quería acercarse a mí, pero no podía, entonces mi hermano corrió hasta a mí e hizo que me levantara para supuestamente comprobar que estaba bien, no entendía nada.

—Eh, ¿Qué pasa? Estoy bien —hablé nerviosa cogiendo la cara de mi hermano. Tenía la mirada perdida y los ojos aguados, de verdad que me estaba asustando—. Martín me estás asustando, de verdad dime que pasó, ¿por qué estáis aquí? —pregunté haciendo que me mirara.

—Estás bien, estás aquí...

—Martín, por favor. Habla de una vez.

—Lara —habló Rubén y le miré—. Creímos que estabas muerta —expresó y fruncí el ceño.

—¿Muerta? Pero ¿por qué habéis pensado eso? Llevo aquí toda la tarde y esta mañana... —callé, no quería que mi hermano y su mejor amigo supieran que habíamos estado juntos.

Belén fue a la cocina a preparar una tila para mi hermano, este estaba tan nervioso que no podía si quiera hablar conmigo, ni mirarme, estaba temblando de miedo y no me gustó verle así y menos por algo que no ha pasado, ¿muerta? No me lo podía creer, ¿Cómo pensaron eso y por qué? Mi cuñada llegó con la tila en las manos y se la dio a mi hermano, este la cogió y se sentó en el sofá, pero prácticamente tiró de mí para que me sentara junto a él.

—Rubén, explícame que ha pasado, por favor —pedí con la voz temblorosa. Mi hermano tenía mi mano derecha agarrada y la apretaba tanto que tuve que pegarle para que reaccionara, estaba totalmente ido y de verdad que estaba muy asustada. Entonces me miró y rompió a llorar, todo esto antes de que Rubén me contara todo.

—Tuvimos un aviso, por lo visto encontraron tu coche en un descampado envuelto en llamas y como no te encontramos por ninguna parte y os llamamos a las tres y nada, pues nos temimos lo peor —explicó y no lo podía creer, ¿Quién podría haber hecho eso? Robaron mi coche y le metieron fuego, ¿Cuál era su cometido, acabar conmigo? Me estaba asustando y Rubén se dio cuenta, parecía saber ya mis estados de ánimos, pues con él he tenido varios.

—Perdonarnos, apagamos las tres el móvil. Necesitábamos una tarde de chicas sin novios pesados, amigos babosos y policía tentadores —respondió Belén y cuando lo hizo, Rubén me miró con un aire de picardía, me sonrió y sentí que moriría de verdad, pues era la sonrisa más perfecta que había visto en mi vida—. ¿Ves lo que te digo? —preguntó mirándole a él, al policía de mis sueños. Este negó y se dio la vuelta para irse.

Salió de la casa y Belén me hizo una señal con la cabeza, instándome a buscarle, pues el pobre parecía preocupado por mí de verdad. Me levanté bajo la atenta mirada de mi hermano, pero mi cuñada se sentó a su lado para

que no pensara en mí, salí del apartamento y bajé las escaleras, salí a la calle y el frío y la lluvia me dio de pleno, ni siquiera sabíamos que estaba lloviendo. Al salir, lo busqué con la mirada, hasta que lo vi caminado hasta el coche patrulla, corrí hasta él y le grité para que esperara, no quería que se fuera así y no sabía por qué, pero necesitaba besarle, necesitaba cobijarme entre sus fuertes brazos, que me librara de tanto demonio suelto que pretendía hacerme daño.

— ¡Rubén espera! —grité varias veces, hasta que me escuchó y paró en seco, justo antes de arrancar el coche. Se bajó del coche y corrí hasta él.

Cuando le alcancé, me aferré a él, a su cuerpo, me aferré y no quería salir de entre sus brazos. Me estaba volviendo loca, pues no debería estar sintiendo esto, no tan pronto, no así, pero fue un flechazo ¿o que fue? No lo sé, solo sé que le necesito y que no quiero que se case. Levanté la mirada y nuestros ojos se encontraron. Su mirada clavada en la mía, sus labios buscaron los míos y me besó, me besó dulcemente y de todos los besos que me había dado en tan poco tiempo, este, sin duda, era el mejor y no quería que acabara nunca. Pero esto era una locura, una autentica y tentadora locura, que acabaría con mi cordura, perdiéndome totalmente, sin saber ni quién soy, ni lo que soy. Solo sé lo que quiero hoy, ya veremos qué pasa mañana.

Al separarnos, nos miramos y me sonrió, matándome más si podía. Entonces en ese momento pensé que no debería seguir con el juego, que no debería sentir nada por él, que iba a sufrir demasiado viendo cómo se casa con otra, viendo como une su vida a otra mujer y yo me quedaré sola y hundida del todo, porque no lo soportaré, así que esto me hizo darme cuenta, que irme a Almería, sería una buena idea, irme por un tiempo, hasta que se me quitara la tontería de pensar en él, hasta que me olvidara de su sonrisa y sus besos, los pocos besos que en dos días me había dado y que tanto me habían llenado, ¿es posible? Hay quien dice que el amor a primera vista no existe, pero yo

creo que sí y aquí está la prueba de ello.

—No sé qué me pasa contigo —susurró con nuestros labios pegados—. No es posible que, con solo verte una vez, una sola vez en mi vida y ya no puedo apartarte de mi mente.

—A mí me pasa lo mismo, pero...

—¿Pero? —preguntó—. Ya... lo sé y lo siento ¡joder! De verdad que no contaba con esto, no contaba con conocerte algún día, no contaba que al verte me pasaría esto —expresó y yo sentí desfallecer.

—Lo siento Rubén, pero hoy será la última vez que me veas —hablé nerviosa y me miró con el ceño fruncido mientras negaba—. Me voy, ya lo tengo decidido y me acabo de dar cuenta que es lo mejor para los dos, para mí. Porque tú te casaras y yo... yo pasaré a segundo plano en tu vida y no quiero sufrir, no más. Lo siento. —Me separé de él y me di la vuelta, para regresar a casa de mis amigas, necesitaba que Belén o Luisa me llevara a mi casa para coger mi ropa, mañana a primera hora me iría y nada ni nadie, me haría cambiar de parecer.

Entré en el apartamento y mi hermano estaba en el mismo sitio, desde que salí a la calle, las chicas al verme empapada vinieron hasta mí, aunque no solo fue por eso, sino porque entré con la cabeza gacha y apenada, incluso podría jurar que tenía alguna que otra lágrima rodando por mi mejilla, pero no lo sabía, pues si era así, se mezclaban con las gotas de lluvia. Mi hermano se levantó para hablar conmigo, pero mi cuñada lo paró.

—No es el momento cariño. Déjala que descanse y mañana veremos todo con más claridad ¿sí? —dijo Belén.

—Pero necesito hablar con ella.

—Pero nada Martín, por favor, deja que ella misma hable contigo, hoy necesita estar sola. Iros, si pasa algo, os aviso ¿vale? —sentenció y echó a mi hermano y a Cristian que no habló desde que llegaron y lo agradecí. La

verdad no me interesaba lo que dijera él.

Cuando por fin consiguieron echarlos, ellas me ayudaron a sentarme y a secarme, pues yo estaba totalmente ida, no lo entendía, no podía llegar a entender cómo pasó todo esto en solo cuarenta y ocho horas y es que, ¿en qué momento comenzamos a sentir lo que sentimos? Yo creo que desde que lo vi por la mañana y me puso la multa, ya no pude apartarlo de mi mente y luego sentirlo dentro de mí, mientras acariciaba en mi piel. Después de estar un rato mirando a la nada, me levanté como si nada y cogí algo de ropa del ropero de Luisa, ya que ella y yo teníamos más o menos la misma talla, En cambio Belén es mucho más delgada. Sin decir nada, no podía ni quería hablar y ellas me entendían y respetaban, cosa que agradecí, aunque también sabía que no iba a durar mucho el silencio que compartíamos las tres.

—¿Podéis llevarme a mi casa a recoger mis cosas? —pregunté haciendo que ambas, se sobre saltaran, pues no me habían visto salir de la habitación.

Belén se levantó y se acercó a mí, agarró mis manos y luego me abrazó. Yo no quería que sintieran pena por mí, no tenían por qué, no se había muerto nadie, lo único que pasaba, era que el hombre que me gusta estaba comprometido y se iba a casar, solo eso.

—Lara, podemos ir mañana, no hace falta que salgas hoy. Almería no se va a mover de Andalucía cariño —respondió Belén con dulzura, pero negué, yo quería irme ya, hoy mismo.

—Lo siento, pero necesito irme ya, necesito salir de aquí.

—Estás huyendo y eso es de cobardes —rebatí de nuevo.

Me encogí de hombros y comencé a coger mi bolso para irme yo misma, si no me llevaban, cogería un taxi y todo arreglado. Si no podían entender mi necesidad de huir, de escapar de lo que se me presentaba de pronto, es que realmente no me conocían. Me acerqué a la puerta y Belén me cogió del brazo, tirando de mí.

—¡Joder Lara! Espera ya vamos, que pesada eres, no puedes esperar a mañana como todo el mundo. Tiene que ser ahora, en seguida.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —respondí con un poco de pena, no se merecían que las tratase mal, pero me salía solo, estaba un poco desganada y la culpa era mía, por fijarme en quien no debía.

El amor es el sentimiento que todos buscan, pero es tan bipolar que a veces queremos que se vaya, que se largue y que no vuelva más... pero eso se te olvida cuando te enamoras de esa persona, de la que estabas esperando y yo no sabía por qué, pero tenía la sensación de haberla encontrado, aunque en un momento negativo para ambos, así que lo mejor era desaparecer por un tiempo, solo hasta que las cosas se calmaran, solo hasta que pudiera volver a mirarle y no sintiera la tentación de correr hasta sus brazos y besarle.

—Está bien, vamos, pero hoy no te irás, primero tienes que hablar con tu hermano y despedirte de tu padre. No creo que le haga mucha gracia que te vayas sin despedirte y mucho menos sin decirle el motivo —habló Luisa y asentí, tenía razón, eso sí que lo haría.

—Pues vamos a mi casa, cogemos mis cosas y luego me dejáis en casa de mi padre. Dormiré esta noche allí y si mi hermano quiere, que venga también, así mato dos pájaros de un tiro. —Después de eso, salimos del apartamento y en el coche de Luisa, fuimos hasta mi casa para poder recoger mi ropa.

Al llegar, aparcó y las tres salimos del coche, caminamos hasta mi casa y abrí la puerta, todo estaba en silencio, todo a oscuras, así estaba mi hogar desde hace meses y esa etapa de mi vida, aun no la tenía superada, yo creo que por eso siento cosas por Rubén, pues me ha pillado bastante vulnerable y eso ha facilitado las cosas, aunque tampoco podía echarle la culpa a eso por mi falta de cabeza, pues tenía que haber estado más atenta y no estaría así ahora, triste y a punto de irme, a punto de dejar mi hogar para siempre, a punto de dejar mi vida atrás por un buen tiempo.

CAPÍTULO 10



Mis amigas entraron tras de mí y Luisa encendió la luz, ya que no se veía nada, ya era de noche. Al encenderla, subí las escaleras y fui hasta mi habitación para meter el máximo posible de mis cosas en una maleta, pues esta noche ya no dormiría aquí y tampoco volvería, así que ya tenía que llevarme todo. Cogí la maleta del altillo y comencé a vaciar el armario y metiéndolo todo sin doblar en la maleta, sabía que así no me iba a caber nada, pero estaba tan agobiada y desesperada que me daba igual que la ropa llegara arrugada o que tuviera que coger tres maletas más, de igual forma me iría en coche a Almería. Menos mal que Luisa me había dejado su coche, ya que el mío estaba calcinado, cada vez que lo pensaba me cabreaba, pues me había costado mucho ese coche, esfuerzo y trabajo duro durante bastante tiempo.

En ese momento entró en la habitación Belén que, al ver mi desesperación se acercó a mí y me abrazó por la espalda, quise zafarme de su abrazo, pero me impidió.

—Para Lara. Tienes que tranquilizarte, nunca te había visto así ¿Qué te ocurre? ¿Es por él, por el policía? —preguntó una vez me di la vuelta para mirarla.

La ignoré y seguí en mi tarea, ya no aguantaba más estar entre esas cuatro paredes, la casa me asfixiaba y todo por los recuerdos, porque entre estas cuatro paredes he sido feliz con Álvaro por mucho tiempo y después también he estado con Rubén, cosa que me martirizaba aún más.

—Déjame Belén, tengo que recogerlo todo, tengo que irme lo antes posible de aquí —respondí sin mirarle.

Ella quiso pararme, quiso que le dijera que me pasaba, pero es que ni yo misma sabía que me pasaba, no me entendía ni yo. Tampoco podía decir que

me había enamorado de un desconocido, eso era totalmente imposible, pero por algo huía ¿no? Yo no soy una cobarde, ni siquiera le tengo miedo a Silvia, ya que me amenazó con sacarme de mi casa con una orden del juez, todo eso me jodía, pero me daba igual, pues si un juez dictamina que tengo que abandonar mi hogar, lo haré, no podía quedarme en esta casa en donde tantos recuerdos me martirizan día a día, porque aunque he sido muy feliz aquí, también he sido desdichada, también fue testigo del hundimiento de mi matrimonio y eso es algo que nunca iba a olvidar y sin me quedaba en esta casa, menos.

—Lara tranquila, por favor. Yo te ayudaré en lo que haga falta, pero no tienes por qué irte de aquí... ¡Estamos nosotras, tu familia joder! ¿No te vale eso para quedarte? —propuso y asentí, pero no me iba porque me sintiera mal con ellos, me iba porque yo lo necesitaba.

—Belén... No me voy porque esté mal con vosotros, me voy porque lo necesito, necesito pasar página, necesito vivir otra vida. Aquí me ahogo —respondí tranquila—. No te preocupes, solo me iré por una temporada. No te creas que te voy a dejar sola con todos los preparativos de la boda ¿estás locas? Además, mi hermano es muy cansino, así que tampoco dejaré que lidies con él tú sola, cariño —expuse y sonrió.

Por fin le hacía ver las cosas como yo las veía, únicamente necesitaba un voto de confianza, aunque solo fuera por su parte, ya que sabía que mi padre se iba a oponer a que me fuera con mi “Nona”, pero me daba igual, ya era mayorcita para estar pidiendo permiso y sí o sí, me iría.

Después de media hora en las que casi eché a mis amigas de mi casa, se fueron, no querían dejarme sola y a sol ni a sombra, pero al final conseguí que se fueran y me dejaran sola para recoger lo poco que me quedaba, aunque se fueron obligándome a prometerles que me iría a casa de mi padre a dormir, ya que no se fiaban de Silvia. Cosa en la que no les haría caso, pues siendo

mi última noche, la pasaría en la que fue mi casa durante cinco largos años, en los que compartí muy bellos momentos con mi ex y en lo que he sufrido también. Creo que dejar la casa es lo mejor que voy a hacer después de todo, pues sabía que, si me quedaba y luchaba por ella, iba a sufrir aún más y mi cuerpo y mi corazón no estaban preparados para eso, necesitaba descansar de una vez y por un tiempo.

Cuando terminé de guardar todo en varias maletas y dos cajas, comencé a bajarlas al salón para después meterlas en mi coche. Salí para comprobar que ya no llovía y menos mal que ya había escampado, salí con dos maletas en mis manos y me acerqué al coche de Luisa, lo abrí y metí en el maletero las dos maletas. El coche de Luisa era más grande que mi Micra y me cabría todo. Volví a entrar en la casa para coger las otras maletas y al salir, una mujer rubia y embarazadísima estaba echada en el coche de Luisa, algo me dio mala espina, pues, aunque no la conocía, no me inspiraba confianza. Me acerqué ignorándola y volví a meter las maletas en el maletero, una vez guardadas, me la quedé mirando, pues no se iba y no entendía que quería, ya que ni nos conocíamos.

—Perdona, ¿puedo ayudarte en algo? —pregunté acercándome a ella.

—¿Eres Lara Molina? —respondió preguntándome. Asentí—. Soy Lucía, la novia de Rubén.

Cuando dijo su nombre paré en seco, nunca me habría imaginado recibir la visita de esta mujer, ya que se suponía que ella no sabía nada de lo que pasó entre su prometido y yo. Y si se enteró, puede que se lo dijera la misma persona que quemó mi coche o ella misma podría haberlo quemado cabreada. Estaba hecha un lio y en vez de estar tranquila, estaba a punto de explotar y no quería pagarlo con ella, pues el último culpable era él. Bueno yo también era culpable, pero solo por muy poco. Él me sedujo, yo no hice nada, yo soy soltera y no le debo cuentas a nadie, en cambio él, era un cabrón que, aun

estando comprometido con una mujer un poco embarazada, la engañó conmigo y se aprovechó de mi vulnerabilidad para volver a conseguirlo.

—¿A qué debo su visita? —pregunté un poco intrigada.

Me sonrió con malicia y eso me hizo ver sus malas intenciones en la visita. Al ver que no respondía, me di la vuelta para volver al interior de la casa, tenía que sacar las cajas y ya lo tendría todo guardado. Cuando iba entrar, me llamó:

—Quiero que dejes de verle... por tu bien, deberías hacerme caso —escupió cabreada.

Me di la vuelta y la miré con el ceño fruncido, ¿qué se creía? No iba a venir a darme ordenes, ella no era nadie y el dejar de ver a Rubén es algo que ya tenía más que decidido, pero lo hice por mí, no por ella. Caminé en su dirección y me acerqué lo más posible para que me escuchara, no me iba a dejar vacilar por nadie y menos por ella.

—¿Quién te crees que eres para venir aquí y darme ordenes? Será mejor que te vayas. Yo que tú, me haría caso —respondí con el mismo tono que ella.

—Te crees importante ¿verdad? No eres nadie para él, únicamente un polvo de una noche y nada más, pero después siempre volverá a mí, siempre lo hace ¿y sabes por qué? —Preguntó y yo negué, aunque no tenía ganas de oír nada más—. Porque él está atado a mí y siempre lo estará, porque este hijo es suyo y será su orgullo y no va a dejar atrás por lo que ha luchado, por estar con alguien como tú, alguien que no consiguió retener ni a su propio marido ¿Tú crees que alguien tan insignificante puede arrebatarme lo que es mío?

—Creo que te lo tienes muy creído y que muy pronto te caerás de esa nube de algodón en la que seguro tu familia de ricachones te tiene alzada. No esperes que haga las cosas por ti, si yo decido dejar de ver a alguien, es porque a mí me da la gana, no porque una niña consentida me lo diga —suspiré—. Ahora si no te importa, tengo cosas más importantes que hacer, que estar perdiendo

mi valioso tiempo contigo. Adiós —sentenció y me despedí para luego darme la vuelta y volver a mis quehaceres.

Al entrar en casa, cerré de un portazo y pegué mi espalda a la puerta. Me sentía humillada, más que cuando me enteré del engaño de Álvaro, lo único que no entendía era ¿por qué me sentía así? No debería, no tenía derecho a sentirme así.

—Está embarazada, encima está embarazada. Será cabrón, ¿Cómo se le ocurre jugar conmigo así? —Susurré en la misma posición.

Me fui hasta la cocina y cogí una lata de coca cola, sería la última que me bebería en mi casa, caminé hasta el salón y me tumbé en mi sofá, ese que tanto me gustó el día que redecoramos la casa, podía ver cada recuerdo que guarda estas cuatro paredes, como si estuviera viendo una película en directo. Cerré los ojos y recordé, los recuerdos es lo único que no me había quitado nadie y que no dejaría que me quitaran.

Flash back

—Cariño, acabo de ver en una revista un sofá que “uf” —dije suspirando. Álvaro cogió la revista y me miró a mí, sonrió y ya sabía yo lo que esa sonrisa significaba.

Habíamos terminado las obras, pues la casa estaba bastante anticuada y al casarnos decidimos hacerlo para vivir más cómodamente, además preparamos una habitación cerca de la nuestra, ya que nuestra mayor ilusión era ser padres. Ese día después de haber almorzado, decidimos ir a comprar el sofá que tanto me había gustado, aunque yo sabía que a él también le gustaba, realmente lo compraba por mí, pues siempre decía que, con solo ver mi sonrisa, haría lo que fuera que me hiciera sonreír así y poder verlo él día a día. Estábamos muy enamorados y muy felices y la verdad el habernos casado después de dos años de noviazgo lo que hizo fue afianzar la relación entre nosotros. Todo el mundo decía, incluida mi mejor amiga Silvia, que una

vez casados se pierde la magia de cuando somos novios, ya no se cometen las mismas locuras por amor, ya no más detalles porque sí, ya nos más “te amos” y besos de buenas noches. Esas cosas que supuestamente solo se hace de novios, con el matrimonio se pierden y creo que por eso seguía yo feliz, pues a nosotros esas tonterías que decían no nos había pasado, seguíamos siendo igual de pegajosos y empalagosos.

Flash back

Recordar ese día hizo que unas lágrimas traicioneras salieran, pero me las limpie de inmediato, no iba a llorar más por alguien que no merecía la pena, alguien que no le importó dejarme tirada después de todo lo que habíamos pasado, porque no tuvo los cojones de seguir adelante después de todo, porque se fue por la vía fácil y me dejó tirada, pisoteada y hundida, pero algo tenía muy claro, no le iba a dejar que viera como me sentía, no iba a dejar ver mi dolor. Yo sería feliz, y si no es en Madrid, pues será en Almería con mi “Nona”.

CAPÍTULO 11



Esa noche dormí ahí, en el sofá, mi sofá preferido y era la primera noche desde meses que dormía de verdad. A la mañana siguiente me levanté muy temprano, tenía que ir a casa de mi padre para poder despedirme de él y de mi hermano, menos mal que de las chicas me despediría en el bar de Luisa, allí había quedado con ellas para almorzar, para luego por la tarde emprender camino a Almería, camino hacia la libertad y a lo mejor incluso hacía la felicidad, cosa que no se sabía, pero que se intentaría. Cuando desayuné, caminé hasta las escaleras que daban a las habitaciones, iría a ducharme antes de salir, pues sería la última ducha que me iba a dar en mi casa, pero antes de subir el primer escalón, llamaron a la puerta y bufé desesperada, pues podría ser Silvia de nuevo para echarme y no tenía ganas de discutir. Me acerqué a la puerta y la abrí y no me lo podía creer, no podía creer que estuviera frente a mí, el dueño de mis dolores de cabeza, ¿Qué querrá otra vez? Yo lo único que quería era irme y pasar página, olvidarme de todos y de todo.

—¿Qué haces aquí? No deberías venir aquí, tú novia podría verte y...

No me dejó terminar, pues sus labios ya estaban tapando los míos, besándome con pasión, llenando mi alma de remordimientos, unos remordimientos placenteros y que me llevaban al mismo cielo. No podía descifrar lo que mi cuerpo sentía cuando sus manos me tocaban, no podría decir con exactitud lo que mi pecho sentía cuando sus labios me besaban y lo peor de todo, no quería saberlo, pues de hacerlo, sufriría y eso es lo que menos quiero. Nuestros labios no se separaban, solo querían estar unidos y nuestros cuerpos ya estaban deseosos por estar igual, unidos en uno, como si solo existieran ellos, excitados, latiendo a mil por hora. Me cogió en brazos y me subió hasta mi habitación. Por más que yo quería parar no podía, ¿por qué

no podía? ¿Qué me pasaba con este hombre? ¿Qué tan loca me estaba volviendo por él? Esto se estaba convirtiendo en un juego muy peligroso y lo único que yo quería era desaparecer, pero algo dentro de mí, me decía que me quedara, que no me alejara de él, pero no podía, eso lo pedía mi cuerpo, pero mi cabeza no.

—No te vayas, por favor —susurró en mi oído al separar nuestros labios.

Mi corazón latió desbocado y nunca, nunca me había latido de tal manera. No lo podía permitir, nuestros encuentros habían sido solo sexuales y en solo pocos días y no podía permitir que mi corazón latiera así por una simple petición que, después de todo me haría sufrir a mí. Me separé de él para poder poner distancia entre ambos, eso hizo que me mirase incrédulo porque lo hiciera, como si pensara que caería a sus pies por unas pocas palabras bonitas. Yo no era así, hacía tiempo que no permitía que nadie me manipulara y mucho menos engañara.

—No puedes pedirme eso, no tienes derecho —hablé suspirando mientras caminada de un lado al otro de mi habitación.

Rubén miraba con atención todos mis pasos, hasta que se puso en pie y me paró, colocándose justo delante de mí. Levantó mi cara agarrando mis mejillas y ese acto me ponía las cosas más difíciles, ¿Por qué tenía que ser tan débil? No debo pensar en él de otra manera, no debo pensar en él ni sentir nada por él. Por dios es un desconocido que en pocos días se estaba metiendo en mi organismo, será que me pillo con las defensas bajas porque no lo veo normal. No soy una mujer enamoradiza, nunca me había enamorado así tan rápido, aunque realmente no sabía que significaba esa palabra ¿Amor? ¿Qué es eso? Si una persona te ama no te hace lo que a mí me hizo Álvaro, lo que Rubén le estaba haciendo a su prometida, a no ser que no esté enamorado de ella.

—Vale, no tengo derecho, pero... No quiero que te vayas así. Lara ¿sabes

una cosa? Desde que tu hermano me comenzó a hablar de ti quise conocerte —habló nervioso y yo me alejé de nuevo—. No te alejes... Por favor, solo dame tiempo y veremos qué pasa.

Comencé a negar, no podía darle lo que me pedía. Era como poner mi corazón en bandeja de plata y no lo iba a permitir, así que sí, lo tenía decidido y me iría un tiempo largo, no sabía cuánto tiempo, pero me tomaría todo el que necesitara para poder olvidar estos días de locos y poder olvidar de una vez el fracaso de mi matrimonio.

—Lo siento, pero ya lo tengo decidido y tú... tú deberías irte con tu prometida y tu futuro hijo —declaré y me miró sorprendido, parecía que no sabía que supiera lo del embarazo—. ¿Creías que no lo sabía? Pues sí, lo sé y únicamente eso me hizo planteármelo todo, porque yo podría pensar que no quieres estar con ella, pero con un bebé de por medio. Lo siento, pero no me quedaré aquí para verlo —expliqué nerviosa—. Será mejor de que te vayas y te olvides de mí y sobre todo de esto —dije señalándonos a ambos y él negó—. En realidad, me da igual lo que quieras hacer tú. Yo lo haré por los dos, olvidando todo.

Me puse en la puerta de mi habitación y se la señalé para que saliera, cuando lo hizo yo también salí y bajé con él para acompañarle hasta la salida. En la puerta de mi casa se paró y se dio la vuelta, me miró con súplica y le volví la cara, no quería mirarle porque sabía que si le miraba me costaría mucho trabajo alejarme de él. Se acercó a mí y agarró mis mejillas para que lo mirase, lo hice y pegó nuestros labios. No me aleje, no pude hacerlo y ya lo tenía de nuevo con sus labios besando los míos, pero sería una despedida, una dulce y excitante despedida. Me cogió y me pegó en la pared, sus manos volaban por todo mi cuerpo, desnudándome, dejándome completamente desnuda ante él, cuando lo consiguió, tocó mis pechos con sus dedos, acariciando los pezones con una dulzura aplastante y aunque este encuentro

era otro de esos pasionales que habíamos tenido, tenía que decir que también era dulce, muy dulce. Besó mi cuello, lamió mis pechos con ansias, devorándolos mientras yo gemía loca de placer. Me cogía cual muñeca de trapo, pues yo era muy pequeña ante él, su cuerpo grande y fibroso me cogían con fuerza para no dejarme caer. Comencé a levantarle la camiseta y dejé su pecho al descubierto, los músculos de sus brazos se tensaban al cogerme con más fuerza, pues estaba maniobrando para poder quitarse los pantalones y poder llenarme por completo. Cuando lo consiguió me penetró con una fuerza brutal y grité, grité de mil maneras posibles, loca de deseo, loca por él. —No te vayas —insistió.

Cerré los ojos, solo quería deleitarme de lo que ese momento me regalaba, sin querer pensar en nada más que eso. Sus manos recorrían toda mi piel, mientras entraba y salía con rapidez dentro de mí. Sus embestidas eran duras y llenas de locura, una locura que ambos teníamos y que solo se nos quitaba así, de la manera más rebelde, de la manera más apasionante. De pronto me miró y vi algo en sus ojos, un brillo especial que en esos días no había visto, acercó su boca a la mía y con movimientos suaves, me besó. Me hizo el amor, sí, el amor, ese sentimiento que hacía tiempo no conocía y que por culpa de este hombre rudo estaba volviendo a sentir.

Cuando terminamos en un monumental orgasmo, caímos al suelo. Yo seguía encima de él y con su miembro duro como una piedra dentro de mí. No podía creer que aun siguiera duro y excitado. Nuestros ojos se encontraron y no quería hablar, no había necesidad de decirle nada más que un “adiós y gracias por todo el sexo que me has regalado”, y sobre todo por los dolores de cabeza que me llevaré por su culpa.

—Te vas ¿verdad? —preguntó y asentí cabreada.

—¿Creíste que por tener sexo conmigo me iba a quedar? —Sabía que esa pregunta había sonado dura, pero eso mismo quería que pensara, que lo había

utilizado—. Dices conocerme, pero realmente no me conoces de nada, Rubén.

Salió de mi interior y ambos nos levantamos. Su cara se estaba tensando por el cabreo que le estaba ocasionando, pero, aunque me doliera, era lo mejor para los dos, sobre todo para su futuro hijo.

—Creo que estás mintiendo, Lara —respondió sarcástico—. Siempre me tratas así cuando terminamos de follar, pero creo que solo es una máscara que te pones para no demostrarme lo que realmente te encanta tener mi polla dentro de ti —habló cabreado y le pegué una bofetada.

Ahora la cabreada era yo, pues me estaba tratando como a una puta y seré muchas cosas, pero eso no. Siempre me negué a verle, por eso mismo me iba, porque no podía seguir viéndole, siendo egoísta conmigo misma, porque si yo quisiera me quedaba para divertirme y mucho, pero sabía que no lo haría y que en su defecto sufriría.

—¡Vaya, hasta que por fin demuestras como eres en realidad! —escupí.

—¿Y cómo se supone que soy, según tú? —preguntó, pero no me dejó hablar—. Espera, que yo te lo digo. Piensas que soy un capullo que, con solo una sonrisita, hago que caigas a mis pies ¿verdad? O no, espera. Soy un hijo de puta que esta colado por ti y que por culpa de sus padres tiene que casarse con una energúmena que me hace la vida imposible, pero no te preocupes. ¡Cumpliré mi promesa y me casaré con ella para olvidarme de ti! —gritó y se fue pegando un portazo después de vestirse.

Me quedé estática, no sabía qué hacer, si salir corriendo en su busca después de lo que me había dicho o dejarlo pasar. Bufé desesperada, pues me picaban las piernas por salir corriendo. Mi corazón estaba latiendo a mil por hora, así que una vez que terminé de colocarme la blusa, salí corriendo, no podía dejar que se fuera así. Al salir me di cuenta de que estaba lloviendo.

—¡Joder, parece una señal! Cada vez que salgo en su busca llueve —dije

mirando hacía ambos lados y no lo veía.

Entonces, a lo largo de la calle, lo vi caminando cabizbajo con la cabeza gacha. Me importó muy poco la lluvia y salí a toda prisa para alcanzarle. Grité su nombre lo más que pude, no podía dejar que se fuera sin poder decirle que yo también estaba colada por él, pero que las cosas serían complicadas.

—¡Rubén, espera! —Grité a pleno pulmón y los pocos caminantes que había en la calle me miraron como si estuviera loca, especialmente un señor mayor que me miraba como si hubiera perdido la cabeza, le miré de vuelta—. ¿Qué pasa, nunca ha visto a una mujer corriendo bajo la lluvia? —pregunté al hombre mayor cabreada y cuando me iba a responder él se puso delante de mí.

—Yo sí que la he visto y dos veces ya. Creo que está loca de remate —dijo mirando al anciano y yo sonreí nerviosa.

¿Nerviosa? ¿Por qué? Este hombre me estaba haciendo cometer locuras que en mi vida anterior no hubiera sido capaz de hacer, se dio la vuelta y se acercó a mí, su respiración me llenó los pulmones de aire, un aire que había perdido cuando se fue después de decirme todo eso. Agachó la cabeza y me besó dulcemente.

<<Esto no acabará bien, lo estoy viendo venir>>, pensé.

Nos separamos y ambos sonreímos, parecíamos dos locos enamorados en plena lluvia, pero ¿de verdad estábamos enamorados? Creo que esa palabra es algo muy importante y que no se puede saber con certeza y menos afirmarlo tan a la ligera. No sabía si estaba enamorada de él, lo único que sabía es que me gustaba y mucho, y que irme a Almería es algo que haré, pero no me tiraré todo el tiempo que tenía pensado, si no que por lo menos estaría un par de semanas para poder aclarar las ideas, lo necesitaba.

CAPÍTULO 12



Cuando estábamos bajo techo, resguardados de la lluvia, Rubén me abrazó, apretándome entre sus brazos, como si no quisiera dejarme escapar, pero eso era algo inevitable, pues yo me iría de igual modo, aunque le dejaría la esperanza de que volvería después de unos largos días de descanso. Al separarnos, Rubén me miraba de diferente manera y me ponía nerviosa, porque todo iba tan deprisa que, me abrumaba, me llenaba de incertidumbre todo lo que estaba pasando y lo que faltaba por pasar, porque no podía olvidar que él estaba comprometido y que sería padre dentro de muy poco.

—¿Por qué saliste a buscarme? Ya es la segunda vez que lo haces. Me buscas y luego huyes de mí... Dime Lara ¿Qué sientes por mí? —preguntó con la mirada puesta en mí.

Me quedé pensando, no sabía que responder a eso, ¿Qué sentía por él? No lo sabía. Únicamente sabía que me gustaba, que me atraía de una manera que no conocía que existía, que me llenaba el alma con solo tocarme, pero ¿Amor? ¿De verdad estábamos hablando de eso? No sé y no creo que lo sepa, aun no. Rubén seguía mirándome expectante, intentando descifrar lo que mi mente pensaba, pero es que ni yo misma lo sabía ¿Cómo le respondería a algo de lo que no tenía respuesta?

—Si te lo tienes que pensar tanto, mejor no respondas.

—No es eso. Es que todo ha pasado tan rápido, apenas nos conocemos de varios días y no... no sé qué, siento por ti. —Bufé desesperada—, Te diré una cosa. Cuando me tocas siento como mi alma se llena despacio y en realidad no sé de qué se está llenando, si de aire, si de a...

—Mor ¿Ibas a decir amor? ¿En serio Lara? ¿Eso es lo que sientes?

—Son muchas preguntas Rubén —respondí haciéndole callar con un beso.

De nuevo besándonos, se estaba convirtiendo en una adicción. Sus besos me encantaban, me excitaban y saber cómo habíamos acabado todas las veces, me ponía nerviosa. Me separé de él y fui a mirar la hora, pues había quedado para almorzar con las chicas y aún no había ido a despedirme de mi padre y hermano. Rubén vino detrás de mí y me abrazó por la espalda, eché mi cabeza en su pecho y sentí sus latidos, era relajante estar así y por un momento sentí como el tiempo se paraba, como si solo viviéramos en ese momento y no quisiéramos salir de ahí.

—¿Todavía quieres irte? —preguntó en un hilo de voz y yo asentí.

—Lo necesito. No es por huir de ti, es por todo lo que en tan poco tiempo me ha pasado... estoy abrumada y cabreada. —Me dio la vuelta y me miró comprensivo, acercó sus labios a los míos y sentí ese sabor a despedida que llevaba horas queriendo sentir y no podía, pero que él me estaba dando.

—Está bien... lo entiendo. Necesitas tiempo y te daré todo el que necesites —respondió.

En ese momento me sonó el móvil, eran mensajes, fui a la entrada y lo cogí para leerlos. Seguro que eran de Luisa y Belén, ya me estarían esperando desde hace rato, por lo menos no se han presentado en casa sin avisar, descubriendo todo el pastel que teníamos montado Rubén y yo.

“Lara ¿Dónde estás? Como te vayas sin despedirte te mato ¿te enteras? TE MATO “

Ese mensaje era de Belén, era la única que, si te decía de matarte sin cumplir una promesa, lo hacía. Sonreí nostálgica, pues me iba a costar mucho irme y dejarlos a todos atrás.

“Lara, por favor ven ya. Belén está que muere y no tengo puesta la vacuna para la rabia, por favor... no te vayas sin decirnos adiós. Te echaré de menos. Te quiero”

Con el mensaje de Luisa se me saltaron las lágrimas y Rubén vino a

abrazarme. Me estaba ahogando, tantas lágrimas que luchaban por salir y tantas que yo retenía a la vez. No quería llorar, pero sabía que era algo inevitable. Rubén me besó y secó una lágrima que apenas había notado que estaba ahí.

—Tranquila, sé que tiene que ser doloroso dejar atrás a toda tu familia, pero también sé que si no lo haces te arrepentirás y no quiero que te quedes y no seas todo lo feliz que te mereces —expresó nervioso—. No sé qué pasará, ni sé si me casaré o no, aunque si por mí fuera, no lo haría, pero...

—No tienes que darme explicaciones, Rubén. Eres libre de hacer con tu vida lo que te plazca, no estás atado a nadie y mucho menos a mí —repuse y frunció el ceño—. Veras, yo... siento, algo por ti, no sé qué, pero algo siento y quedarme para ver cómo te casas no me va a ayudar a aclararme, por eso he decidido irme. No te diré que me esperes, pues no sé cuándo volveré, solo sé que volveré, aunque cuando tenga las cosas claras —expliqué y él agachó la cabeza, mirándose los zapatos.

Después de esa aclaración, había llegado la hora de despedirnos. No quería llorar, no delante de él. Rubén me abrazó fuerte, en la puerta de mi casa, ya no llovía y aunque había varias nubes cubriendo todo el cielo, no caía ni una gota. Era la despedida más dolorosa que había tenido en toda mi vida y realmente seguía sin poder afirmar el porqué de ese sentimiento que emanaba mi interior, no quería pensar en amor, no quería decir siquiera la palabra. Al separarnos, me besó y antes de irse:

—Te esperaré Lara, aunque tardes mil años. Nos quedan muchos besos bajo la lluvia, recuérdalo siempre. —Después de decir eso, se marchó y solo así pude llorar en paz, únicamente en soledad, me permitía derramar todas las lágrimas que necesitaba sacar.

Me tiré un rato echada en la puerta de la casa, llorando a moco tendido como si se me hubiera muerto alguien y solo eso me hacía pensar que, a lo mejor,

mis sentimientos por Rubén eran más fuertes de lo que yo pensaba, pero no quería, no podía sentir nada por él, no me podía permitir ese lujo, no si él estaba comprometido. Me espabilé y subí a mi habitación, me metí en el baño y me di una ducha rápida. Ya llegaba demasiado tarde y con la tontería iba a llegar de madrugada a Almería. Al terminar de vestirme, cogí mi bolso y sin mirar atrás salí de mi casa, salí de allí para siempre y digo sin mirar atrás, porque no quería llorar de nuevo. Me monté en el coche y arranqué dirección al bar. Media hora después estaba delante de ese bar que tantos desayunos y borracheras me habían dado, tantas alegrías y desgracias vividas entre esas cuatro paredes. Eran muchos los recuerdos que mi mente y mi corazón guardaban y que me llevaría para siempre. No lo entendía, pero algo dentro de mí, me decía que era una despedida para siempre. Me bajé del coche y caminé despacio hasta que llegué al interior que se encontraba ¿vacío? ¿Dónde estaban todos?

Cuando me disponía a sacar el móvil para llamar a mis amigas asesinas, pues se habían dedicado casi toda una media hora a mandarme mensajes con amenazas de muerte si no aparecía por el bar en diez minutos y cuando por fin estoy, no están. Me di la vuelta y en la puerta estaban mis amigas. Estaban detrás de mí y no me había dado cuenta, pero era todo tan extraño.

—¿Dónde estabais? —pregunté confundida.

—Lara date la vuelta —dijo Belén y le hice caso.

Al darme la vuelta, vi a mi padre, mi hermano y Cristian, pero me faltaba alguien. Ya me había despedido de él, hacía solo media hora que no le veía y ya tenía la necesidad de ir corriendo hasta sus brazos, en cambio corrí a los brazos de mi padre. Él me cobijó como su pequeña princesa, como su trasto, así me llamaba de pequeña... “Mi trasto sí, pero mi princesa a la vez” siempre decía eso y no había cosa que me hiciera reír más que eso. Después de separarme de mi padre, me abracé a mi hermano y este me apretujó.

—¿De verdad quieres irte? —susurró en mi oído y yo asentí—. ¿Te vas por él, por Rubén? —volvió a preguntar y no sabía que contestarle—. No me respondas si no quieres, pero me da la sensación de que di en el clavo. Bueno, no pasa nada ¿vale?

—Te voy a echar de menos Martín. Te quiero mucho hermanito —dije abrazándolo aún más fuerte. De verdad que le quería, mucho y me costaba horrores separarme de ellos, pero las cosas han salido así y ya no hay vuelta atrás.

Cuando me separé de mi hermano, Cristian se acercó a mí con esa sonrisa tan sarcástica que tiene y que tanto coraje me da, pero al final no me caía tan mal después de todo. Le abracé y me dio un beso en la mejilla, parecía triste por mi partida, cosa que no entendía, ya que prácticamente no nos conocíamos mucho, pero claro, eso es algo que en cierto modo no entiendo tampoco de él, de Rubén.

<<Joder, ya estoy pensando en él otra vez>>, pensé cabreada conmigo misma.

—Vaya que se nos va nuestra nueva recluta —habló con sorna. Yo le miré alzando una ceja—. ¿Qué? No me mires así, eres tú la que querías meterte a policía, ¿Qué pasa, ya no quieres? ¿Te ha dado miedo “canija”? —Siguió con su burla y ya le iba a dar una patada en las pelotas por ser tan gracioso, pero al final no lo hice y me reí de sus ocurrencias.

Negué, pues realmente quería meterme a policía por Rubén y después de todo lo que ha pasado, creo que lo único que necesito es un buen descanso. Ya me plantearé la vida más adelante, ahora solo iba a disfrutar de unas minis vacaciones en la ciudad natal de mi padre y me lo pasaría con mi “Nona” y mis amigas de Almería. Tenía ganas de ver a Marisa y Genoveva, aunque también estaba David. Ellas son mis amigas de cuando vivíamos allí, estábamos en la misma escuela y gracias a que mi padre y mi “Nona” se

ponían de acuerdo, me iba en verano con mi “Nona” y me la pasaba con ellas de arriba para abajo, y con David era otro cantar. Él siempre estuvo colado por mí y yo le daba coba un poco, pero no estaba enamorada, así que cuando vi que la cosa se ponía seria, dejé de ir allí y ya llevaba siete años sin ver a nadie, ni siquiera sabía si mis amigas o Marcos seguían viviendo en el mismo sitio.

Cuando le di besos a todos, mi padre volvió a abrazarme, el pobre lo estaba pasando mal y en cierto modo yo también, pues irme había sido la decisión más difícil que había tomado, pero tenía que hacerlo.

—Ten cuidado en la carretera, cariño y llama cuando llegues, por favor. No me quedaré tranquilo hasta no saber si has llegado con la “Nona” —dijo mi padre apenado por mi partida y yo le di un beso en la mejilla.

Una vez echas todas las despedidas, salimos y me fui hasta el coche. Las chicas me miraban con los ojos llorosos y yo lo estaba pasando mal, así que volví a acercarme a ellas y nos abrazamos con cariño. De verdad las echaría mucho de menos, a todos los echaría de menos.

—Te esperamos dentro de cinco meses para la boda —me recordó Belén mientras caminaba de nuevo hasta el coche— ¡Pobre de ti como no aparezcas, Lara! —gritó y les mandé un beso volado, luego entré en el coche y arranqué.

Eché una última mirada y salí de allí, dejando mi corazón resquebrajado y quedándome con una sensación de vacío que no sabía cómo llenar. Puse la música y tenía que cambiar el chip, así que sin más comencé a recordar a mi “Nona” y lo bien que me lo pasaría. Pensando en eso, ya me estaba entrando ganas de llegar y aún no había salido de Madrid.

CAPÍTULO 13



Media hora después ya estaba en la autopista dirección a la libertad o por lo menos eso era lo que yo esperaba encontrar en ese lugar. Puse la música en el coche e iba a poner Pablo Alborán, pero no me apetecía escuchar esa clase de música, ya que cada letra de esas canciones me recuerda a él. Justo en ese momento, comienza a sonar en la radio Recuérdame de Pablo Alborán.

—Joder ¿en serio? Esto es el colmo —hablé mirando para la radio. Y aunque me dieron ganas de quitarla, no lo hice y me trague la cancioncita entera, mientras me sorbía las lágrimas.

**Deja que hable
Deja que hoy te cuente
Como quema que te vayas
Entre lágrimas me duele
Déjame verte
Una despedida
Y ya me quedo en este infierno
Al ver que hoy me olvidas
Párale los pies a ese reloj que nos controla
Que no nos deja ser
Que apaguen el sol de una vez
Recuérdame
Ahora que ya decidiste ir con él
Que sea lo que deba ser
Aunque a mí me toque perder
Recuérdame**

Ahora que tu piel ya se fundió con su piel

Su mundo gira en torno a ti

Y tú no piensas volver

¿Dónde te marchas?

¿Dónde piensas irte?

Vayas donde vayas

Sé que ya no voy a perseguirte.

Una vez que la canción terminó, cambié de sintonía. Lo único que esperaba era que no me salieran más canciones del Alborán o no lo iba a poder soportar.

Después de dos horas conduciendo me sentía cansada y hambrienta, así que paré en una cafetería que había por Valdepeñas, esta se llamaba “Bar, Las Peñas”. Aparqué el coche y salí al exterior. Hacía bastante frío ya que por esa zona. Me abroché el chaquetón hasta la boca y me encaminé hasta el interior del Bar. Al entrar sentí el calor que desprendía la calefacción, me acerqué a una de las mesas y me senté a la espera de un camarero, mientras tanto cogí el móvil, pues llevaba desde que salí que ni siquiera lo había mirado y aunque no sabía si me había llegado algún mensaje porque lo puse en silencio, tenía la esperanza de que alguien me dijera algo. Al deslizar la pantalla comprobé que tenía varios mensajes, pero no quise saber de quién eran, así que sin más apagué el móvil, ya lo encendería más tarde o al siguiente día. Guardé el móvil en el bolso en el mismo momento en el que venía un camarero hasta mi mesa. Me preguntó lo que quería tomar y cuando se lo dije se fue. En menos de cinco minutos ya tenía mi café y un donut blanco, no me apetecía comer nada más y más después de recordar que con mi “Nona” siempre cogía algún que otro kilo, pues era de las que te metían la comida con un embudo y pobre de ti como te levantes sin terminarte todo, incluyendo rebañar el plato con un

pedazo de pan. Sonreí al recordar esos momentos de mi vida, son darme cuenta, siendo tan inocente y no saber lo que me esperaba en la vida. Una vez que descansé lo suficiente y pagué lo que me había tomado, volví a salir y entré en el coche, arranqué y volví a meterme en la carretera, ya tenía ganas de llegar.

Cuatro horas después, ya veía cerca la tierra de mi padre, Almería, que ganas tenía de ver a mi “Nona”. Minutos después ya estaba en el paseo marítimo de Retamar, busqué un aparcamiento y una vez que conseguí aparcar, después de diez minutos, me bajé del coche y como ya era un poco tarde, fui directa hasta el portal de mi “Nona”, ya por la mañana sacaría las maletas. Antes de subir, miré la playa y comprobé que todo seguía en su sitio, como el chiringuito de Manuel, el padre de Genoveva. Me moría de ganas por verlas, a mis amigas del instituto. Pegué en el porterillo y la voz cansada de mi “Nona”, sonó al otro lado. Cuando le dije quién era, se volvió loca y me abrió deprisa. Entre y subí hasta el tercer piso por las escaleras y aunque había ascensor, estaba tan cansada de estar sentada durante tantas horas, que me dio igual y subí caminando.

Mi “Nona” me esperaba en la puerta y cuando llegué hasta ella, me abrazó, me estrechó fuerte entre sus brazos y me sentí feliz, fue como si el tiempo no hubiera pasado para ambas y llegara del instituto. Siempre me esperaba en la puerta y me daba un beso en la frente. Una vez que nos dimos besos y abrazos, entramos en la casa y fuimos directas a la cocina, ya que mi “Nona” se empeñó en hacerme un bocadillo o algo que pudiera comer.

—“Nona”, no tengo hambre —hablé riéndome.

—Pero hija, tienes que comer. Estás muy canija, pareces un saco de huesos —respondió y me reí aún más—. Me encanta que estés aquí, pero ahora dime ¿a qué se debe la visita? Ya sabes que puedes contarme cualquier cosa. —Asentí y colocó un plato con una tortilla francesa, junto con un trozo de pan.

Después me sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó a mi lado.

—¿Vas a estar todo el rato mirándome “Nona”? —pregunté y asintió. Ya me estaba poniendo nerviosa y yo ni tenía ganas de comer, ni de hablar y mucho menos contarle todo lo que me había pasado, porque ella aún cree que sigo felizmente casada con Alvarito: Como ella le llamaba.

—No dejaré de mirarte hasta que te comas todo y me digas porque estás aquí. No digo que no quisieras venir a verme, pero son muchos años los que llevas sin venir por aquí, cariño y esta visita tiene que ser por algo ¿no?

Cuánta razón tenía mi Nona y que sabía era. Siempre sabía que me pasaba algo, siempre se daba cuenta de mi estado de ánimo y si aún no sabía que estoy divorciada, era porque llevaba sin llamarla ocho o nueve meses y me sentía mal por ello. Me comí la tortilla bajo su atenta mirada y bebí sorbitos de zumo para no atragantarme con el pan. Pensé que una vez que me lo comiera, me dejaría acostarme para descansar, pero no, ella tenía ganas de hablar y recuperar el tiempo perdido, pero sobre todo quería saber que me pasaba.

—Bueno ¿y cómo viniste sola? Tu marido tendría que haber venido contigo ¿no? —Comenzó a preguntar y yo no sabía que contestarle.

Estuve pensando como contarle todo, pero en parte me avergonzaba, pues se suponía que yo tenía una gran vida: Un marido que me quería, una casa de ensueño y un buen trabajo. Todo eso era perfecto, pero era una mentira, una perfecta mentira que yo me creí durante tanto tiempo y que hizo que cometiera todos los errores que llevaba a lo largo de la semana anterior. En ese momento Rubén inundó mi mente y me moría de ganas de verle, besarle y sentir su cuerpo desnudo junto al mío o sobre el mío. Me estaba volviendo una descarada.

—“Nona”, Álvaro y yo nos divorciamos, hace unos meses que ya no estamos juntos —comuniqué y puso toda su atención a mí.

—Pero ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cómo pasó? —formulo tres preguntas rápidamente y sonreí. Mi abuela y yo éramos tan parecidas, las dos tan cotillas.

—Te responderé a todas las preguntas, pero ¿puedo dormir antes? Estoy muy cansada. El viaje ha sido largo, “Nona” —respondí levantándome de la silla. Me acerqué a ella, le di un beso y me fui a mi antigua habitación. Al abrir la puerta, muchos recuerdos vinieron como un soplo, como si me transportara a algunos de los momentos vividos entre esas cuatro paredes.

Flash back

—Lara, de verdad. Tienes que salir con él, “por fa”. Ya sabes que si tú no vas mi madre no me dejará ir —suplicó Marisa.

Esa noche había una fiesta en la playa y Marisa había quedado con Daniel. Él es primo de Marcos, “mi amigo” y si yo no iba, su madre no la dejaba ir, pues al ser yo más mayor, pensaba que era más madura, pero que equivocada estaba su madre, pues yo era peor que su hija.

—Misa, ya sabes que Marcos y yo esta noche teníamos otros planes. No sé si me entiendes y con lo de la fiestecita me lo estás estropeando todo —respondí y me miró cual perro enjaulado. Sabía que haciendo eso me ablandaba y terminaba haciendo lo que ella quería—. No me pongas esa cara... Misa, por favor, no. Joder, ¿por qué tienes ese poder conmigo?

—¿Solo contigo? Tengo que recordarte que, gracias a esta carita, mis padres me dejaron ir contigo a la fiesta de la primavera del año pasado —dijo y ambas soltamos una carcajada.

Estábamos sentadas en mi cama y Marisa se levantó para coger un vestido para mí, ya que supuestamente ella decía que iba a tirarme a Marcos al fin. Me reí al ver como rebuscaba entre mi ropa, como si fuera a encontrar algo atractivo.

—¿De verdad vas a buscar un vestido en mi armario? No tengo esa clase de ropa. Ya sabes que yo no visto así —expuse levantándome de la cama para acercarme a ella.

—¿Por qué no miras la ropa de tu madre? Puede que ella tenga algún vestido bonito. Tiene un cuerpo espectacular. —Asentí por su gran idea y salimos de mi habitación para ir a la de mis padres. Esa noche estábamos solas en mi casa. Mi padre trabajaba, mi hermano estaba con sus colegas en la fiesta, mi “Nona” ayudaba en el chiringuito y mi madre seguramente estaba con mi tía Lidia. Caminamos dirección la habitación de mis padres y escuchamos ruido en su habitación. Nos extrañó a la par de asustarnos, pues no había nadie.

—Joder, joder... ¿Quién estará? Puede que sea un ladrón —habló Marisa asustada.

Pensamos en llamar a la policía o coger el mazo que mi padre guardaba en un cajón de la cocina, pero no, ya que desde la habitación lo único que se escuchaba, eran gemidos. Marisa y yo abrimos los ojos desencajadas, y llegamos a pensar que serían mis padres los que estaban en su habitación, pero no.

—¡Así Marcos así! ¡Dame más duro! —escuchamos y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

Caminé decidida y pegué un portazo en la puerta de la habitación, abriéndola de golpe y quedándome completamente congelada. Mi madre y Marcos, mi Marcos estaban follando en la cama que compartía con mi padre. Los dos se levantaron de golpe y miré a mi madre con odio.

Flash back

Ese día fue cuando comencé a odiarla con todas mis fuerzas y el día que se fue de nuestro lado para siempre, pues yo la eché de nuestras vidas, cosa que

no sabe nadie. Bueno sí, Marisa es la única que sabe que yo eché a mi madre, obligándola a escribir una carta, como si hubiera sido ella la que nos abandonó. No podía decirles a mi padre y mi hermano el motivo por el que se fue, pues me odiarían para siempre, pero lo hice por ellos, por el dolor inmenso que sufrirían el saber el engaño de esa mujer que tanto odio. Para mí estaba muerta y no quería saber nada de ella, se había convertido en un mal sueño, un sueño que enterré hace tiempo y que con la vuelta recordé, como si estuviera viviéndolo de nuevo, como si el tiempo no hubiera pasado.

Después de recordar eso, me acerqué a la cama y abrí el cajón de la mesilla para buscar algo que guardé por todos estos años. Al encontrarlo, lo saqué del cajón y con lágrimas en los ojos, comencé a romperlo, como si quisiera borrar todo rastro de nosotras y la felicidad que nos unía y que ella misma se encargó de matar con su engaño. Cuando la rompí, saqué el mechero del bolso y quemé los pedazos, pedazos de esa foto en la que mi madre y yo salíamos abrazadas y muy sonrientes, pedazos que no volveré a ver.

CAPÍTULO 14



A la mañana siguiente mi “Nona” me despertó con el desayuno en la cama. Vino diciendo que tenía que cuidarme después de todo el tiempo que llevaba sin hacerlo. Quise levantarme, pero no me dejó y se trajo su desayuno a mi habitación para que desayunáramos juntas como hacíamos muchas veces. Mientras desayunábamos, miró a la papelera que había en la habitación y se dio cuenta de la foto quemada, arrugó la frente y me miró de vuelta.

—¿Por qué quemaste la foto? Era tu favorita, cariño —preguntó y yo eché la mirada a la ventana.

Sinceramente sí, esa foto era mi favorita y también la única que me quedaba con ella, pero no quería recordar y el haber vuelto a Almería me hizo recordar muchas cosas y una de ellas, fue la noche que se marchó, la noche que la eché de nuestras vidas para siempre. A veces me arrepentía, porque al fin y al cabo sigue siendo mi madre, pero el odio que sentía por ella era más grande y no creía que nunca dejara de hacerlo. Por eso prefería no pensar nunca más en ella, y quemar el único recuerdo que tenía, me lo ponía fácil.

—Sé que hablar de ella no es algo que quieras hacer y menos después de lo que hizo, pero Lara ella es mi hija y no sé si sabrás que hablo con ella de vez en cuando... Me pregunta por vosotros siempre —explicó mi “Nona” y abrí los ojos impresionada. Ella sería otra de las que me iban a odiar cuando se entere que yo fui la que decidió el futuro de mi madre.

No sé si lo hice bien o mal, pero tenía que hacerlo. No podía dejar que mintiera a mi padre, a nosotros y tampoco entendía como era que vivía con la conciencia tranquila después de todo. Ella se fue cuando yo tenía quince años y ahora con mis veintiséis entiendo que debí contar lo que vi, pero ya no había marcha atrás, ya no se podía hacer nada, era tarde para eso y tampoco

es que tuviera intención de hacerlo. Yo no quería volver a verla jamás, nunca más en mi vida y mucho menos en la de mi padre.

Sin responderle, me levanté y me metí en el baño para ducharme, de verdad que esa conversación la aplazaría mucho más. Cuando entré y cerré la puerta con pestillo, suspiré tranquila, pues estaba a salvo de sus preguntas. Mi “Nona” era muy persuasiva y siempre conseguía lo que quería y en ese momento quería hablar de mi madre, de su hija, ¿Cómo es posible que siga hablando con ella? No lo entendía y tampoco me gustaba, pero mi “Nona” es libre de hacer lo que quiera, de igual forma es su hija y siempre estará de su parte. Me desnudé y me metí en la ducha, el agua caliente comenzó a caer por mi espalda y esa calidez hizo que recordara a Rubén, deseaba tenerlo en ese momento conmigo en la ducha, haciéndome el amor, volviéndome loca como ha hecho todos esos días de locura. Suspiré frustrada y quise borrarlo de mi mente, pero me era imposible y me dieron ganas de tocarme pensando en él, en sus fuertes brazos cogiéndome en volandas para entrar en mí rápidamente. —¡Joder! Lo necesito, necesito a Rubén, ¿pero qué coño me hizo ese tío? Le odio, odio que me haya enamorado, odio que no pueda dejar de pensar en él, odio que tenga que estar con otra y me odio a mí misma por ser tan gilipollas —me dije pegando la frente en la pared de la ducha.

Tuve que poner un poco el agua fría, pues no se me quitaba el calentón. Terminé de ducharme y salí del baño con una toalla enrollada en el cuerpo, al salir me di cuenta de que mi “Nona” se había marchado, pero me dejó una nota en la cama, me acerqué y la leí:

Cariño, fui al mercado para comprar algo de pescado, te he dejado una llave en la mesa por si quieres salir a dar una vuelta. Si cuando te vayas no he llegado, te esperaré para comer. Te quiero.

Dejé la nota en el escritorio y me vestí con la misma ropa que tenía la noche anterior, pues había llegado tan cansada que no saqué las maletas. Cuando

terminé de arreglarme, cogí las llaves, el bolso y salí de la casa. Una vez que estuve en la calle, sentí como el sol picaba, se notaba el calorcito del sur y me sentía en casa y aunque yo no era de Almería, me sentía andaluza. Por lo menos lo era de sangre.

Comencé a caminar y ya sabía cuál sería mi primera parada, fui directa al chiringuito de Manuel, llegué en seguida, estaba muy cerca de la casa. Cuando llegué a la puerta vi el cartel que ponía “Abierto”, así que entré sin más. Al entrar muchos recuerdos de mi adolescencia llenaron mis sentidos, como una brisa de verano, era increíble la de sensaciones que sentía con solo unos recuerdos felices de mi vida. Me acerqué a la barra y busqué con la mirada a alguien a quien preguntar por Manuel o Genoveva, incluso podría preguntar por David el hermano de Genoveva y el chico con el que estuve el último verano. De pronto salió de la cocina una mujer alta y rubia, la miré fijamente hasta que me di cuenta de quién era ella.

—¿Geno? —pregunté llamando su atención con las manos.

Se dio la vuelta y me miró de la misma manera, achicando los ojos como si estuviera ciega y lo único que hacía era intentar recordar quién era yo. Al darse cuenta abrió los ojos como platos y corrió en mi encuentro, nos fundimos en un abrazo cariñoso.

—Lara no me lo puedo creer. ¡Eres tú, después de tantos años sin venir! —dijo gritando feliz.

Asentí y volví a abrazarla fuerte, después nos separamos y nos sentamos en una de las mesas que había en la terraza y todo entre risas. Me acordaba mucho de ella y sobre todo de Marisa, tenía muchas ganas de verla.

—No me puedo creer que estés aquí ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—Siete años, pero bueno aquí estoy de nuevo. Tenía muchas ganas de veros ¿Dónde está Marisa? —pregunté curiosa en el mismo momento que un hombre alto, rubio y bastante guapo pasaba por nuestro lado. Ambos nos

miramos y eso hizo que Geno se girase para mirar a la persona que tenía justo detrás.

—David, mira a quién tenemos aquí. —Cuando dijo su nombre me quedé impresionada, había cambiado mucho—. Es Lara. —David abrió los ojos y me levanté para saludarle.

—Hola Lara. Cuanto tiempo sin verte ¿Cuándo has llegado? —preguntó con esa voz tan melodiosa que tenía.

Su mirada estaba clavada en la mía y ambos sabíamos que pasaba por nuestra mente, los últimos momentos que pasamos juntos fue en la playa, la última noche que me quedaba en Almería la pasé con él, en esa misma playa haciendo el amor. David era un amor y siempre te hacía sentir como una princesa. La imagen de Rubén cruzó mi mente y no sabía por qué, pero me puse a compararlos.

<< ¿Será que me he enamorado de ese capullo? >>, Pensé.

Moví la cabeza hacia ambos lados para borrar su recuerdo de mi mente y Genoveva se fue para la barra para traernos algo de beber. Hacía bastante calor y eso era justo lo que me gustaba de Andalucía, ese calor primaveral que empezaba tan pronto.

—¿Qué te trae por aquí, Lara? Hace siete años que no sabemos nada de ti —habló despectivamente y fruncí el ceño.

No entendía su cambio tan brusco de humor, parecía feliz por volver a verme, pero se ve que no, que me odia o algo. Aunque puede que me tenga rencor, ya que me fui y lo dejé tirado, pero realmente lo único que teníamos era algo esporádico, no era nada serio.

—He venido a descansar. He pasado por muchas cosas estos meses y necesitaba un cambio de aires —expliqué sin seguir encontrado sentido a su cara de cabreo.

—Será que dejaste a otro tirado en Madrid.

—Pues no, pero tampoco creo que te importe mucho lo que haga con mi vida.

—Me importaba, pero a ti no. No cambias, aunque las mujeres como tú no lo hacen nunca.

—¿En serio, David? Tu humor sigue siendo el de un amargado —respondí algo cabreada por su falta de afecto.

—Será porque mujeres como tú han pasado por mi vida para amargarme.

—Desde luego que largarme de tu lado fue lo mejor que hice, ¡gilipollas! —grité y ya venía Geno con las bebidas.

Nos miró y los tres soltamos una carcajada. Así era nuestra relación, era de matarnos y luego comernos a besos, aunque ahora no estaba yo para comerme a besos con nadie que no fuera mi policía favorito. Geno puso la bandeja en la mesa y se sentó a mi lado para ponernos al día de todo lo que nos ha pasado a los tres.

Pasamos un par de horas de risas, hablando de todo un poco, recordando momento de la adolescencia y las peleas que teníamos por culpa de los chicos guapos que se acercaban a nosotras. Pregunté por Marisa y me dijeron que seguía viviendo en el mismo lugar, pero que apenas se veían porque el marido no la dejaba salir a la calle. Por lo visto era un maltratador que la tenía en su casa como una esclava. Intentaron ayudarla, pero no se ha dejado por miedo a perder a su hija de dos años, ya que el marido la tenía amenazada. Me hirvió la sangre enterarme de todo eso, pues Marisa, era una de mis mejores amigas y que le estuvieran haciendo eso me mataba. Siempre fue algo alocada, pero era buena chica.

Llevábamos hablando dos horas y no me había dado cuenta hasta que David se levantó, pues estaba llegando la hora de comer y el chiringuito se estaba llenando. Los cocineros ya estaban llamándole para que se pusiera con las paellas. Había preguntado por su padre, pero me apené al saber que murió dos años antes de un infarto, Manuel era un hombre muy bueno y quería a sus

hijos con locura. Geno se fue a ayudar a su hermano y yo me fui, pero no sin antes prometer que iría en la noche para tomarme una copa con los dos.

Caminé hasta la casa de vuelta y subí las escaleras. Mi “Nona” me esperaba en la puerta, pues me había visto desde la ventana. La saludé con un beso y me senté en la cocina, ya estaba el almuerzo preparado y servido. Comenzamos a comer y de igual forma comenzó a preguntar, pero por mi padre y mi hermano, eso hizo que me acordara de ellos y me diera cuenta de que tenía el teléfono apagado, seguramente estarían asustados, pues no les dije que había llegado bien. Me levanté y cogí el móvil del interior del bolso, lo encendí y cuando terminó de cargar todas las llamadas y mensajes comenzaron a llegar. Pude ver que tenía llamadas de mis amigas, de mi hermano, de Cristian y de Rubén. Tenía veinte mensajes, pero no leería todos, así que el primero que abrí fue el de Rubén. Sí, era masoquista.

“Solo hace dos horas que te fuiste y ya tengo la necesidad de abrazarte”

“¿Por qué te has ido, Lara? Vuelve, por favor”

Solo pude leer esos dos y ya mi corazón bombeaba frenético. Después vi varios mensajes de mi hermano, los abrí y leí uno por uno. De pronto mis ojos se llenaron de lágrimas, no podía estar pasando eso, no podía ser que yo estuviera tan tranquila mientras mi padre estaba en el hospital.

“Lara, papá sufrió un infarto. Está en el hospital”

“Lara ¿por qué cojones apagaste el móvil? Joder llámame, por favor”

No pude leer más. Solo tenía una cosa en mente, tenía que volver con mi padre, tenía que saber que estaba bien, de no ser así no me lo perdonaría. No podía perder a mi padre, no sin poder verle antes.

—Aguanta, papá que vuelvo a casa de nuevo —dije antes de despedirme de mi “Nona” y explicarle los motivos por mi marcha.

Después de eso, bajé las escaleras de dos en dos y me metí en el coche, arranqué y puse camino a Madrid. Parecía que el destino jugó en mi contra y

no tenía que haberme ido.

CAPÍTULO 15



Iba por la autopista a toda pastilla y debía bajar la velocidad si quería llegar bien. Mis pensamientos estaban llenos de recuerdos de mi padre y mío, no podía dejar de pensar en él y me moriría si le pasaba algo, no me lo perdonaría; no me perdonaría el que le pasase algo y yo no estuviera junto a él. Mi padre es un hombre espectacular y no se merecía como la vida le había pagado. Enamorado de mi madre hasta las trancas y ella engañándole vilmente como si no le importara nadie más que ella. Por eso hice lo que hice hace años, por eso no dejé que se enterara ninguno de sus motivos y si me llegaba a enterar que ella lo buscaba en algún momento yo la buscaría para gritarle todo lo que llevo dentro, todo lo que no me atreví a decirle antes de irse.

Las horas pasaban y no veía la llegada, aún estaba bastante lejos. Por lo menos me quedaba una hora de camino todavía y todo esto sin contar de que cuando llegue a Madrid el tráfico será abundante y tardaré en llegar al hospital.

Dos horas después, llegué al hospital Quirón. Metí el coche en el aparcamiento privado y salí de él a toda prisa. Me urgía llegar y mis pies parecían cansados, porque no me dejaban correr más de lo que corría. Entré en el ascensor y nerviosa miré el reloj, este marcaba las once de la noche.

—Vaya horas —susurré antes de que la puerta del ascensor se abriera.

Al salir, busqué el mostrador y me acerqué para poder preguntar por mi padre, pero antes de hacerlo la imagen de mi hermano abatido se mostró frente a mí. Estaba en una de las salas de espera, con la cabeza agachada mientras miraba sus pies nerviosos. En ese momento estaba solo y no me gustó verle así. Caminé hasta él y me puse justo delante, esperando a que

levantara la cabeza y me mirara. Cuando lo hizo, se levantó y me abrazó fuerte. Su corazón estaba acelerado y no paraba de llorar, me temí lo peor, y enseguida me uní a su llanto.

—¿Cómo está? Dime que está bien Martín, por favor, dime que llegué a tiempo —supliqué llena de lágrimas.

Mi hermano se separó de mí un momento y me dirigió hasta las sillas de la sala para que me sentara, nos sentamos y cogió mis manos. No me gustaba tanto secretismo, me daba mala espina y seguro que me iba a ocultar algo.

—Le están operando. Ayer le dio dos infartos y prácticamente lo tenían controlado, pero hoy no sé qué le pasó y le repitieron, así que le pondrán un bypass —explicó nervioso.

—¿Y por qué le repitió si estaba bien? ¿Qué pasó?

—Recibió una visita que no debía y se puso muy nervioso. No sé qué fue lo que le dijo, pero papá estaba muy mal y solo hacía llamarte a ti.

Cuando me dijo eso, me levanté furiosa. Se atrevió a ir a ver a mi padre, se atrevió a buscarle y todo ¿para qué? Para meterle mentiras en la cabeza. Lo único que ha conseguido es poner a mi padre mal, pero pobre de ella como la encuentre, porque la buscaré, la encontraré y el día que lo haga, me va a conocer.

—¿¿Cómo ha sido tan hija de puta de venir?! ¿Qué buscaba? ¿Hacernos más daño? —grité.

En ese momento llegó hasta nosotros mi cuñada Belén junto con Luisa. Ambas corrieron hasta mí y me abrazaron, parecía que llevaban sin verme mil años y solo hacía un día. Mis lágrimas se hicieron más fuertes y no se me quitaba con nada, así que mientras operaban a mi padre, me llevaron a la cafetería, debía comer algo y tomarme una tila o té, pues estaba muy nerviosa. Cuando llegamos, nos sentamos y Belén se encargó de pedirme algo de comer y un té, luego volvió y se sentó al otro lado. Las dos eran las

mejores, eran las únicas que sabía yo que siempre estarían ahí cuando se las necesitaran y este caso no era menos. El camarero me trajo un sándwich y un té, lo puso delante de mí y me dieron arcadas, no me apetecía nada, pero mis amigas no me iban a dejar y me obligaron a terminar con todo en menos de diez minutos.

—¿Cómo estás cielo? —preguntó Belén. La miré y comencé de nuevo a llorar, me estaba muriendo por dentro, la espera era matadora y saber que la culpa de todo la tenía solo una persona, aún lo era más. Porque no veía la hora de ir a buscarla.

—No llores más. Verás que se pone bien, cariño. No te preocupes por nada, nosotras estamos aquí —habló Luisa tranquilizándome.

Eran unos cielos de amigas, hermanas, eso es lo que eran. En el momento en el que el camarero venía con la cuenta, se acercó a nosotras un hombre, no sabía quién era, pues mi mirada estaba nublada de tantas lágrimas. Estaba perdida en mis pensamientos, mirando el plato vacío, hasta que escuché su voz, esa voz que tanta falta me hizo. Levanté la mirada y ahí estaba él, el hombre de mis sueños y pesadillas, el de mis dolores de cabeza, mi policía favorito. Me levanté y me aferré a él, importándome muy poco lo que mis amigas pensarán, le necesitaba como aire para respirar y me daba cuenta en ese momento. Estaba enamorada de él, estaba enamorada de Rubén y aunque sabía que lo nuestro era imposible, no podía dejar de sentir lo que mi corazón sentía con solo tenerle cerca, con solo escuchar su voz, ruda y dulce a la vez.

Nos sentamos y no sabía en qué momento las chicas se habían ido dejándonos solos. Rubén no me dijo nada, solo me acariciaba la espalda y mi pelo, tranquilizándome, diciéndome sin palabras que estaba ahí conmigo y que no se iba a ir a ningún lado ni, aunque lo echara de mi vida. Eso era lo que él me transmitía, era como si nos conociéramos de toda la vida, como si estuviéramos destinados, pues con solo mirarnos sabíamos que pensaba el

otro. Levanté la mirada y clavé mis ojos en los suyos, hundiéndome en la oscuridad que su mirada me regalaba, perdiéndome en esa oscuridad que su alma sentía, intentando llenarla de luz y color, aunque en ese momento estuviera yo igual que él.

—Te he echado de menos, cascarrabias —susurró acercando su boca a la mía para fundirnos en un beso.

Nuestros labios pegados después de horas sin hacerlo, su lengua entró en mi boca y jugó con la mía. Nuestros cuerpos ya temblaban necesitados por estar juntos, piel con piel, rozándose en cada movimiento, flotando en el aire y cayendo al vacío. Así nos sentíamos y así queríamos estar. Nos levantamos y nuestros labios se separaron para poder mirarnos, sus manos en mis mejillas, secando las lágrimas que aún seguían saliendo, eran maravillosas y únicas y no entendía porque nos peleábamos tanto, aunque también puede que sea por mi carácter. No le dejaba pasar ni una, pero ¿Cómo hacerlo? Después de todo me engañaron y estaba atenta a cada movimiento, no quería volver a sufrir de nuevo por amor.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mientras caminábamos de vuelta a la sala de espera.

Me encogí de hombros, restándole importancia. No quería que se preocupara por mí, no podía hacerlo. Me paró y abrazó, metió sus manos debajo de mi camisa para tocar mi cintura y sentí escalofríos al sentir sus manos. Sus dedos comenzaron a hacer círculos en mi piel y ésta se erizó por completo. ¿Por qué tenía que hacer eso? Si el supiera lo que provocaba en mí, no lo haría, pero no era el momento, ni el lugar de demostrarle lo que me hacía sentir, aunque se dio cuenta en seguida, pues mis ojos miraban su boca con deseo de morderla. Acercó sus labios a los míos y volvió a besarme, pero esta vez con pasión, con desesperada pasión. Mis manos subieron a su cuello y le cogí del cuello de la camisa para acercarlo a mí aún más si podía. No nos importaba

que nos viera nadie, nos daba igual que alguien conocido lo viera besándose con otra, pudiendo decirle a su novia, donde y con quien estaba. Y a mí, a mí me daba igual, simplemente le necesitaba y no podía separarme de él.

—Será mejor que paremos o no respondo —dijo con nuestros labios pegados. Nos separamos y seguimos caminando con su brazo echado por mi hombro. Llegamos y Martín nos miró, negó con la cabeza y ya sabía yo que no estaba de acuerdo, aunque también sabía que, si él quisiera, su amigo no se acercaría a mí y si seguía haciéndolo, era por algo ¿no?

Mi hermano se levantó y se acercó a nosotros, nos miró y cogió a su amigo del brazo apartándolo de mí y de todos. Se fueron lejos para que no pudiéramos escucharlos hablar, pero si verlos. Entendía a mi hermano, entendía su preocupación y más con la relación que su amigo seguía teniendo, pero yo no podía separarme de él, no entraba esa posibilidad, no la aceptaba y menos sintiendo lo que sentía. Las chicas volvieron a sentarse a mi lado y me miraron expectantes, esperando que les dijera algo, pero no lo hice. Yo sabía que todo era por preocupación, pero en ese momento no tenía ganas de nada.

Después de dos horas más de espera y en los que mi hermano y Rubén no pararon de hablar mientras me miraban, salió un médico para informarnos de que mi padre ya estaba fuera de peligro y que la operación había salido bien. Todavía no podíamos entrar a verle porque seguía sedado, pero desde fuera por un cristal, podíamos verle. Mi hermano y yo seguimos al médico y nos dejó delante de la habitación de mi padre. Martín y yo comenzamos a llorar, ya que verle ahí, lleno de cables y frágil, sabiendo el temperamento y la fuerza que tenía, no era plato de buen gusto y estábamos muriéndonos por dentro. Martín me abrazó por detrás y yo eché la cabeza en su pecho. Mis dedos subieron hasta mis mejillas y borré todo rastro de lágrimas, no quería llorar más, no debía hacerlo más. Mi padre estaba bien y ahora teníamos que

ser fuerte, por lo menos yo, pues tenía que encontrar a la madre que me parió, para cantarle las cuarenta.

Llevábamos unos diez minutos delante del cristal y vino una enfermera para informarnos de que ya debíamos salir, que no podíamos estar más tiempo. Me acerqué y posé mi mano derecha en mi boca, la besé y le mandé el beso a mi padre, pegando la mano en ese cristal que nos separaba de abrazarle.

Al salir, Rubén, seguía ahí sentado, esperándome. Belén y Luisa estaban sentadas frente a él y Cristian que no sabía cuándo había llegado, estaba sentado al lado de Luisa. Me acerqué a ellos y Cristian vino a saludarme con su típica sonrisa de “yo soy el guaperas del grupo” Me dio un beso en la mejilla y me abrazó. Al final se convirtió en un buen amigo después de todo. —¿Cómo estás “canija”? —preguntó al separarse de mí.

Le miré y mis labios se curvaron en una sencilla sonrisa, esa sonrisa que hacía tiempo no sacaba, esa sonrisa que se esfumó cuando me engañaron y que, gracias a todos ellos, incluido Rubén, volvió a aparecer. Me encogí de hombros y le di con mi puño en el hombro, despacio. Rubén se acercó y me abrazó, ya lo hacía tan natural, como si fuéramos una pareja normal. No sabía que fue lo que hablaron mi hermano y él, pero si seguía conmigo y me abrazaba delante de todos así, sería porque mi hermano le dio el visto bueno y si no se lo ha dado me da igual, pues seguiré haciendo lo que me da la gana y en ese momento lo que quería era besarle hasta que nuestras terminaciones se durmieran.

CAPÍTULO 16



Un día entero en el hospital, un día en los que aún no hemos podido ver a mi padre y abrazarle como deseábamos. Mi hermano se fue a descansar con mi cuñada, pues el pobre fue el que estuvo al pie del cañón hasta que llegué yo. Luisa después de un par de horas más también se fue y Cristian se ofreció a dejarla en su casa. Esos dos se traían algo y ellos sabían que nos habíamos dado cuenta. En fin, así que me quedé en el hospital sola con Rubén que, no quiso marcharse por más que le imploré, me regañó diciendo que no me dejaría sola ni un instante y aunque me quisiera hacer la dura, me encantaba que quisiera estar a mi lado. Quería preguntarle por lo que habló con mi hermano, incluso quería saber cómo estaban las cosas con su “novia” pero no me atrevía. Por primera vez en mi vida no me atrevía a hacer algo. Le miré decidida a preguntar, pero no me salían las palabras, mis ojos se quedaron prendados de los suyos y era como si estuviera hipnotizada.

—¿Ocurre algo? —Preguntó y negué mirando hacia el otro lado—. Entonces ¿por qué me miras tanto? Me da la sensación de que quieres hablar, pero no lo haces.

Me levanté y me dirigí hasta la ventana que había al otro lado de la sala de espera. Rubén hizo lo mismo e vino detrás de mí. La noche ya había caído sobre nosotros y la luz de la luna se colaba por esa triste ventana de hospital, alumbrando a los pocos familiares que aún seguían esperando saber noticias de sus enfermos. Rubén tocó mi espalda con su mano izquierda y rozo mi brazo con la yema de sus dedos de la otra mano. Mi cuerpo respondía a sus caricias. Erizándoseme la piel nada más sentir su roce. Me sentía necesitada, ansiosa de él, de sus besos, sus caricias. Y para qué mentir, me moría por

sentirlo en mi interior... Tan profundo, tan placentero... Me di la vuelta y me acerqué más a él para sentirle cerca, lo más cerca posible. Rubén no dijo nada, solo pasó sus brazos por mi cintura y me apretó a su cuerpo con fuerza, bajó su cabeza y rozó sus labios con los míos. Con solo sentir sus labios, en un pequeño roce, mi cuerpo tembló deseoso de ser tomado y él se dio cuenta, pues me cogió del brazo y casi me arrastró a los baños del hospital. Estábamos completamente locos, pero locos de pasión.

Al entrar en el baño y comprobar que no hubiera nadie, cerró la puerta con pestillo y sin dejarme si quiera pensar, se abalanzó sobre mí y me comenzó a desnudar sin parar de besarme. Sus besos eran ardientes y delirantes y lo único que hacía conmigo era volverme aún más loca por él. Sus manos se movían con destreza, sacando toda mi ropa, dejándome completamente desnuda, sin pensar en que alguien podía venir a interrumpirnos, no nos importaba nada. Únicamente queríamos amarnos, queríamos sentirnos por completo. Al verme desnuda, sentí como su mirada me quemaba, era una sensación nueva, pues desde el principio sentía algo, pero no sabía el que y el día anterior me di cuenta que estaba enamorada, que amaba a ese hombre que me miraba con los ojos más bonitos que había visto en toda mi vida y lo mejor de todo es que me sentía amada, aunque nuestros sentimientos estaban bien guardados en el fondo de nuestro corazón, no podíamos negar lo que sentíamos, pues con solo mirarnos hacíamos saltar chispas y todo mundo se daba cuenta de lo que sentíamos el uno en el otro. La cosa era, ¿hasta dónde estaría dispuesta por ese amor que crecía día a día? No sabía hasta donde, pero en ese momento me daba igual, solo quería sentirlo.

—Lara... yo... yo creo que. —Su voz sonaba temblorosa, pero no pudo terminar de hablar, pues su móvil comenzó a sonar insistente y tuvo que cogerlo.

La persona que le hablaba al otro lado de la línea parecía cabreada y Rubén

en ese momento me miraba nervioso, así que al darme cuenta de la situación comencé a vestirme. Sus pies se movían nerviosos y ya me temía lo peor ¿Qué estaría pasando? Él solo respondía en monosílabos y no me enteraba de mucho, pues hablaba bajito. Cuando colgó me sentí mal y no sabía por qué, era como si en cierto modo lo que estuvimos a punto de hacer estuviera mal y esa llamada nos lo recordase para que no cometiéramos más locuras. Rubén al colgar, se acercó a mí con miedo, lo notaba en su mirada, sabiendo que este sí era el fin de lo que teníamos, pero ¿qué teníamos? Ninguno lo sabía. Bueno yo sí, yo me enamoré y ya no había remedio para eso, aunque me fui para no sentirlo, para no enamorarme, al final volví y me di cuenta de que el amor que sentía por ese hombre uniformado y de voz ruda, hizo que no quisiera irme nunca más, pero las cosas nunca salen como uno lo planea, simplemente suceden sin más. Lo tenía muy cerca y tuve que separarme para no sucumbir a sus encantos, él frunció el ceño y volvió a acercarse, pero de nuevo me alejé.

—¿Por qué te alejas? Lara, por favor ¿Qué ocurre? —preguntó despacio, aunque yo sabía que lo único que hacía era fingir, pues sus ojos en ese momento me estaban enseñando su gran cabreo.

—Aunque creas que lo que digas me hará sentir mejor, no es así. Únicamente te equivocas una vez más, pero no te preocupes yo me doy cuenta de la situación y créeme, sé que esto no tiene futuro. No olvides una cosa, lo que teníamos nunca se borrará de nuestra mente. —Rubén negó y pude ver la decepción en su rostro, pero me dio igual y sin decir ni una palabra más, abrí la puerta del baño y salí de ese cubículo que tan pequeño se me hacía junto a él.

Me fui hasta la sala de espera de nuevo y me senté en la misma silla que hacía unas horas. Vi como Rubén caminaba en mi dirección, pero algo lo paró o alguien, mejor dicho. Una voz a pleno grito se acercaba a él con paso

decidido y pude ver a un hombre de unos cincuenta años que gritaba a Rubén como si fuera un niño malcriado ¿Quién sería ese hombre? Me levanté y quise acercarme, pero ese hombre al verme me miró con la cara desencajada, como si no quisiera que escuchara la conversación. Rubén se dio la vuelta y me miró suplicante, echándome de su lado.

—¿Quién es ésta? —preguntó el hombre de mala manera. Rubén iba a responder, pero me adelanté:

—Esta, tiene un nombre y no tengo porque decírselo —respondí de la misma manera.

—Papá... es solo una amiga ¿vale? —respondió Rubén matándome por dentro.

—Sí, eso soy... “Una amiga” adiós, “amigo” —dije mirando a Rubén y me alejé, pero sentí la mano de él, cogiendo mi brazo.

Me di la vuelta y mi mirada se oscureció por la decepción de ese “amiga” me había dolido mucho, pero realmente lo que me dolía no era que lo dijera, si no saber qué es la verdad, que solo seré su amiga y nada más.

—¿Qué quieres? Vete, no hagas esperar a tu padre, no lo hagas por mí que solo soy una “amiga”. —Lo dije moviendo los dedos, haciendo las comillas.

—Lara, por favor. Las cosas no son así... Entiéndeme, por favor —suplicó acercándose.

Yo no quería tenerlo cerca, su cercanía me hacía daño, me dolía saber que nunca, nunca, seríamos nada más que amigos. Me dolía saber que no soy nada para él y que muy pronto será padre, creando una bonita familia. Una familia en donde yo no seré nada, bueno sí, su amiga.

—¿Crees que me importa lo que hagas? Por mí puedes largarte con ella. Anda y cástate Rubén. No aplaces nada por algo que no tiene futuro, porque óyeme bien. Tú y yo, no somos nada y nunca lo seremos —sentencié y me fui sin dejarle responder.

Caminé con paso decidido hacia el ascensor, cruzando una mirada de muerte con su padre y perdiéndome entre las pocas personas que también se marchaban. Bajé hasta la cafetería y me senté en una de las mesas apartadas después de pedirle al camarero un café bien cargado. Pensando en mis cosas y sobre todo en lo que había pasado, me lo tomé. Aunque no quería que me doliera, lo hizo y mis lágrimas estúpidas, tuvieron que salir para hacerme ver la “cagada” tan inmensa que había cometido enamorándome de un hombre prohibido.

Una hora en la cafetería, ya me había tomado dos cafés y estaba a punto de tomarme otro cuando siento como alguien se sienta a mi lado, me giro y me quedo helada al ver a David ¿qué hacía aquí? No me lo podía creer y él se dio cuenta mostrándome una maravillosa sonrisa.

—David ¿Qué haces aquí? —pregunté contenta de verle de nuevo.

—Le pregunté a tu “Nona” dónde estabas y me dijo lo de tu padre. No quise dejarte sola, sé lo que es pasar por algo así. —Me abracé a él llorando, cogiendo su hombro como paño de lágrimas, llegando a mí como si fuera un ángel guardián. Con David siempre fue así, siempre me sorprendía y siempre estaba para mí y ese día me lo demostró de nuevo.

—Vaya, si llego a saber que te pondrías así, vengo antes —habló sarcástico —. Eh, eh. No llores Lara, tu padre te necesita fuerte. Además, sé que estará bien, es un hombre muy fuerte, solo hay que ver a la hija que tiene. Una mujer llena de fortaleza, una mujer menuda de cuerpo, pero enorme de corazón. —Sus palabras me hicieron sentir mejor y di gracias porque estuviera cerca de mí.

Después de cenar, ya que me obligó a comer algo, volvimos a la sala de espera. Ambos caminábamos desanimados, pues, aunque David quería animarme no lo conseguía, únicamente me ayudó a que las horas pasaran un poco más de prisa, pero no me ayudó a olvidarme de todo lo que pasaba y lo

que estaba por pasar. Salimos del ascensor y caminábamos despacio, hablando un poco de todo lo que había pasado en los años que no nos vimos, pero al llegar me callé de pronto, la imagen de Rubén mirando por la ventana me congeló. Nos escuchó y se dio la vuelta, me miró y luego miró a David que tenía su brazo echado por mis hombros. La expresión de tranquilidad, se le cambió y se acercó a nosotros como si alguien le estuviera quitando a la novia.

—¿Qué haces aquí? Pensé que te habías ido —hablé nerviosa.

—Ya ves que no ¿Quién es él? —preguntó señalando a David.

—Soy David, su ex y amigo ¿y tú?

Yo los miraba como si fuera una partida de tenis. Ambos se miraban con los ojos llenos de furia y si la cosa se torcía de seguro se darían golpes hasta que uno de ellos cayera, pero ¿Cuál sería su recompensa? No creía que fuera yo, pues Rubén y yo solo éramos amigos y con David era tanto de lo mismo.

—Pues qué bien. Ya estamos todos los “amigos” juntos —dijo Rubén mirándome y yo reprimí la risa que me ocasionaban los dos, pero sobre todo los celos de él—. ¿Podemos hablar a solas? —propuso mirando a David.

No quería estar a solas con él, pero tenía que ir, tenía que escuchar lo que fuera que me iba a decir, aunque me doliera en el alma, necesitaba saberlo. Asentí y caminé hacia el otro lado. David se sentó en una silla de la sala de espera, diciéndome que me esperaría. Esa aclaración a Rubén no le gustó, pero no estaba para exigir nada. Cuando estuvimos lo más lejos posible de mi amigo, paré y me di la vuelta, sin darme cuenta de lo cerca que estaba de mí, pues me choqué con su pecho. Su respiración se aceleró y la mía la siguió. Nerviosa y excitada, así me sentía y me moría de ganas porque sus labios rozaran los míos, pero tenía que hacerme la dura, así que, sin más, me alejé, con todo el dolor de mi alma, me separé pues no podía sentirlo tan cerca.

—¿Por qué volviste?

—En realidad no me fui. No podía marcharme si hacer esto...

Pegó su cuerpo al mío y cogiendo mis mejillas, me besó, pegó sus labios a los míos. Otra vez me sentía en una nube, una nube que estaba a punto de comenzar una tormenta, dejando las lluvias más abundantes que el mundo había presenciado, unas lluvias que declaraban todo el amor que mi corazón se dignaba a sentir por ese hombre que, lo único que había hecho desde que nos conocimos era volverme loca. Solo hacía días, unos días llenos de pasión, una pasión que no sabía que podía sentir y que él convirtió en amor, un amor desesperado por tenerlo conmigo siempre. Pero sabía que era imposible, que mi amor por él solo era un espejismo, algo que solo puedes ver, pero no tocar y yo no me conformaría solo con eso, yo lo quería por completo.

CAPÍTULO 17



Nuestros labios seguían dándose ese calor abrasador, ese calor que subía desde mi intimidad hasta mis mejillas, calentando todo mi cuerpo, anhelando con todo mí ser que me hiciera suya. No quería, no podía y necesitaba alejarme lo más posible de él o al final me veía encerrada en casa con el pijama tres meses más, aunque con una excepción, con Rubén sería diferente y sabía que no serían tres meses, en este caso no le pondría tiempo, sabiendo que seguramente, estaría años sin levantar cabeza. Me separé y le di un guantazo, no aguantaba lo que con solo un beso suyo conseguía de mí, lo que le daba la gana y estaba harta de sentirme vulnerable ante él. Rubén me miró con una ceja levantada y volvió a coger mis mejillas, bajando una de sus manos para agarrarme fuerte de la cintura, sin dejarme escapar, sin dejar que me defendiera de lo que me estaba dando. Sus labios y los míos eran el detonante perfecto para una perfecta tormenta, aunque una tormenta eléctrica era lo que estaba a punto de suceder. Al separarnos nuestras respiraciones estaban alteradas y con ello la ganas de ser besada de nuevo, porque sentía mi boca desnuda, sentía frío al separarse de mí.

—Te encanta golpearme después de un buen beso ¿verdad? No ves que, con tus golpes, lo único que consigues es que te desee aún más y lo peor de todo es que quiero y necesito más de ti —susurró acercando sus labios de nuevo a los míos.

—¿Mas de mí? ¿Qué es lo que exactamente quieres de mí? —Las palabras me salían entre cortadas y mi cuerpo temblaba como un flan a punto de desparramarse por el suelo.

Sus labios se surcaron en una dulce sonrisa, una sonrisa que podría parar al mismo diablo antes de masacrar el mundo entero y en ese momento ese

diablo era yo, pues antes de llegar lo único que quería era patear sus pelotas como si fuera un balón de fútbol, pero otra cosa que no pude hacer.

—¿Es que aún no te da cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—De que te quiero... Lara, yo estoy enamorado de ti desde hace mucho tiempo, pero jamás pensé que tú y yo nos llegásemos a conocer algún día — declaró y yo abrí la boca desencajada—. Desde que tu hermano comenzó a hablarme de ti, fue como comenzar a conocer a alguien muy especial. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero de un momento a otro, mi mente te puso cara y comencé a soñar con esa mujer espectacular que tu hermano me describía día a día.

No podía creer que me estuviera diciendo todo eso y me sentía aterrada ahora que sabía sus sentimientos, porque eso solo complicaba las cosas aún más. Me separé unos milímetros de él, necesitaba respirar, necesitaba aire fresco, sentirme libre por un momento, antes de meterme de lleno en la mayor locura cometida en toda mi vida. Entonces no lo pensé y salí corriendo, dirección a la salida. Rubén gritaba mi nombre, corría tras de mí. Salí a la calle y el cielo que amanecía, lo hacía de manera oscura, pues estaba nublado. La tormenta que estuvo a punto de comenzar en el interior del hospital caería encima de nosotros. Rubén me alcanzó antes de cruzar la carretera y me cogió en brazos para evitar que me fuera.

—¡Déjame! ¡Suéltame ahora mismo! —grité y su respuesta fue besar mis labios con fiereza, llenando todos mis sentidos.

Volvió a separar sus labios de los míos y mordió mi labio inferior antes de soltarme. Ese simple acto hizo que mi intimidad vibrara anhelante. Rubén sonrió y sus ojos se achicaron al sonreír tan abiertamente.

—¿Qué te hace tanta gracia? Desde luego que cuando digo que eres gilipollas es por algo.

—Creo que va a llover —respondió ignorándome por completo. Puse mis manos a cada lado de mi cintura, poniéndolas en jarra y en ese momento una gota cayó en mi frente haciendo que soltase una gran carcajada.

—Tienes la risa más bonita y perfecta que he escuchado nunca, por favor, nunca dejes de reír. —Dejé de reír y me acerqué a él, puesto que estaba a punto de llover y sus besos bajo la lluvia me encantaban.

Pegué mis labios a los suyos, su lengua busco acceso a mi boca y la abrí gustosa por probarla, me moría de ganas porque nuestras lenguas se rozaran como si estuvieran bailando un tango. De pronto gotas caían encima de nosotros y poco a poco la lluvia se hizo más dura, mojándonos por completo, pero no nos importó y seguimos a lo nuestro y eso era, besarnos hasta desfallecer.

Segundos o minutos, no sabía exactamente cuánto tiempo había pasado, pero tuvimos que separarnos para correr hasta el interior del hospital, pues la lluvia no cesaba y el agua ya nos calaba en la ropa, además de que escuchamos truenos, lo que no estaba segura era si los truenos provenían del cielo o de nuestro interior. Entramos al hospital a toda prisa, con las manos entrelazadas y riéndonos. La verdad de todos los besos bajo la lluvia que nos habíamos dado, sin duda, ese fue el mejor de todos. Caminamos hasta el ascensor y le di al piso cinco que era donde estaba mi padre y David, recordé que lo había dejado en la sala de espera.

—¡Joder!, no me acordé de mi amigo —dije inocente.

La puerta del ascensor se abrió y salimos de este. Rubén antes de que nos acercáramos a la sala de espera, se puso delante de mí y me paró.

—Tenemos que hablar, Lara —propuso agarrando mis brazos con suavidad.

Lo notaba nervioso, como si quisiera contarme algo. Asentí y me encogí de hombros, no quería que pensara que le iba a pedir nada, si él tenía que dejar a su novia, que lo hiciera por él y no por mí. No viviría en paz sabiendo que

rompí una pareja.

—Está bien, pero será en otro momento ¿te parece bien? —pregunté y asintió con desgana.

Caminamos de nuevo para la sala de espera y mi hermano Martín estaba sentado al lado de David, hablaban animadamente. Me acerqué a ellos y me senté al lado de mi hermano. Martín al ver a Rubén se extrañó, pues pensaría que no estaría aun conmigo o ¿sería por otra cosa? Debía averiguar qué fue que hablaron ellos, así como el motivo de la visita de su muy “simpático” padre.

—Estás empapada, ¿Dónde estabas? —habló Martín reprimiendo una sonrisa.

—Salí a tomar un poco el aire y comenzó a llover —dije mirando a Rubén. Él me sonrió.

—Pensé que ya te habías ido. Tu padre me llamó y me preguntó si sabía dónde estabas, supongo que habrá venido a buscarte ¿no?

¿Mi hermano fue quien le dijo al padre de Rubén donde encontrarle? Eso no podía ser posible, ¿con que fin? ¿Separarnos? ¿Cómo separas a alguien de una persona con la que no está? Esto tenía gato encerrado y no iba a parar hasta averiguarlo.

—Sí, vino a buscarme. Muchas gracias por tu amabilidad.

Miré a los dos y quise hablar con mi hermano en privado, pues no estaba de acuerdo con él, ya que me podría haber metido en un problema a mí con ese señor, pero parecía que le daba igual, como si lo único que quisiera fuese que me separara de Rubén, y si era así ¿por qué habló con él? Y sobre todo ¿de qué?

—Por cierto ¿Cómo está Lucía? Porque tu padre te buscaba para decirte que tu novia estaba de parto —soltó mi hermano de pronto. Yo le miré desenchajada y me levanté de golpe. Me sentía engañada y muy cabreada.

—¿Eso es cierto? —pregunté a Rubén poniéndome ante él—. Mírame — exigí cogiendo su mejilla para que me mirase—. ¿Es cierto? Tu novia estaba de parto y te ha dado igual, ¿Cómo crees que me hace sentir eso a mí?

—Perdóname Lara, por favor. Las cosas no son así —se defendió.

—¿Y cómo son? Te responderé yo. La cosa es que soy tu amante, soy la otra y tu novia está de parto y te quedas conmigo. Hay que ser muy hijo de puta para hacer eso...

—Lara, escúchame. No es así...

—¡Cállate, no me mientas más, lárgate con ella y por favor, no me busques más! Necesito que me dejes en paz de una vez y que esta sea la última vez que tú y yo nos vemos —escupí cabreada.

—Lara, por favor. Necesito que me escuches, si lo hicieras te darías cuenta de las cosas...

—¡No! No quiero escucharte más, no quiero verte más. Quiero olvidar que te he conocido. Quiero olvidar todo lo que hemos vivido... —Hablé con la voz temblorosa, pues las lágrimas estaban a punto de salir. Quiso acercarse, pero no le dejé—. ¡Vete y no vuelvas!

—Si es lo que quieres, eso haré... pero no dirás que no lo intenté.

Después de esas duras palabras, asintió no muy convencido y se fue, dejándome completamente confundida y desolada. Cuantas emociones en un solo día, parecía que había estado en el parque de atracciones, y me había montado en la montaña rusa. Mi hermano se acercó a mí y me alejé de él, pues también me había mentido. Está claro que no puedo confiar en ningún hombre, ni, aunque sea mi propia familia. Me fui, salí del hospital y me metí en el coche, necesitaba pensar y relajarme. Conduje por más de una hora, hasta que llegué al apartamento de mis amigas. Quería pasar por mi casa, pero seguramente estaría ocupada ya por la trepadora de Silvia y el estúpido de mi ex, así que mejor me fui con mis chicas. Aparqué el coche y subí hasta

su piso. Cuando Luisa abrió la puerta, entré en la casa como un vendaval a moco tendido, necesitaba llorar y en el hospital no lo había hecho para que mi hermano no me viera. Belén preocupada, vino hasta a mí y me abrazó preocupada.

—¿Qué ocurre Lara? ¿Le pasó algo a tu padre? —Habló Belén cobijándome entre sus brazos. Yo negué para no preocuparlas más de la cuenta.

—¿Entonces por qué estás así? ¿Acaso pasó algo con Rubén?

Y solo escuchar su nombre me dolía el alma. Lloré como nunca lo había hecho y me sentía estúpida por estar enamorada de un hombre que acababa de conocer y que encima estaba comprometido ¿Por qué el amor tenía que ser así? ¿Por qué tuve que enamorarme de él tan pronto? Me sentía muy sola antes de conocerle y creía que ese había sido el detonante para que mi corazón se abriera para él. Pensé que, con solo tener sexo con él, sería suficiente para pasar el rato. Pero me enamoré como una estúpida y aun sabiendo que iba a sufrir, seguí viéndole, seguí entregándole todo de mí, pero ¿Qué haría ahora con esto que sentía? ¿Cómo iba a hacer que pasara? No estaba preparada para pasar de nuevo por lo mismo y lo peor de todo, es que él no era mi ex marido. Dándome cuenta de que el amor que sentía por Álvaro no era comparable con lo que sentía por Rubén.

—Tranquila Lara. No llores más y si no estás preparada para contarnos ahora, no lo hagas. Ya sabes que estaremos aquí cuando lo estés —afirmó Luisa.

—¿Puedo quedarme esta noche aquí con vosotras?

—Eso ni siquiera se pregunta. Ya lo dábamos por hecho cielo. Anda, ve y descansa, ya sabes dónde están los pijamas de Luisa.

Me levanté y me dirigí a la habitación de Luisa, cogí un pijama de la cajonera, me desnudé y me lo puse. Luego sin más me metí en la cama, ya que Luisa tenía dos camas pequeñas en la habitación. Belén tenía una de matrimonio, pues algunas noches mi hermano se quedaba con ella, pero Luisa

pensó siempre en mí y dejó las dos camas para cuando yo quisiera quedarme. Tirada en la cama, seguí llorando, pero esta vez era de “cabreo”. Estaba enfadada conmigo misma, por lo estúpida que había sido, haber confiado en alguien que sabía que no sería legal, porque ya el hecho de que engañe a su novia embarazada con otra mujer dejaba mucho que desear, pero bueno... La estúpida fui yo, que me enamoré y ahora tenía que cargar con ese peso de por vida, porque no me sentía capaz de olvidarle sabiendo que todos mis intentos por conseguirlo serían en vano y no lo lograría jamás.

CAPÍTULO 18



A la mañana siguiente me levanté con un propósito y ese era localizar a mi madre. Cogí el móvil y busqué el número de mi hermano, tenía que preguntarle primero por mi padre y de camino que me dijera el número de Cristian, pues necesitaba un favor de mi amigo.

“Martín ¿Cómo está papá?”

Mientras esperaba, me comencé a vestir, pues nada más que supiera donde ir, saldría de la casa para realizar mi cometido. Diez minutos después, recibí la respuesta de mi hermano.

“Parece que está despertando, pero aún no podemos verle”

“Está bien, más tarde iré. Por favor, pásame el número de Cristian y no me preguntes para que lo quiero porque no te lo diré. Si quieres ayudarme, dime el número y nada más”

Tardó más de la cuenta en responderme, pero hizo lo que le pedí y me dio el número sin siquiera rechistar. Una vez guardado en la agenda del teléfono, escribí un mensaje a Cristian, diciéndole que le esperaba en la cafetería del centro para hablar con él de un asunto. Solo respondió con un “Ok” así que sin más cogí mi bolso y salí de la casa sin dar ninguna explicación a mis amigas.

Media hora después llegué a la cafetería y Cristian ya me esperaba en la puerta, me acerqué a él y le di dos besos en las mejillas. Nos adentramos a la cafetería y nos sentamos en la mesa más apartada, pues le iba a pedir un favor que de seguro se iba a negar, pero no podía pedirselo a otra persona, no podía pedirselo a él. Cristian me miraba esperando que le dijera algo.

—¿Me vas a decir ya para que me has llamado?

—Necesito un favor tuyo.

—Vale, pero a ver que me pides “canija” —respondió burlándose y yo sonreí.

—Necesito que busques a una persona. Es un familiar de mi padre, pero no sé dónde está y he pensado que igual tú, podrías buscarla —dije despacio, como si al decirlo así me dijera que sí.

Cristian me miró y por un momento pensé que me diría que no, pero me equivoqué, pues me pidió los datos de esa persona que yo estaba buscando y que claramente no le diría que era mi “santa madre”. Después de darle todos los datos de mi madre, aunque lo único que necesitaba era su nombre, nos tomamos un café y cada uno cogió su camino. Yo me fui al hospital hasta esperar la llamada de Cristian diciéndome dónde encontrarla. Al llegar vi a mi amigo David y mi hermano en la sala de espera. David estaba con otra ropa, así que supuse que habría ido a cambiarse. Ambos me miraron. Yo no le dije nada a ninguno y me senté en la silla más apartada posible, no me sentía con ganas de hablar con nadie y menos con mi hermano.

Estuve un rato sola, hasta que vi como mi hermano se levantaba y se sentaba a mi lado. Mi mirada fue directa a la ventana, no quería ni verlo, me sentía muy “cabreada” con él y, sobre todo decepcionada, porque si yo estaba con Rubén era porque yo quería y no tenía que haberse metido. De igual forma iba a acabar mal de un momento a otro.

—¿Ni si quiera vas a mirarme? —Preguntó—. Lara, lo siento, pero lo hice por ti. No quiero que vuelvas a sufrir.

—Ese es mi problema. Preocúpate de tu vida y deja la mía en paz, no soy estúpida y sé hasta dónde puedo llegar —respondí cabreada.

Mi hermano me miró impresionado por mi respuesta, pues jamás le he hablado así, nunca nos habíamos peleado en serio y esa vez era la primera vez en mi vida que me “cabreaba” con él de verdad. No digo que no lo haya hecho con buena intención, sabía que quería protegerme, pero era mi

problema y no tenía que haberse metido. Yo solita sabía cuidarme, yo solita sabía meter la pata hasta el fondo, remover la mierda y volver a salir, aunque fuera mal, pero siempre salía y en este caso no sería la excepción, o ¿sí?

Joder si yo misma me respondía negativamente, ¿por qué no puedo pasar página sin más? Mi hermano quiso coger mi mano para poder hablar de nuevo. Yo sabía que en ese momento lo estaba pasando muy mal, pero yo estaba igual o peor que él y parecía que no se daba cuenta. Me iba a levantar para no tener que mirarle, pero el médico llegó para decirnos que mi padre había despertado y quería vernos, aunque no más que nosotros a él. Me moría por ver a mi padre y darle un fuerte abrazo, para no dejarlo escapar más.

Fuimos los dos tras el médico que vino a buscarnos, pero este se paró diciendo que mi padre solo quería verme a mí. Mi hermano y yo fruncimos el ceño, era muy extraño, pues mi padre no elegía a uno nunca, siempre éramos los dos, siempre juntos donde sea y cuando sea. Martín me dio un apretón en mi mano derecha y se fue de nuevo a la sala de espera. Yo por consiguiente volví a seguir al médico que me dejó justo delante de la habitación de mi padre. Una parte de mí se moría por entrar, pero la otra me decía que no saldría bien de esa habitación, que las cosas se habían descubierto y mi padre me odiaba. Me quedé pensando por segundos, hasta que me arme de valor y abrí la puerta despacio, como si no quisiera que mi padre se diera cuenta de mi llegada. Entré en la habitación y mi padre clavó sus preciosos ojos azules, aunque ya cansados, en mí y temblé. Estaba cabreado, ese gesto fue el que me confirmó lo que estaba a punto de pasar.

—Acércate Lara —habló despacio, cansado. Yo le hice caso, aunque a paso lento.

—¿Cómo estás, papá? Nos tenías muy asustados —pregunté y no me respondió.

No me gustaba la frialdad con la que mi padre me miraba, era como si ese

hombre bueno y bondadoso que me enseñó a dar mis primeros pasos me enseñó a montar en bici, ese hombre que echaba a los monstruos del armario fuera de mi vista, ya no me quisiera ¿Le había decepcionado? No lo sabía, aunque yo misma estaba decepcionada de mí misma.

—Siéntate —dijo señalando la silla que había justo delante de su cama. Sin responderle me senté.

Quise coger su mano, pero me la apartó y con ese acto quise morirme, mis ojos se llenaron de lágrimas y ya sabía yo que ese hombre que era mi héroe no estaba frente a mí, en cambio había un hombre frío y distante. Mi padre no estaba, no me quería cerca.

—Lo sé todo.

—¿Todo? —pregunté en un susurro casi audible y él asintió.

—Sé que tú fuiste quien echaste a tu madre de casa. La obligaste a escribir una carta diciendo algo que era mentira ¿Por qué? —preguntó y me quedé callada, no sabía que responder—. ¿Por qué?! Responde Lara.

Agaché la mirada, no podía mirarle, no podía ver sus ojos llenos de odio hacia mí. Me sentía mal, avergonzada, perdida. Sabía que ese día llegaría, aunque siempre mantuve la esperanza de que no pasara.

—Lo siento, papá. Era lo que tenía que hacer —respondí en un hilo de voz. Las lágrimas no me dejaban hablar con claridad.

Me levanté para irme, no quería estar más entre esas cuatro paredes, sintiéndome odiada por el hombre que yo siempre he amado y respetado, por mi padre. Casi al cruzar el umbral de la puerta, me llamó y me di la vuelta.

—No sé porque lo hiciste, no sé qué fue que te llevó a semejante bajeza, pero no quiero volver a verte. Me hundiste la vida Lara y eso, jamás te lo voy a perdonar —sentenció y me fui con el corazón en un puño.

En ese momento mi corazón había muerto del todo. Quise contarle los motivos que me llevaron a echar a mi madre de nuestra casa, pero no era el

momento, no cuando se estaba recuperando de varios infartos. Sabía que, si le contaba a mi padre lo que ese día pasó, se pondría mal y yo no quería eso. Al salir de la zona de las habitaciones, vi a mi hermano y este me miró nervioso, se levantó y corrió hasta mí, pues al ver en el estado en el que me encontraba era preocupante.

—Lara, ¿Qué pasó?

No le respondí y salí corriendo de allí, entré por la puerta de salida de emergencia que daba a las escaleras y las bajé a toda prisa. Estábamos en el cuarto piso, pero me dio igual, solo quería salir, desaparecer. Cuando llegué abajo, fui hasta la salida sorteando a todo el mundo que entraba, pues era la hora de visita. Al salir, me iba a ir caminado, pero me llegó un mensaje de Cristian.

“Canija”, creo que he encontrado a la persona que buscabas”

“Dime, ¿Dónde puedo encontrarla?”

“Trabaja de interna en una casa de una familia adinerada, a las afueras”

“Ni siquiera sabía que estaba en Madrid, gracias “guaperas”, te debo una”

Me mandó la dirección de la casa y me monté en el coche. Iría en ese mismo momento a la mujer que me ha destrozado la vida. Puse la dirección en el GPS del móvil y arranqué. Conduje por unos veinte minutos, pues el tráfico en Madrid estaba a la orden del día, hasta que llegué a la urbanización, Monte Alina. Era una de las urbanizaciones más lujosas de Madrid y entrar en un sitio como ese no me gustaba, pues yo y los “ricachones” no nos llevábamos bien. Busqué la calle Satélite y me paré, quedándome completamente con la boca abierta al ver la enorme casa que estaba justo delante de mí. Aparqué el coche y me bajé del mismo, caminé intranquila, pues un temor que no sabía que tenía se metió en mi interior y ya no me hacía tanta gracia ver a mi madre. Subí las escaleras que daban a la entrada de la mansión, porque eso era una mansión y al llegar, pensé por unos minutos que hacer ¿Tocar el

timbre o no? ¿Qué le diría? Eran muchas cosas que llevaba guardando en mi pecho, muchas cosas que quería decirle a mi madre, pero sabía que me iba a costar mucho hacerlo.

Antes de tocar el timbre, miré el móvil para saber si tenía algún mensaje o llamada, aunque lo único que estaba haciendo, era retrasar lo inevitable. Cuando me disponía a tocar el timbre, la puerta se abrió y la persona que menos me esperaba encontrar, ahí estaba. Tan rubia y perfecta, tan ricachona y pija. Lucía, ella fue la que abrió la puerta y su cara se desenchajó al verme en la puerta de su casa.

—¿Tú qué haces aquí? Si buscas a Rubén, mi novio, él no está aquí —escupió acercándose a mí con las manos cerradas en un puño.

No sabía si ella sería capaz de golpearme, aunque por otro lado me merecía que lo hiciera. Le miré la barriga y vi que aún seguía embarazada, eso no me cuadraba pues supuestamente el día anterior se puso de parto.

—No vine buscando a tu novio. Vine a buscar a una mujer que trabaja aquí, o eso me han dicho —respondí lo más calmada que pude. Ella me miraba expectante, esperando a que le dijera a quien buscaba—. Laura Rivera.

—Sí, ella trabaja aquí, ¿por qué la buscas? ¿Qué tienes que ver con ella?

—Eso es asunto mío ¿no crees? —Ya comenzaba a cabrearme, es que no la soportaba y solo la había visto una sola vez. Asintió y gritó llamando a Laura. Esperamos unos minutos que parecieron horas, mirándonos desafiantes, como si fuera una lucha por alguien que ni siquiera estaba presente. Hasta que la imagen de mi madre se puso delante de mí. Sus ojos abiertos de par en par y su expresión de sorpresa no pasaron desapercibidos para Lucía, pero pronto nos ignoró, pues le vino una visita inesperada que solo tenía ojos para mí. Rubén salió de su coche y con paso firme y rápido, se colocó justo a nuestro lado. Nuestras miradas se cruzaron, pero la aparté mirando a la persona que había ido a buscar. Lucía al ver como su novio me miraba, se

acercó a él y le besó con pasión. No quería mirarlos, pero no pude, así que, siendo una masoquista nata, lo hice y pude ver que Rubén no lo estaba pasando nada bien, más bien se le veía incomodo con la situación, pero ¿Cómo no estarlo? Si yo misma me estaba muriendo por dentro. Ellos se fueron y quedamos en la entrada ella y yo, mi madre y yo.

CAPÍTULO 19



Mi madre seguía mirándome esperando a que yo le dijera algo o estaría pensando en cómo la había encontrado. La expresión de su cara no era la misma, estaba un poco más vieja, aunque claro está, había pasado algunos años desde la última vez que nos vimos.

—Lara, ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Creo que aquí las preguntas las hago yo, ¿podemos hablar en otro sitio? —Asintió y me hizo un gesto con la mano para que la siguiera al interior de la casa, aunque yo no quería entrar, tuve que hacerlo.

La casa era enorme y suponía que ella no era la única trabajadora, porque para una persona sola era demasiado, aunque a mí no debía importarme. Miraba cada rincón del pasillo curiosa, intentando ver algo que me dijera la clase de relación que tenían Lucía y Rubén, algo como una foto juntos que me afirmara que se querían, pero no, no había nada de nada, ni una foto colgada. Solo cuadros de conocidos pintores y esculturas, era todo demasiado triste, parecía más un museo que un hogar. No me extrañaba que Rubén no quisiera casarse con esa arpía. Llegamos a la cocina y era más grande que mi salón, enorme y con la decoración exquisita. Laura, me instó a que me sentara y ella se puso en la silla de en frente.

—¿Vas a decirme ahora a que viniste?

—Mejor porque no me dices tú porque le dijiste a mi padre que yo te eché de casa o mejor, ¿por qué fuiste a verle? No tenías derecho. Por tu culpa empeoró y tuvieron que operarle. Podría haber muerto, pero eso a ti te da igual, solo piensas en ti misma —escupí hiriéndola o por lo menos esa era mi intención.

Estaba harta de que manipulara todo, como siempre hizo. Mi madre era

buena, una mujer dedicada a su familia, pero también era una manipuladora y por eso no me di cuenta de su engaño hasta que los pillé “in fraganti”. Solo con pensar en ese momento, me daban arcadas. Agachó la mirada y escuché como se sorbía la nariz ¿Estaba llorando? No me creía ni una lágrima suya, todas y cada una de ellas, eran falsas, igual de falsas que ella.

—No quise hacerle daño a tu padre, Lara. Solo fui a verle y comenzó a hacerme preguntas. No aguanté más y le dije eso.

—¿Y por qué no le dijiste el motivo del por qué te eché? ¡No, mejor tenías que hacer que mi padre me odiara ¿Verdad?! Porque eso conseguiste, que mi padre me echara de su vida y todo por tu cobardía, porque yo me he callado todo este tiempo esos motivos que me llevaron a echarme de nuestras vidas, y todo ¿para qué? Para no hacerles daño a ellos, que son lo más importante que hay en mi vida —escupí levantándome de la silla y pegando un manotazo en la mesa.

Ella no decía nada, simplemente escuchaba cada palabra que salía de mi boca y aunque me encantaría que dijera algo para poder gritarle aún más, no lo hizo. En cambio, lloró, lloró como jamás la vi hacerlo y por un momento sentí pena por ella, pero después, volví a recordar y le volví la espalda. Eso era lo que ella se merecía de mí, que no la mirase nunca más, que no la buscara nunca más en la vida. Para mí mi madre estaba muerta desde hacía ya diez años y solo necesitaba gritarle todo lo que llevaba guardado dentro.

—Lara, por favor, hija...

—No, Laura. Yo no soy tu hija y nunca, escúchame bien, nunca, vuelvas a decirme hija. ¡Esa palabra te queda grande, Laura Rivera! —grité cabreada y me dispuse a salir de esas cuatro paredes.

No pude irme, no al ver como seguía llorando como alma en pena. Yo no tenía mal corazón y aunque hubo momentos en que llegué a odiarla por hacernos lo que nos hizo, no podía negar que era mi madre. Me acerqué a ella

y le puse una mano en el hombro, alzó la mirada y se levantó para abrazarme. Mis brazos no la rodearon, aunque ella me apretara fuerte entre los suyos. Me habrían hecho tanta falta en muchos momentos de mi vida sus abrazos, que ahora que los tenía no los quería. Me separé y ella intentó acercarse de nuevo. —Por favor. No lo hagas más difícil —supliqué reteniendo las lágrimas que estaban a punto de pasarme una mala jugada.

—Lara perdóname, por favor. Te lo suplico... Siempre me odié por lo que tuviste que ver y sé que no tengo excusa para lo que hice, pero de verdad que siento todo lo que pasó. —Mis sollozos ya estaban presentes y me limpiaba cada lágrima con fuerza, como si fuera un castigo. Ella no se merecía ni una lágrima mía.

—Te acostaste con Marcos, engañaste a mi padre, nos engañaste a todos ¿Cómo crees que pasamos los primeros meses sin ti? ¿Crees que fue fácil mentirle a mi padre y mi hermano con lo que pasó? He sufrido por ti, todo este tiempo, guardando tu secreto y en vez de decirle a mi padre el motivo, solo le dijiste que yo te eché. Así me gané su odio y ahora pretendes que te perdone. Lo siento, pero no puedo... No puedo —dije y me fui. Corrí dejándola plantada en la cocina y esa sí sería la última vez que la viera.

Al salir al pasillo, vi a Lucía ¿Cuándo habría llegado? Me miraba con una sonrisa de oreja a oreja y se colocó justo delante de mí, cortándome el paso.

—¿Qué cojones quieres ahora? —pregunté con odio.

—Así que su hija. No si ya me extrañaba a mí que fueras de buena familia.

—Mis ojos se achicaron, tanto que la veía borrosa. Quería evitar a toda costa una pelea con ella, pues no iba a poder contenerme.

La rodeé y la esquivé lo máximo posible para salir de allí. Me dirigí hasta la puerta de la casa, quería salir de allí de una vez y la estúpida de Lucía venía tras de mí. No sabía que quería, para que me buscaba. Ya tenía a Rubén, ¿Qué más quería de mí?

Me di la vuelta, pues sus gritos de histeria me estaban volviendo loca. Me acerqué a ella y la miré “cabreada”, únicamente quería irme y ella me lo impedía y tenía un “cabreo” monumental. Cabreo que como no me dejara, iba a pagar con ella y eso justo es lo que estaba evitando a toda costa.

—Ay Lara, ¿Por qué te pones así? Solo dije la verdad... —Tuve que cogerla, pues se había mareado y tenía los ojos cerrados.

—Lo que me faltaba —susurré mientras soltaba mi bolso en el suelo—. Lucía, Lucía. —La cogí y la arrastré como pude hasta un sillón que había cercano a la entrada, la abaniqué con mis manos y ya me estaba poniendo nerviosa. Poco a poco fue abriendo los ojos y me miró con asco.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste —respondí y cogí mi bolso de nuevo para irme.

Cuando comprobé que estaba bien y vino de nuevo Laura para ayudarla, me acerqué a la puerta y la abrí para irme. Antes de salir, Lucía me paró y me dijo:

—Volveremos a vernos Lara. Te lo aseguro.

Después de esa amenaza que no entendí, salí y me fui hasta el coche, arranqué y salí de esa urbanización que nunca debí pisar. La carretera antes de llegar a la calle principal era toda de campo llena de árboles. De pronto sentí que un coche me seguía, por un momento me puse muy nerviosa, no sabía quién era, pero seguí conduciendo tranquila, serían paranoias mías. Hasta que el coche se puso justo a mi lado y pude ver quién era el conductor que me seguía. Bajó la ventanilla y me gritó a que yo hiciera lo mismo. Yo negué, no tenía nada que hablar con él. Aceleró y paró el coche justo delante del mío. Tuve que frenar y doblar a la derecha, pues casi me choco con su coche. Me bajé del coche echa una furia, se había vuelto loco de remate.

—¿Estás loco?! ¿Cómo se te ocurre frenar así?! —vociferé y cuando lo tuve lo más cerca posible le di un sonoro guantazo, que me dolió más a mí que a

él.

—¡Siempre la misma maldita manía de pegarme, Lara! —respondió en su defensa.

—¿Qué quieres que haga? Las cosas que haces no son normales. Podía haberme chocado, ¡gilipollas!

Rubén me miraba con sus ojos achinados, profundizando lo que quisiera mantener en su memoria, como si ese momento quisiera grabarlo a fuego en sus retinas. Se acercó a mí y con su mano derecha tocó suavemente mi mejilla roja de tanto llorar. Cerré los ojos un momento, disfrutando de la calidez que desprendía ese tacto. Con Su otra mano, la colocó en el bajo de mi espalda y me aferró a su cuerpo. Nuestras respiraciones se estaban volviendo pesadas y aunque quería separarme de él y volver a pegarle un guantazo por hacer de mí una muñeca de trapo, pudiendo hacer conmigo lo que quisiera, no lo hice, no me separé, en cambio acerqué mis labios a los suyos y le besé. No debería besarle, no después de todo lo que le dije en el hospital, no después de verle besar a su muy pija novia, pero no podía pararlo. Era como un maldito imán que me obligaba a pegarme a él, un imán tan poderoso que no sabía qué hacer para romper ese poder que tenía sobre mí. Separé nuestros labios y nuestros ojos se encontraron, mirándonos con deseo, un deseo imposible de romper.

Solo nos mirábamos. Únicamente hacía falta eso para saber que sentíamos, que queríamos. Entonces me separé de él, de sus brazos y me di la vuelta para marcharme, no podía estar con él, no podía ver lo que me esperaba en unos meses. Rubén me cogió del brazo impidiendo que me fuera, pero me solté de un empujón y sus ojos se abrieron descolocados.

—Lara, por favor. Solo quiero que me escuches.

—Ya te dije que no quiero escucharte ¡Joder! ¿Te crees que es fácil para mí ver que estás a punto de casarte y ser padre? —escupí encarándolo y mis

mejillas comenzaron a mojarse de nuevo. Otra vez se llenaban de lágrimas. No sabía cuándo iba a parar de llorar.

—Lo siento, de verdad. Para mí tampoco es fácil. Ya sabes lo que siento por ti y no creo que deje de sentirlo nunca.

—Rubén, déjame en paz por favor. No puedo creerte, no cuando veo como tu vida está a punto de unirse a otra persona. Yo, yo... No lo soportaría. Yo te... Me callé y me metí en el coche. Eché una última mirada al hombre del cual estaba enamorada y él me miraba con los ojos cristalinos por las lágrimas que no sabía que estaba derramando. Esta situación era demasiado dolorosa y estaba harta de sufrir tanto por personas que no han estado en mi vida, personas que quieren estar de una manera que no estoy dispuesta. Arranqué el coche y me fui, ya no quería volver a verle, no podía.

Conduje por Madrid, intentando despejar mi mente, pero no podía, mi cabeza daba vueltas pensando en todo lo que había pasado en tan poco tiempo y en como mi vida había cambiado de repente. Paré en un semáforo, cogí el móvil para comprobar si tenía algún mensaje y recordé el día que lo conocí. Ese día comprendí que ese hombre uniformado sería parte de mi vida de una manera u otra, cosa que así había sido. Lo único es que la manera en la que se había metido en mi vida no era la que yo quería.

Comprobé que tenía varias llamadas de mi hermano y varios mensajes de mis amigas. Belén me decía que me esperaba en casa y que estaba muy preocupada por mí. Imaginé que mi hermano le había contado lo que había pasado, si es que mi padre se lo había dicho. Volví a arrancar al ver el semáforo en verde y fui hasta el bar del padre de Luisa, aparqué y salí del coche. Mis pies los sentía tan pesados, como si hubiera estado caminado durante todo el día. Me sentía agotada. Entré al bar y al fondo vi a Belén con mi hermano y ¿David? Me había olvidado de mi amigo, el pobre vino para estar conmigo y no estuve con él ni un momento. Caminé hasta ellos y sin

siquiera saludarles me senté al lado de David. Este acercó su boca a mi mejilla y me besó en modo de saludo. Mi hermano y Belén me miraban con preocupación y eso me hizo entender que Martín aun no sabía nada, que mi padre no le había contado nada y en cierto modo tenía que agradecersele, pues no soportaría estar peleada con él.

CAPÍTULO 20



Los tres me miraban, pero ninguno me preguntaba y yo no tenía ganas de hablar, así que me levanté y me fui a la barra para pedirle a Luisa mi café. Esta me recibió con un beso y un apretón en mis manos, en ese momento era la única que no esperaba que le dijera nada. Me puso la taza del café delante de mí y la cogí para tomármela a solas en la barra, ya que a esa hora el bar no estaba muy lleno. Mientras me tomaba el café, pensaba en todo, la conversación con mi madre, lo que pasó con Lucía y el beso en la carretera con Rubén. Desde que le conocí todos los días me pasaba algo, era como si la vida tranquila que yo tenía se hubiera esfumado y echaba de menos esa tranquilidad que emanaba mi hogar. Echaba de menos mi casa, mi vida anterior, aunque fuera la más aburrida del mundo. Esa era mi vida, la que había elegido y desde unos meses atrás se fue al traste, haciendo que me sintiera sola. Mi padre era la única persona que me quería de verdad y ahora ya ni eso existe.

Sentí una presencia y viré la cabeza para ver quién era, aunque sí lo sabía. Mi hermano Martín miraba al frente mientras yo tomaba el café con tranquilidad. No quería hablar con él porque estaba a punto de explotar y él no se merecía que le hablase mal. Tampoco quería por el hecho de que guardo el secreto de mi madre y si me seguían preguntando, lo soltaría de una vez y le haría mucho daño o me odiaría por no contarle antes.

—¿En qué piensas? —preguntó despertándome de mis pensamientos, me había perdido en ellos.

Me encogí de hombros a modo de respuesta. Se giró y cambió su gesto a uno más duro, más enfadado. A mi hermano no le gustaban los secretos y mucho menos que le engañen, pero no estaba en posición de pedirme nada en ese

momento, pues se arrepentirá toda la vida, de preguntarme.

—¿Esa es tu respuesta?

—Sí.

—Lara, por favor. No sé qué pasó con papá, pero tiene que haber sido algo muy grave para que no quiera verte, ni si quiera quiere oír tu nombre.

Me dolió en el alma escuchar eso. Mi padre me odiaba y era lo que todos esos años me temía. Lo que siempre pensé que pasaría, ya pasó, y no había vuelta atrás. Mi madre aun sin estar con nosotros seguía haciéndome daño. Yo tenía que haberle dicho a mi padre el motivo, pero no podía, no quería que se volviera a poner enfermo. Prefiero mil veces que me odie, pero saberlo bien, a contarle la verdad y que le pase algo.

—Martín, será mejor que no me preguntes más. No te voy a decir más de lo que ya te estoy diciendo.

—Ese es el problema, Lara, que no me dices nada. Lo único que papá me dijo, es que hiciste algo muy malo y que no quería saber más de ti y ahora te pregunto a ti y tampoco me aclaras que ha pasado ¡Joder!! Me tratáis como un puñetero crío al que no se le puede contar nada! —Alzó la voz y todos nos miraron.

—Lo siento, Martín, pero yo tampoco lo estoy pasando nada bien. Espero que lo entiendas, pero no estoy preparada para contarte nada —sentencié y me levanté del taburete para salir del bar. Martín me cogió del brazo y me solté. Le eché una última mirada y salí de allí.

Estaba harta de todo, de ser tan estúpida, de dejar que todos se aprovecharan de mí y todo, porque no soy capaz de decir las cosas como son. A la única persona que le he dicho las cosas a la cara es a Rubén y eso hace que me dé cuenta de que él es el único que ha conseguido sacar a la verdadera Lara, a la mujer que siempre fui. Me metí en el coche de nuevo y de tanto que lo había cogido, estaba casi sin gasolina. Tenía que repostar antes de ponerme en

marcha de nuevo a donde quiera que fuese, aunque no sabía dónde ir, no tenía donde ir.

Fui a la gasolinera más cercana al bar y llené el tanque. Necesitaba encontrar un trabajo, aunque aún tenía algún dinero ahorrado, pronto se me acabaría y no tendría ni para comer. Debía que ir de colegio en colegio con mi currículum a ver si había alguna plaza libre, aunque, podría volver al mismo colegio, pero no sabía si el director después de cómo me fui, me readmitiría. Podría intentarlo y que fuera lo que dios quisiera.

Cuando ya reposté, volví a ponerme en la carretera, aunque esta vez, sin saber a dónde ir. Ni siquiera sabía dónde vivía Cristian, por lo menos podría ir a su casa. Necesitaba hablar con alguien ajeno a mi familia, alguien con el que sincerarme y me escuchara. Aparqué el coche en un hueco que encontré libre y cogí el teléfono para llamarle. Busqué su número en la agenda del móvil y le di a la tecla de llamada. Al segundo tono, me contestó:

—¿Lara?

—Hola Cristian ¿Estás ocupado ahora?

—No. Estoy en mi casa ¿qué necesitas? ¿No encontraste a la persona que buscabas?

Me quedé callada unos segundos. Tenía que contarle a alguien y en ese momento la única persona que sabía que me escucharía, era él. No sabía por qué, pero podía confiar en Cristian.

—Sí, sí la encontré, pero no te llamo por eso. Necesito hablar con alguien ¿Podría ir a tu casa? No quiero molestarte con mis cosas, pero estoy agobiada y si sigo así, no sé cómo acabaré el día de hoy —supliqué entre sollozos. No me había dado cuenta de que estaba llorando.

Cristian al escucharme así, me dio su dirección y me dijo que me esperaba, que no había problema. Le di las gracias y arranqué el coche de nuevo para ir a su casa. Media hora después, estaba aparcando en el aparcamiento privado

del edificio donde vivía Cristian. No sabía que ese chico viviera ahí, pues era uno de los edificios más caros de Madrid. Puede que el trabajo de policía sí dé bastante dinero ¿no? A lo mejor tendría que replanteármelo y pensarlo bien, pues, aunque nunca en mi vida se me cruzó por la cabeza hacerlo, era una buena idea. Deseché la idea al pensar en Rubén, ya que, si me hacía policía y me quedaba en Madrid, lo vería más a menudo y lo único que yo necesitaba era olvidarme de él y no verlo a cada instante.

Salí del coche y me encaminé al ascensor que había en el interior del aparcamiento. Entré y le di al décimo piso, ahí era donde vivía Cristian. Cuando llegué, me paré por un momento para pensarlo bien, pues estaba a punto de contarle mi secreto mejor guardado a alguien que posiblemente se lo diría a mi hermano.

—¿Qué coño hago aquí? Estoy loca de remate —me dije y me di la vuelta para volver a entrar en el ascensor, pero de pronto la puerta se abrió y Cristian me llamó.

—Lara, ¿Dónde vas? Te estaba esperando —dijo y me acerqué a él.

—Lo siento, pensaba irme. Es que... no sé si puedo fiarme de ti.

Cristian abrió los ojos sorprendido, aunque también pude ver un poco de decepción en su mirada. Agachó la cabeza y caminó hasta mí.

—Todo el mundo me ve como alguien alocado, como si no me importara nada en la vida, pero ¿sabes una cosa? —preguntó y yo negué—. Tú eres la única que ha puesto, aunque sea un poquito de su confianza en mí. Eso es muy importante para mí y no voy a echarlo a perder —explicó apenado—. En este momento, eres la única mujer que viene a mi casa con la única intención de ser mi amiga y no otra de esas que vienen a pasar por mi cama con la intención de quedarse en mi vida.

Esa aclaración me demostró la persona que era Cristian. Otro hombre con problemas de amistad por culpa de su físico. En el tiempo que lo conocía, lo

único que pensé de él, es que era el típico guaperas que se llevaba a todas las mujeres a la cama, pero no, no era así. También podía ser amigo y confidente, cosa que me faltaba en ese momento. Alguien a quien confiarle mis secretos, alguien que me escuche y no me juzgue, alguien que esté pasando por algo similar a mí.

—Si te llamé, es porque confío en ti, Cristian. Únicamente pensé por un momento, que eras amigo de mi hermano y que podrías contarle lo que tengo guardado.

Él negó y me invitó a entrar en su casa. Asentí y entré antes que él. El apartamento de Cristian era muy acogedor, aunque con muebles de diseño, le daba ese toque de hogar que a muchas casas le faltaba. Fotos en las paredes y muebles, recuerdos de niños. Especialmente me paré justo delante de una foto en la que salía Cristian y Rubén en su adolescencia. Tragué saliva al ver lo guapo que era ya entonces, seguro era el terror de las nenas y todas las tenía babeando. Como me tenía a mí... Miré a Cristian y le sonreí. Luego nos sentamos en el sillón y él me ofreció una cerveza que cogí con mucho gusto. Yo no solía beber, pero desde hace un tiempo, era como si lo necesitara, como si con el alcohol pudiera olvidarme de mis problemas por unas horas.

—¿Vives solo? —pregunté curiosa.

—Sí, desde hace bastante tiempo. Creo que siempre he estado solo —respondió y me entristecí al escucharle hablar.

No sabía si era él quien me necesitaba a mí o yo a él, aunque también puede que ambos nos contásemos cosas guardadas de nuestras vidas. Eso me ponía las cosas más fáciles, pues de ser así, sabía que Cristian no diría nada de lo que le iba a contar, aunque ya me haya dicho que no le contaría a nadie, no podía dejar de pensar en ello.

—¿Cómo están las cosas con Rubén?

Esa pregunta no me la esperaba y tampoco tenía respuesta para ello ¿Qué le

diría? Ni siquiera yo misma sabía cómo estaban las cosas con él. Ni siquiera sabía si ese “te quiero” que me dijo, era real o simplemente una mentira para seguir viéndome, porque sabía que me iba a alejar de él tarde o temprano. Cristian me miraba esperando una respuesta a esa pregunta que yo misma me había hecho varias veces y que no le podía responder a nadie.

—No sé qué responder a eso... únicamente puedo decirte que tu amigo me ha vuelto loca en estos pocos días —suspiré—. Yo no sabía qué se iba a casar sabes y tampoco sabía que él ya me conocía o que sabía que yo existía. Las cosas entre él y yo han terminado para siempre y aunque me duela, yo misma lo he decidido.

—Él te quiere, Lara.

—Eso nadie lo sabe, creo que ni él mismo lo sabe y lo peor de todo es que yo si me he enamorado como una autentica “gilipollas” de él.

El haberme sincerado con alguien sobre el tema Rubén, me vino bien y Cristian sonrió al escucharme decir eso. Yo me uní a él claro. De verdad que era de locos. Me enamoré de una persona solo con verle un día, un solo día, ¿era algo imposible? No lo creo, y ahí estaba la prueba de todo. Solo me bastó una caricia, una sonrisa, un beso. Únicamente eso, para volverme loca y hacer que mi corazón se comprima y me falte el aire solo con tenerle cerca ¿le pasaría a él lo mismo que a mí? No lo sabía y tampoco creo que llegue a saberlo algún día. Por no decir, nunca jamás.

—Bueno ¿y quién era esa mujer? La que buscabas.

—Mi madre.

—¿Tienes problemas con ella? —Asentí y le di un sorbo a la cerveza, sin darme cuenta de que ya me la había bebido. Cristian se levantó y trajo otras dos.

Llevábamos horas hablando y bebiendo, le había contado todo lo que pasó, todo. Cuando encontré a mi madre follando con Marcos, cuando la eché, lo

de Álvaro, Rubén. En fin, le había contado toda mi vida en poco tiempo. Parecía mentira, pero Cristian supo escucharme y sobre todo aconsejarme como un buen amigo. No pensé que hablar con él sería tan gratificante para mí y no me arrepentí de haberlo hecho y, sobre todo, confiaba en él sabiendo que no le diría a nadie lo que le conté.

Él me contó que sus padres lo abandonaron cuando tenía catorce años y que los tíos de Rubén fueron los que le cuidaron y convirtieron en el hombre que era. Ahí fue cuando conoció a Rubén y se hicieron inseparables, hermanos. Seguíamos bebiendo y el alcohol ya estaba haciendo estragos en mí, cosa a la que no estaba acostumbrada. Podría decir cualquier tontería y no darme cuenta de ello.

CAPÍTULO 21



Esa noche me quedé a dormir en casa de Cristian, pues estaba tan borracha que no me dejó irme, no podía ni mantenerme en pie. Yo dormí en el sofá, por más que él insistió en que durmiera en su cama y él en el sofá, no le dejé. Para cabezota yo. La noche fue muy larga y casi eran las cinco de la madrugada cuando Cristian fue a su habitación, dejándome completamente despierta, pensativa y sin poder dormir. Después de mirar el móvil por unas cinco veces para leer todos los mensajes de mi hermano y mis amigas, dándome cuenta de que ese era el único día que Rubén no intentaba comunicarse conmigo, me quedé dormida pensando en él y en lo que Cristian me dijo.

Sentí el calor que entraba por la ventana por los rayos del sol. Parecía que iba a ser un buen día, de esos días que invita a pasarlo todo el día en la calle. Me desperté, ya que estaba sudando y me incorporé sentándome. Al hacerlo mi cabeza comenzó a dar vueltas y sentí un dolor que me estaba matando. Vi como Cristian salía de su habitación sin camiseta y con una sonrisa. Por un momento me puse nerviosa, pues el muchacho era bastante atractivo. Tuve que volver a taparme, ya que me quité mis pantalones quedándome en bragas. Entonces vi que venía en mi dirección y se sentó a mi lado en el sofá.

—Buenos días, “canija” ¿Has dormido bien? Tienes mala cara —habló en tono burlón.

Eché la cabeza hacia atrás en el respaldo del sofá y suspiré cerrando los ojos. Solo escucharle hablar me taladraba la cabeza. Cristian soltó una carcajada y cogí el cojín estampándoselo en la cara.

—Cállate ¡Joder! Me duele la cabeza demasiado —hablé reprimiendo un grito de dolor.

Cristian me devolvió el golpe con cojín y empezamos una guerra de cojines que por un momento hizo que me olvidase de todo, pero no del dolor. Ya estábamos de pie golpeándonos y ni siquiera me di cuenta de que no estaba tapada con la manta. Entonces sonó el timbre de la puerta y Cristian paró de golpearme para abrirle a quien fuera que venía. Yo me reía con el cojín en la mano para volver a tirárselo en cualquier momento. Abrió la puerta y esa persona entró. Mi cara se desencajó y la suya era peor, pues pasó de entrar con una sonrisa a tener la cara de “cabreo” más grande que había visto en toda mi vida. Me dio miedo, jamás había visto una expresión tan dura.

—Buenos días —saludó de mala manera—. Veo que estás muy ocupado ¿no?

—No, que va. Íbamos a desayunar ¿te quedas? —preguntó inocente Cristian, pero Rubén no apartaba su mirada de la mía. Entonces me miró abajo y ahí me di cuenta del error.

—No, mejor me voy. No quiero interrumpir lo que sea que estabais haciendo.

—Espera ¿qué? ¿No pensarás que Lara y yo?

—Solo creo lo que veo y no quiero saber nada más. Adiós —se despidió y salió de la casa.

Mi corazón latía tan fuerte que pensaría que me iba a dar un infarto en cualquier momento. Quise ir tras él, pero no, siempre lo hacía y esta vez no sería la próxima, nunca más iría tras él, nunca más le buscaré. Cristian me miró con culpabilidad y de pronto sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Ni siquiera sabía porque lloraba, ni siquiera sabía por qué lo hacía. Solo me sentí mal, muy mal. Vino hacia mí y me abrazó, me arropó como un buen amigo que era y no como lo que pensó Rubén.

—Tranquila, no llores más. Yo se lo explicaré y veras que te busca...

—¡No! —grité sin dejarle terminar de hablar—. Es mejor así. No quiero que arruine su vida conmigo. No quiero que deje a su hijo de lado, que ese niño crezca sin padre por mi culpa. Eso será algo que si llega hacerlo se va

arrepentir toda su vida y me lo echará en cara —expliqué entre sollozos—. Si eso llega a pasar, me muero, Cristian. Yo estoy enamorada de él tanto, que lo único que quiero es que sea feliz y si no es conmigo, pues no pasa nada, pero que sea feliz.

—Lara, pero él te quiere, yo sé que te quiere. Más de lo que quiere reconocer y lo que hoy ha visto lo estará matando. Por eso no me pidas que lo deje estar, porque no puedo verle sufrir. Lo siento.

Después de aclarar ciertas cosas, Cristian se fue a su habitación para vestirse y yo me fui al baño para hacer lo mismo. Él tenía que trabajar y yo... yo tenía que ir a la escuela para hablar con el director, a ver si con suerte se apiadaba de mí, pues sería una bajada de pantalanes en toda regla. Lo único que esperaba era no ver a Silvia, porque de ser así, no sabía si me podría controlar.

Cuando ya estuvimos los dos vestidos. Cristian se fue por su lado y yo por el mío, aunque no sin antes ofrecerme su casa de nuevo, si no tuviera a donde ir. Estuve pensándolo mucho y sí, sí que tenía donde ir, pues iré a mi casa y aunque tuviera que soportar a Álvaro y Silvia, tendrán que aguantarme hasta que el juez diga quién se queda con la casa o en su defecto, me paguen mi parte. Solo así me iré.

Una hora después estaba en el aparcamiento de la escuela, esperando bajarme del coche o no. Al final me bajé, mi padre no me enseñó a ser una cobarde. Caminé decidida hasta la entrada y entré en el edificio. Las clases ya habían empezado y di gracias a dios por no tener que encontrarme con ningún profesor por los pasillos, no es que me llevara mal con ninguno, pero como me fui muy mal, no quería que me mirasen raro. Llegué al despacho del director y suspiré antes de tocar en la puerta. Cuando escuché el “pase” Abrí despacio y entré sin hacer ruido. El director aun no sabía que era yo, pues estaba tan metido en el ordenador que no se había percatado. Entonces el Sr.

López dejó de mirar el ordenador y puso su mirada en mí. Tragué saliva al ver su ceño fruncido mientras su cara se iba arrugando cada vez más con el “cabreo” que tenía.

—Buenos días Sr. López —saludé y seguía mirándome con esa expresión de mala leche tan suya.

—¿Qué la trae por aquí? Srta. Molina —preguntó y me mordí el labio pensando en que podía decirle que sonara creíble.

—¿Puedo sentarme? —pregunté y él asintió.

Cuando me senté, volví a quedarme en blanco, no sabía cómo empezar y él parecía impaciente, pues sus dedos tamborileaban en la mesa de madera oscura. Me estaba poniendo muy nerviosa. Entonces bufé un tanto desesperada y me erguí sin dejar de mirarle.

—Eh, yo... Yo vengo a pedirle una segunda oportunidad —dije y seguía con esa expresión que ya me estaba poniendo histérica—. Sé que la última vez que estuve aquí no actué como debía, pero tenía motivos para hacer lo que hice.

—No hay motivo lo suficientemente grave para agredir a una compañera.

—¿A no? ¿Le gustaría que su mejor amigo le quitara a su mujer? —pregunté alzando la voz y él negó confundido.

El Sr. López no sabía nada de lo que pasó entre Silvia y yo y en ese momento me lo estaba demostrando, pero de igual forma sé que lo hice mal. No fue lo que hice, lo que estuvo mal, si no en el lugar en donde lo hice. Por culpa de mi arrebató perdí el trabajo y me hacía mucha falta. No podía dejar que Silvia me lo quitara todo. Mi marido, mi casa y perder mi trabajo por su culpa, no, eso no podía dejar que lo hiciera.

—No sabía nada, Lara, pero de igual forma no estuvo bien. Tú eres una profesora estupenda y el día que te fuiste me sentí mal, pero claro después de ver lo que hiciste comprenderás que me cueste creer que no volverá a pasar lo

mismo cuando la veas de nuevo.

—Le prometo que no volverá a pasar. Directamente no pienso ni mirarla — respondí segura de mí misma y, sobre todo, segura de lo que quería.

—Si me prometes que no pasará, te readmito, pero si volvieses a cometer esa locura. Olvídate de volver a trabajar como profesora en cualquier escuela.

Media hora después, salí del despacho del director con el contrato firmado de nuevo. Tenía que incorporarme en un par de días, pues le dije que así fuera, ya que tenía que arreglar el problema de lo de la casa. Salí de la escuela y me metí de nuevo en mi coche. Me sentía agradecida y un poco más feliz de cómo me sentía horas atrás, por lo menos tenía trabajo de nuevo, aunque sabía que tendría al director encima de mí, pendiente de que no cometiera una nueva locura. Estando en el coche, sin haber arrancado aun, recibí un mensaje de mi hermano. No iba a leerlo, pues sabía que sería para preguntar dónde estaba, pero lo leí y no tenía que haberlo hecho, pues las cosas se estaban complicando por momentos.

“Sé porque papá no quiere volver a verte y espero que tengas una buena excusa o a mí tampoco volverás a verme. Lllámame”

Tiré el móvil al sillón del copiloto y le pegué con ambas manos al volante, llena de furia. Mi padre le dijo, seguro que fue él, pues no creía capaz a mi madre de hacerlo o por lo menos de decirle solo lo que le convenía a ella. Realmente no sabía si sería capaz de hacerlo, ya no conocía a mi madre, ya no sabía cómo era ella en realidad y lo que quería. Arranqué el coche y puse la radio, en esos días me sentía tan frustrada que ni música escuchaba y a mí generalmente me relajaba más de la cuenta y era tal la presión que tenía en mi pecho en ese momento, que la música era lo que necesitaba.

Me metí en la calle principal, en dirección a mi casa. Solamente esperaba que estuviera Álvaro solo y no con la odiosa de Silvia. Al llegar, aparqué el coche en la explanada que había delante del garaje y salí de este. Miré mi casa por

fuera y recordé el día que llegamos los dos, cogidos de la mano y muy emocionados para ver la que sería nuestro hogar. El recordar tantos momentos, hacen que me sienta confundida, pues hay veces que pienso que ya lo he superado y en cambio hay momentos en los que me gustaría echar el tiempo atrás y verme en mi casa, con mi marido, tumbados en el sofá viendo una película. Esos momentos eran los mejores de todo el día. Pues ambos teníamos trabajos frustrantes. Álvaro era abogado y yo profesora, él defendía a delincuentes y yo enseñaba a niños para evitar que lo fueran. Nuestros trabajos estaban algo ligados ¿no?

Desperté de mis pensamientos y caminé hasta la puerta, pegué en el timbre y en menos de dos segundos tenía a mi ex marido en la puerta mirándome sorprendido. Suponía que no esperaba mi visita y eso me daba cierta ventaja.

—¿Puedo pasar? —pregunté algo cortante.

Álvaro asintió y se apartó de la puerta para dejarme entrar. Pedí permiso para entrar, pero si se hubiera negado, me habría dado igual, pues hubiera entrado de todas las maneras posibles. Me dirigí hasta el salón y me senté en mi sofá, porque era mío y me lo llevaría. Si no me quedaba con la casa, tenía que llevarme varias cosas.

—Lara ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en Almería —habló sentándose frente a mí.

—Y me fui, pero tuve que regresar. Mi padre sufrió un infarto y no podía dejar solo a mi hermano.

—Vaya, lo siento. No sabía nada ¿está mejor? —preguntó con notable preocupación y me extrañó. Me extrañó su preocupación, pues nunca le cayó bien mi padre.

—Sí, gracias. Está mejor.

Mi voz sonaba dura y aunque no quería sonar así, era como si me saliera sola. Sería por todo el rencor guardado hacia su persona. Álvaro y yo nos

mirábamos como si quisiéramos saber lo que pensábamos en ese momento y sí, era cierto que yo quería saber que estaba pasando por su cabeza. Y me encantaría saber que mi presencia le hiciera daño, aunque fuera solo un poco.

—¿A qué viniste?

—Directo. Muy bien, seremos directos. He venido para que hablemos sobre la casa —expresé y se levantó del sillón como un resorte—. Creo que es más que razonable que si tú estás disfrutando de ella, yo también tenga derecho. Está a nombre de los dos ¿recuerdas? —Mi voz sonó burlona y él se dio la vuelta para encararme.

Caminó hasta mí y se sentó a mi lado. Agarró mis manos y sentí como temblaba nervioso ¿qué le pasaba? No entendía esa reacción. De pronto subió sus manos a mis mejillas y me besó. Sus labios pegados a los míos, haciéndome recordar bellos momentos, aunque también amargos y ese fue el detonante para separarme de él y levantarme de ese sofá donde tantas veces me amó, pero donde no volvería a dejar que me amase.

CAPÍTULO 22



Ahí delante de él, mirándole con pena, porque eso era lo que provocaba en mí, una pena inmensa, pues si hubiese pensado con la cabeza y no con la polla, no estaríamos en ese momento así, separados y yo odiándole como creía o quería odiarle. Era complicado llegar a odiar a alguien que habías amado con todo tu corazón, aunque el odio y el amor estaban solo a un paso y yo aún no lo había dado. No había dado el paso que me hacía falta para poder dejar atrás y olvidar la que era mi vida, pero hasta ese día. Su beso, así, nervioso hizo que me diera cuenta de que no, no iba a confiar en él más, no le quería, no le amaba, únicamente me había anclado en el recuerdo de lo que un día fuimos y eso era lo que me tenía verdaderamente confundida.

—Ya no, Álvaro. Es tarde para oír que te arrepientes y por eso he decidido que voy a olvidarte de una vez. —Negué y vi como lágrimas mojaban sus mejillas.

—Perdóname, por favor. Sé que lo hice mal, muy mal.

—No quiero oír mentiras. No sabes lo que sufrí, no sabes lo que es levantarte cada día y ver que ya no estás, que no vas a volver, que decidiste cambiarme por otra.

—Por favor, te ruego que me perdones.

—No me ruegues, que quererte ya no puedo. Ya no pierdo más mí tiempo con alguien que prefirió romper con la promesa de amarme por siempre. Eras todo, eras mi vida y me traicionaste y eso... no lo voy a perdonar jamás —sentencié y se cayó. No podía escuchar ni una mentira más—. Únicamente dime qué hacemos con la casa.

Se levantó del sofá y caminó con la cabeza gacha hasta el mueble. Abrió el cajón y de su interior sacó una carpeta. Volvió al sofá y puso la carpeta en la

mesa de centro. Yo miraba cada paso que daba, expectante y nerviosa al ver que haría. Fruncí el ceño cuando abrió la carpeta y de esta sacaba varios papeles. Me extendió varios de ellos y los cogí con recelo, pues no me fiaba de él.

—¿Qué es esto? —pregunté confundida.

—Léelo y lo sabrás —respondió sin mirarme.

Me senté en el sillón que estaba sentado él anteriormente, no sabía si leerlos o no. Álvaro me miraba preocupado y a la vez muy triste ¿Sería porque no quería darme los papeles y pensó que le perdonaría? Si eso era así, cuan equivocado estaba. Nuestras miradas no se apartaban la una de la otra y tenía miedo de bajar la mirada y ver de una vez que era lo que me había dado.

—¿No piensas leerlos?

—No lo sé ¿Puedo fiarme?

—No es una sentencia de muerte, Lara. Solo es un acuerdo.

Fruncí el ceño y ya algo más tranquila, comencé a leer los papeles y tal como decía Álvaro era un acuerdo, en donde me pagaba mi parte de la casa. Álvaro se quería quedar con la casa y suponía que era porque se casaría de un momento a otro con Silvia, cosa que no entendía, ya que él quería volver conmigo. Esto era de locos, todo estaba mal, yo estaba mal y nadie se daba cuenta más que yo. La cantidad que me ofrecía por mi parte era más que razonable y me daba para comprarme un apartamento y por fin hacer mi vida como me merecía.

—Solo quiero algo de esta casa —expresé mirándole fijamente.

—Lo que quieras, aunque sé que es —respondió señalando el sofá.

Podría ser una tontería y puede que piensen de mí que soy una estúpida por querer un sofá que me traerá muchos recuerdos, pero por eso mismo es que lo quiero. No debo ni quiero olvidar los buenos momentos vividos, únicamente son los malos recuerdos los que me gustaría desechar de mi mente o por lo

menos aprender a vivir con ellos y no martirizarme día a día.

—¿Tienes un bolígrafo? —Mi tranquilidad hizo que él sonriera de nuevo, pues tampoco me gustaba verle así. La palabra odio no cabía en mi vida, yo no podía odiar, aunque quisiera.

Álvaro me extendió un bolígrafo y cuando terminé de leer todos los papeles, incluida la letra pequeña para que no me engañaran, firmé el contrato en donde le vendía mi parte de la casa, de nuestra casa. Me dio el cheque y me levanté para marcharme. Caminé hasta la puerta y él vino tras de mí, muy de cerca, como si no quisiera que me fuera, como si por última vez quisiera oler mi perfume. Me di la vuelta y casi me tropecé con él, pues estaba demasiado cerca. Entonces antes de que alguno hiciera algo indebido, entró en la casa Silvia que al entrar casi le da un infarto al verme tan cerca del que era ahora su hombre.

—¿Interrumpo? —preguntó con la cara desencajada. Pensé que hacerle un poquito de daño no le vendría mal.

—No, cielo. Ya hemos acabado ¿verdad cariño? —pregunté mirándola a ella y luego a Álvaro que no borraba la sonrisa de la boca—. Todo tuyo y ya si para siempre. Yo voy a hacer mi vida por fin. Adiós bonita —me despedí y al salir le golpeé con mi hombro en el suyo.

La carcajada que solté una vez en la calle fue tan grande que me miraron desde la casa. Entré en el coche y le guiñé un ojo a Álvaro antes de arrancar y desaparecer para siempre. La cara de Silvia era todo un poema y sabía que ahora le echaría una buena bronca al pobre de mi ex, pero se lo tenía merecido por cabrón, aunque también deseaba que él y Silvia no llegaran a nada, no para que volviera conmigo, pero sí para que fuera feliz solo y no con una trepadora como ella, que lo único que quería era una estabilidad económica.

Yo salí feliz de casa de Álvaro, pues por fin veía algo de luz al final del túnel.

El beso que Álvaro me dio hizo que sintiera que él ya no estaba en mi corazón y mucho menos en mi vida y si lo mezclaba con el sentimiento que atenazó mi pecho por la mañana cuando Rubén pensó que su mejor amigo y yo habíamos pasado la noche juntos, aunque sí era cierto que pasé la noche en su casa, pero no de esa forma. Le pedí a Cristian que no le explicara nada, que era lo mejor para los dos, pero ahora no estaba tan segura, porque algo me decía que debía buscarle, que tenía que estar con él.

Miré el reloj de mi muñeca y comprobé que ya eran casi las cuatro de la tarde, no sabía si Rubén estaría trabajando, tampoco tenía su número para poder hablar con él y preguntarle. Entonces pensé que sería mejor quedar con mi hermano antes, pues él quería que le explicara ciertas cosas que no sabía si podría hacerlo, pero que iba a intentar más que nada porque no iba a poder aguantar que mi hermano también me odiara, ya con el odio de mi padre, estaba más que servida. Le mandé un mensaje a mi hermano y este me respondió que estaba en su casa y que no estaba solo, ¿con quién estaría? No importaba con quien estuviera, yo iba a verle a él, así que le respondí que iba para su apartamento. Recibí la respuesta en menos de un minuto, con un “ok” Esa respuesta fue la que me advirtió de su enfado. Conduje hasta el apartamento y al llegar, aparqué y ya estaba cansada de tanto coche, estos días había pasado más tiempo en el coche que caminando o descansando y cuando encontrara una casa lo iba a aparcar y no lo volvería a coger a no ser que fuera una urgencia.

Subí en el ascensor hasta el quinto piso y pegué en el timbre de mi hermano. Este me abrió en seguida. Mi hermano me miró con los ojos llorosos y me abrazó, me apretó en su pecho y no entendía nada ¿Qué le pasaba? Entonces la imagen de mi madre se cruzó en mi vista y vi cómo se acercaba hasta nosotros con cautela. Sin decir nada, se fue, dejándome completamente descolocada e incluso agradecida, porque ver a mi hermano así y junto a ella,

solo podía significar una cosa, y eso era que le había contado toda la verdad de como pasaron las cosas aquel día.

—¿Por qué lo ocultaste? —preguntó mi hermano una vez que nos separamos. Nos sentamos y no sabía cómo empezar, pues hacerlo era recordar ese día tan asqueroso. Ver a mi madre acostándose con un chico de mi edad en aquel entonces, era repugnante y encima engañó a mi padre, a nosotros.

—Lo pasé muy mal mucho tiempo y no quería que pasarais por lo mismo. Ya el hecho de sentirnos abandonados fue doloroso, ¿Cómo piensas que yo podía haceros sufrir más? No podía, preferí guardar el secreto y que algún día que yo estuviera preparada, contároslo, pero ya ves cómo han pasado las cosas —expliqué algo más relajada.

—¿Por qué has dejado que papá piense que tú eres la culpable de su abandono? No te das cuenta de que ocultárselo le haces más daño, porque no creo que lo esté pasando bien. Eres su hija y el echarte de su vida, creo que ha sido lo más doloroso que ha vivido en mucho tiempo, incluso podría jurar que le duele mucho más que el abandono de mamá —afirmó mi hermano y en parte tenía razón, pero no me atrevía a contarle a mi padre la verdad.

¿Y si después de decirle me odia igualmente por ocultárselo? No podría vivir con ello, no podría vivir con el recuerdo de la cara de mi padre llena de decepción al mirarme y ver cómo me echaba de su vida para siempre. Me encogí de hombros sin saber qué hacer. Últimamente todo me salía mal, ¿qué más me pasaría?

—No sé cómo hacerlo. No quiero ver de nuevo esa cara de decepción, no lo soportaría.

Mi hermano me dio un apretón de manos y volvió a abrazarme, pero esta vez para consolarme. Me sentía muy a gusto entre sus brazos y me reconfortaba saber que por lo menos él no me odiaba y que no lo haría nunca. Mi hermano

me adoraba al igual que yo a él.

Pasé el día con él y me contó que mi padre estaba mucho mejor y que en cualquier momento saldría del hospital. También me contó que David se había tenido que ir y comprendió que había venido en muy mal momento, pero me mandó un mensaje con mi hermano, diciéndome que lo llamara cuando me sintiera mejor. Después cambiamos de tema drásticamente y vino el tema boda, su boda concretamente. Estaba feliz y muy nervioso, pues solo faltaba seis meses y ese tiempo pasaba volando. Estaban planeando la despedida de soltero para mucho antes, pues después con todos los preparativos no podrían y recordé que tenía que hablar con Luisa para preparar la de Belén. A mi hermano se la planearían Cristian, Rubén y algunos compañeros más.

—Supongo que tú despedida de soltero y la de Rubén la haréis juntos ¿no? — pregunté sin querer, pues no quería hablar de Rubén frente a mi hermano.

Mi hermano, negó y se puso serio. Ya lo había fastidiado de nuevo, si es que no tenía remedio. Me encantaba meter la pata y hasta el fondo si es posible.

—Por lo que veo no sabes nada ¿no?

No entendí esa aclaración, ¿Qué era lo que no sabía? Mi hermano suspiró como si no quisiera contármelo. Se levantó y fue a la nevera a por algo de beber. Me ofreció una cerveza, pero negué poniendo cara de asco. Entonces sacó un refresco para mí y una cerveza para él, se acercó y me la extendió para que la cogiera. Volvió a sentarse, bebió un sorbo y tanto silencio me estaba matando.

—Rubén ya no se casa.

Escupí el poco refresco que tenía en mi boca haciendo reír a mi hermano, pues me había salido hasta por la nariz. Le pegué un puñetazo en el brazo cuando me recuperé de la tos que me había provocado. Casi me ahogo y él partiéndose el culo de la risa.

—¿Cómo que no se casa? ¿Qué ha pasado?

—Me lo contó esta mañana y también me dijo que está enamorado de ti.

—Es que eso es imposible ¡Joder! ¿Cómo pretende que crea que se ha enamorado de mí en tan solo unos días? Eso es imposible —respondí y yo misma me dije lo mismo.

Se suponía que a mí me había pasado lo mismo. Me había enamorado de él, pero ¿Cómo y cuándo pasó? Solo sabía que pasó y que ya no podía negar lo innegable, no podía negarle al mundo lo que tanto se me notaba.

Mi hermano me ofreció su casa hasta que me comprara otra, pues le había contado lo del dinero por mi casa y se ofreció a acompañarme al siguiente día para buscar un apartamento acorde con mis gustos y no muy caro. Así que después de hablar durante horas, en las que mi hermano me contó lo mal que Rubén lo estaba pasando, nos dimos cuenta de que ya era muy tarde, así que pidió unas pizzas para cenar. Media hora después, tocaron en la puerta y sí, eran las pizzas, pero no las traía el repartidor, si no él.

CAPÍTULO 23



Rubén y mi hermano entraron y yo no podía dejar de mirarle, ¿Qué hacía aquí? Mi hermano sonrió y ya sabía yo quien le había llamado para que viniera. La cara de Rubén era de total desconcierto, pues la impresión que me dio era que tampoco sabía que yo estaba. Vamos que mi hermano nos hizo una encerrona.

—Os dejaré solos. Ya tenéis la cena y no os preocupéis, esta noche me quedaré con mi chica —dijo mi hermano y se fue dejándonos completamente solos.

Rubén dejó la caja de las pizzas sobre la mesa y se acercó al sillón despacio. Yo no podía parar de mirarle y tragar saliva a la vez, pues estaba muy, pero que muy nerviosa. El solo hecho de tenerlo tan cerca y con todo lo que había pasado entre nosotros, me ponía histérica. Quería ser yo la primera que hablara, pues había entendido que todas las veces que Rubén me dijo que le dejara hablar, seguramente sería para decirme que no estaba con Lucía, pero claro verle en su casa cuando fue a buscarla, no ayudaba en nada.

—Eh, yo...

—Lo siento —dijo él sin dejarme terminar.

Ambos sonreímos como tontos, parecíamos unos adolescentes y hacía tiempo que un hombre no me hacía sentir como él había conseguido. Álvaro no consiguió hacerme sentir la libertad que Rubén con tan solo oírle reír provocaba. Nuestros ojos se encontraron de nuevo y ya nuestros cuerpos notaban lo cerca que estaba el uno del otro. Era como si se reconocieran al momento. Me levanté para coger la caja de la pizza y acercarla un poco más y cuando pasé por su lado, me cogió de la cintura y me sentó encima de él. Me apretó entre sus brazos y ya me sentía en casa de nuevo.

—Te quiero —susurró y mi cuerpo tembló.

Oírle decirme te quiero, fue precioso y pegué mis labios a los suyos en modo de respuesta, pues no sabía si estaba preparada para decirle lo que sentía ¿Y si todo acababa? ¿Y si esto era solo un sueño? Las cosas en mi vida no eran nunca tan fáciles y muy pronto pasaría algo que lo jodiera todo de nuevo y ahí, era cuando iba a sufrir de verdad. Al separarnos, sus ojos me miraban con miedo y no quería que me miraran así. No quería que sus oscuros ojos, se pusieran tristes, pues oscurecía su mirada aún más.

—Yo... Yo también te quiero, Rubén —respondí y vi como expulsaba el aire que no sabía que estaba reteniendo—. Me ha costado asimilarlo e incluso me ha costado decirlo, pero ya no puedo más. No sé qué pasará mañana, solo me importa el hoy y que estás aquí conmigo —declaré y volvió a besarme como solo él sabía hacerlo.

Su lengua entró en mi boca y ambas comenzaron esa danza que solo sabían ellas. Nuestros cuerpos ya pedían a gritos que nos desnudáramos para sentirnos piel con piel de una vez y por todas y no esperamos más para hacerlo realidad. Fuimos despojándonos de nuestra ropa y ahí, en ese sillón, me senté a horcajadas encima de su miembro duro y dispuesto para entrar en mí de una sola estocada. Me sentí plena y llena de vida. Tenerle dentro de mí era lo más bonito que ese día en el baño de aquella discoteca, me enseñó, pues no sabía que me sintiera tan vacía antes. Como si con su llegada, hubiera encontrado la felicidad plena.

Sus manos me recorrían entera, tocando mi piel con suavidad, deleitándose con cada centímetro que ahora era solo suyo. Mis movimientos lo volvían loco y el estar encima de él era mucho más placentero. Rubén gemía, gritaba mi nombre y varios “te quiero” se escaparon de sus labios. Me dio miedo ese sentimiento de perderle, pues antes tenía miedo de quererle y ahora que sé que estoy absolutamente enamorada de él, el miedo era diferente, pues cabía

la posibilidad de que esto fuera solo un sueño del cual no quería despertar.

—Yo también te quiero —respondí con la voz entre cortada.

Nuestros gemidos llenaban la estancia, como único sonido, como si de una melodía de amor se tratara y era la perfecta melodía, la más hermosa de todas y era completamente nuestra. Rubén comenzó a volverse loco por la pasión y se puso de pie conmigo encima. Necesitado de más dureza y movimiento, me pegó a la pared y me hizo suya por completo. Entrando y saliendo con una brutal fuerza, brutal, pero placentera. Rubén seguía besándome, mis labios ardían de tantos besos y me encantaba sentir ese fuego que emanaba en mi interior al tenerle cerca. Sus embestidas cogieron un ritmo frenético hasta el punto de perdernos en nosotros mismos, no existía nada ni nadie más que nosotros y ese momento.

Cuando acabamos, Rubén se sentó en el suelo conmigo aun encima. Estábamos agitados y nos costaba respirar. Pegó su frente a la mía con los ojos cerrados y cuando los abrió y me miró, mi corazón dio un vuelco, pues su mirada era tan profunda que me perdía en ella. Acercó sus labios a los míos y me besó dulcemente.

Cuando conocí a Rubén, pensé que sería un hombre de corazón duro, un hombre arisco, pero no era así, pues es un hombre dulce, cariñoso, apasionado y muchas cosas más que le definen. Al separarnos, nos levantamos y fuimos al baño a ducharnos, ya que estábamos muy sudados. Nos duchamos juntos y me hizo el amor de nuevo. Era insaciable y yo no me quedaba atrás. Al salir de la ducha, nos vestimos y fuimos al salón a cenar, aunque la pizza seguro que ya estaba fría. Cuando calenté la pizza la serví y me senté al lado de él. Sería la primera vez de todos nuestros encuentros, que estábamos como si fuéramos una pareja normal, aunque aún no sabía que éramos.

—¿Para qué fuiste a casa de Lucía? —preguntó sorprendiéndome, pues

estábamos cenando en silencio. Ninguno abría la boca, nada más que para comer y me había dejado en blanco.

—Tenía que ver a alguien.

—Sí, sé que fuiste y hablaste con la empleada, pero ¿Quién es ella para ti?

—Mi madre —respondí y nos callamos.

Seguimos cenando y no volvió a tocar ese tema y yo también tenía muchas preguntas que hacerle, pero no sabía cómo empezar. Al terminar de cenar, recogimos la mesa y nos sentamos en el sofá tranquilamente. Me sentía muy cómoda con él.

—¿Qué ha pasado entre tú y Lucía para que no te cases? Espero que yo no haya tenido la culpa, pues te dije en su día que yo no quería ser la causante de una separación —expresé mirando al frente.

No quería sonar cabreada, pero a veces me salía ese carácter tan peculiar que heredé de mi padre, Rubén cogió mi mejilla con su mano derecha e hizo que lo mirara. Me sonrió y yo me derretí como una tonta.

—Tú no has tenido nada que ver en mi decisión. Lara, yo no estoy enamorado de Lucía y nunca lo estuve. Únicamente me casaba con ella, porque supuestamente se quedó embarazada, pero resultó que no era mío como siempre sospeché. Me engañaba con todo el que le daba la gana —suspiró cogiendo mis manos—. La primera vez que vi tu foto, mi corazón dio un vuelco y sentí que serías una persona muy importante en mi vida. Poco después Lucía se quedó embarazada y yo me sentí amarrado y cuando te conocí en persona, sentí que tenía que comprobar realmente si ese bebé era mío o no.

Me explicaba todo nervioso, como si tuviera miedo de que no le creyera, pero no podía decir que no le creía, pues, aunque lo conocía de muy poco, era como si lo conociera de toda la vida y se había ganado mi entera confianza. Los días en los que decía que no creía en sus palabras, era porque no creía en

las mías y tenía que hacer ver que era otro motivo y no yo. Después de contarme todo, yo le conté lo que me pasó con Álvaro. Se cabreó muchísimo, pero lo calmé con mis besos. También le dije que estaba buscando apartamento y me dijo que había uno libre en su edificio. Por un momento le dije que no, pues no quería ser su vecina, pero terminó convenciéndome y llamó a la inmobiliaria de su edificio. Concertó una cita para ver el apartamento al siguiente día. Más tarde y después de hablar de un millar de cosas, nos fuimos a la habitación de mi hermano para dormir, pues ya era tarde.

Me sentía abrumada y nerviosa, aunque ya me había acostado con él en varias ocasiones, esa noche dormiríamos juntos y solamente ese hecho me ponía histérica. Estaba preparando la cama, mientras él fue al baño. Entró en la habitación y me abrazó por atrás.

—No sabes lo que he deseado pasar una noche así contigo desde que te conocí —susurró en mi oído poniéndome la piel de gallina.

Me di la vuelta y pasé mis brazos por su cuello, acerqué mi boca a la suya y le besé con amor, mucho amor. Caímos a la cama y entre cosquillas y caricias intencionadas, me hizo el amor de nuevo. Yo me sentía en una nube, como jamás me sentí en mucho tiempo y el hecho de que Rubén, el hombre más atractivo y guapo de todo el cuerpo de policía estuviera besando mi piel y lamiendo cada punto de mi cuerpo, era perfecto. Simplemente perfecto.

Una noche de amor, completamente llena de amor, así me hizo sentir entre sus brazos, amada. Como jamás pensé que me sentiría después del engaño de mi ex marido. Después de tanto amor y sexo, nos quedamos dormidos, abrazados y ahí sí que me sentí feliz del todo.

La luz de la mañana se colaba por las persianas mal echadas y sentí el calor de Rubén. Me di la vuelta y descansé mi cabeza en mi mano, apoyándome

del codo, le miré y sonreí al verle dormir tan plácidamente, me daba pena despertarlo, pero teníamos que ir a ver el apartamento. Pasé la yema de mis dedos por su silueta, repasando cada línea de su cuerpo, trazando como si estuviera pintando el paisaje perfecto. Entonces lo vi sonreír con los ojos cerrados, marcando esos maravillosos hoyuelos que le daban ese aspecto juvenil y malote. En ese momento, me enamoré un poquito más de él, si podía. Me acerqué y besé sus labios con dulzura, pero solo un toque de nuestros labios, pues tenía que lavarme los dientes, y no me gustaba que sintiera mi olor mañanero.

Me levanté y me fui directa al baño, antes de que quisiera profundizar ese beso, pues Rubén era muy apasionado y con solo un beso, tenía bastante. Escuché como venía tras de mí y aporreaba la puerta para que le abriera. Yo me reía a carcajadas al escucharle tan desesperado.

—¡Lara abre la puerta! —gritó y yo me reía aún más.

—Espera, que ya salgo.

—No espero. Abre, por favor ¿te pasa algo? Saliste corriendo y me has asustado.

Al decir eso, me acerqué a la puerta y la abrí. Él entró con una sonrisa triunfal y se abalanzó sobre mí y me besó como deseaba hacerlo. Le mordí el labio y se separó pegando un grito de dolor.

—Eres un tramposo.

—¿Estás locas? Me has hecho sangre —dijo quejándose de dolor.

Me dio pena, ya que me había pasado. Me acerqué a él preocupada y me agaché para verle bien el labio. Entonces me cogió en su hombro y me llevó de vuelta a la cama, mientras me pegaba nalgadas en el culo. Rubén reía y yo gritaba, éramos un caso.

—Rubén, bájame por favor.

—A sus órdenes. —Y me soltó en la cama. Se subió encima y comenzó a

lamer mi cuello.

Mi cuerpo se estremecía al sentir su lengua en mi piel y ya me moría de ganas porque me hiciera suya. Le quité los pantalones y él fue quitándome la camisa del pijama que le cogí a mi hermano la noche anterior. Me dejó completamente desnuda, pues de un tirón, me rompió el tanga que de encaje que llevaba puesto. Me quejé, pues ya era el segundo que me rompía y no podía estar rompiéndome la ropa interior cada vez que fuéramos a hacer el amor.

—¿Piensas romper toda mi ropa interior? —pregunté reprimiendo una sonrisa.

—Si me impide sentirte como quiero, sí, pienso romperlas todas... Te quiero, preciosa —susurró y me besó.

Sentir su cuerpo temblar como lo hacía el mío, era maravilloso, pues me enseñaba que él sentía lo mismo que yo. Nuestros cuerpos pegados, dándose ese calor que nos abrasaba como si de una hoguera se tratara. Solo amándonos como lo hacíamos sentíamos tranquilidad, como si nuestros cuerpos estuvieran en una tensión constante, pero que con solo unirnos nos relajábamos. Hicimos el amor de nuevo y ya no sabía cuándo podríamos parar, cuando nuestros cuerpos se sentirían saciados por completo.

CAPÍTULO 24



Horas después y una vez que hubimos desayunado y arreglado, nos montamos en el coche y fuimos al edificio donde estaba el apartamento de Rubén, pues habíamos quedado con la promotora para que me enseñara un piso que estaba justo en el piso de debajo de Rubén. No me hacía mucha gracia el tenerle tan cerca, pues teníamos ahora mismo una relación un poco rara, en donde no sabíamos realmente que éramos, por lo menos yo. Cuando llegamos, aparcó en su plaza de garaje. Bajamos del coche y fuimos hasta el ascensor para subir hasta la novena planta que es donde estaba el apartamento. Mientras subíamos en el ascensor, Rubén se puso tras de mí y me abrazó besándome en el cuello.

—¿Quieres jugar? —pregunté coqueta.

—Mmmm, sí, puede que sí —respondió en voz baja, pero antes de darme la vuelta, la puerta del ascensor se abrió y tuvimos que salir.

—Creo que lo dejaremos para más tarde —dije con picardía.

Caminamos hasta la puerta y la vimos abierta. La promotora nos esperaba en la entrada. Nos invitó a pasar después de haberse presentado. Se llamaba, Alisa García y me dijo que era de Sevilla. Vaya, que los andaluces estaban en todas partes.

Nos enseñó el apartamento y la verdad me gustó mucho, pues aparte de ser notablemente espacioso, era muy luminoso. Además, el precio era bastante asequible y me alcanzaba con lo que Álvaro me pagó por mi parte de la casa. Rubén primero le dijo que nos lo pensaríamos, para ver si nos bajaba algo más de dinero, pero no le dejé y le di la copia de toda la documentación para que comenzara con el papeleo. Así que, al salir de allí, ya tenía casa y mía, solo mía.

—Tenías que haber dejado que te bajara algo de dinero —dijo cuando ya estábamos en el coche.

Me encogí de hombros y le sonreí satisfecha. Me daba igual, estaba feliz. Decidimos ir al bar de Luisa para ver a los chicos, pues Rubén había quedado con Cristian allí para pedirle perdón por lo del día que nos encontró en su apartamento. Me dijo que no le gustó y que creyó lo peor, pero después se dio cuenta de que su amigo y yo no seríamos capaz de hacerle eso. Cosa que me extrañó, porque ¿Cómo pensó que no sería yo capaz de hacerle eso? Apenas nos conocíamos y ya pensaba que yo sería incapaz de hacerle daño.

—Tu confianza en mí, hace que te respete aún más —dije y se rio.

—¿Tan raro es? Sé que nos conocemos de poco tiempo, pero te recuerdo que yo ya te conocía y que tu hermano me enseñó quien es realmente Lara Molina —respondió y solté una carcajada.

Llegamos y después de aparcar el coche, fuimos y entramos en el bar. Los chicos estaban en el fondo, donde siempre se sentaban. Belén y Luisa abrieron los ojos sorprendidas de verme junto a Rubén y tuve que reírme cuando Belén hizo una mueca, diciéndome en silencio que teníamos que hablar. Me acerqué a ellas y les di un beso en la mejilla a cada una, luego fui a mi hermano y dejé el último a Cristian que miraba a Rubén con recelo, pues ellos aún no habían hablado. Nos sentamos y Rubén le pidió a Cristian de hablar un momento en privado, entonces ambos se levantaron y se fueron a la calle. Todos me miraban a mí con una cara muy cómica.

—Bueno, bueno ¿Qué significa esto? —preguntó la cotilla de mi cuñada.

—Nada, no sé de qué estás hablando —respondí seriamente, pero pronto me reiría, no servía para fingir.

—Venga Lara, no seas mala y díselo —habló mi hermano y mi cuñada lo fulminó con la mirada.

—No me jodas Martín ¿En serio? Lo sabes y no me has dicho nada. —El

“cabreo” que mi cuñada tenía era bastante cómico y sabía que a mi hermano le iba a caer la gran bronca monumental, así que decidí contarles todo por mí misma.

—Venga no seas así con él. Solo me guardaba el secreto como mi hermano que es, pero tranquilas que yo os cuento todo con pelos y señales. Bueno no, no con tantos detalles —expresé y nos reímos.

El padre de Luisa vino con una ronda de cervezas en el mismo momento que Rubén y Cristian regresaban de su charla en privado. Rubén se sentó a mi lado y me dio un beso en los labios, que no pasó desapercibido por ninguno e incluso podría jurar que mi cuñada dio saltitos de emoción en su silla y Luisa enarcaba una ceja mirándola embobada. Solté una carcajada en la boca de Rubén y este se separó de mí con el ceño fruncido.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó en mi oído, esperando que nadie le oyera.

—¿No viste a mi cuñada saltar en la silla? —pregunté señalándola y me tiró un pedazo de pan, de las tapas de comida que nos habían traído con las cervezas.

—Pero mira que eres tonta, Lara. Vale ya vemos que estáis juntos, pero ¿desde cuándo?

—Pues, no... no sé. —Miré a Rubén confundida y este me sonrió.

—Es verdad, no me miréis así. Soy el culpable de no haberle pedido a esta preciosa mujer que sea mi novia —afirmó y mi corazón comenzó a latir desbocado, con ganas de salir de mi pecho—. ¿Quieres ser mi novia, Lara?

Su mirada y la mía se encuentran mientras suspiro como una tonta enamorada. Me quedé pensando, pues quería asustarle y lo estaba consiguiendo, pues su expresión de hombre enamorado se iba a convertir en hijo del demonio en cualquier momento. Me reí y asentí. Se acercó a mí y besó mis labios con dulzura. Estaba feliz, muy feliz. Solo esperaba que las

cosas salieran bien, ya que, de no ser así, mi vida se iba a la mierda relativamente, pues no iba a soportar otro desengaño amoroso y menos con lo enamorada que estaba.

—Bueno pues oficialmente ya somos novios —dijo sin borrar esa sonrisa de chico malo que tanto me gustaba—. Chicos, el sábado es mi cumpleaños y mi familia se ha empeñado en hacerme una fiesta, me gustaría que vinierais todos. —Su cumpleaños me pilló por sorpresa y más el que nos invitara a todos a su casa.

Era extraño, el hecho de que me invitara sabiendo que a su padre no le haría mucha gracia verme en sus dominios, me tiraba para atrás. No soy ninguna cobarde, pero prefería mantener las distancias con ciertas personas y más cuando no soy grata para ellos. Me quedé muy callada y pensativa y Rubén se dio cuenta. Me preguntó que me pasaba y no quise decirle los motivos de mi ausencia. En cambio, le mentí diciéndole que pensaba en mi padre y que estaba muy preocupada, aunque eso no era falso del todo, pues estaba loca por ver a mi cascarrabias. También estaba así por su progenitor. Ese hombre con aires de “yo soy el dueño del mundo” que tan mala educación demostró el día que vino buscando a su hijo al hospital, ese hombre me odia y aunque dijera que yo no sentía lo mismo, mentiría. No me caía nada bien y algo me decía que esa fiesta sería un auténtico caos.

—Sigues muy pensativa ¿hice algo mal? —susurró Rubén en mi oído.

Me sentí fatal, el estar pensando mal de su padre y encima haciéndole creer que había hecho algo mal, no me gustó. Entonces pensé que lo mejor sería decírselo, no quería comenzar una relación con secretos.

—Pensaba en tu fiesta y sobre todo en tu padre,

—¿Por qué?

—¿De verdad no te has dado cuenta? Tu padre me odia, Rubén y cuando me vea aparecer por tu casa, me echará, de eso estoy segura.

Rubén negó mientras se encogía de hombros. Me echó el brazo por encima de mis hombros y yo puse mi cabeza en su pecho. De verdad que sabía que no era buena idea ir a su cumpleaños, además de que llevamos muy poco tiempo juntos y su padre utilizaría eso en mi contra.

—Me da igual lo que mi padre diga, Lara. Yo quiero estar contigo y si él no está de acuerdo, pues es su problema, no el mío. No me va a fastidiar mi vida porque él se haya empeñado en que me case con Lucía —declaró y me hizo sonreír su manera de expresarse. Era tan alocado y serio a la vez.

Pasamos la tarde en el bar, entre risas y comentarios absurdos de Cristian para pinchar a Luisa. Esta cada vez se enfadaba más con él y no creo que así la pudiera ganar, pues, aunque Luisa es una enamoradiza nata, no le gustaban los tíos que se portaban como si fueran machos alfas. Mi hermano y los chicos hablaron sobre la despedida de soltero y la planearon para la siguiente semana. Así que las chicas y yo, hicimos lo mismo, para el mismo día que ellos. Cosa que a Martín no le hizo mucha gracia, pues recordó la que formé el último día que salimos.

—No te preocupes tío, que tu hermana no volverá a acostarse con un desconocido en el baño de la discoteca por la cuenta que le trae ¿Verdad, preciosa? —expuso Rubén y yo enarqué una ceja.

—No eres nadie para decirme que puedo o que no puedo hacer, guapo —respondí y todos soltaron una gran carcajada.

Los miraba a todos embobada, pues hacía tiempo que no me sentía así de bien. Tranquila y relajada, sin pensar en lo que me hizo Álvaro o el hecho de estar acostándome con un hombre comprometido que al final resultó convertirse en mi novio. No me creo que, en tan poco tiempo, hayan sucedido tantas cosas y aunque siempre dicen que las cosas que van rápido siempre suelen salir mal, correré el riesgo, porque quien no arriesga no gana y ese lema siempre lo tengo presente en mi vida. Eso siempre lo decía mi madre,

ella era la única que tenía el coraje de hacer cualquier cosa que mi padre no haría.

Al llegar la noche, el padre de Luisa tenía que cerrar el bar, pero nos dejó seguir la fiesta en privado, pues estábamos jugando al billar. Hacía mucho que no jugaba, ya que al separarme esas cosas ya no las hacía, pues con Álvaro siempre habíamos tenido una vida social bastante activa, aunque pasó a ser demasiado activa para mi gusto. Es ahí cuando las cosas se rompen.

Eran casi las dos de la madrugada y seguíamos en el bar. Luisa y Cristian, que se ofrecieron, fueron a la cocina para preparar algo para picar, pues solo estábamos bebiendo y las cervezas ya comenzaban a hacer su trabajo. Yo ya no estaba jugando, me tuve que sentar del mareo que tenía, no estaba acostumbrada a beber tanto. Cristian se acercó a mí y se sentó a mi lado, le miré y me sonrió. Es un chico muy guapo y me gustaría mucho que se llevase mejor con Luisa. Hacían muy buena pareja, pero Luisa era un hueso duro de roer.

—¿Qué pasa? Luisa no te lo pone fácil ¿no? —pregunté en tono burlón y casi arrastrando las palabras.

— ¿Luisa? Me da igual. No me gusta tu amiga —respondió encogiéndose de hombros como si no le importara.

—Ya...

—Ya ¿qué? De verdad que hoy estás insoportable. Si no sabes beber no bebas, “canija”.

Solté una carcajada y se levantó “cabreado”. Había dado en el clavo, pues le gustaba Luisa más de lo que reconocía. Rubén al ver cómo se había puesto su amigo y cómo se fue, se acercó a mí con una sonrisa marcada, que quitaba hasta el hipo. Se agachó, poniéndose en cuclillas frente a mí y apoyando sus brazos en mis rodillas, se fue acercando hasta pegar nuestros labios. El sabor de sus besos mezclados con el alcohol me puso a cardíaca y ya estaba

deseando despojarme de nuestras ropas para que me hiciera el amor, aunque fuera en el baño. El sitio no importaba, lo que importa es con quien estés. Sus labios y los míos, se besaban con pasión y aunque escuchamos varios carraspeos de nuestros amigos, no podíamos parar, así que Rubén se levantó y me cogió en brazos, llevándome al baño de señoras. Todos gritaron sorprendidos y yo me reía con nuestros labios aun pegados. Estaba loco y su locura era contagiosa, borrando de mi vida, la poca seriedad que me quedaba.



Días después.

Toda la semana la pasé trabajando y no había tenido mucho tiempo para nada. Intenté acercarme a mi padre, pero se negaba a escuchar y desistí de volver a intentarlo, por lo menos podía estar tranquila, pues ya había salido del hospital y tenía a una enfermera que mi hermano había contratado para que lo cuidara. Me negué a que lo pagara él solo, pero como siempre había que hacer lo que él quisiera, así que, si era feliz pagándolo solo, pues todo suyo.

Esa noche era la fiesta por el cumpleaños de Rubén y yo estaba bastante nerviosa, de hecho, le dije en alguna ocasión que no iría y que yo le organizaría una fiesta entre todos nosotros, pero se negó en rotundo y no sabía que más decirle para que desistiera de hacerme ir.

Ya estaba instalada en el nuevo apartamento y me sentía bastante cómoda, aunque como no estarlo, si fui a por mi sofá favorito. Cuando fui a por él, Silvia estaba en la casa y tuvimos un pequeño encontronazo que acabó con mi mano en su mejilla. Insinuó que quería quitarle a Álvaro y prácticamente me llamó puta, claro que nadie habla por ciencia, si no por experiencia.

Me encontraba en mi apartamento sola, pues Rubén se había ido a trabajar. Desde que me mudé solo quería estar conmigo y me encantaba, prácticamente pasaba todas las noches conmigo y eso era algo que yo sabía que pasaría. Diría que no me gusta que esté conmigo, pero mentiría, lo que, si le decía, era que es demasiado pronto y que parecía que vivíamos juntos y para eso todavía faltaba mucho y yo tenía miedo de entregarme al completo, no quería que me engañaran de nuevo. Me levanté muy temprano, pues tenía que ir con mi cuñada a la prueba del vestido de novia, todavía faltaba mucho

para eso, pero ella quería comprarlo ya y hacía unos meses que lo tenía encargado. Fui hasta el salón ya arreglada y cogí mi bolso para salir. Entonces me sonó el móvil, me había llegado un mensaje de un número oculto, me extrañó, pero lo abrí para leerlo, podría ser una equivocación.

“¿Estás segura de su amor?”

Fruncí el ceño y me cabreé muchísimo, ¿a qué venía este mensaje? No entendía nada y estaba segura de que era de Lucía. Le iba a contestar, pero en ese momento pegaron en la puerta y fui a abrir. Era Luisa y Belén. Me extrañé verlas, pues habíamos quedado en la boutique para el vestido. Recibí otro mensaje, pero ese no lo leí, pues ya me tenía que ir y no quería cabrearme más.

—¿Pero no habíamos quedado en la boutique? —pregunté con una sonrisa fingida.

—Sí, pero aquí tu cuñadita está muy rara y quiso venir aquí primero. Parece que quiere contarnos algo —respondió Luisa reprimiendo una sonrisa.

Alcé las cejas a modo de respuesta y nos sentamos en el sofá. Belén estaba muy rara y era la primera vez que la veíamos así. Ella no era de esas mujeres que se acobardan y siempre nos demostró que no le temía a nada ni nadie, pero algo le pasaba eso estaba más claro que el agua.

—¿Vas a decirnos de una vez que te pasa? —pregunté tocando su mano, pues estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se daba cuenta de que le estaba hablando.

Me miró y de pronto la vimos llorar. Mi cuñada llorando ¿esto era en serio? Era algo grave, muy grave. Me tenía bastante preocupada y Luisa no se quedaba atrás, pues la miraba con los ojos aguados, ya que verla llorar a ella precisamente era raro.

—Cariño, Belén ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —La voz de Luisa sonaba agobiada. Ellas eran amigas desde mucho antes de que yo las conociera.

Años de amistad, muchos años. Una crianza juntas, eran como hermanas y a veces una se ponía mala y la otra parecía que se programada para ponerse igual. Claro me tocaba a mí cuidarlas a ambas.

—Creo... creo que estoy embarazada —declaró de pronto.

Luisa y yo nos miramos y la abrazamos. Un bebé, un bebé de mi hermano ¿Iba a ser tía? Me hacía mucha ilusión, pero ¿por qué a la futura madre no? No la entendía y suponía que era ahí donde estaba el problema. Me levanté y le preparé una tila sin que ella me la pidiera, pues la notaba bastante nerviosa y lo que le faltaba ahora era que le diera un infarto. Cuando tuve la tila lista, me acerqué a ella y la puse en la mesa. Luisa la cogió en sus manos y le dio un sorbo.

—Oye, que es para ella —le regañé y la soltó de nuevo en la mesa.

—Perdón, es que estoy que me va a dar algo de un momento a otro. Un bebé... un bebé —respondió Luisa confundida.

—Joder Luisa. Que no se va a acabar el mundo —le dije, pues estaba poniendo más nerviosa a Belén que no decía nada, solo tenía la mirada puesta al frente. De pronto se levantó como un vendaval y me señaló con su dedo índice.

—¡Dices eso porque no eres tú la que está preñada! —gritó haciendo aspavientos con las manos.

Me levanté y me acerqué a ella, le puse las manos en cada hombro y la zarandé para que volviera en sí. Se había vuelto loca, dando vueltas de un lado a otro, diciendo cosas sin sentido y me di cuenta de una cosa. Estaba cagada de miedo, pues para ella no era el momento de ser madre, no hasta estar casada y tener una estabilidad. Belén era de las que necesita una casa, coche y trabajo para ser madre y los hijos no los eliges, ellos vienen solos cuando creen que es el momento, así es la vida y hay que aceptarla como viene.

—Joder Lara, no es el momento. No puedo estar embarazada ¿Cómo se lo tomará tu hermano?

—A Martín le harás muy feliz. No seas tonta. —La abracé para que se tranquilizara—. Un bebé es lo más bonito que le puede pasar a una mujer. No pienses que no es el momento, porque sí que lo es y serás la mejor de las madres. Ya lo veras.

Conseguí que sonriera y se tranquilizara. Ella sabía porque le decía eso. Yo perdí mi bebé y me costó mucho superarlo y que viniera un sobrinito, me alegraba muchísimo, aunque realmente aun no sabía si estaba embarazada o no. Nos enseñó el test de embarazo, se lo había traído sin decirle nada a nadie. Entonces se fue al baño y nosotras la esperamos en el salón. Luisa estaba muy nerviosa y yo muy emocionada. Parecíamos dos niñas pequeñas. Minutos después Belén salió del baño y no podría descifrar su cara, ¿Era felicidad o desconcierto? Se sentó a nuestro lado y puso el test sobre la mesa de cristal y no sabíamos si cogerlo o no.

—¿No piensas mirarlo? —Pregunté.

—Ya lo he mirado —dijo con ambas manos restregando su cara frustrada.

—¿Y que salió? —Habló Luisa.

Como no decía nada y tampoco nos lo enseñaba, lo cogí y lo miré. El resultado no era el que esperábamos y Belén con mis palabras había logrado ilusionarse por un momento. Luisa me lo quitó de las manos y lo miró y con las mismas lo tiró a una esquina de la casa, haciéndonos reír. Esta Luisa estaba muy loca.

—Bueno, no pasa nada. Piensa que ahora el vestido de novia te quedara de muerte.

Nos levantamos y salimos del apartamento. Fuimos en el coche de Belén, pues el de Luisa aun lo tenía yo y de un momento a otro, me lo acabaría pidiendo, menos mal que me había quedado algo de dinero. Iría a comprarme

un coche, aunque fuera de segunda mano. Media hora después llegamos a la boutique de Pronovias y nos atendió Lorena, la dependienta que nos cogió las medidas, tanto para el vestido de novia, como para las damas de honor, que éramos nosotras. Belén entró en el probador y cuando se puso el vestido, salió para enseñarnos como le quedaba y ni que decir que le quedaba espectacular, estaba preciosa y mi hermano cuando la viera se enamoraría aún más de ella. Después nos probamos Luisa y yo los vestidos elegidos para las damas. Eran cortos hasta las rodillas, con tirantes anchos y de color dorado. Simplemente perfectos. No queríamos unos vestidos largos convencionales como lo que solían llevar todas las damas de honor, pues nosotras somos al revés del mundo y llevaríamos vestidos cortos.

Una hora después, terminamos en la tienda y nos fuimos al centro comercial para almorzar, pues pasaríamos por algunas tiendas para comprarnos algo decente para la fiesta de cumpleaños de Rubén.

En el almuerzo, recibí un par de mensajes y todavía no había leído los últimos enviados por la desconocida, deducía que era una mujer, porque si no ¿Quién? ¿Su padre? Los abrí y solté el móvil en la mesa de malas maneras. Las chicas me miraron extrañadas y Luisa cogió el móvil y aunque me negué en rotundo que lo leyeran, lo hicieron y Luisa se cagó en todo, pues lo último que me había dicho era:

“Esta noche sabrás quien soy, no dejaré que te quedes con él”

Me había amenazado y ya era la gota que colmaba el vaso. La verdad estaba un poco asustada, pues sabía que quien fuera esa persona, iría al cumpleaños de Rubén y si ya tenía pocas ganas de ir, ahora menos.

—Se lo dirás a Rubén ¿verdad? —me preguntó Belén.

Yo negué, no le diría nada. Si se enteraba que fuera por otra persona. No quería que comenzara una búsqueda del culpable. No se merecía que le jodiera la fiesta con una tontería de alguna estúpida que no quiere que esté

con él.

—Si no se lo dices tú lo hacemos nosotras —me amenazaron y me cabreé, pues no tenían que meterse en mi vida.

—No se lo diréis. No tenéis derecho y no os dejaré hacerlo —sentencié y me levanté para marcharme.

Comencé a caminar y aunque ellas me llamaban para que parara, no lo hice y cogí un taxi y me fui para mi apartamento. Por el camino, recibí varias llamadas de ellas, pero no se lo cogí. No sabía si me comportaba así porque estaba asustada o cabreada. Llegué a mi edificio, le pagué al taxista y salí del coche. Entré y subí hasta mi piso. Cuando entré, mi móvil sonó, pero esta vez era una llamada de Rubén y no quería cogerlo, no quería decirle que no iba a su fiesta. Insistió tanto que al final se lo cogí.

—Lara ¿Qué te pasa? ¿Por qué no cogías el teléfono?

—No lo escuché, perdona.

— ¿Te pasa algo? Te noto muy rara.

Suspiré y me sentía agobiada, tenía muchas ganas de llorar, pues tenía miedo, mucho miedo de perderle. Amaba a Rubén, mucho más de lo que imaginé hacerlo y me estaba viendo envuelta en una espiral de sufrimiento pasado que me llevaba a desconfiar y sobre todo a pensar cosas como “somos muy distintos” “su padre me odia” “alguien quiere separarnos” Todas esas cosas en mi cabeza no eran buena.

—Vida, ¿sigues ahí?

Esa palabra, vida, me la decía mucho y me encantaba, pues me hacía sentir que era su vida, que sería parte de ella, pero no sería así. Yo no era para él. Rubén era un hombre de buena familia y podía tener a la mujer que quisiera, ¿por qué me eligió a mí? ¿Qué tenía yo?

—Sí, lo siento. No me pasa nada, bueno me duele mucho la cabeza y me siento un poco mareada. —Le mentí.

—Voy para allá y te cuido ¿sí?

—No, no vengas, no hace falta. Además, me tomaré una pastilla y me acostaré un rato.

No quería sonar cortante, pero si lo fui. Rubén se despidió de mí y me colgó. Ya había conseguido lo que quería, ya conseguí que se diera cuenta que no iba a ir a la fiesta. Me fui hasta la cocina y me serví un poco de agua, me la bebí de un sorbo y me senté en el sofá a ver la tele o claramente a ver como pasaban las horas, deseando que ese día acabara de una vez por todas.

Escuché unos aporreos en la puerta y me desperté sobresaltada. Me había quedado dormida por la tarde, miré la hora y eran las ocho. Había dormido tres horas del tirón y yo jamás dormía siesta, pero me sentía bastante cansada. Los aporreos eran incesantes y ya me había comenzado a doler la cabeza de verdad. Este puñetero “Karma” que hacía lo que le salía de las pelotas.

—¡Joder que ya voy! —grité—. ¡¿No puedes pegar como una persona normal?! —dije a la misma vez que abría la puerta y las locas de mis amigas entraban alocadas y arregladas como si fueran a los premios “Goya”.

—No pienso ir, así que ya podéis iros por donde habéis venido —escupí alterada.

—No te estamos preguntando, bonita. Así que mueve tu “canijo” culo y ponte esto que te hemos traído. —La voz de Belén sonó tan dura que me asustó, así que le hice caso.

Me acerqué a ella con desgana y cogí de mala manera la percha con un vestido. No se distinguía muy bien, pues estaba metido dentro de un plástico. Me metí en mi habitación y saqué el vestido. Este era de color verde botella, con brillos en el escote. Era largo hasta las pantorrillas y con algo de vuelo en las caderas. La verdad que el vestido era precioso. Me vestí y en ese momento entraron las dos y mientras una me maquillaba la otra me peinaba.

Yo me dejé hacer sin más, pues no estaba yo para muchos sermones. Cuando terminaron de arreglarme, me levanté de la cama y me miré al espejo. Quedé impactada al ver el maquillaje que Belén había utilizado, pues el color verde en mis parpados había quedado genial y le daba algo de vida a mis ojos tristes. Lo único que se me vino a la mente, era Rubén y su cara al verme. Solo esperaba que la noche pasara sin altercados y la loca de los mensajes no me molestara.

CAPÍTULO 26



Estábamos en la entrada de la casa de los padres de Rubén, esperando a que viniera a rescatarnos de los de seguridad que no nos dejaban pasar. La fiesta aún no había comenzado y yo ya estaba que echaba espuma por la boca del cabreo que tenía. A lo lejos vimos cómo se acercaba Rubén a paso ligero, llegó y fue directo al hombre de seguridad para echarle la bronca de su vida. Estaba tan metido en eso, que no se había percatado de mi presencia. Se dio la vuelta y me vio. Ya no saludó a nadie y vino directo hacia mí. Me cogió entre sus brazos y me besó en los labios. Estar entre sus brazos era lo más relajante que tenía el gusto de vivir y no quería que se acabara nunca, quería vivir toda mi vida entre sus brazos, quería estar con él por siempre.

—Estas, preciosa. Eres la más guapa de todas las mujeres que hay esta noche aquí —me piropeó ganándose unos gritos de mis amigas devastadores.

Mi hermano se acercó a él y lo saludó felicitándolo por su cumpleaños, después las chicas y él no me soltaba la mano en ningún momento. Entramos y me sentía cohibida, pequeña, tan pequeña que parecía invisible y esperaba que así fuera durante toda la noche. No quería ser el centro de atención. Al entrar, fuimos directos al jardín, ahí era la fiesta y había bastantes personas. Todos me miraban al pasar por su lado, pues iba agarrada de la mano de Rubén y claro, no podía ser de otra manera, sus miradas eran de “¿está quien coño es?” Y eso mismo era lo que quería evitar.

Miré todo a mí alrededor con sumo cuidado. La decoración para la fiesta era completamente moderna, y bastante costosa. Sus padres no habían escatimado en gastos y claro ¿Cómo lo harían si era el niño bonito de la familia? O por lo menos esa era la impresión que me daban. De pronto una morena muy guapa corrió a los brazos de Rubén y este la recibió feliz de la

vida. Yo quedé en segundo, tercer o cuarto plano y ya comenzaba a sentirme bastante incómoda. Detrás de la morena, el padre de él y una señora bastante guapa, que deduje que era su madre. Tan pronto como se separó de la morena, todos pusieron sus ojos en mí y me puse muy nerviosa, pues el padre me miraba con odio, un odio inmenso que no escondía y que Rubén sabía perfectamente que estaba ahí.

—Lara, te presento a Lara, mi novia —dijo al fin y me ruborice un poco—. Lara, ella es mi hermana pequeña, Lara.

¿Su hermana? Ni siquiera sabía que tenía una hermana. Esta me miró de arriba abajo, pero se acercó a mí con educación, cosa que dudaba bastante que tuviera y me dio dos besos, diciéndome lo encantada que estaba por conocerme. Su voz sonaba falsa, así que ya me había ganado otra enemiga en la familia de Rubén.

—Vida, ella es mi madre, Noelia y a mi padre ya lo conoces, pero se llama Rubén como yo —me presentó a cada uno de ellos y todos me miraban igual. Estaba claro que no había entrado con buen pie en la familia.

—Encantada de conoceros —respondí con voz temblorosa y no quería que notaran mi nerviosismo, así que levanté la cabeza y cambié mi gesto a uno más serio y seguro.

Mi hermano y las chicas se fueron a sentarse en las mesas asignadas. Yo como no, me tenía que sentar en la mesa con la familia de Rubén, pero al llegar a la mesa, mi cuerpo se congeló, pues Lucía estaba ahí sentada. Su mirada fría se cruzó con la mía y me sonrió de manera sarcástica mientras levantaba una ceja de forma maliciosa. Tragué saliva, pues era ahí donde me había dado cuenta de que la de los mensajes era ella. Rubén al verla se cabreó y se llevó a un lado a su padre para discutir con él, pues no sabía que ella estaría en la fiesta y mucho menos sentada en nuestra mesa. Mientras que ellos discutían, supuestamente en voz baja, cosa que no era así, porque

escuchábamos toda la conversación, yo me senté al frente de Lucía.

—No pensé que te ibas a presentar. Tienes bastantes ovarios —dijo de pronto.

Estábamos solas en la mesa y aprovechó el momento para atacarme.

—No veo porque no tenía que venir. La que no debería estar aquí eres tú —respondí y sonrió.

—Ay, querida. Llevo en esta familia tantos años que no sabría decirte con exactitud y está claro que Rubén y yo acabaremos juntos —afirmó y ya estaba cabreándome.

—Me parece muy bien que pienses eso, pero ¿hasta qué punto estás segura de que eso pasará?

—Al final de la noche lo sabrás. Ahora disfruta lo que te queda de novia del momento, porque yo soy y siempre seré la mujer de su vida y eso ni tú ni mil profesoras de “pacotilla” podrán cambiar.

No quise escucharla más y me levanté para ir al baño. Me acerqué a uno de los camareros para preguntarle donde encontrarlo y me señaló la casa. No quería entrar en esa casa, pero necesitaba echarme agua en la cara, así que me dirigí hasta el interior de la casa y ahí pude ver a otra empleada que me indicó donde encontrar el baño. Subí las escaleras y entré por la primera puerta que vi. Cuando entré me di cuenta de que me había dejado el bolso en la mesa, así que abrí el grifo, me mojé las manos y me eché agua en la nuca, estaba bastante agobiada con todo lo que estaba pasando. En ese momento, entró al baño mi madre. Me la quedé mirando, ¿Qué hacía aquí? Yo misma saqué mis propias conclusiones, pues ella era empleada de Lucía y la traería para que ayudase en la fiesta. Me acerqué a la puerta para irme, no tenía nada que hablar con ella, pero me paró, cogiéndome del brazo.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

—Solo quería saber cómo estabas y decirte que le conté a tu padre toda la

verdad. No quería que siguiera odiándote —expresó nerviosa y abrí los ojos sorprendida—. Otra cosa, Lara. Ten cuidado con Lucía, esa mujer es mala, muy mala y por lo que he visto estás con Rubén.

—Gracias —respondí sin más y salí del baño.

Bajé las escaleras y volví a la mesa. Rubén y su padre seguían discutiendo y después de varios minutos más, todos vinieron a sentarse en la mesa y la muy bruja me miraba con una risita marcada en la cara. Miré a su lado y me di cuenta de que quedaba una silla libre, recordé que Cristian aún no había llegado. Rubén se acercó a mí y me susurró al oído:

—Lo siento, no sabía que venía y mucho menos que mi padre la había invitado.

—Rubén, es de mala educación hablar bajito en una mesa donde hay tantas personas. Porque no compartes con todos nosotros lo que le susurrabas al oído —dijo la muy perra.

Rubén suspiró y le di un apretón en la pierna para que se tranquilizara, pero no lo conseguí y pronto le iba a responder alguna de sus frescas.

—Primero no tengo porque decirte a ti, lo que le susurro a mi novia al oído, pero si tantas ganas tienes de saberlo, pues te lo diré. Le pedía perdón por tener que soportarte esta noche, cosa que no sé para qué coño has venido, así que me gustaría que te fueras, Lucía —respondió y su padre le regañó.

—Rubén ¿Te pones en contra de ella por culpa de tu “novia”? —preguntó su padre haciendo comillas con los dedos.

Yo quería responder, pero no me atrevía, no quería montar un espectáculo en su fiesta y que se enfadara conmigo, pero tampoco podía dejar que me trataran con tanto desprecio. Cuando le iba a responder, se acercó a nosotros una camarera, levanté la vista y la imagen de mi madre se puso delante de mí, arruinando del todo la noche.

—Vaya, mira a quien tenemos aquí, pero si es tu madre Lara —escupió y se

rieron todos menos Rubén.

Me sentí humillada, pero no porque mi madre fuera una empleada de hogar o criada, o como quieran llamarle, aunque esa palabra ya no se usaba. Me sentí así por el hecho de que se burlaran de mí y yo no le hice nada a ninguno, les hablé con amabilidad y me he comportado hasta el momento muy bien, no dejando ver a la verdadera Lara, pero se acabó.

—¡Ya basta! —gritó Rubén, antes de que yo respondiera.

—No tienes que defenderme, yo puedo hacerlo sola —le dije a Rubén. Luego miré al mayor de mis problemas, Lucía—. Creo que en esta vida tus padres no te han enseñado algo importante. La humildad es una cualidad que muchos quisieran poseer, pero tú ni volviendo a nacer la conseguirías, porque la que nace “hija de puta”, muere “hija de puta” —escupí cabreada y todos me miraron con los ojos abiertos, incluido Rubén, cosa que no pasó desapercibido por mí, pues su mirada no me gustó y fue el detonante para saber lo que tenía que hacer y eso era dejarle, dejar que hiciera su vida con la arpía de Lucía y que intente ser feliz—. Sí, ella es mi madre, pero, aunque estemos distanciadas, me enseñó a ser humilde y sobre todo buena persona —suspiré y vi como mi madre lloraba por mis palabras—. No pienso dejar que me humilléis más, bastante he aguantado desde que llegué a esta casa. Adiós. Fueron mis últimas palabras y me fui de allí. Rubén vino tras de mí y me di la vuelta para hacerle frente.

—¿Qué quieres? —pregunté cabreada.

—No deberías haber dicho todo eso. No hacía falta.

Solté una risa irónica. ¡Joder! que la cosa se ponía peor, ahora me tocaba bronca con él y era lo que menos quería hacer. Rubén me miraba cabreado y yo no soporté esa mirada hacía mí, pues yo era la que tenía que estarlo, yo soy la que fue humillada por su familia y él no hizo nada.

—Creo que es mejor que me vaya, Rubén y esta vez para siempre. Tú y yo no

somos compatibles y siempre habrá alguien que te ponga en mi contra. —Mi voz sonaba temblorosa y me dolía, me dolía demasiado todo lo que estaba pasando.

—No hablas en serio, Lara. Por favor, no digas eso, no vuelvas a irte.

—Lo tengo pensado ya y no hay marcha atrás. Este es nuestro fin, aquí se acaba lo nuestro —sentencio reprimiendo las lágrimas que luchaban por salir. Nos miramos y Rubén no me dijo nada, solo vi la tristeza en sus ojos y me hundí aún más, cosa que casi me hace bajar la guardia y negar todo lo que acababa de decirle. Me iba a acercar y no pude, pues la voz de la arpía vino hasta nosotros y traía mi bolso en sus manos. Otra vez me había olvidado de él.

—Lara, te olvidaste tu bolso y no tengo ganas de ver nada tuyo por aquí —habló extendiéndomelo y cuando lo iba a coger, lo tira al suelo.

Me agaché para cogerlo diciendo improperios en voz baja y me di cuenta de que estaba abierto y se había salido todo lo que llevaba en su interior. Algo brillaba en el suelo, lo cogí con manos temblorosas y era un collar de diamantes ¿Qué hacía eso en mi bolso? Miré a Rubén y este me miraba con el ceño fruncido, en cambio Lucía me miraba con una sonrisa triunfal. Me la había jugado.

—Lara ¿Qué haces con el collar de mi madre en tu bolso? —preguntó desorientado y yo no sabía que responder.

—No... no lo sé. Te juro que no lo había visto en mi vida —respondí nerviosa.

—Ella lo robo, cielo ¿Es que no lo ves? Ella entró antes en tu casa y su madre salió detrás de ella ¿No te das cuenta de que todo ha sido un engaño? —metía cizaña Lucía. Solo esperaba que Rubén no la creyera.

—¡Eso no es cierto! —grité—. Rubén, si fui a tu casa, pero fui al baño. Yo sería incapaz de coger algo que no fuera mío y menos de tu madre. Te está

engañando. Además, yo dejé mi bolso en la mesa, se me había olvidado — expliqué convencida de que me creería, pero no fue así.

Las chicas y mi hermano se dieron cuenta del espectáculo y corrieron en nuestra dirección para ver qué pasaba. Mis lágrimas no aguantaron más y salieron. La mirada de Rubén era de decepción y ahí comprendí que no me iba a creer.

—¿Qué pasa Lara? —preguntó mi hermano.

—Pasa que tu hermana robó el collar de mi madre, con la ayuda de la vuestra —escupió Rubén y mi corazón dejó de latir.

Mi hermano se “cabreó”, se acercó a Rubén y le propinó un puñetazo que lo tiró al suelo.

— ¡Nunca más, en tu puta vida vuelvas a llamar ladrona a mi hermana! — Exclamó Martín echo una furia.

Mi madre corrió hasta nosotros al ver a mi hermano hacer eso y ahí fue cuando Lucía terminó de arreglarlo diciendo delante de todos, incluidos los invitados a la fiesta, lo del robo. Yo no me podía creer que eso estuviera pasando y me quedé mirando a la nada. Solo una imagen se grabó a fuego en mis retinas y esa era, la mirada de Rubén llena de decepción, de odio, de rencor. Eso no lo iba a olvidar jamás.

Me retuvieron hasta que llegó la policía, era irónico, pues Rubén y mi hermano eran policías, pero no estaban de servicio. Mi hermano quiso hablar con Rubén, pero este no quiso escucharle. Se alejó de mí lo más posible, como si el estar cerca de mí le hiciera daño y no lo culpaba, después de todo, lo habían engañado y Lucía había jugado muy bien sus cartas para hacerme esta encerrona. Quise acercarme y gritarle a la cara que era un “gilipollas” y que no le iba a perdonar el que no confiara en mí, pero no me atreví, además tampoco quería que me echara, solo con ver su mirada fría y distante, tenía de sobra para morirme del todo. Una hora después, vino una patrulla de policía y

nos hicieron entrar en ella a mi madre y a mí. Mis amigas lloraban y Martín me juró que nos sacaría del lio, pero la cosa estaba bastante cruda.

—Llama a Álvaro, él es el único que puede ayudarnos —le dije a Martín entre sollozos—. En mi casa hay dinero y en mi banco también hay, no mucho, pero puede que sirva para pagar la fianza.

Belén se acercó a Rubén y le dio un guantazo cabreada, Luisa intentó cogerla, pero estaba fuera de sí.

—¿Es que no piensas hacer nada?! —gritó mi cuñada.

—No. Ella se lo ha buscado —respondió y ya no escuché más, pues la puerta de la patrulla se cerró en mis narices. Sentí la mano de mi madre agarrando la mía. La miré y me abracé a ella. Menos mal que la tenía cerca, que no estaba sola del todo.

El coche comenzó a moverse y perdí de mí vista a todos, incluido Rubén, que fue la última cara que vi. No quise que fuera otra, pues así recordaré toda mi vida como acabó lo nuestro, me servirá para no volver a confiar en ningún hombre, nunca más.

CAPÍTULO 27



Dos días habíamos pasado en el calabozo, dos días hasta que Álvaro pudo sacarnos. No lo había pasado tan mal en toda mi vida, jamás me había visto en una situación igual y tenía miedo, mucho miedo. El juez quería echarnos tres años de cárcel por robo, pero Álvaro luchó hasta el fin para conseguir que nos bajaran la condena y nos pusieran una multa, cosa que consiguió sin problema pues era un buen abogado. Los dos días que pasé con mi madre, sirvieron para acercarnos más y eso me ayudó mucho para que no se me hiciera tan pesada la estancia en la comisaria. Cuando salimos, mis chicas, mi hermano y Cristian, me esperaban fuera. Me abracé a ellos, los había necesitado mucho y me hundí en lágrimas en los brazos de Cristian, pues él sabía por lo que estaba pasando.

Fuimos hasta el apartamento de Belén y Luisa, pues no quería ir al mío, no quería encontrarme a Rubén, por eso no quería comprar un apartamento tan cerca de él, porque sabía que tarde o temprano lo nuestro se iba ir al traste. Los dos días encerrada, me sirvieron para pensar, de todo, en lo que me iba a costar olvidarme de él, en lo que me iba a costar odiarle, pues no podía, amándolo como lo amaba y aunque quisiera, no podía. Solo una cosa tenía clara y esa era que no quería volver a verle. Cuando llegamos a casa de las chicas, me fui directa a la ducha, pues desde que nos encerraron, no pude bañarme siquiera. Mientras yo me duchaba, mis amigas preparaban algo en condiciones para comer y Martín fue a llevar a mi madre a recoger sus cosas de la casa de Lucía, pues las dos habíamos decidido hacer algo, nos iríamos, las dos juntas. Volveríamos a Almería y esta vez, no iba a volver, me quedaría allí para siempre, lo tenía muy claro y sobre todo decidido. Cuando les dije a las chicas que me iba, lloraron como magdalenas, pero lo

entendieron y me apoyaron, no podían hacer otra cosa. No iba ni a descansar, cuando comiera y mi hermano llegara con mi madre, nos llevarían a la estación para irnos, pues nos iríamos en autobús esta vez. No podía quitarle a Luisa de nuevo su coche y a mí no me había quedado dinero para poder comprarme otro, pues pagué la multa de mi madre y mía.

Al salir al salón, después de terminar de ducharme y vestirme. Busqué a las chicas y estas estaban sentadas en el sofá, pero no estaban solas, mi padre estaba con ellas. Mi padre me miró y corrí a sus brazos, cuanta falta me hizo mi andaluz cabezota.

—Perdóname, papá. Lo siento mucho —hablé entre sollozos.

—No tengo nada que perdonarte, cielo —respondió.

Mi padre me apretó aún más fuerte y me sentí pequeña, tan pequeña que parecía que me estaba defendiendo de los monstruos del armario como cuando era niña. En ese momento mi madre llegó junto con mi hermano y Cristian. Me separé de mi padre y me senté en el sofá.

—¿Cómo te sientes cariño? —preguntó mi padre.

Me encogí de hombros mientras agachaba la cabeza desganada. No tenía ganas de nada, me sentía muy cansada y sobre todo engañada de nuevo. La vida se había propuesto joderme y todo me salía mal, aunque ahora era peor, pues el amor que sentía por Álvaro no es el que siento por Rubén y sabía que ese amor sería para siempre.

—¿Dónde está la “canija” con un par de ovarios? —preguntó Cristian haciéndonos reír, aunque con pocas ganas, consiguió que sonriera.

—Tu amigo acabó con ella.

Todos me miraron y comencé a llorar. No lo soportaba, no podía, todo era demasiado y había pasado muy deprisa.

Estuvimos hablando por una hora, mientras que Martín y mi madre, se encargaron de preparar algo para comer. Cuando terminamos de almorzar,

salimos del apartamento de mis amigas y fuimos a mi edificio. Yo me quedé en el coche y Martín y Belén fueron a mi apartamento, para coger mis cosas. Media hora después bajaron con dos maletas, ya que yo les había dicho que solo cogieran lo necesario. Emprendimos camino hasta la estación de autobuses, pues queríamos coger el que salía sobre las cinco de la tarde, pues así llegaríamos a las diez de la noche como muy tarde.

Llegamos a la estación y nos bajamos del coche. Cristian iba detrás con Luisa y Belén, pues en el coche de mi hermano no cabíamos todos y nadie quería quedarse sin despedirse de nosotras. Fuimos mientras a una cafetería a esperar que saliera nuestro autobús. Mientras tomábamos un café, las chicas solo estaban pendiente de mí, pues en esos dos días en los que estuve encerraba, no pudieron ni verme y encima ahora me iba para no volver.

—¿De verdad no vas a volver? —preguntó Belén con lágrimas en los ojos.

Me dolía mucho hacerles daño a las personas que más me quería, pero, aunque la decisión fue la más dolorosa de toda mi vida, estaba tomada y no me echaría atrás por nada ni por nadie.

Estuvimos en la cafetería por una media hora y nos fuimos hasta la zona de salida de los autobuses para meter las maletas en el maletero. Cuando metimos mi madre y yo las maletas, me di la vuelta para despedirme de ellos y mis ojos ya estaban llenos de lágrimas.

—Volveré para la boda, no te preocupes —susurré a Belén mientras la estrechaba entre mis brazos.

—Más te vale, si no voy para allá y te traigo de la oreja —respondió y me reí. Fui abrazando a cada uno de ellos y con todos lloré peor que una magdalena y no era para menos si, aunque tenía que irme, realmente no quería, pero lo necesitaba, necesitaba irme y olvidar todo y a Rubén. Terminé de despedirme y mi madre también lo hizo. Me di la vuelta para subirme al autobús y escuché un grito. Me estaban llamando. Pensé que eran cosas mías, pero no,

ya que cada vez estaba más cerca de mí.

—¡Lara! —gritó y me quedé paralizada. Me di la vuelta y me encontré con sus ojos.

Toda mi familia lo miraba y al igual que yo, no entendían que hacía en la estación ¿por qué me buscaba? No lo entendía si la última vez que nos vimos, hacía ya dos días, sus palabras se clavaron como cuchillas afiladas en mi pecho, haciéndome sangrar y morir en vida. Le miré y negué dándome la vuelta para volver a subir al autobús, pero entonces su mano agarró mi brazo y una corriente eléctrica me atenazó por completo.

—¿Qué cojones quieres?! ¿No me has dicho ya bastante?! —grité furiosa.

Rubén no me respondió, solo me miraba suplicante. Entonces se acercó a mí decidido y agarrando mis mejillas, me besó, haciéndome sentir peor, pues no podía venir ahora después de todo lo que había pasado y pensar que, con un beso, con el que me estaba matando, iba a perdonarle su humillación y falta de confianza hacía a mí. Me separé de él y le pegué un guantazo con todas mis ganas. Tenía la necesidad de hacerlo desde el día de su cumpleaños.

—No vuelvas a besarme en tu “puta vida”. Y no vuelvas a buscarme —sentencié.

—Perdóname, por favor —suspiró abatido—. Sé que debí confiar en tu palabra, que no debí dejar que mi familia te tratase así, que debí echar a Lucía cuando la vi —explicó y miré hacia otro lado—. Ahora sé la verdad y te pido perdón por ello. Soy un gilipollas, un hijo de puta que se dejó manipular por su familia, pero te amo Lara, estoy profundamente enamorado de ti y no puedes irte, no ahora, por favor —suplicó con la voz temblorosa.

No podía dejar que ablandase mi corazón, no podía dejar que consiguiera que le perdonase así de fácil. No podía perdonar y olvidar como si no hubiera pasado, porque las cosas no son así, pues pasó y las dos noches que yo pasé en el calabozo, no podría olvidarlas jamás.

—Ya es tarde para eso. Lo siento.

Me di la vuelta para irme de una vez, pues me faltaba el aire el estar tan cerca de él. Yo quería estar con él, amarle con total libertad, ser feliz de una vez y por todas, pero no podía olvidar lo que me hizo. Y por eso me iba, para olvidar, para ser feliz sin él. Me iba para no volver.

—Lara, te lo suplico, no te vayas. Eres mi vida entera y sin ti no podré vivir. Te necesito.

Escuchar esas palabras fue como un aliento de vida, pero un pequeño y minúsculo aliento que no servía de nada. Agaché la cabeza suspirando, mientras me secaba las lágrimas con la muñeca y comencé a subir los escalones del autobús para irme de una vez. Le di el billete al conductor y fui hasta donde mi madre que ya me esperaba sentada, dejándome libre el asiento que daba a la ventana. Los gritos incesantes de Rubén se colaban en mi mente y mi alma. Me obligué a no mirar, a tapar mis oídos para no escuchar, así que sin más cogí los auriculares y los enchufé en el móvil, puse música a todo volumen y solo así, dejé de escuchar. El conductor arrancó el autobús y comenzó a dar marcha atrás. Solo por un momento, me permití volver a mirarle y vi como no apartaba su mirada de mí, conectando sus ojos con los míos. Lo vi llorar y se me partió el alma, pero yo no era la culpable de que esto acabase así. Cristian se acercó a él e incluso mi hermano y se puso de rodillas, posando sus manos en el suelo.

—Hija —me habló mi madre que hasta el momento había estado en segundo plano en todo momento. La miré—. ¿Lo quieres? —preguntó y asentí—. ¿Entonces por qué no te quedas?

—No puedo, simplemente no puedo. Sería tenerle el rencor siempre, sería llegar a odiarle y este amor que siento por él es el más maravilloso que he llegado a sentir jamás y por eso no quiero mancharlo. Únicamente se quedará como un recuerdo, un hermoso recuerdo que perdurará por siempre en mi

alma.

Mi madre cogió mi mano y le dio un apretón, haciéndome ver que estaba ahí y que no volvería a fallarme. Ya prácticamente no veía a nadie, ya estábamos casi fuera del interior de la estación, ya no había vuelta atrás. Nos íbamos a Almería, lo único que no sabía era si volvería o no.

El camino era bastante pesado y casi todo el viaje la pasé con los auriculares escuchando la música de mi Pablo Alborán. Esa música que solo me recordaba a él, ¿por qué? Pues porque cada letra de esa música le describía y explicaba nuestra relación, por eso me recordaba a Rubén.

Horas más tarde, estábamos llegando a la estación de autobuses de Almería. David sería quien nos recogería, pues mi hermano se puso en contacto con él para pedirle el favor. Cuando llegamos y nos bajamos, cogimos las maletas y salimos al encuentro de mi amigo. A lo lejos, pude ver a Geno y David, ambos vinieron a recogernos. Llegamos hasta ellos y los saludé con un beso, David en cambio me abrazó fuerte, quedándose por unos segundos rodeando mi cintura y aunque pareciera mentira, me reconfortó y lo agradecí. Por lo menos tendría a alguien que me ayudaría a olvidar, pues la amistad que David y yo siempre habíamos tenido, eran de esas que duran toda la vida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó en mi oído.

Me separé y me encogí de hombros. Realmente me sentía como una mierda, pero no dejaría que nadie lo viese, no quería que me tuvieran pena. Con lo que sentía yo por mí misma, era más que suficiente. Salimos de la estación y nos montamos en el coche de David. Ya era bastante tarde, casi las once de la noche, solamente pensaba que mi “Nona” estuviera despierta, pues no le había avisado. En ese momento me llegó un mensaje y sin mirar si quiera de quien era, lo abrí para leerlo, quedándome completamente descolocada, pues no pensaba que me mandara ningún mensaje.

“Si decidiste irte para olvidarme lo acepto, pero me lo hubieras dicho, pues

me habría ido yo y no te hubieras alejado de tu familia. Sé que la cagué y que no tengo perdón y no me lo merezco, pero te entiendo y lo respeto. Solo quería que supieras que te amo y que yo jamás te olvidaré y mucho menos olvidaré los besos que nos quedan bajo la lluvia, mi vida”

Solté un suspiro exasperado y tiré el móvil al suelo del coche, maldiciéndome por ser tan estúpida de enamorarme de él como estaba, pero ya no se podía hacer nada, ya las cosas se quedaron así y lo único que me quedaba era olvidarle para siempre o por lo menos intentarlo.



Tres semanas después.

Las semanas se me hicieron eternas y si no hubiese sido por David, que ha estado conmigo en todo momento, animándome, cuidándome y ayudándome a olvidar o por lo menos intentándolo, porque olvidar, me era imposible. Estas semanas me las pasé encerrada en casa. Mi madre y mi “Nona”, la cual no me dejaban ni a sol ni sombra, estaban muy preocupadas por mí, pues llevaba una semana mala, vomitando y mareada, tanto que a veces no podía mantenerme en pie.

Hablaba casi todos los días con las chicas, con mi hermano e incluso con Cristian. Todos estaban preocupados por mi salud, pero yo no lo estaba, pues me daba igual estar bien o mal, me daba igual todo en mi vida. Belén me contó lo que pasó después de que me fuera de la estación. Rubén se puso como loco y se compró un billete para venir a Almería a buscarme, pero no lo dejaron, diciéndole que tenía que respetar mi decisión y que solo yo podía decir si verle o no. Me dolió mucho saberlo, pues si hubiera venido, de seguro habría vuelto con él, ya que el dolor de no tenerle era cada vez más grande y la herida de mi corazón no sanaba como yo pensaba ¿Cuándo se recompondrán los pedazos rotos? No tenía respuesta para eso.

Esa mañana, me levanté corriendo para ir al baño, pues aún no había desayunado y ya estaba vomitando. No entendía nada. Mi madre al oírme vino corriendo para saber si estaba bien, pero no lo estaba, no me sentía nada bien. Entonces decidimos que tenía que ir al médico, no podía seguir así, ya llevaba una semana.

—Te pediré cita para el doctor —habló mi madre mientras me lavaba la cara.
—No hace falta mamá, seguro que se me quita en estos días. Puede que sean

los nervios —respondí para tranquilizarla, pero ni yo misma podía estar segura de eso.

—Hija, ¿no has pensado en la posibilidad del embarazo? —preguntó y mi cuerpo se paralizó.

No podía ser eso, seguramente era un virus estomacal o algo parecido. No podía estar embarazada, no ahora. Me senté en la taza del váter y comencé a sudar pensando en esa posibilidad. Estuve pensando e intentando recordar la última regla, pues desde que Álvaro me dejó no llevaba el control. Después de todo lo que había pasado, no tenía cabeza para eso. Entonces me di cuenta de una cosa y era que hacía más de un mes que la regla no me bajaba. Me levanté de sopetón, ganándome un mareo por estúpida y comencé a vestirme.

—Es eso ¿verdad? —afirmó mi madre y asentí con la cabeza gacha, mirándome los pies.

—No sé, no estoy segura, pero cabe la posibilidad —respondí asustada y me senté en la cama con lágrimas en los ojos.

Mi madre se sentó a mi lado y me abrazó. Desde que habíamos hecho las paces, se portaba conmigo muy bien y siempre estaba pendiente de mí, recordando los buenos momentos que quedaron en el pasado. Agaché la cabeza y la metí entre mis piernas agobiada. No me podía estar pasando ahora. Después de todo el tiempo que deseé un bebé, me llegaba cuando estaba sola. Recordé la última vez que Rubén y yo hicimos el amor y no usó protección. Dios... estaba embarazada seguro ¿Qué haría ahora? ¿Cómo crías a un bebé sin padre? Porque tenía claro que no le diría nada a Rubén.

—Hija, tranquila. Lo que tenga que ser será —me consoló mi madre—. No olvides que no estás sola y que no volveré a hacerlo, nunca más te dejaré sola y si estás embarazada, bienvenido sea, aquí estamos nosotras que lo vamos a amar mucho e intentaremos que nazca y crezca feliz.

Asentí y me abracé a mi madre, desahogándome, necesitaba sacarlo todo.

Minutos después, mi madre salió de la habitación para dejar que terminara de vestirme. Una vez que estuve lista, salí de la habitación y mi madre me esperaba en la puerta. Mi “Nona” no estaba, pues se había ido a hacer la compra. Mi madre la avisó y le dijo que no se preocupara y que iríamos al médico, pues yo seguía mal. Bajamos a la calle y comenzamos a caminar hasta el centro de salud, este estaba dos calles más arriba, así que llegamos en seguida.

Entramos en el centro de salud y a pesar de que eran las once de la mañana, no había tantas personas esperando, así que nos acercamos al mostrador y pedí cita para mi médico. Me dieron cita para después de una media hora más o menos, entonces decidimos quedarnos a esperar. Mis nervios eran notables y mi madre intentó calmarme, pero me era imposible ¿Cómo me calmaría si estaba a la espera de confirmar algo que prácticamente sabía?

Quince minutos después, ya no aguantaba más la espera, estaba de los nervios y mi madre tocó mi mano con suavidad y me acarició diciéndome:

—Lara tienes que calmarte —dijo mi madre en el mismo instante que el médico me llamaba para que entrara a la consulta.

Suspiré y nos levantamos para entrar, una vez dentro y después de cerrar la puerta tras de nosotras, nos sentamos frente al médico.

—¿Lara Molina? —preguntó y asentí—. Dígame que le pasa.

—Creo que estoy embarazada y venía a confirmarlo —respondí con la voz temblorosa.

El médico me preguntó con exactitud la fecha de la última regla, le dije una fecha aproximada, pues tampoco recordaba realmente cuando fue la última. Me dio un volante para que fuera a enfermería, junto con un vasito de plástico donde tenía que echar el pis. Me levanté y me fui al baño. Cuando acabé, fui a enfermería para entregar la muestra. La enfermera la cogió y me dejó a la espera fuera de la consulta, cosa que me ponía aún más nerviosa.

Minutos después me dio un sobre, con la información en su interior, pero ella no me dijo nada ¿por qué lo hacían así? ¿No se daban cuenta de la agonía que estaba pasando? Seguí mi camino hasta la consulta, de nuevo y mi madre me esperaba fuera de ella, pues el médico seguía pasando consulta y en ese momento había una chica en su interior. La consulta se abrió y la chica salió, la miré y me fijé muy bien, pues la conocía, era Marisa.

—¿Misa? —pregunté y me miró extrañada, pero se dio cuenta rápido, pues una sonrisa salió de sus labios.

—Lara ¿eres tú? No me lo puedo creer, ¿Cuándo llegaste? No sabía que estabas aquí.

—Espera un segundo, que me toca entrar, por favor no te vayas y te explico todo.

Asintió y se sentó en una de las sillas. Entré a la consulta más nerviosa que cuando llegué. Le extendí el sobre al médico y este sacó el informe. Lo ojeó y yo estaba que no aguantaba más, necesitaba saber lo que sea ya.

—Estás embarazada, Lara —dijo al fin y aunque sabía que lo estaba, tenía la esperanza de que fuera una equivocación.

Sentí la mano de mi madre y me dio un apretón con suavidad, pues me había quedado con la mirada perdida, pensando en todo y en nada. Estaba embarazada del hombre al que amaba con todo mi corazón, pero al que intentaba olvidar ¿Puede pasarme algo más? Desde luego que el “Karma” estaba en mi contra desde hacía tiempo, es como si en mi vida pasada era malvada y ahora las estaba pagando todas con creces. No era que no quisiera ser madre, porque mentiría si dijera eso, pero tenía miedo, mucho miedo de tener un hijo sin su padre, de esa carencia que tendrá desde su nacimiento. Pensé en la posibilidad de contarle a Rubén, pero no, eso no entraba en mis planes.

Después de que el médico que diera todas las indicaciones, salí de la consulta

para ir al mostrador, tenía que pedir cita con el ginecólogo para saber de qué tiempo exacto estaba y comprobar que todo estuviera perfectamente. Al salir busqué con la mirada a Marisa, pero no estaba en ninguna parte, se había ido. —¿A quién buscas, cielo? —preguntó mi madre.

—A Misa.

—¿Misa? ¿Esa chica que saludaste era Misa? —Asentí y mi madre abrió los ojos sorprendida, pues la última vez que la vio, fue esa noche que todo se fue al traste—. ¿Le habrá pasado algo? No tenía buena cara.

Me encogí de hombros y fuimos al mostrador para pedir las citas. Después de eso, volvimos a la casa. Mi “Nona” nos esperaba impaciente y cuando llegué me abracé a ella llorando. Lo que no podía hacer con mi madre, desahogarme, lo hacía con mi “Nona”. Ella sí me entendía y sabía por lo que estaba pasando, pues con ella era con la única que me había sincerado al completo, contándole todo lo que había pasado entre Rubén y yo.

Dos meses después.

Ya habían pasado dos meses, llenos de amargura y recuerdos atormentándome. Las chicas me llamaban a diario y en ninguna de las llamadas me atreví a decirles que estaba embarazada de Rubén, pues no sabía cómo iban a reaccionar ante mi silencio. Ese fin de semana venían a Almería para la despedida de soltera de Belén, pues la habían aplazado por mí, pero al ver que yo no iba a ir, vendrían ellas. Les dije que, si podía venir Geno y me dijeron que sí, que cuantas más mujeres mejor, así que mi madre también venía con nosotras. Martín también preparó para ese fin de semana su despedida, iría con Cristian, Rubén y algunos compañeros más de la policía. En un principio mi hermano se enfadó conmigo por hacer venir a las chicas a Almería, pero luego me comprendió y se le quitó el enfado.

En ese momento, me encontraba junto con Geno, en el chiringuito de su

padre, esperando a que mis chicas aparecieran, pues me habían mandado un mensaje diciendo que llegaban en unos quince minutos. Me moría por verlas, pues estar casi dos meses sin ellas, había sido muy duro, las echaba mucho de menos.

—¿Les dirás lo del embarazo? —preguntó Geno llamando mi atención con sus manos.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que me estaba hablando. Levanté la cabeza y antes de responderle, escuché los gritos de mis locas amigas. Me di la vuelta y las vi corriendo en mi dirección, yo actué igual que ellas y fui en su encuentro. Parecíamos niñas pequeñas. Cuando estuvimos lo más cerca posible, nos abrazamos como auténticas locas, pegando saltitos y gritos de felicidad por vernos.

—Os he echado de menos, mis niñas —dije con lágrimas en los ojos. Estaba muy sensible por el embarazo y cualquier motivo me hacía llorar.

—¡Nosotras a ti también, cariño! —gritaron ambas haciéndonos reír.

Geno se acercó riendo como una loca por nuestro espectáculo y al separarme de ellas, le presenté a mi otra amiga. Me sentía afortunada por las grandes amigas que tenía, eran mi familia, eran mis hermanas. Cuando nos cansamos de abrazarnos y dar saltitos, nos fuimos al chiringuito de nuevo y entre risas comimos. Varias veces me ofrecieron tomarme una cerveza, pero todas las veces dije que no.

—¿Qué te pasa que no bebes cerveza? Ni que estuvieras embarazada —habló sarcástica Luisa y Geno y yo nos miramos—. Lara —llamó mi atención frunciendo el ceño. Yo la miré—. ¿Estás embarazada?

Mi respuesta llegó, pero en lágrimas, pues me puse a llorar cual niña perdida y Luisa y Belén me abrazaron. Las había preocupado con mis lloros, en vez de ser sincera y decirles la verdad. Me separé y sorbiéndome los mocos, asentí.

—Si estoy embarazada, pero, por favor, no le digáis nada a Rubén. No quiero que lo sepa, no quiero que el embarazo sea un motivo para que venga a buscarme —pedí entre lágrimas.

—¿Es de Rubén? —preguntó y yo asentí—. Lara, él tiene que saberlo. No puedes negarle a su hijo —respondió Luisa.

—¡No! —grité sin darme cuenta.

Estaba sintiendo demasiada presión y ahora ellas lo sabían. Tenía miedo de que Rubén se enterara, no quería que viniera a buscarme y tener que decirle de nuevo que no le perdonaba. Todavía no olvidaba sus ojos tristes y llenos de lágrimas el día que vino a la estación. Ese día fue uno de los peores de toda mi vida, ver a la persona que amas suplicando por tu perdón y tú no poder hacerlo, era muy duro de procesar.

—Lo siento, no quise gritarte —me disculpé y me miró cabreada—. No puede saberlo, no quiero que lo sepa, no quiero que deje su vida para estar conmigo por obligación. Además, aun no le he perdonado.

—Lara. Hay algo que debes saber —dijo Belén. Ella se había mantenido callada en todo momento.

—No puedes decirle nada Belén. Lo prometimos —habló Luisa mirando a Belén y yo fruncí el ceño, ¿Qué pasaba? ¿Qué no podían decirme?

—Tiene que saberlo, Luisa. No podemos dejar que ella siga sin poder perdonarle.

Las dos comenzaron una conversación un poco extraña y yo me estaba sintiendo en tercer plano, aunque atenta a todo lo que decía, pues el protagonista de la discusión era Rubén y quería saberlo, necesitaba saber si le había pasado algo, si estaba bien. No podía hacer como si no me importara, como si él y yo no nos hubiéramos amado.

—¡Queréis callaros de una vez y contarme qué coño está pasando! —interrumpí alzando la voz.

Geno nos miraba atenta, ella sabía todo sobre mi historia con Rubén, historia corta pero intensa, muy intensa. Luisa y Belén me miraron y ninguna decía nada. Ya me estaba hartando y si no se comportaban de una vez, no iría a ninguna parte con ellas. Toda la situación estaba llegando a mi límite y las iba a mandar a la mierda de un momento a otro. Geno al darse cuenta de que no hablarían con ella delante, se levantó diciendo que iba a por más bebida y así nos dejaba solas para poder hablar mejor. Yo asentí y se lo agradecí.

—Joder, Lara esto no teníamos que decírtelo, se lo prometimos a Rubén.

—¿Qué pasó con él? ¿Está bien? —mi voz sonó angustiada y ¿cómo no estarlo? Si me decían las cosas a cuenta gotas.

—Rubén no está en Madrid. Él se fue Lara, se fue muy lejos y no sabemos si le pasó algo, pues no contesta a las llamadas, ni a los mensajes.

Me asusté mucho y le exigí a las dos que me dijeran algo más, que me lo dijeran todo como pasó y así lo hicieron. Rubén después de que yo me fuera, discutió con su familia y les dijo a todos que no quería saber nada más de ninguno. Una semana después, se había ido, no estaba y todos fueron a preguntarle a Cristian si sabía dónde estaba y este sí que lo sabía. Rubén se había metido meses antes en el grupo reservista de las fuerzas armadas y lo habían llamado días antes de nuestra pelea, días antes de la fiesta. En ese momento se negó, pero al irme yo, decidió que irse era lo mejor, así podía ocupar su mente en otra cosa que no fuera pensar en mí. Mi hermano y Cristian estuvieron en contacto con él, durante una semana, pero después de eso todo cambió, no sabían nada de él.

CAPÍTULO 29



La tarde se me hizo eterna, no dejaba de darle vueltas a la cabeza, no podía parar de pensar en si Rubén estaba bien, si estaba vivo o muerto. Cuando me contaron que no lograban localizarle, llamé a Cristian para que me explicara todo. En un principio se enfadó con mis amigas por habérmelo dicho, pues Rubén se negó en rotundo a que me lo dijeran, pero luego al decirle, al suplicarle que me contara todo, se relajó y me contó todo lo que sabía y la verdad no era mucho más de lo que mis amigas me habían dicho. Solo que llevaban más de un mes buscándolo, pues parece ser que él estaba en Honduras. No supo decirme nada más, solo que estaban muy preocupados, pues en Honduras hubo un terremoto bastante grave. Después de que Cristian me contara todo, me fui a mi casa y me acosté, no quería saber nada, no quería escuchar nada y mucho menos tenía ganas de fiesta.

Estaba a oscuras en mi habitación, aunque estaba despierta. La puerta se abrió muy despacio y la voz de Belén me llamaba bajito. No le respondí y pensé que, al no hacerlo, se iría y me dejaría descansar, pero no, mi amiga no era así. Se acercó a la cama y se sentó a orillas de la misma, cogió mi mano que reposaba en la almohada y fingí estar dormida.

—Sé que estás despierta, Lara —susurró.

—Si sabes que estoy despierta ¿Por qué susurras?

—Para pillarte —se rio, luego suspiró y yo la seguí—. Tienes que levantarte y cenar, por favor. No quiero que te enfermes, llevas sin comer desde el mediodía y ni siquiera has merendado.

—No tengo hambre.

—Sé por lo que estás pasando, pero tienes que pensar en tu bebé, en mi sobrino. No puedes abandonarte, porque él bebé lo sufre. —En eso tenía

razón, me incorporé y hundí mi cabeza entre mis piernas.

Mis lágrimas salían a borbotones y me sentía mal. Belén me abrazó y consoló como pudo hasta que dejé de llorar. Minutos después, consiguió que me levantara para comer algo. Mi “Nona” al verme, sonrió complacida, pues ella era la primera que sufría cuando yo no quería comer. Me puso delante un caldo y me lo tome despacio. La verdad es que no tenía apetito, pero lo hacía por él, por el bebé que venía en camino.

—¿Dónde está mi madre y Luisa? —pregunté extrañada por no verlas.

—Hemos pensado que pasaremos la despedida de soltera aquí y fueron a buscar a Geno y a comprar bebida y comida, pues la fiesta se ha desplazado —explicó sonriendo.

—No hagáis eso. Tenéis que ir, es tu despedida de soltera y te la he fastidiado.

—No digas tonterías Lara. No me has fastidiado y la fiesta no es donde vayamos, es donde estemos juntas. La fiesta somos nosotras, no lo olvides.

Soltamos una carcajada en el mismo momento que la puerta se abría y entraba por ella, mi madre, Geno, Luisa y ¿Misa? Era Misa, mi amiga. Me levanté y fui a abrazarla, pues desde el día que me la encontré en el centro de salud, no había vuelto a verla y no porque no la buscara, sino porque nadie sabía dónde encontrarla. Ahora ya estábamos al completo para hacer una buena fiesta de despedida para mi chica favorita. Pasamos una noche muy divertida y por un momento, solo por un momento me olvidé de todo e incluso me sentí mal por hacerlo.

Después de esa noche, las chicas se quedaron dos días más y ya tenían que volver a Madrid, pues solo faltaba dos meses para la boda y tenían que terminar de arreglar todo. Belén me dijo que volviera con ellas, pero no sabía qué hacer. Quería volver, quería buscarle, pero sabía que estando allí no iba a lograr más que sufrir más de lo que ya sufría, así que decidí quedarme y

prometerles que volvería después de un mes. Estaría un mes antes en Madrid, para poder ayudarles y sobre todo ir a la boutique para que arreglaran mi vestido, pues la barriga, aunque pequeña, complicaría que el vestido de dama me quedara como un guante.

—Ven con nosotras, Lara. No te quedes aquí sufriendo, te ayudaremos con todo —dijo Belén y no lo dudaba, pero no podía irme, no aún.

—Te prometo que el mes que viene me tienes allí, de verdad, pero ahora mismo no puedo, no puedo ir a mi apartamento y estar tranquila mientras él sigue sin aparecer.

—Está bien, pero por favor, vuelve ¿Sí? Te estaremos esperando —dijo esta vez Luisa. Asentí y me acerqué a las dos para abrazarlas—. Mejor dicho, os estaremos esperando. Cuídate y cuida a nuestro sobrino, cielo.

Después de la triste despedida, se fueron y yo me volví a la casa, de donde sabía que no iba a salir en muchos días.

Dos semanas habían pasado desde que se habían ido y aun nadie me llamaba para decirme que había aparecido. David estuvo toda la semana viniendo para estar conmigo, al igual que Geno y Misa. Esta última, por fin podía hacer su vida, pues estaba casada con un desalmado que no la dejaba salir y le pegaba, pero un día se cansó y se fue de casa con su hijo y se fueron a vivir con sus padres. Yo estuve llamando a Cristian, pero la respuesta siempre era la misma, aunque la última vez que me respondió su voz sonó diferente, no tenía esa voz tan abatida como los días anteriores y me daba mucho que pensar, así que llamé a Belén y esta tampoco estaba bien ¿Qué estaba pasando? Estaba muy preocupada. Incluso llame a mi hermano y Luisa, pero mi hermano estaba muy raro y Luisa, ella era la misma de siempre, pero sabía que algo me ocultaba. Como nadie me decía nada decidí que ya era hora de volver.

Ese día me levanté casi a las dos de la tarde y la noche anterior dejé las maletas preparadas, pero no le dije a nadie que pensaba volver. Bueno sí, a David fue al único que le había dicho, pues le había pedido el favor de que me llevara a la estación. Me vestí y salí al salón donde mi madre y mi “Nona”, me esperaban para desayunar. Al verme con las maletas, mi madre se puso de pie y se acercó a mí.

—¿Dónde vas con esa maleta?

—Vuelvo a Madrid, mamá. No puedo estar aquí mientras él siga sin dar señales de vida. Me estoy muriendo por dentro y creo que lo mejor es que vuelva. —Mi madre asintió y me abrazó con cariño.

En todo este tiempo, se había ganado mi confianza y mi cariño. La quería mucho y se lo tenía que decir.

—Mamá, quiero que sepas que ya te he perdonado y tengo que darte las gracias por todo lo que has hecho por mí y tu nieto. Te quiero mucho — declaré con lágrimas en los ojos.

—Yo también te quiero cariño mío y las gracias tengo que dártelas yo a ti, por existir y darme una segunda oportunidad y sobre todo por darme un nieto, mi primer nieto.

—Por fin mis dos chicas vuelven a quererse —dijo mi “Nona” abrazándonos.

—Todo gracias a ti, “Nona”. Te quiero.

Cuando me despedí de ellas, me fui. David me esperaba en la calle, dentro de su coche. Me monté y me llevó a la estación. Había sido un buen amigo y aunque quiso ser algo más, no pude corresponderle, pues mi corazón estaba ocupado y tenía dueño. Media hora después, ya estaba sentada en el autobús a la espera de que arrancara para llevarme de nuevo a mi hogar, de donde no debí marcharme jamás, de donde sé que estaban pasando cosas y nadie me informaba.

Decidí llamar a Cristian, pues solo a él le pediría el favor de que me

recogiera, ya que quería darle una sorpresa a mi familia y sobre todo a las chicas. Cogí el teléfono y marqué el número de mi amigo, pero no me lo cogía, así que decidí llamarle más tarde, pues aún me quedaba cuatro horas de viaje.

Durante el trayecto, lo intenté más veces, intentar localizarle se me estaba haciendo una tarea difícil, y ya no sabía si seguir llamándole, o llamar directamente a mi hermano, pero cuando ya llevaba tres horas intentándolo, me cogió el teléfono.

—Por fin —dije gritando.

—Me vas a dejar sordo, Lara ¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas tanto?

—Necesito que me hagas un favor pequeñito —dije haciéndole reír.

Menos mal que estaba de buen humor, por lo menos ya no era silencio cuando intentaba hablar con él.

— ¿Qué quieres “canija”?

—En una hora estoy en Madrid ¿podrías recogerme? Es que se lo pediría a mi hermano o alguna de las chicas, pero quiero darles una sorpresa.

—Claro y a mí no me sorprendes ¿no?

—Deberías estar feliz, serás el primero en verme y créeme, cuando me veas te caerás para atrás.

—Vaya me has convencido. Está bien, en una hora te recojo. Un beso “canija”.

Me despedí de él y guardé el teléfono en el bolso. Le dije eso, porque él aun no sabía que estaba embarazada, bueno ni él, ni mi hermano, ni mi padre, así que todos se iban a sorprender. Una hora después, me bajé del autobús y con las maletas en mano, caminé hasta la salida, en donde un Cristian más “guaperas” que nunca, me esperaba con una sonrisa, sonrisa que se le borró cuando estuve mucho más cerca de él y miró mi vientre abultado. No estaba de mucho tiempo, solo de casi tres meses, pero al ser yo delgada, se me

notaba un poco. Además, que mi cara había cambiado, ya que había ganado un poco de peso.

—¿Estás... estás embarazada?

—Te dije que te caerías para atrás —afirmé con una sonrisa.

Me abrazó fuerte, más de la cuenta y me extrañó, pues él era efusivo, pero no tanto.

—Ya no eres “canija”. Estás preciosa.

Le sonreí y cogió mis maletas para llevarlas al coche. Caminamos en silencio y había algo que me tenía pensando, pues Cristian no actuaba como siempre. Nos montamos en el coche y el camino hasta mi apartamento, fue en un completo silencio. Quise preguntarle que le pasaba, pero no me atrevía, pero al final me decidí a hablar. Tanto silencio me estaba poniendo de los nervios.

—Cristian ¿ocurre algo? Pareces distraído, como si te pasara algo —pregunté y ni siquiera me miró.

—Nada, no me pasa nada. Es solo que estoy sorprendido con lo de tu embarazo ¿Es de Rubén?

—Pues claro que es de Rubén. Hablando de él ¿se sabe algo? No puedo con esta angustia, necesito saber que está bien, necesito verle —respondí y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Dime que sabes algo, por favor.

—Yo... yo no sé nada, Lara.

—Pues yo creo que mientes, pero si no me lo quieres decir será por algo.

Minutos después de esa conversación que me hizo pensar en la posibilidad de que algo había ocurrido con Rubén y que Cristian estaba al tanto de todo, llegamos a mi edificio y me bajé. Cristian quiso ayudarme, pero no le dejé. Estaba cabreada con él, porque sabía lo que estaba sufriendo y aun así no me decía lo que sabía ¿por qué quería ocultarlo? ¿Acaso Rubén apareció? Puede que ni siquiera quiera saber nada de mí y por eso no me dice nada.

Al llegar a mi apartamento, dejé las maletas en mi habitación y volví a

marcharme, tenía que verlos a todos. Bajé y cogí un taxi que me llevó al bar del padre de Luisa. Minutos después llegué, le pagué al taxista y me bajé del coche. Algo me decía que las cosas no iban bien y que a lo mejor no había sido buena idea volver, pero ya estaba en Madrid, ya había vuelto y no me iba a marchar de nuevo. Entré en el bar y busqué con la mirada a Luisa. La encontré en la barra, concentrada, tanto que ni siquiera se había percatado de mi presencia.

—¿Me pone un café? —dije y levantó la mirada.

—¡Lara! —gritó y corrió en mi encuentro.

La abracé y comenzó a llorar. Joder sí que me he perdido cosas, estaba más perdida que el barco del arroz. Me separé y la miré.

—¿Qué pasa? Desde luego que me voy un par de meses y os morís. Si no llego a volver, me quedo sin familia. —Conseguí hacerla reír.

Nos sentamos y comenzó a contarme. Martín y Belén no estaban pasando por su mejor momento, no sabía que les pasaba, solo que no paraban de discutir en todo momento y que mi hermano estaba muy raro desde que ellas volvieron de Almería. Ya casi ni se veían, pues Belén no salía del apartamento y Luisa se encargaba de todo, de la compra, de la limpieza de la casa. Todo lo hacía ella, ya que Belén no tenía ganas de nada y Martín tampoco estaba por la labor de hablar con ella.

—¿Y qué pasa con la boda? —pregunté confundida.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que la adelantaron a junio, así que podrás imaginarte como está Belén, pues la idea de adelantar la boda fue de tu hermano y solo falta un mes y no lo tienen todo preparado.

—¿Por qué mi hermano quiso adelantar la boda? ¿Y cuándo pensabais decírmelo?

—No sé Lara, de verdad que todo eso te lo responderá Belén, porque yo no tengo ni “puta” idea de nada.

Estuvimos dos horas en el bar, sin parar de hablar del tema, hasta que me aburrí de escuchar tantas cosas sin saber la respuesta de nada, así que me fui a buscar a mi hermano. Solo él podría darme todas las explicaciones. Cogí un taxi y fui hasta el apartamento de mi hermano. Al llegar, toqué el timbre y minutos después me abrió. Sus ojos se abrieron tanto que se le saldrían de las orbitas, pero rápidamente me abrazó, dándose cuenta de mi barriga.

—¿Estás embarazada? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Y tú ¿Cuándo pensabas decirme que habéis adelantado la boda? O mejor ¿Cuándo me ibas a decir que tú y Belén estáis pasando por una mala racha?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo hermanito.

Pasé al interior del apartamento y ya sabía yo que la conversación con mi hermano iba a ser muy larga. Como ya era casi de noche, preparamos algo para cenar y me preguntó cómo estaba con lo de Rubén, a él no podía mentirle y mi respuesta fue: Muerta en vida, pero nuestro hijo es quien me ayuda a seguir luchando. Afirmarle que el bebé era de Rubén, hizo que me abrazara, pues la situación era muy complicada, porque, aunque no quería pensar en ello, había una posibilidad de que no volviéramos a verle, pues puede que estuviera muerto. Era pensar en esa palabra y mi corazón se encogía, así que lo mejor era centrarme en otra cosa.

CAPÍTULO 30



La noche anterior la pasamos hablando, y quitando que mi hermano se sentía agobiado con la boda, no me dijo que le pasara nada más. Entonces le aconsejé que fuera a buscar a mí cuñada y le dijera todo lo que me había dicho a mí. Que la quería demasiado y que tenía miedo de que el matrimonio los separase, convirtiéndose en una pareja distanciada. Me hizo caso y de madrugada, salió y se fue hasta el apartamento de las chicas. Cuando me levanté sobre las diez de la mañana y vi que no estaba, supuse que hicieron las paces y que se quedó a dormir con ella, así que yo aproveché para ir a ver a mi padre, luego por la tarde tenía que ir a la boutique para que me arreglaran el vestido. Iría con las chicas, así también veía a Belén.

Cuando llegué a casa de mi padre y me vio, se puso a llorar, después de regañarme por no decirle que sería abuelo. Yo me reí y después me abrazó fuerte, tanto que casi me parte en dos. Me sentí en casa, me sentí en mi hogar. Pasé parte de la tarde con él y pude ver que estaba muy recuperado, aunque también me di cuenta de que su enfermera y él, se llevaban más bien de la cuenta. Entonces me confesó que tenían una relación y que estaba muy a gusto con ella. Marta, que así se llamaba, era muy buena mujer y cuidaba a mi padre, por lo menos no estaría solo.

—Papá ¿Sigues comprando un millón de comida? —pregunté haciéndole reír.

—Sí, pero nunca os he dicho para que era esa comida —respondió y frunció el ceño—. Era para una asociación de mujeres maltratadas y sin hogar.

Me sorprendí al oír el porqué de sus compras mensuales y me enorgullecí al saber lo buena persona que era mi padre. Algunas lágrimas se me escaparon y nos reímos al responderle que las hormonas me estaban matando. Cuando me

quise dar cuenta, ya eran las cinco de la tarde y había quedado con las chicas en la boutique, bueno había quedado con Luisa porque Belén aun no sabía que había llegado.

Llegué aproximadamente después de quince minutos, pues le dije al taxista que iba tarde. Todo el día cogiendo taxis, no podía seguir así. Necesitaba un coche, en Madrid no puedes estar para arriba y abajo sin coche porque te arruinas. Me bajé del taxi y vi a las chicas en la puerta. Al llegar hasta ellas, Belén me miró y abrazándose a mí lloró como una niña pequeña.

—Estás aquí ¿Por qué no me has dicho que venias?

—Entonces no sería una sorpresa.

—Estás loca, cielo ¿Cuándo llegaste?

—Anoche ¿Quién crees que le aconsejó a mi hermano que te buscara y te dijera todo lo que sentía por ti?

Las tres soltamos una carcajada y entramos en la boutique para que me cogieran medidas, pues faltaba muy poco para la boda, prácticamente menos de un mes. La dependienta, cogió mis nuevas medidas y me dijo que el vestido estaría listo en tres semanas, justo a tiempo para la boda. Después fuimos al restaurante donde se haría la celebración y Belén le pagó el adelanto que con tanta insistencia pedía el dueño, así que después de todo el día de un lado a otro, ya estaba todo preparado. Luisa y Belén me dejaron sobre las diez de la noche en mi edificio y entré en este. Caminé hasta el ascensor, le di al número para subir a mi piso y antes de que la puerta se cerrara, alguien entró corriendo. Alcé la vista y él bajó la suya, nuestros ojos se encontraron. Sentí como mis piernas flaqueaban y caí al suelo desmayada. Me desperté desorientada y sentí una punzada en la cabeza. Me levanté quejándome y Rubén se sentó a mi lado. Nuestros ojos se encontraron y me abalancé sobre él con lágrimas en los ojos. Estaba vivo, estaba conmigo.

—Estás vivo, estás vivo —decía una y otra vez.

—Sí, vida. Estoy vivo, más que nunca —respondió y me besó.

Entre nosotros no hacía falta las palabras, pues nuestros actos hablaban por si solos. Por fin estaba conmigo, después de tanta agonía y no podía estar más feliz, pues al fin me sentía completa. Me faltaba la mitad de mi vida sin él y con nuestro hijo, solo se recompuso una parte, pero seguía faltándome él, el hombre que yo amaba, el hombre del cual estaba profundamente enamorada. Al separarnos, miró hacía mi barriga y con lágrimas en los ojos, tocó mi pequeño vientre.

—¿Nuestro? —preguntó y yo asentí.

—Nuestro. Te quiero —respondí besando sus labios de nuevo.

Al separarnos, los dos estábamos muy emocionados, pues era tal la felicidad de estar juntos de nuevo que era difícil explicar. Rubén lo pasó muy mal, estuvo perdido, pues hubo un terremoto y estaba en el interior de un edificio. Este cayó sobre su cuerpo y tardaron bastante en rescatarlo. Cuando lo lograron lo llevaron al hospital en muy malas condiciones, tanto que temían por su vida.

—Tuvo que ser horrible. Cuando Cristian me lo contó fue como si me clavaran un puñal en el corazón, pasé las peores semanas de toda mi vida y llamaba a Cristian todos los días.

—Lo sé. Cristian me lo contó cuando lo llamé para decirle que estaba bien y cuando supe que tú estabas sufriendo, le dije al médico que me atendía que me trasladaran aquí, pero no era posible, no hasta que mi pierna estuviera mejor —dijo abrazándome y atrayéndome hasta su pecho. Escuchar los latidos de su corazón era gratificante y si los mezclabas con los míos era hermoso.

—Siento todo lo que pasó —hablé temerosa de sacar el día que me fui.

—No digas nada. Soy yo quien te pide perdón por todo lo que te hice pasar y no hay un día que me culpé por todo —respondió con la voz entre cortada—.

Lara yo... te amo demasiado y este amor que siento por ti, es lo que me ayudó para luchar por mi vida, pero también fue el motivo por lo que me fui. Al decir eso me levanté llorando, pues esas palabras eran preciosas a la vez que dolorosas. Rubén se levantó y me abrazó por detrás, tocó mi vientre y besó mi cuello. Mis lágrimas no dejaban de salir y parecía que se iba a acabar todo. Me di la vuelta y agarrando mis mejillas, me besó dulcemente, pero poco a poco lo que comenzó como un dulce beso, terminó encendiendo cada parte de mi ser, deseando que me hiciera suya. Rubén, con sus manos en mi cintura, sacó mi camisa de dentro del pantalón, mientras que yo desabotonaba la suya, despojándonos de nuestra ropa. Una caricia suya, podría hacer que mi cuerpo ardiera, quemándome por dentro, anhelando su cuerpo desnudo, pegado al mío. Nuestra ropa desapareció quedándonos completamente desnudos. Rubén me cogió en brazos y enrosqué mis piernas en su cintura, así en esa posición entró en mí, llenándome por completo. Mi cuerpo pegado a la pared y él, lamiendo desde mi cuello hasta mis pechos, mientras se movía frenéticamente. Su miembro duro como una piedra, entrando y saliendo de mi interior, volviéndome completamente loca, frenética, deseosa de más, a punto de explotar.

—Te amo, Lara... más que a mi propia vida. No me dejes nunca, por favor —susurró en mi oído mientras seguía haciéndome el amor.

Nuestros ojos se encontraron y vi como sus ojos se cristalizaban. Con un beso atrapé unas lágrimas que hizo de las tuyas y salió de sus perfectos ojos, esos ojos que hacían que me perdiera en ellos, en esa oscuridad tan atrayente y que hizo que me enamorara de él como nunca en mi vida.

—Yo también te amo, Rubén, Más de lo que nunca pensé, más de lo que nunca sentí por nadie.

Con esa declaración y besándonos con pasión, llegamos al clímax, juntos, como tenía que ser, como siempre sería. Fuimos hasta su habitación y nos

acostamos. Rubén me abrazó por detrás y posó sus manos en el vientre.

—¿Ya sabes el sexo?

—Sí.

—¿No me lo dirás? —preguntó haciéndome cosquillas en la cintura.

—No lo sé ¡Para, Rubén! —Mi intención era hacerle rabiar y él comenzó a hacerme cosquillas.

—No hasta que me digas si será niña o niño.

—¡Un niño! Es un niño —respondí y dejó de hacerme cosquillas, pero lo cambió por caricias en mi vientre.

Bajó hasta la pequeña barriga y posó su oreja en ella. Era muy tierno verle hacer eso, pues nunca me imaginé a Rubén en esa tesitura.

—Gracias mi Ángel. Por existir, papá te quiere.

—¿Ángel?

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta. Ángel, nuestro Ángel.

Besó el vientre y después posó sus ojos en lo míos, así con esa miraba, fue bajando besando mi piel hasta que llegó a mi intimidad. Ahí entre mis piernas, comenzó una tortura, llevándome al cielo y al infierno al mismo tiempo. Rubén lamía mi clítoris como si fuera un manjar.

—Rubén... dios. —Gemí despacio casi en un susurro.

Siguió torturándome hasta que me hizo llegar al orgasmo. Luego subió, se puso entre mis piernas y me penetró despacio. Me hizo el amor como él sabía hacerlo, me hizo ver las estrellas. Sus besos, sus lamidas, sus pequeños mordiscos. Con todo eso, me volvió loca e hicimos el amor con locura, con pasión, con deseo. Después de una noche de pasión, nos quedamos dormidos, abrazados.

A la mañana siguiente, me desperté con el sonido de un móvil. No era el mío, así que pensé que sería el de Rubén. Me di la vuelta y no lo vi, me levanté

para buscarlo y decirle que su móvil estaba sonando, pero escuché la ducha. Se estaba duchando. Me acerqué al móvil y lo cogí, era un mensaje, no sabía si leerlo o no, pero al final lo abrí.

“Cariño, sé que has vuelto ¿Cuándo vendrás a verme? Te necesito, mi amor”

Era de Lucía, otra vez esa mujer. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pues otra vez me sentía engañada, traicionada y ya no lo aguantaría más. Solté el móvil en la cama como si me quemara y comencé a vestirme, tenía que irme. Cuando estaba a punto de salir de su casa, escuché los gritos de Rubén llamándome. Abrí la puerta para salir y lo vi acercándose a mí, llevaba puesto solo un pantalón, pues aún no se había vestido.

—No voy a dejar que me vuelvas a engañar. Adiós —dije y salí corriendo.

Entré en el ascensor lo más rápido que pude, Rubén corría tras de mí, lo sabía y por eso tenía que irme, no volvería a verle, no quería saber nada más de él. Cuando llegué abajo, salí a la calle y comencé a correr hacia la derecha para llegar hasta una parada de taxis. El cielo estaba oscuro, tanto que parecía que iba a llover. Entonces los gritos de Rubén me hicieron darme la vuelta. Venía corriendo, descalzo y sin camiseta. Mi cuerpo se quedó anclado en el suelo, cuando las primeras gotas comenzaron a caer por mis mejillas. Sonreí al recordar las veces que fui yo tras él, recordar todos esos besos bajo la lluvia. Llegó hasta mí, casi sin aire y mis lágrimas no se distinguían con el agua que caía desde el cielo, llevándose todos mis malos momentos, sanando mi corazón, llenándolo de amor por completo y sobre todo de olvido. Me acerqué a él y le pegué un guantazo que hizo que doblara la cabeza hacia el lado derecho. Pensé que se iba a cabrear, pero en vez de mostrar enfado, mostró la mayor de las sonrisas.

—Esa es mi Lara —dijo y soltamos una carcajada—. Creo que te debo algo.

—¿El qué?

—Esto... —Se acercó a mí y me besó.

Después de explicarme todo lo relacionado con Lucía, pues ella sabía que estaba en Madrid por su padre, con el que no se hablaba desde que me fui a Almería, pero ellos seguían insistiendo en hacer que se casaran y Rubén les había dejado claro de que no sería así. Volvimos al apartamento para cambiarnos, pues otra vez nos había llovido, iríamos al bar, en donde Rubén había quedado con todos para verlos y así poder decirles que estábamos juntos de nuevo y que ya nadie nos iba a separar nunca más.

Media hora después, salimos del apartamento y en el coche de Rubén fuimos hasta el bar en donde al entrar pude ver la gran pelea que mi hermano y Belén estaba teniendo ¿Qué les pasaba? Entonces antes de acercarnos, Belén le tiró un puñado de fotos, le pegó un guantazo y le dijo:

—Esto se ha acabado. No vuelvas a buscarme en tu “puta vida”.

Dicho eso, salió corriendo del bar y mi hermano cayó de rodillas al suelo. Fui hasta él y me agaché para abrazarle, pero vi las fotos que habían desparramadas. En ellas salía Martín en la cama con Yolanda. Se había acostado con ella, pero ¿Cuándo?

—Martín ¿Qué hiciste?

—No sé, no sé. Lo siento. Necesito irme, necesito a Belén.

Se levantó y salió en su busca. Nosotros fuimos los únicos junto con Luisa que vimos la pelea, pues Cristian aún no había llegado y el bar, no estaba abierto, así que no había clientes. Nos sentamos a esperar, pues no quedaba más que hacer, la boda cancelada, sus vidas acabadas. El amor entre Martín y Belén tirado a la basura y a saber si podrán recomponer los pedazos rotos de sus corazones ¿Podrá la lluvia ayudarles a ellos?

EPÍLOGO



Meses después

Estaba llegando la recta final del embarazo, casi los nueve meses y estaba loca porque mi Ángel naciera para ver su carita y achucharlo entre mis brazos. Durante todos esos meses, Rubén y yo decidimos vivir juntos e incluso nos casamos sin que nadie lo supiera. Un día fuimos a una capilla, hablamos con el cura y nos dio cita para un día cualquiera de la semana. Así lo decidimos y así lo hicimos. Nos habían pasado tantas cosas que no queríamos que se truncaran más las cosas y desde que hicimos las paces solo pensábamos en nosotros y la familia que estábamos a punto de crear. No importaba nada más, no importaba nadie más.

Sus padres intentaron ponerse en contacto con él e incluso quisieron hacer las paces conmigo, y tratarme mejor, pero Rubén se negó en rotundo alegando que todos sus esfuerzos siempre llevarían al mismo lugar y no quería que eso pasara. Su familia me odiaba, cosa que realmente no me importaba, pues teniéndolo a él me era más que suficiente.

Las cosas entre mi hermano y Belén se acabaron y aunque me dolió en el alma, era lo mejor, pues lo que le hizo mi hermano no tenía perdón. Yo pasé por eso y entendía por lo que estaba pasando Belén. Yo a ella la quería demasiado, como una auténtica hermana y hablaba a menudo con ella, pero no la veía desde aquel día, pues cogió sus cosas y se marchó a casa de sus padres en Barcelona.

Me desperté con unos dolores incesantes en mi vientre. Me di la vuelta y Rubén no estaba en la cama, pero al oírme gritar, vino corriendo hasta mí, saliendo del baño mojado aun por la ducha. Me ayudó a levantarme y me incorporé como pude.

—¿Qué ocurre, vida? —preguntó y un grito ahogado salió de mi garganta.

—Creo que ya viene el bebé —respondí en el mismo instante en el que sentía caer un líquido por mis piernas.

Agaché la mirada para saber que era y al verlo sentí desfallecer, pues era sangre. Mi cuerpo tembló y Rubén se dio cuenta al ver mi cara de pánico. Se puso corriendo un pantalón, una camiseta y las deportivas, sin calcetines, pues todo lo hizo a la velocidad de la luz. Me cogió en brazos y me llevó hasta el coche. Mi cuerpo se estremecía con cada contracción y la sangre no paraba de salir, haciendo que cada vez tuviera menos fuerzas. Me metió en el coche, luego entró él y arrancó. A toda prisa salió del aparcamiento, condujo por la calle principal de Madrid sorteando los coches e incluso ganándose insultos de algunos de los conductores, pero le dio igual, él solo quería llegar lo antes posible para que me asistieran pues yo ya no estaba consciente.

—¡Lara, vida mía! No te duermas, por favor. —Escuché sus gritos en la lejanía.

La oscuridad me había invadido y no sabía cómo salir, pues me atraía de una forma inexplicable. Tanto que no sabía si mis ojos verían la luz en algún momento. De un momento a otro mis ojos se abrieron, despacio y ya estaba recostada en una camilla, con una mascarilla de oxígeno en mi cara. La mano de Rubén cogía la mía con fuerza, como si no quisiera dejarme escapar, yo tampoco quería que me soltara, pero lo hizo, pues entramos en una sala con luces muy resplandecientes y escuchaba la voz de Rubén desde fuera gritar mi nombre y pelear con un enfermero. Quería entrar, pero no le dejaban. Comencé a ponerme nerviosa y los dolores volví a sentirlos tan fuertes que creí que me partiría en dos.

—Tranquila Sra. Márquez. Todo está bajo control —dijo un médico con la boca tapada por una mascarilla de color verde.

Entonces me di cuenta de que me habían metido en el quirófano, aún estaba

un poco desorientada. No paraban de mandarme oxígeno, pues sin él me costaba respirar. Sentí un pequeño pinchazo en mi mano, supuse que era el suero. Poco tiempo después, sentí mis parpados pesados y se cerraron, llevándome de nuevo a la oscuridad.

Rubén

No me dejaron entrar con ella y estaba desesperado. Cuando vi cómo se retorció de dolor, quise cambiarme por ella y sentirlo yo. Salí corriendo al ver cómo caía sangre de entre sus piernas, las vidas de mi hijo y de ella estaban en peligro y sentí como mi mundo se partía en dos. Me senté en la sala de espera y cogí mi móvil para llamarlos a todos, necesitaba que vinieran, pues yo solo no podía enfrentarme a esto, no podía, no quería pensar que perdiera a Lara o mi Ángel e incluso perderlos a ambos. Me moriría de dolor si eso pasaba. Marqué el número de Cristian y este me lo cogió en seguida.

—Cristian, estamos en el hospital. Lara se puso mal.

—Salgo para allá en este momento, pero ¿Cómo estás?

—Mal tío. No sé qué puede pasar y yo... yo me muero si algo le pasa.

Sentía como mis ojos se llenaban de lágrimas. No podía concebir una vida sin ella, sin mi locura, si la mujer que volvió mi mundo del revés. Con su sarcasmo, sin sus besos, su amor profundo e incluso sin sus guantazos cuando se enfadaba.

—Tranquilo, veras que la “canija” sale de está. Creo que es la mujer con más “cojones” que he conocido jamás.

Sonreí por un momento, pues Cristian tenía razón. Lara, mi Lara, mi vida. Ella era especial, era la mujer más especial y diferente que la vida pudo ponerme en el camino y el día que me la crucé en aquella carretera fue el más feliz de mi vida y mucho más saber cómo era. Ponerle aquella multa fue la hazaña mejor planificada de mi existencia, pues gracias a ella, estaba

conmigo. Terminé de hablar con Cristian y después llamé a Martín, le dije que él se encargara de hablar con sus padres y Luisa. Después le mandé un mensaje a Belén para que también lo supiera, aunque sabía que ella no vendría en el momento, pero estaría al pendiente.

“Belén, estoy con Lara en el hospital. Se puso de parto”

“Salgo en seguida para Madrid. Muchas gracias por avisar Rubén”

Eché la cabeza en el respaldo del asiento de la sala de espera, a esperar. El nombre le venía como anillo al dedo. En ese momento Cristian aparecía en mi campo de visión junto con Luisa. No me extrañó verlos juntos, pues en alguna que otra ocasión salen solos, aunque sabía que mi amigo no era de relaciones largas y Luisa tenía el temperamento de mi Lara, incluso diría que un poco más duro, pues Lara era tan dulce como borde. La mezcla perfecta.

Las horas pasaban y ya estábamos todos en aquella sala. Únicamente faltaba la madre de Lara, Belén y su “Nona”. Seguramente llegarían al siguiente día. Me levanté bufando exasperado, no aguantaba tanta espera. Me acerqué a la ventana del hospital y el día estaba nublado. Los días lluviosos eran mis favoritos, pues si en cada lluvia conseguía el mejor beso de ella, por mí podía llover todos los días.

En ese momento, salía del quirófano el doctor que asistió el parto de Lara. Me buscó con la mirada y me acerqué a él con paso ligero.

—Enhorabuena. Tiene usted un hijo precioso y sano —dijo de pronto y mis ojos se llenaron de lágrimas, aunque no sabía si en algún momento dejé de llorar.

—¿Y ella? ¿Cómo está mi mujer?

—Está estable. Había perdido mucha sangre y aunque casi la perdemos, podemos decir que un Ángel la ayudó. La fuerza que su mujer tiene es increíble.

—Nuestro hijo la ayudó. Él es nuestro Ángel.

El doctor me dijo que podría verla en unos minutos, pues estaba en la sala de recuperación. Todos vinieron hasta mí y me felicitaron por el nuevo miembro de la familia. Me acerqué a mi suegro y le di un abrazo, pues era mi primer hijo, pero también su primer nieto y eso era motivo de alegría. Esperé por unos diez minutos hasta que el doctor me dejó entrar. Me acerqué a la puerta y mi corazón latía frenético, pues me moría de ganas por besarla hasta el cansancio.

Lara

Estaba en la habitación, esperando a que Rubén entrara en ella y de pronto la puerta se abrió dejándome ver al hombre que amaba. Corrió en mi encuentro y me besó sin ni siquiera dejarme pestañear. Sus labios pegados a los míos formaban el mejor puzle. Se separó y hundió su cabeza en mi cuello, lloraba cuan niño abandonado.

—Cariño, no llores. Estoy aquí, estoy bien, estamos bien —intenté consolar con todo el amor mi corazón me dejaba.

—Creí que os perdía, creí que me quedaría solo, sin ti, sin vosotros. La angustia me estaba matando. Ahora sé lo que sentiste cuando pensaste que yo había muerto.

Toqué su mejilla, secando sus lágrimas y acerqué mis labios a los suyos, sellando nuestro amor con un beso. En ese momento una enfermera, entra en la habitación. La miramos y esta arrastraba la cuna de nuestro pequeño tesoro. Rubén se separó de mí y con mucho mimo y cuidado, cogió en brazos a nuestro Ángel.

—Es el niño más hermoso que he visto jamás y es nuestro —habló acercándose a mí. La enfermera se fue dejándonos solos.

Rubén puso al niño entre mis brazos y al ver su carita perfectamente perfilada, las mismas facciones que su padre. Rubén tenía razón y era el niño más hermoso que había visto en mi vida. Le di un beso en su cabecita y me

quedé un segundo o incluso minutos ahí, oliendo su aroma. Cerré mis ojos y dos lagrimones cayeron por mis mejillas. Era feliz, era la mujer más feliz del mundo. Rubén se sentó a orillas de la cama y pasó su brazo derecho por mi espalda, dejando libre su otro brazo para poder abrazar a nuestro hijo. Nuestros ojos conectaron y ahí fue cuando me di cuenta de que no podía amarle más de lo que ya hacía. Era imposible, pues el amor que sentía era mucho más grande y fuerte que todo el universo entero.

—Te amo ¿lo sabías? —preguntó.

—Sí, pero no más que yo a ti.

En ese momento, el cielo oscurecido por las nubes y las gotas de agua comenzaron a mojar toda la ciudad con su incesante lluvia. Rubén y yo nos miramos y sonreímos, pues sería la primera lluvia que no nos mojaría mientras nos besábamos.

—Te dije que nos quedaban muchos besos bajo la lluvia y ahí está la prueba. Te amo, mi vida.

—Yo te amo más.

Fin



Cuando todo acabó.

No podía explicar con palabras como me sentía, pues me era imposible. El haber terminado con Martín me estaba matando, pero no podía evitar las ganas que tenía de patearle el culo por “cabrón”. Engañada, sí. Cornuda, también, pero gilipollas, eso nunca.

Me encontraba metida en un autobús, uno que me llevaba de vuelta a donde no quería volver, pero eran tan pocas las ganas de no ver jamás a Martín, que he preferido agachar la cabeza y volver con el rabo entre las piernas. Yo, provenía de una familia un poco estirada, por no decir pijos, pero yo no era así y me fui de casa con dieciocho años. Los motivos eran claros, querían planear mi vida, querían que me casara con el hijo de uno de los socios de mi padre. Por eso, siempre creí las palabras de Rubén, porque sabía exactamente lo que él estaba sintiendo. El ser manipulado por tus padres, no era plato de buen gusto para nadie. Y ahora me tocaba volver.

El móvil no había parado de sonar. Llamadas, mensajes y todos de la misma persona, él. El hombre que amo, y que amaré por el resto de mi vida, pero también el que me engañó y humilló a su antojo como si yo fuera su muñeca. Gracias a ese engaño, la boda se fue al traste y con ello todo mi corazón, pues estaba segura de que iba a ser feliz siendo la señora Molina, pero no, eso tampoco era así.

El camino no era tan largo, demasiado corto para mi gusto, pues estaba a punto de llegar a mi perdición. Lo único que pensé al ver esas fotos, esas malditas fotos que tanto detesté. Era ¿Cómo? No me salía otra cosa. Martín y yo llevábamos juntos bastante tiempo, años de novios y por eso no podía creer que me engañara así, con Yolanda. ¡Joder!, me hubiera encantado ir a

cogerla de los pelos y enseñarle que no se buscan los hombres que estás comprometidos, pero hasta para eso era tarde. Ya era tarde para todo, ya lo nuestro terminó y no había marcha atrás.

Llegué a la estación de Barcelona, mi ciudad natal, donde nací, crecí y fui infeliz. Por eso llegar aquí, no era de las mejores decisiones que había tomado, pero era la única y no me quedaba otra que aceptar de una vez que mi vida había cambiado y que no sería la misma nunca más. Cogí un taxi, pero en vez de darle la dirección de casa de mis papis, le di la de mi hermano Jorge, el cual, llevaba sin ver nueve años. Sabía que vivía en esa dirección porque más de una vez me invitó a su casa, junto con Martín para conocerle, pero jamás vinimos y ahora me presentaba compuesta y sin novio. Bajé del taxi y entré en el edificio, por consiguiente, en el ascensor. Al llegar a la planta quince, me acerqué a la puerta. Me sudaban las manos, no sabía si mi visita, iba a molestar a mi hermano, pues nunca hablábamos por teléfono. Suspiré como unas cinco veces y di unos toques a la puerta con mis nudillos. Minutos después, escuché unos pasos acercándose, hasta que la puerta se abrió y apareció ante mí, mi hermano Jorge.

— ¡Sorpresa!

Mi hermano no se lo podía creer. Al verme tenía la mirada perdida, como si fuera un espejismo, tuve que entrar y darle una bofetada para que despertara. Al pasar a su apartamento, me di cuenta que había fotos de él, con una mujer muy guapa y en otra de ellas, una niña rubia de ojos verdes que me cautivó. Cogí la foto temblorosa y me puse delante de él.

— ¿Tengo, una sobrina? —pregunté confundida y mi hermano asintió con lágrimas en los ojos.

¿Qué le pasaba? No entendía esa reacción, pues debería ser un hombre feliz y no lo era. Me acerqué a él, y lo abracé como hacía años que no lo hacía. Mi hermano lloró en mi hombro, lo acuné como si fuera un bebé perdido, ¿qué

había pasado en mi familia? ¿Por qué mi hermano no era feliz? Muchas preguntas a la cuales, debía encontrarle las respuestas.



Dos meses después.

En estos dos meses que llevaba viviendo con mi hermano no había visto a mis padres y no porque no quisiera yo, que a mí me daba igual, pero ellos no querían ver a la hija que lo dejó todo tirado por seguir mi sueño de ser feliz. Parecía irónico, me fui lejos de mi familia para ser feliz. Se suponía que estar rodeada de la familia, era la mayor felicidad que alguien podía alcanzar, pero en mi caso no era así, y por eso me largué.

Mi hermano y mis padres tampoco se llevaban bien, pero en este tema, era mi hermano el que no quería saber nada de nadie. Tenía un gran peso y motivo para querer estar solo, pues se quedó sin su familia meses antes de llegar yo, a su vida. Su mujer y mi sobrina, habían tenido un accidente que acabó con la vida de ellas y eso no podía superarlo nadie. ¿Cómo se hace? Yo sería incapaz. Si por el problema con Martín me estaba muriendo. Desde luego, a veces no sabemos valorar lo que tenemos en la vida y con la desgracia de mi hermano, me he dado cuenta. No se puede vivir con rencor y me hace pensar que a lo mejor con el tiempo podré perdonar a Martín, aunque no olvidarlo, pues eso para mí, sí que era complicado.

Me encontraba en la cocina preparando el desayuno para ambos. Eran las siete de la mañana y mi hermano tenía que ir a trabajar. Tenía una empresa de telecomunicaciones bastante conocida y me había ofrecido un trabajo, pero no quería ser la enchufada. Le dije que aceptaba si el Jefe de Recursos Humanos, me hacía primero una entrevista y él mismo tendría que valorar si servía para el puesto. Yo había estudiado enfermería, pero también tenía un grado superior en secretariado y es ahí donde mi hermano quería que yo trabajara, quería que fuera la secretaria de su socio y bueno, me gustaba la

idea, pero solo con mi condición.

En ese momento que estaba en la cocina terminando de servir el café y las tostadas, entró mi hermano vestido con su traje en color gris marengo. Me miró y dibujó una pequeña sonrisa que me alimentó el alma, pues desde que había llegado no lo vi sonreír en ningún momento. Mi hermano era guapísimo, rubio, ojos verdes de escándalo y un cuerpo bastante trabajado en el gimnasio. Podría tener a la mujer que él quisiese, pero era normal que no se sintiera preparado para eso, solo hacía siete meses que su mujer no estaba con él y por lo que pude ver, estaba muy enamorado de ella.

— ¡Guau, pero que guapetón se levantó el “baja bragas” de mi hermano! Podrías sonreír más, precioso —saludé con burla haciéndole reír.

—Estás loca, no me extraña por qué papá y mamá reniegan de ti, eres la oveja negra de la familia —respondió con sarcasmo.

Le tiré el trapo de la cocina en la cara por su comentario y luego nos reímos, pues tenía más razón que un santo. Me senté a su lado, y comenzamos a desayunar. Mientras nos comíamos las tostadas tan ricas que había preparado, hablábamos del trabajo, sobre todo, pues me contaba en qué consistía. La empresa de mi hermano se dedicaba a ampliar la telefonía a otros países y estaba intentando llevar la suya al resto del mundo. La verdad no le iba nada mal, pues era una nueva línea más económica de todas las que en ese momento estaban en la cumbre. La empresa se llamaba Líneas Vega y estaba subiendo como la espuma.

Después de terminar de desayunar mi hermano y yo, salimos de su apartamento para ir a la empresa. Yo tenía la entrevista a las diez de la mañana, pero al irme con él, no me quedaba otra que llegar una hora antes, pues aún, no tenía coche ni nada. Quince minutos después, ya estábamos en la entrada de Líneas Vega. Me quedé perpleja al ver el edificio donde tenía mi hermano sus oficinas. Era uno de los mejores edificios y tenía la empresa

dividida en cuatro plantas diferentes. Me sentía orgullosa de donde había llegado en la vida. Lo único que me dolía, era que hubiese pasado por la pena de perder a su familia. Familia, que yo ni siquiera sabía que existía. Me habría encantado conocer a mi sobrina Hanna y mi cuñada Estela. No me podía creer lo que le pasó y que mis padres, no estuvieran con mi hermano. Pero claro, si no conocían ni a su nieta de tres años.

—Cierra la boca que al final te entra una mosca y vamos que ya llego tarde hoy por tú culpa —habló mi hermano sacándome de mi trance.

Caminamos hacia el interior del edificio y subimos en el ascensor hasta la planta doce que era donde estaba su oficina.

—El de Recursos Humanos, aún no llega, así que si quieres, puedes esperarle en mi oficina. Me gustaría que conocieras a Joseph, mi socio —asentí en el mismo momento en el que salíamos del ascensor.

—Vale pero, ¿cuándo llegará el de recursos humanos? Ya sabes que no me gusta esperar. Me desespera —íbamos caminando mientras hablábamos y las trabajadoras de telefonía que ya se estaban incorporando a sus puestos de trabajo nos miraban al pasar, así que quise hacer un poco la broma y me agarré del brazo de mi hermano. Este, me miró y sonrió mientras que yo le guiñaba un ojo.

Me hacía mucha gracia como todas abrían la boca desencajada como si hubieran visto a algo raro, pero claro, si mi hermano era viudo y solo unos meses después entrar en sus oficinas con una mujer agarrada de su brazo, como no iban a reaccionar así. Al llegar a su despacho, mi hermano abrió la puerta y me invitó a pasar para luego entrar él y cerrar la puerta tras de sí.

—Estás loca, ¿cómo se te ocurre hacer eso? Ahora mismo somos la comidilla de toda la empresa —refiere mi hermano divertido y yo me carcajeé mientras me sentaba en uno de los sillones de cuero que tenía. Miré con detenimiento el cubículo y la decoración era muy personal, tanto que supe de inmediato

que fue mi hermano quién la decoró minuciosamente.

—Déjalas que piensen lo que quieran, así no se aburren.

Justo en el momento en el que mi hermano se sentaba en su silla, la puerta se abrió y como un vendaval entró un hombre alto que casi me quita hasta el hipo. Imposible ser tan guapo. Era moreno, con unos ojos verdes de infarto. Todo un bombón. Este, se me quedó mirando y enarcó una ceja mientras que curvaba sus labios en una fina sonrisa. Mi cuerpo se erizó justo en ese momento y me removí nerviosa en el sillón. Jamás me había pasado eso y mucho menos, con alguien desconocido. Pensé en Martín y me insulté internamente por hacerlo, pues ni eso se merecía.

—Perdona hermano, no sabía que estabas tan bien acompañado —dijo mirándome de arriba abajo.

—No te preocupes. Entra y cierra —Joseph le hizo caso y todo sin apartar la mirada de mí—. Te presento a mi hermana Belén.

—No sabía que tuvieras una hermana y mucho menos, que fuera tan guapa.

Fruncí el ceño y esté sonrió satisfecho. Ya me caía mal, parecía el típico que utilizaba a las mujeres y si te visto no me acuerdo. Crucé una mirada con mi hermano que entendió mi mensaje y se carcajeó.

—A mí no me hace ni “puta gracia” hermanito— dije a la defensiva.

—Vaya, pero si habla —se burló Joseph.

—Será mejor que no me busques la boca y así no me escucharás —respondí cabreada.

—Si buscara tu boca, sería para otra cosa —respondió y por consiguiente se levantó y bajo las risas de mi hermano y mi desconcierto, se fue.

Me levanté ofuscada y le di un manotazo a mi hermano para que se callara de una vez ¿Qué había sido eso? Desde luego que este tío me iba a sacar de mis casillas, estaba completamente segura de ello.

— ¡Ya cállate “meloncio”! — lo insulté, como hacía cuando éramos niños.

—Yo me callo, pero eso no cambia que él será tu jefe y tú su secretaria. Será divertido el trabajo a partir de ahora —soltó dejándome completamente descolocada.

Era cierto, no recordé que yo sería la secretaria del baboso, joder me metía en unos problemas que después no sabía cómo salir. No daba pie con bola e iba de mal en peor. Después de la afirmación de mi nuevo jefe, dejé a mi hermano solo en su despacho para ir a Recursos Humanos, pues ya tenía la entrevista. Bajé a la novena planta y busqué el despacho del Sr. Ortega. Cuando lo encontré pegué unos toquecitos en la puerta y abrí. El despacho no era muy grande y pude ver nada más entrar a un señor mayor sentado justo delante del ordenador, sus gafas colgadas en el puente de la nariz. Me miró por encima de las gafas, no había cosa que odiara más que eso.

—Buenos días. Soy Belén Vega, vengo a la entrevista de secretaria para el Sr. Rodríguez—me presenté y éste, me invitó a pasar.

Me senté frente a él y saqué mi currículum de la carpeta, lo puse justo delante de él y lo ojeó con detenimiento. Levantó la mirada y comenzó a hacerme preguntas sobre mis estudios y donde había trabajado. Le respondí a todo lo que quería saber y parecía encantado con todo lo que escuchaba, pero ya sabía yo que él tenía constancia de mi parentesco con su jefe, así que, aunque no me gustaba encontrar el trabajo por enchufe, sabía que el puesto era mío.

Una hora de entrevista y no entendía el por qué, de igual forma me habría dado el puesto como ya sabía yo que lo haría. Salí del despacho del Sr. Ortega y volví al ascensor para subir a la planta doce. Al entrar mi cara cambió, pues en su interior estaba mi peor pesadilla, mi jefe. Éste al verme, sonrió complacido y yo agaché la mirada para no mirarlo, quería evitar tener que arrancarle la lengua y no pudiera decir ninguna gilipollez más en toda su vida.

—Qué suerte encontrarte a solas —dijo llamando mi atención.

Levanté la cabeza del suelo y lo miré con una ceja alzada. Me puse nerviosa al tenerlo tan cerca y no lo entendía, pues no lo conocía de nada.

—No puedo decir lo mismo —mis palabras salieron solas, porque por más que me negaba a hablarle, lo hice.

—Te noto nerviosa ¿te pasa algo? —preguntó cada vez más cerca.

Ya tenía mi cuerpo pegado a la pared del ascensor y no me había dado cuenta siquiera, de haberme movido hacia atrás. Puso sus brazos a cada lado de mi cabeza, posando las manos para tenerme completamente acorralada. Pensé en pegarle una patada en los huevos, pero por primera vez en mi vida, que me quedaba completamente bloqueada sin saber que hacer o que decir.

— ¿Puedes dejar qué me vaya, por favor? —pregunté con voz temblorosa.

— ¿Te, incomodo?

—Un poco.

—No lo parece —afirmó seguro de sí mismo y justamente eso fue lo que hizo que desertara.

Se creía que iba a dejar que hiciera conmigo lo que quisiera, no le dejaría. Así, que sin pensarlo, le pegué una patada en las pelotas, que hizo que cayera al suelo arrodillado llorando como un bebé. Las puertas del ascensor se abriendo y salí como si nada. Las trabajadoras al ver el panorama, algunas se sorprendieron, otras rieron satisfechas y justamente sabía que con esas me iba a llevar bien. Caminé decidida hasta el despacho de mi hermano y sin tocar la puerta, entré y me puse justo delante de él.

— ¡Tengo trabajo! —Pegué saltitos de la emoción y aunque había conseguido el trabajo por él, me daba igual. Al fin y al cabo, era la hermana de dueño ¿no?

Capítulo 2



Mi hermano para celebrar mi puesto de trabajo “conseguido por mí” me invitó a almorzar en uno de los mejores restaurantes de Barcelona. Ya había ido a ese restaurante, pero hacía muchos años. El restaurante Laroures, era de unos franceses que llevaban asentados en Barcelona bastantes años, tenían más de un restaurante e incluso en otras ciudades. Mi hermano insistió en que fuéramos allí, pues yo no quería, no me gustaba esa clase de sitios. Llegamos al restaurante y me negaba a entrar, prefería mil veces una hamburguesa.

—No pienso entrar a este sitio Roberto —dije segura de mi decisión.

—Venga Belén, no seas tonta ¿sabes lo bien qué se come aquí? Deja que te invite. Te lo mereces por tu nuevo trabajo —respondió sarcástico mientras se reía a carcajadas.

Solo por escucharle reír, comería en ese sitio donde la gente estirada te mira por encima del hombro si no eres de una buena familia. Menos mal que mis padres eran muy conocidos y todos sabían quién era Roberto Vega. Suspiré negando con la cabeza y caminé hasta la puerta ya abierta del restaurante. Mi hermano podía ser muy, pero que muy pesado cuando se lo proponía, siempre conseguía lo que quería y en ese momento, era invitarme a comer al Laroures. Cuando entramos, un camarero vestido de pingüino vino hasta nosotros para llevarnos hasta la mesa que mi hermano había reservado. Nos sentamos y ya me sentía incomoda con las miradas de todos puestas en mí y solo porque iba acompañando a Roberto Vega.

— ¿Qué vas a beber? —preguntó mi hermano mirando la carta.

No le respondí, pues mis ojos viajaban por todo el lugar. Le habían hecho reformas y parecía más grande que la última vez que estuve aquí. La decoración era muy parecida a la anterior. Todo de madera clara, los manteles

de color violeta, pero era un color oscuro. No podía negar que era precioso. A cada lado del restaurante, había unos ventanales que llegaban desde el techo hasta el suelo, pero estos estaban tapados con unas cortinas de colores violetas mezclados con negro. La verdad es que estaba maravillada, tanto, que no me daba cuenta de que mi hermano me estaba tocando la mano. Intentaba hablar conmigo y yo parecía tonta, pues estaba con la mirada perdida y la boca abierta, vamos que solo me faltaba babear.

—Belén, te estoy hablando.

—Eh, lo siento. Es que es todo precioso —afirmé con media sonrisa.

—Te dije que te iba a gustar.

—No te equivoques. Solo dije que es precioso, no que me guste estar aquí. Ah, y quiero una cerveza.

Mi hermano soltó una carcajada y me moría de ganas por tirarle la servilleta en la cara. En ese momento vino hasta nosotros un pingüino, perdón, un camarero y nos preguntó si sabíamos que queríamos para beber. Mi hermano bajo mi atenta mirada, le pidió una botella de rioja. Mi cara de asco no pasó desapercibida, pero se lo pasó por el forro, porque aún así, nos trajeron la botella de vino. A mí, me gustaba un poco, pero prefería mil veces beber cualquier otra cosa. El almuerzo fue bastante ameno y la comida estaba muy buena, todo había que decirlo. Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto y pasar tiempo con mi hermano me encantaba, aunque me hubiese tirado ocho años sin verle y sin saber siquiera que tenía una familia. Tiempo después, mi hermano se encargó de la cuenta y salimos del restaurante para volver al trabajo. Yo no tenía que entrar aún a trabajar, comenzaba al siguiente día, pero me insistió en que le acompañara para enseñarme más sobre el tema. Subimos en el ascensor y recordé el momento con Joseph y me removí nerviosa. No sabía que me pasaba con ese hombre, pero algo tenía claro, y eso era que podría ser el candidato perfecto para ayudarme a olvidar a Martín.

—¿Qué te pasa? Te noto nerviosa —preguntó Roberto mientras salíamos del ascensor.

Lo miré extrañada, pues no sabía que se me había notado el nerviosismo. Le sonreí para así evitar que me preguntara, pero conociendo a mi hermano lo haría igualmente.

—No me pasa nada, es solo que a veces me siento mal por todo lo que me ha pasado. —No mentí al decirle eso, pues era así. A veces los recuerdos de mi vida con Martín me inundaban y me dolía, me dolía como si me estuvieran arrancando el corazón de cuajo y se lo tiraban a los perros.

Mi hermano echó su brazo derecho por mis hombros y me dio un apretón, él también sufría, aunque más que yo, eso no había que dudarlo. Lo que él vivía era lo peor que le podía pasar a alguien y a veces me sorprendía la entereza que mostraba, pero suponía que era una gran máscara para no exponer sus verdaderos sentimientos. El único día que lloró y me mostró todos sus sentimientos, fue cuando llegué y nunca más volvió a hacerlo. Minutos después estábamos sentados en su despacho, mi hermano recibió una llamada. Parecía que tenía una reunión y no lo recordó. Se disculpó conmigo y salió corriendo. En eso, Joseph, venía para el despacho y se cruzó con mi hermano, pero al ver la prisa que llevaba, entró y se sentó conmigo.

—¿A dónde iba? —preguntó y yo me encogí de hombros.

—A una reunión creo —respondí secamente.

Él, comenzó a acercarse a mí con una sonrisa ladeada y sus ojos achinados. Era todo un seductor y yo sabía lo que intentaba. Puse mi mano en su pecho para que no se acercara más y sonrió sabiendo mi nerviosismo. No entendía muy bien que quería de mí, pero tampoco lo descubriría, no ahora.

—¿Por qué te pones tan nerviosa cuando me acerco a ti? —Preguntó alejándose un poco al ver mi negación—. Parece que me tienes miedo. No te haré nada que no quieras o me pidas. Tenlo por seguro.

Que me aclarase eso, no me ayudaba en nada, pues me daba a entender que quería algo conmigo, pero yo no estaba en posición de conocer a nadie más, en este momento. ¿Qué haría con todo lo que siento o con los recuerdos de Martín? Estaba claro que tenía que olvidarle, no sabía cómo hacerlo. Agaché la mirada al suelo y lágrimas salieron de mis ojos avergonzándome, pues no había llorado jamás delante de ningún desconocido. Joseph, se acercó a mí cauteloso y me abrazó por los hombros. Me di cuenta de una cosa... no me molestaba estar entre sus brazos, me sentía bien y por eso me dejé abrazar por él.

—Tranquila, no sé qué te habrá pasado, pero puedes confiar en mí —expresó preocupado—. Soy bueno para el desahogo —y ahí, es donde sacaba lo gañan. Me reí y él se sintió satisfecho, pues justamente eso era lo que buscaba, mi risa.

Nos quedamos en silencio, no sabía cuánto tiempo había pasado, solo que nuestros ojos se miraban intentando conocerse y me perdí en el verde de su mirada, me perdí en la claridad de su sonrisa. Mi vista iba de sus ojos a su boca, así en varias ocasiones y sonrió enseñándome su dentadura blanca y perfecta. Nuestros labios se iban a besar, ya estaba a milímetros de distancia, cuando me comenzó a sonar el móvil. Tenía una llamada, la ignoré por unos segundos, pero era muy insistente. Bufé cabreada, cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón y miré quien me llamaba. Era él, era Martín. Fue como si él supiera que estaba a punto de besar a otro, como si fuera una señal del error que iba a cometer. Así, sin más, me levanté y salí del despacho sin siquiera despedirme de nadie, bajé en el ascensor, al salir busqué un taxi y le di la dirección de mi hermano para volver a su apartamento. Media hora después llegué y me encerré en mi habitación por horas, hasta que me quedé dormida, llorando, recordando y suspirando por su amor.

Horas más tarde seguía dormida, no sabía cuánto tiempo había pasado

realmente, hasta que llegó mi hermano y entró en mi habitación para despertarme. Escuché su voz, pero me hice la dormida. No quería ni tenía ganas de hablar con nadie. Mi hermano al ver que no respondía salió de mi habitación y cerró la puerta despacio.

—Qué haré para olvidarte Martín —susurré al mismo tiempo que mi hermano volvía a entrar a mi habitación. No pude hacerme la dormida, pues me pilló sentada en la cama— ¿Espíándome? —pregunté y sus labios se curvaron.

—Estaba preocupado por ti —expuso y se sentó a mi lado en la cama— ¿Me dejas acostarme a tú lado? —Asentí y ambos nos acostamos en mi cama.

Mi hermano pasó su brazo izquierdo debajo de mi cuello y yo eché mi cabeza en su pecho. Hacía muchos años, cuando mi hermano veía que yo estaba mal por culpa de mis padres, hacía esto mismo. Entraba en mi habitación de madrugada sabiendo que me encontraría despierta y llorando y me abrazaba hasta que los dos nos quedábamos dormidos. Por eso, no entendí en su momento por qué nos separamos tanto tiempo. Podría decir que mis padres tuvieron mucho que ver en nuestra separación, pues si ellos no me hubieran dejado irme y hubieran dejado que yo fuera feliz a mi manera, no habrían pasado muchas cosas de las que hoy me arrepiento.

— ¿Me dirás ahora que te pasó? ¿Por qué te fuiste así de la oficina? Me dijeron que saliste corriendo ¿Es qué Joseph se propasó contigo?

—No fue por eso. No me sentía bien y me fui, solo eso.

—No te creo. Ya sabes que a mí no puedes mentirme y sigues haciendo lo mismo cuando mientes, en eso no has cambiado —afirmó y sonreí.

Era verdad, eso no había cambiado. Cuando mentía me doblaba los dedos nerviosa. Era una acción que no controlaba, como si mis manos tuvieran vida propia. Me levanté un poco para mirarle y lo vi sonreír.

—Tienes razón, eso no ha cambiado, pero yo sí y es por eso, que prefiero que

no sepas que me pasa. No es que no confié en ti, pero no estoy preparada para hablar de mis sentimientos —confesé y asintió comprendiendo.

Volví a recostarme junto a él y suspiró, mi hermano tampoco lo estaba pasando nada bien. Solo meses habían pasado, solo unos cinco tristes meses sin ellas y no podía saber que sentía, pues era un dolor tan profundo que sentirlo me mataría, pero tampoco me gustaba que lo sintiera él.

—Roberto ¿Me hablarás de ellas alguna vez? —pregunté en un susurro.

No sabía si había hecho bien preguntando, pero lo hice sin pensar, solo sabiendo que hablar de ellas, de cómo eran, de cuanto las amaba o saber cuándo se enamoró de su esposa. Suponía que recordar esos momentos era doloroso, pero también el desahogo sería reconfortante. Como no me respondía, me senté en la cama y vi como sus ojos se habían llenado de lágrimas. Me acerqué a él, ahora era yo, la que lo consolaba.

—Siento haberte hecho recordar, no era esa mi intención —negó mientras se erguía en la cama.

—No, no te disculpes. Tienes razón, hablar de ellas puede que me ayude a superarlo, pero duele, duele como si me arrancaran el corazón del pecho y estuviera muerto. —Sus palabras sonaban muy duras y no quería volver a oírle decir eso.

—No te preocupes, cuando quieras yo estaré aquí ¿de acuerdo? —hablé cogiendo sus manos y asintió.

Después se levantó, me dio un beso en la frente y salió de mi habitación, pues ya era tarde, casi de madrugada y mañana teníamos que madrugar para ir a trabajar. Yo comenzaba un trabajo nuevo, donde mi jefe estaba loco por meterme de todo menos miedo y no sabía si sucumbiría a sus encantos, porque tenía que decir que estaba muy bueno.

Daba vueltas en la cama sin poder dormir, entonces me levanté y salí al balcón que había en el apartamento. Las estrellas brillaban y recordé todas las

noches en verano, cuando Martín y yo, nos íbamos a la montaña para verlas de más cerca, haciendo el amor, encima de una manta entre los arboles de allí. Esos recuerdos me hicieron suspirar y tener muchas ganas de hablar con él. Entonces entré de nuevo al interior y cogí el móvil que lo había dejado en la mesa al llegar. Volví a caminar hasta el balcón y desbloqueé el móvil. Veinte llamadas perdidas y algunos mensajes, sobre todo de mis chicas, ¡cuánto las echaba de menos...! Tenía que llamarlas, quería verlas, quería verlos a todos, pero sobre todo me moría de ganas por saber cómo estaba él. Sí, así de tonta soy, me engaña y me preocupo de cómo estará, pero es que lo amo y lo amaré por siempre.

Capítulo 3



Llevaba dos semanas trabajando como secretaria de Joseph Rodríguez alias el “seductor”, porque no paraba en su empeño de seguir intentado llevarme a la cama, cosa que casi consigue hace unos días, que me invitó a cenar. Como estaba tan aburrida de estar metida en el apartamento como una autentica presa, pues le dije que sí. Esa noche me besó. Pude sentir como mi cuerpo respondía a sus caricias, pero mi mente y mi corazón estaban en otra parte y anhelaban a otra persona. Y eso fue lo que hizo que no dejara terminar lo que comenzó en el ascensor de su edificio.

Me levanté esa mañana con muchas ganas de hablarles a mis chicas, quería saber de todos. Hacía unos días que no hablaba con Lara, me contó que esperaba un niño. Estaba muy emocionada porque pronto se iba a casar, pero no le diría a nadie sus planes, pues no quería que se le chafaran. Pensé en llamarla en ese momento, pero preferí esperar para hacerlo más tarde, pues tenía que arreglarme para ir a trabajar. Sinceramente no me sentía con ánimos de hacerlo. No tenía ganas de nada, estaba loca por volver a Madrid, necesitaba ver a Martín, pero no podía hacerlo. Tenía que olvidarme de él de una maldita vez.

—Belén, ¿estás despierta? Yo ya me voy —preguntó mi hermano desde el otro lado de mi habitación.

— ¡Voy! ¡Espérame, ya salgo! —respondí alzando la voz para que me esperase.

Terminé de vestirme y arreglarme, para después salir de mi habitación, encontrándome con mi hermano echado en la pared, esperándome como todo un caballero. Verle así, tan sonriente me encantaba, parecía que mi visita le servía para poder llevar mejor lo que pasó. Me acerqué a él, y besé su mejilla,

lo quería tanto que no podía verle mal.

—Estás muy feliz hoy ¿no? ¿Algo que contarme? —pregunté levantando las cejas sugestivamente.

—No es nada. Es que soy feliz contigo aquí. No me gustaría que te fueras, aunque sé que en algún momento lo harás.

Fruncí el ceño por sus palabras, no le entendía y mucho menos estaba de acuerdo con lo que estaba diciendo, pues yo sabía que eso, no pasaría. Le cogí del brazo y lo paré para que me mirase.

— ¿Por qué dices eso capullo? ¿Acaso quieres que me vaya? —pregunté indignada y él, negó sonriendo.

—No es eso, pero sé que en cualquier momento ese hombre por el que suspiras, vendrá a por ti.

—No creo que eso pase, podría haberlo hecho en estos tres meses que llevo aquí y mira, aún nada—afirmé dándome cuenta de las ganas que tenía de que eso pasara.

Volvíamos a ponernos en marcha y salimos del apartamento para ir a la oficina. Íbamos en el coche, tranquilos, hablando de las cosas que había que hacer ese día. Teníamos una reunión con una empresa de Estado Unidos para llevar Líneas Vega, a otros lugares del mundo. Hasta que, sin darnos cuenta, a mi hermano se le fue el coche y dando un frenazo, nos chocamos con varios coches.

Sonidos, muchos sonidos de cláxones. Eso era lo único que escuchaba, incluidos un pitido que se metía en mi mente volviéndome loca de dolor ¿Qué había pasado? Recordé el accidente y enseguida miré a mi izquierda para ver si mi hermano estaba bien.

— ¡Roberto...! ¡Roberto! —Llamé a mi hermano tocando su hombro, pero no reaccionaba— ¡Despierta, por favor! —supliqué entre sollozos.

Al caer mis lágrimas por mis mejillas, sentí un escozor. Toqué mi cara y me llené las manos de sangre. ¡Dios!, alguien tenía que venir para poder llevar a mi hermano al hospital. En ese momento, se escuchó la voz de un muchacho que intentó abrir la puerta de mi hermano para sacarlo. Mi puerta también se abrió y un bombero me ayudó a salir, pues el coche aprisionaba mis piernas, no dejando que pudiera salir de su interior.

—¿Estás bien? —Preguntó y negué mirando al interior del coche, donde otro bombero intentaba sacarlo— ¡Ayúdenlo, por favor! —supliqué y el bombero asintió llevándome hasta la ambulancia. Me prometió que harían todo para sacar a mi hermano del coche.

Al estar dentro de la ambulancia ya acostada en la camilla, ésta se puso en marcha, estaba nerviosa, pues no sabía nada de mi hermano, no podía respirar de lo asustada que estaba. El enfermero me puso un poco de oxígeno y me intentó tranquilizar, pero ni eso me ayudaba. Minutos después llegábamos al hospital, me llevaron rápidamente hasta la consulta del médico, tenían que hacerme pruebas en la cabeza, ya que me llevé un fuerte porrazo.

—Necesito saber cómo está mi hermano. Se llama, Roberto Vega —pedí al médico que en ese momento, entró. Entonces me di cuenta de que era ella, era una doctora.

Se acercó a mí y cuando se puso en mi campo visual, abrí los ojos sorprendida. Era Elena, mi mejor amiga de la universidad. Ambas estudiábamos medicina, pero se ve que ella, siguió subiendo de nivel hasta llegar a doctora.

—¿Belén? —preguntó sorprendida.

— ¡Elena! ¡Gracias a Dios que vino alguien conocido, por favor, necesito que vayas a ver a mi hermano Roberto! —supliqué sin poder remediarlo. Estaba muy feliz por verla, pero mi hermano era lo más importante para mí, en ese momento.

—Claro, ahora mismo haré que lo busquen, pero primero tengo que verte a ti ¿Qué os pasó? —respondió y yo negué histérica. No quería que me viera a mí, quería que ella misma fuera a cerciorarse de que mi hermano estuviera en perfecto estado de salud. No soportaría que le pasara algo grave.

—Está bien, si te quedas más tranquila iré yo, pero vendrá mi compañero a mirar que tú estés bien ¿vale? —Asentí mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

Elena, salió de la consulta y entró un hombre mayor para poder reconocermé. Pidió que me hicieran un TAC para comprobar que el golpe que me di en la cabeza no hubiese dañado nada en ella. Aunque estaba loca, lo que me faltaba ahora era quedarme, pero de lo que ya estaba. Después de hacerme mil pruebas, me sentía desesperada por saber de mi hermano. Yo, estaba en una habitación y nadie venía. Entonces, por la puerta entraron mis padres. Fruncí el ceño al verles supuestamente preocupados y lo único que entró en mi cabeza fue ¿Cómo se habían enterado? No quería verles, no quería saber nada de ellos.

— ¡Hija, por Dios! ¡Dime que estás bien! —habló mi madre nerviosa. Mis ojos abiertos como platos y mi cara de desconcierto total no pasaron desapercibidos por mi padre. Ese hombre que dejó que me fuera, por no cumplir con lo mandado.

—¿Qué hacéis aquí? ¡No quiero veros! ¡Por mí podéis iros por donde habéis venido!— Escupí cabreada y mi madre echó sus típicas lágrimas de cocodrilo. No podían venir ahora como la familia feliz y dedicada, porque nunca lo fueron, por eso mismo me fui. Mi padre, salió cabreado de la habitación pegando un portazo tras de sí. Mi madre, se acercó a mí y posó su mano en mi mejilla para poder acariciarme. Me dolía y mucho, pero era lo que sentía por ellos, no me podían pedir más de lo que les daba. Al ver mi rechazo, mi madre también se fue. Así que me quedé sola en el hospital. Bueno no tan

sola, pues minutos después, ya tenía a Joseph a mi lado.

—Fui a ver a tu hermano antes. La doctora me dijo que estaba estable, pero que tenían que ver si su corazón respondía bien, puesto que el accidente le provocó un infarto y no es la primera vez que le da. —Yo asentí, pues ya sabía que mi hermano sufría del corazón, por eso mi empeño de que le vieran a él primero.

—Gracias Joseph, por todo —le agradecí y besó mi mano con dulzura.

Días después

Salí del hospital dos días después del accidente. Vieron que no tenía nada grave, nada que unas medicinas no solucionaran, por eso me dieron el alta, pero mi hermano se quedó y llevaba más de una semana ingresado. Ya estaba bien, consciente y estable, pero Elena, su doctora, quería cerciorarse de que estuviera completamente recuperado. Mis padres no vinieron a verme más, aunque sí a mi hermano. No podía reclamarles nada, puesto que fui yo la que los echó de mi vida.

Estaba terminando de desayunar para ir al hospital a ver a mi hermano. No podía dejar de ir ni un día y aunque Elena, me decía que ella misma lo cuidaba, cosa que me extrañaba, me gustaba que estuviera tan pendiente de él, yo me negaba a no ir ni un día. Mientras desayunaba, mi móvil sonó y lo cogí sin mirar quién era el llamante.

—¿Diga?

—Hola, Belén. —Su voz sonó apagada.

Era Martín y al escucharlo, mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza que no sabía si en algún momento, se saldría de mi pecho. Martín, suspiró antes de comenzar hablar, pero me adelanté.

—¿Qué quieres? Ya sabes que no tengo nada que hablar contigo, así que por favor, te rogaría que no volvieras a llamarme —dije tajante e iba a colgar,

pero me suplicó que no lo hiciera que necesitaba que lo escuchara, no le dejé y colgué el teléfono.

Me senté en la silla de nuevo y mi respiración se volvió más pesada. Mi corazón no paraba de latir, era la primera vez en meses que volvía a escuchar su voz. Me levanté secándome las lágrimas que derramaba y me juré a mí misma que serían las últimas. Cogí mi bolso y salí del apartamento. Ya en la calle, esperé que pasara un taxi y cuando pasó uno, lo paré, le dije que me llevara al hospital. Unos minutos después, me bajé del taxi y entré en el hospital. Me metí corriendo en el ascensor y no me di cuenta de que en él estaba Joseph.

—Vaya, que te gusta estar conmigo a solas en un ascensor —dijo y solté una carcajada.

Desde luego que este hombre, cada vez conseguía que riera más y mi confianza hacia él, se había incrementado notablemente en estos meses. Le di un beso en la mejilla y me guiñó un ojo seductor. Me hacía gracia su manera de ligar conmigo, era un hombre muy agradable cuando lo conocías más, te dabas cuenta que no era como pensabas.

—Estás loco ¿lo sabías?

—Sí, pero por ti, ¿acaso, no te has dado cuenta de cómo te miro? —preguntó algo más serio y era la primera vez que lo veía hablar así.

—No sé a qué te refieres, ¿es otra broma? Porque yo, ya no sé cuándo bromeas y cuando no.

—No es una broma, Belén. Me gustas, me gustas de verdad.

Sus palabras en ahora mismo no llegaban en buen momento y negué para que se diera cuenta de que yo no estaba disponible para él. Bueno... ni para él, ni para nadie. Simplemente, necesitaba de mi soledad para sanar mis heridas y meterme en otra relación, no era lo mejor. Llegamos al piso indicado y salimos en completo silencio. Me agarró del brazo y tiró de mí para pegarme

a él, y besar mis labios. No me lo esperaba, pero tampoco pude rechazarle. Me besaba dulcemente, no como las veces que me había besado con la intención de llegar a acostarse conmigo. Este era un beso diferente, un beso lleno de, ¿promesas? No lo sabía, pero tampoco estaba dispuesta a descubrirlo, no por ahora.

—Lo siento, pero no puedo. No es que no me gustes, pues si te digo eso te miento, pero no estoy preparada para tener una relación ahora.

Al decirle eso, se quedó callado y me dejó ir. Caminé hasta la habitación de mi hermano y me quedé en la puerta antes de entrar. Mi cabeza pensaba las cosas muy deprisa. La llamada de Martín, el beso de Joseph. No sabía que quería en mi vida. Si quería olvidar a Martín, la mejor manera era salir con alguien, tener un hombre que me ayudase. Pero por otro lado, estaba el hecho de que le echaba de menos, me moría por verle y aferrarme entre sus brazos para siempre. Estaba, hecha un maldito lío y tenía que arreglar mi mente pero... ¿Quién arreglaba mi corazón?

Capítulo 4



Después de sopesar mucho, entré en la habitación y me encontré a mi hermano dormido. Elena cuidaba su sueño y me percaté de cómo lo miraba. No se había dado cuenta de mi presencia y me acerqué muy despacio para no interrumpir sus largos pensamientos en los que mi hermano seguramente, era el protagonista. Ahora que me fijaba, hacían una bonita pareja, haría todo lo que pudiera para juntarlos y que por fin mi hermano fuera feliz. Carraspeé despacio para que solo Elena, me escuchara. Se puso nerviosa y se levantó del sillón para acercarse a mí.

—¿Cómo está? —pregunté en un susurro.

Elena, me instó a que saliera de la habitación para poder hablar mejor, no queríamos despertar a mi hermano. Al salir, Joseph, estaba sentado en una de las sillas de la sala de espera, cuando nos vio, su mirada se clavó en mí y me puse nerviosa. Le sonreí y apenado miró hacia otro lado. Después tendría que ir a hablar con él, pues no quería que nos lleváramos mal, al fin y al cabo, éramos jefe y secretaria. Teníamos que llevarnos lo mejor posible. Elena, me tocó el hombro para que le prestara atención y así lo hice. Me invitó a tomar un café en la cafetería, pero no quería dejar a mi hermano solo mucho tiempo, así que tenía que pedirle el favor a Joseph. Me acerqué a él, no se dio cuenta de mi presencia hasta que no toqué su mano. Alzó la mirada y sonrió complacido.

—¿Te importaría mirar de vez en cuando a mi hermano? Elena me invitó a un café pero no quiero dejarlo solo. Mayormente por si se despierta. Por favor... —supliqué y se levantó. Me dio un beso en la mejilla y sentí un cosquilleo que no había sentido antes ¿Qué me pasaba ahora? No me dejó responder y se metió en la habitación con mi hermano.

Elena y yo, nos fuimos a la cafetería, por el camino nos pusimos al día, pues desde el día que nos volvimos a encontrar no hablamos ni una vez, ya que estábamos tan preocupadas por mi hermano que ni tiempo tuvimos para hacer lo que era un simple, café y charla. Al llegar a la cafetería nos sentamos y un camarero vino para que pidiéramos. Una vez que el camarero se fue para preparar nuestra comanda, Elena, me miró y se quitó sus gafas de pasta negras. Era tan guapa, siempre tan arreglada. Morena, alta de ojos azules, me recordaba mucho a mi Lara, lo único que Lara, tenía los ojos marrones pero las dos eran una belleza de mujeres. No me extrañó cuando Rubén se volvió loco por ella al igual que mi hermano por Elena. Siempre quise presentarle a Lara mi hermano, pero nunca se dio la ocasión.

—Por fin podemos hablar con más tranquilidad —dije ya con el café entre mis manos.

—Cierto, tenía muchas ganas de esta charla de chicas ¿Te acuerdas cuando nos juntábamos en casa de Jorge y Maika? La que liábamos entre esas cuatro paredes... —Me hizo recordar momentos de cuando estábamos en la universidad y quedábamos en casa de Jorge y su hermana Maika. Éramos muy buenos amigos.

Ambas soltamos una carcajada y hablamos de muchas cosas, incluidas las locuras que cometíamos cuando estábamos en el segundo año. Nos gustaba el profesor y ¡Uf!, más de una vez le tiramos los tejos. Incluso hicimos una apuesta a ver cuál de las dos se lo tiraba antes. Ganó ella, por supuesto, pues yo en aquel momento ya tenía problemas con mis padres y no estaba muy puesta, si no, seguro que habría ganado yo.

— ¡Anda no seas loca! Ya sabías que iba a ganar yo igualmente —expuso guiñándome un ojo y le tiré una servilleta.

—Es verdad, pero yo habría conseguido al menos un besito. De eso estoy segura —respondí—. Bueno, ahora cambiando de tema... ¿Mi hermano está

bien? O sea, sé que está bien, pero quiero que le deis el alta y al no dársela, me hace pensar que aún necesita estar más tiempo aquí.

—Eso tenía que decirte. Ya está mucho mejor y mañana mismo puede irse, pero tendrá que llevar una vida más tranquila. Nada de estrés, nada de comer mal, nada de trabajar las veinticuatro horas. Si lleva a rajatabla todo lo indicado, se recuperará muy pronto y podrá llevar una vida normal, aunque seguro que lo normal para él es todo lo contrario a lo que le he dicho ¿Verdad? —pregunta y yo afirmo con una sonrisa.

Me hacía gracia su manera de expresarse al hablar de mi hermano, pues me estaba confirmando que le gustaba y mucho. Tenía que hacer algo para que ambos salieran juntos, pues tenía ganas de ver a mi hermano con una mujer que sé que lo hará feliz. Estuvimos por más de media hora, hasta que nos dimos cuenta del tiempo que había pasado. Yo tenía que ver a mi hermano y ella volver al trabajo, pero estábamos tan a gusto. Caminamos hasta el ascensor y yo fui la que entró, pues ella tenía que ir a la consulta de urgencias. Al pasar, vi a Joseph.

—Iba a buscarte, tu hermano despertó y te llamaba —habló y yo asentí.

No era normal lo de los encuentros con él en el ascensor, ya era el destino o no sé. Le di a la planta indicada, que era la sexta, cuando vamos por la segunda planta Joseph, se acerca a los botones y le da al stop. Mi cara de desconcierto era muy cómica, pues se dio la vuelta para mirarme y soltó una carcajada, cosa que me cabreó aún más.

—¿Se puede saber qué coño haces? ¿Por qué le diste al stop? ¿Es qué estás demente? —Mis preguntas volaban al mismo tiempo que él se acercaba a mí y cogiendo mis mejillas me besó.

No sabía si su beso era para callarme o es que le apetecía, pero me estaba provocando y yo estaba muy necesitada. Joseph, y sus labios eran una tentación. Ya, ni el recuerdo de Martín me paraba ¿Acaso lo había olvidado?

Estaba hecha un lío, y sabía que esto acabaría mal. Joseph, me cogió del culo y me alzó, estábamos deseosos. Besos y más besos, es lo único que había. Solo el sonido de nuestras lenguas jugando, era lo que se escuchaba, hasta que mordí su labio inferior, provocándole un gruñido que hizo que me riera. Se separó de mí y me miró con esos intensos ojos verdes, que a decir verdad, me volvían loca.

Yo quería pasar página y en Joseph, estaba viendo la salida. Era un hombre bueno, pasional y yo le gustaba, no podía negar que él a mí también. Tenía la oportunidad de olvidar al hombre que amo, tenía oportunidad de pasar y pensar en un futuro, no estancarme en el pasado.

—Me gustas demasiado, Belén. Pensarás que se lo digo a todas, pero no, no es así. Me gustas de verdad y te pido que me des una oportunidad. Solo una, si no sale bien, me alejaré de ti para siempre. —Era la primera vez que sentía que me decía la verdad.

Joseph, un hombre fuerte, guapo y con un gran futuro por delante. Se había fijado en mí, en una loca que no tenía claro lo que hacer con su vida, en una mujer desconfiada que lo único que le daría serían dolores de cabeza, pero no... Él quería intentarlo y yo, le daría la oportunidad que me pedía.

—No será fácil y lo sabes —afirmé reprimiendo una sonrisa—. No soy una mujer fácil, Joseph. Estoy como una cabra y...—no me dejó terminar, pues sus labios ya estaban tapando los míos. Sonreí con nuestras bocas pegadas.

—Me encanta tu locura y no me importa si me la pegas. Si es así, nos encerraremos los dos, con nuestra demencia —declaró y sus palabras hicieron que quisiera aferrarme entre sus brazos.

Sabía que no le quería, sabía que me costaría, pero lo intentaría. Solo por mí, solo por olvidarle a él, solo por vivir feliz. Minutos después, me bajó al suelo y le dio de nuevo al botón para subir a la planta donde la habitación de mi hermano estaba. Al llegar, salimos del ascensor con las manos entrelazadas y

me sentía bien, me sentía a gusto. Solo esperaba que no me estuviera equivocando, porque era pensar en Martín y mi cuerpo temblaba necesitado de él, de sus besos y caricias, de su amor.

Caminamos en dirección a la habitación de mi hermano y al llegar, me paró en la puerta para besarme dulcemente. Me estaba acostumbrando a sus besos y atenciones.

—¿Se lo diremos? —preguntó señalando la puerta refiriéndose a mi hermano.

—No lo sé, no sé si estará de acuerdo. Aunque me da igual lo que piense, es mi vida y si yo nunca me metí en la suya, él no tiene por qué meterse en la mía ¿no? —expliqué. Él asintió abriendo la puerta. Primero entré yo y él, detrás de mí.

Al entrar, mi hermano seguía dormido y no quisimos hacer ruido. Joseph, se puso el dedo índice en los labios obligándome a callar, pues yo quería despertar a mi hermano. Desde que había llegado hacía un par de horas, solo dormía y quería hablar con él, saber cómo sentía o si necesitaba algo. Me senté en la silla que había justo al lado de la cama y agarré su mano.

—Estoy despierto. No tenéis que susurrar —dijo mi hermano abriendo los ojos—. Solo descansaba.

—¿Cómo te sientes? —pregunté dándole un beso en la mejilla.

Roberto se encogió de hombros y sonrió, pero su sonrisa no era la de días atrás, esa sonrisa era apagada y llena de pena ¿por qué? No lo sabía, pero lo averiguaría, pues no quería ver a mi hermano infeliz, no después de ver esa sonrisa en sus perfectos labios.

—Quitando que parece que un camión me pasó por encima. Bien, creo que estoy bien —respondió y solté una carcajada que pronto siguió mi hermano y Joseph, aunque mi hermano tuvo que parar, pues aún le dolía el costado por el golpe que sufrió—. Ves lo que te digo. Parece que me han aplastado y encima tu amiguita no me deja trabajar, ni hacer nada. Desde luego que está

amargada y lo único que quiere, es amargarme a mí.

De pronto sentimos como la puerta se abría de un portazo y la cara de Elena desencajada y furiosa se mostró ante nosotros. Abrí la boca sorprendida a la vez que avergonzada. Pensé que mi hermano se disculparía, pero lo único que mostró por ella, fue indiferencia ¿Cómo pretendía yo unir a dos personas que se odian? Eso era imposible, pero cosas más siniestras de han visto ¿no?

—¿Eso es lo que piensa de mí Sr. Vega? —preguntó Elena acercándose a él.

— ¡Sí! —respondió alzando la voz.

Yo me tapé la cara con ambas manos avergonzada. Mi hermano no era así de borde con nadie, pero claro está, que le estaban quitando su vida entera. Es un obseso del control. No puede fallar en su trabajo ni por una enfermedad y que Elena, le haya privado de todo eso lo tenía irritable. Elena lo miraba y me estaba extrañando demasiado que no pusiera en su sitio a mi hermano, pues yo la conocía demasiado y su cara de cabreo, junto con su ceño fruncido era por retener todo lo que estaba loca por decirle a mi hermano.

—Bueno Roberto. Tampoco te pongas así. Ella, es tu doctora y lo único que quiere es que te repongas, al igual que nosotros —dije señalando a Joseph, y a mí.

Intenté apaciguar el carácter de Roberto, pero no sirvió de nada y volvió a mirar con rencor a Elena. Esta se veía mal, como si lo que mi hermano pensara de ella le doliera. Entonces me di cuenta de que a Elena, le gustaba mi hermano.

—No digas gilipolleces. Ella no tiene por qué prohibirme nada. Es mi vida ¿Es que no lo veis? Solo quiere fastidiarme porque le caigo mal, pero no te preocupes, que mañana me largo de aquí y no volveremos a vernos —escupió Roberto mirándola con odio.

—Como usted quiera, pero luego no venga a mí cuando recaiga, porque yo no estaré —respondió y salió de la habitación pegando un portazo que hizo

que me asustara.

Ahí estaba el carácter de Elena, pero ¿Por qué no le respondió como se merecía? Porque será mi hermano, pero si me llega hablar a mí así, le pegó un guantazo que lo vuelvo del revés. Lo miré y se encogió de hombro cabreado. Encima el indignado era él, pero ¿Qué coño le pasaba?

—¿Qué cojones te pasa? ¿Estás tonto? No debiste hablarle así. Desde luego, te has pasado tres pueblos Roberto.

Le regañé, pero le dio igual, pasó de mí y entonces decidí que era mejor irme o le daría el guantazo que Elena, no le dio. Miré a Roberto cabreada y negué. Me acerqué a Joseph y bajo la atenta mirada de mi hermano, me arrimé a mi novio, porque se suponía que ya éramos novios y besé sus labios. Mi hermano iba a reclamar, pero levanté mi dedo índice y se calló. Entonces me acerqué a la puerta y salí de la habitación dejándole todo el “marrón” a Joseph. Él sabría apañárselas con mi hermanito cascarrabias.

— ¡Ala!, si hoy querías estar cabreado, pues yo te di más motivos —me dije a mí misma sonriendo.



Dos meses después.

Estos dos meses habían pasado tan deprisa, que casi ni me di cuenta. La relación con Joseph iba muy bien y me sorprendí bastante al saber, que realmente estaba enamorado de mí. Yo intentaba por todos los medios corresponderle e incluso intenté hacer el amor con él, pero no pude, lo intentaba, pero me era imposible. El recuerdo de Martín, aún estaba en mí muy presente y no sabía cuánto tiempo tardaría en desintoxicarme de él. Joseph era muy paciente, pero todo tiene un límite y había momentos en los que discutíamos, pues yo siempre estaba con mi negativa y él lo estaba dando todo, pero para mí no era suficiente y me sentía muy mal.

Mi hermano seguía en sus trece, pues, aunque Elena le dijo por todos los medios que no se excediera, él lo hacía y más de una vez tuvo que ir a urgencias para que le mirasen, pues se sentía agotado y le dolía el pecho. Elena hizo lo que dijo, pues en todas las veces que mi hermano fue, ninguna lo atendió ella, no quería ni acercarse y aunque a mí no podía mentirme, lo disimulaba muy bien. Mi hermano a veces la miraba en silencio y yo me quedaba perpleja, pues me daba la sensación de que lo que decía no era lo que realmente sentía, pues la miraba atónito, embelesado, yo sabía que le gustaba, pero no lo iba a admitir.

Esa mañana me levanté muy temprano, pues iría a correos para enviarle un regalo a mi Lara, para ese bebé que estaba a punto de nacer. Ya estaba loca por ver la carita de mi ahijado, porque sí, Lara me eligió para que fuera la madrina de ese bebé tan bello.

Al vestirme y estar completamente arreglada, salí de mi habitación y fui hasta

la cocina, mi hermano estaba aún en casa y era raro, puesto que días atrás era como si me estuviera evitando, yéndose más temprano de lo normal. Ni siquiera estaba despierta cuando él, estaba saliendo por la puerta de casa dirección a la oficina. Después cuando yo llegaba y le preguntaba su respuesta siempre era, “tengo mucho trabajo” Yo volvía a salir y me dirigía a mi puesto. Así todos los días desde las discusiones en el hospital ¿O, era por enterarse de sopetón de mi relación con su socio? No lo sabía, pero es que tampoco me lo decía.

—Buenos días —dije al entrar.

Roberto se dio la vuelta y me saludó con la cabeza, para después volver su mirada al periódico y su café. Estaba harta de la situación, si seguía así un día más me iría. Lo que no sabía era donde, pues aquí en Barcelona a la única amiga que tenía era a Elena y ella también estaba bastante rara. Después de todo soy la hermana del energúmeno que la sacó de sus casillas en solo unos segundos.

—¿Piensas ignorarme por el resto de tu vida? —pregunté poniéndome justo delante de él, y quitándole el periódico de entre los dedos. Me miró con los ojos como platos y tensó la mandíbula ¿Estaba cabreado? ¿En serio?

Desde luego no entendía nada, no entendía su manera de actuar y pensar, ahora era yo la que estaba cabreada y no sabía si se me iba a quitar fácilmente.

—Devuélveme el periódico. —Su voz sonó tajante y dura.

Entonces, le tiré el periódico en la cara y salí de allí. Tenía que ir a correos antes de entrar a trabajar y tampoco quería estar más tiempo con el “gilipollas” de mi hermano.

Bajé en el ascensor y por consiguiente, a la calle. La temperatura ya era bastante aplastante, pues estábamos en verano. Pronto llegaría junio y... y el día que tenía programada mi boda. Suspiré y unas estúpidas lágrimas salieron

de mis ojos, haciendo que recordara de nuevo todo lo vivido. En estos meses Martín, no volvió a ponerse en contacto conmigo y aunque lo agradecí, también me hizo saber que me había olvidado. Me molestó que lo hiciera tan pronto, pues en cambio yo, estaba todavía muriéndome lenta y dolorosamente y nadie se daba cuenta de nada.

Esperé a que pasara un taxi, pero parecía que todos se habían puesto de acuerdo para no pasar por esta maldita calle. Entonces, el sonido de un claxon hizo que mirase hacia mi derecha y mi hermano estaba en su coche pitándome. Le volví la cara y mis ojos seguían buscando un taxi, no me subiría con él.

— ¡Quieres dejar de ser tan cabezota y subir! —gritó y no le respondí.

Vi como bufaba mientras se bajaba del coche y se ponía justo delante de mí. Era mucho más alto que yo, tuve que levantar la mirada para poder ver sus ojos. Ya no estaba el cabreo plasmado en su gesto, ya su mirada era la de siempre, pero esta vez la cabreada, y mucho, era yo.

—Belén, sube al coche —volvió a decir.

—Déjame en paz y lárgate a tu trabajo —escupí cabreada.

—¿Por qué tienes que tener el maldito carácter mío? —Esa pregunta me pilló por sorpresa y no pude aguantar la risa—. Y ahora te ríes. Perfecto.

—¿Por qué eres tan malditamente estúpido hermanito? —pregunté sin parar de reír.

Me había entrado la risa de una manera brutal y no podía parar, mi hermano al final se unió a mí, ambos parecíamos locos riéndonos mientras pasaban por nuestro lado alguna, que otra persona que iba directa a su trabajo, pues era bastante temprano. Mi hermano me ofreció su brazo con una sonrisa y yo lo cogí. Le di un beso en la mejilla y él me abrazó.

—Lo siento —se disculpó.

—Yo también lo siento, pero la próxima vez lo hablas conmigo, en vez de

comportarte como un auténtico crío, “gilipollas” —Asintió y ambos, entramos en su coche.

Antes de ir al trabajo, fuimos a una oficina de correos, le mandé a Lara una caja con varias cosas para el bebé, pues la última vez que hablamos me dijo que ya estaba preparándolo todo, solo le quedaban un par de meses para que naciera y ella siempre había sido muy precavida. Roberto me esperaba en el coche, mientras yo terminaba. Entonces cuando hice él envió, llamé a Lara para decirle el número de seguimiento y pudiera tenerlo localizado.

—Hola cielo —saludé con cariño.

—Hola bonita mía. Llevabas mucho tiempo sin llamarme ¿pasó algo?

—Nada, no te preocupes. Escucha, te envié un paquete con cositas para mi nene. —Me sentía feliz de hablar con ella, la echaba mucho de menos, al igual que mi loca de Luisa.

Hablé con ella unos minutos más, mi hermano me pitaba para que saliera, pues llegábamos tarde al trabajo. Le hice señas con la mano para que esperara un minuto más, cuando le dije a Lara el número, salí de correos y me subí al coche. Roberto arrancó y puso camino hasta la oficina. En el coche me hablaba sobre Joseph, de cómo se enteró de lo nuestro.

— ¿Por qué no me dijiste que estabas con él? No me molesta, es un buen tío, pero no me gustó enterarme así —declaró y le entendí.

—Sentí hacerlo así, pero estaba enfadada contigo por como trataste a Elena y no se me ocurrió otra cosa.

—Lo de Elena es... es, déjalo. No volvamos a hablar del tema ¿Vale?

—No me puedes hablar así y hacer como que no lo has hecho ¿Qué te pasa con Elena? —pregunté confundida, pues sabía que mi hermano sentía algo por ella, pero era tan cabezota que no lo diría fácilmente.

—Déjalo estar. No pienso decirte nada más.

Eso fue lo último que dijo y no le insistí, ya me diría él lo que sentía por

Elena. Únicamente esperaba que fuera amor o por lo menos atracción, me gustaría ver a mi hermano feliz de una vez. Minutos después, llegamos a la oficina y cada uno se fue para su despacho. Yo me dirijo a mi mesa y dejé mi bolso junto con la maleta que contenía todo el trabajo del mes, pues había una reunión bastante importante y debía tener todo preparado para la hora de comer. Cuando ya dejé todo, caminé hasta el despacho de Joseph, después de pegar un par de toques, entré sin espera si quiera que me dijera que pasara. Al entrar, su sonrisa se agrandó y se levantó de su silla para venir hasta mí y pegar sus labios a los míos. Así era desde que comenzamos, siempre atento, siempre pendiente de mí, por eso, me dolía tanto no poder corresponderle como se merecía, mi hermano tenía razón al decir que Joseph era un buen hombre.

La primera vez que íbamos a pasar la noche juntos, terminé contándole todo lo que me había pasado, me entendió y por eso mismo me esperaba, pero sabía que su espera al final llegaría a su fin y, o me dejaba o me ponía un gran ultimátum. Solo esperaba que no llegara ninguna de las dos y pudiera entregarme a él, como Martín, lo hizo con Yolanda.

—Buenos días cariño —dijo al separar nuestros labios.

—Buenos días ¿Cómo pasaste la noche?

—Echándote de menos —confesó achicando los ojos risueños.

Algunas arrugas se le formaban en los ojos al reír y le hacía ver muy sexy. Joseph era mayor que yo, no mucho, pero me llevaba siete años, aunque él no aparentaba la edad que tenía realmente, pues se le veía bastante joven y sobre todo alocado. Yo creo que por eso me atrae, aunque no sea suficiente para que lo ame, pero bueno, por lo menos era algo.

—Belén, quiero decirte algo. —Su voz sonó temblorosa y arrugué la frente —. Siéntate.

—No me asustes ¿Qué ha pasado? —pregunté preocupada.

—No es nada grave, es solo que quiero proponerte algo. —Su nerviosismo era gracioso, pues nunca lo había visto así. Entonces me temí lo peor ¿Acaso pretende pedirme matrimonio? Porque si es así, la respuesta es no—. Me gustaría que vinieras a vivir conmigo —soltó de pronto y abrí los ojos tanto que me escocían—. Desde que estamos juntos y he despertado junto a ti, no me veo en mi vida de otra manera. Todas esas mañanas en las que amaneces junto a mí, son las más bonitas de mi vida y quiero que siga pasando, quiero despertar siempre contigo.

Me levanté nerviosa, lo que me pedía era demasiado y yo no estaba segura de querer irme con él, era demasiado precipitado, las cosas que van rápidas nunca salen bien. Bueno con una excepción. Rubén y Lara ya se amaban desde minutos y prácticamente desde el primer momento ya estaban juntos y ahora es verlos y subirte el azúcar. Yo no los he visto, pero aparte de contármelo Luisa y escucharla yo al hablar, me era suficiente para saber que eran felices. Caminé de un lado al otro. Mis tacones resonaban en todo el despacho, miré a Joseph, y éste, estaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás loco —respondí en mi defensa.

—Tú también los estás. Creo que por eso te quiero —confesó poniéndome la piel de gallina, pues era la primera vez que decía te quiero y yo no podía responderle ni a eso, ni a nada.

Me quedé unos minutos parada, mirándole y Joseph, sabía mi respuesta. Cambió su sonrisa por una expresión de tristeza y me partió el alma verle así, pero era lo mejor, pues de igual forma sería infeliz conmigo. Yo no le quería, no sabía si llegaría a hacerlo algún día y aunque él luchaba día a día para ganarse mi cariño, aún no lo había conseguido.

—Lo siento, pero tengo que pensármelo. Creo que es lo mejor para los dos Joseph.

—No Belén. Te equivocas en eso, es lo mejor para ti, lo que pasa es que aún

no te das cuenta o te niegas a creerlo. Pero está bien, te daré el tiempo que necesites, pero no olvides que yo también tengo mi límite y tú, lo pasaste hace tiempo —respondió y salió de su despacho para comenzar con mi trabajo. Pasaban las horas y no me concentraba. Únicamente tenía en mi cabeza su proposición ¿Aceptaba? No sabía qué hacer, estaba hecha un lío, de verdad sabía que al decirle que no, nuestra relación se acabaría para siempre y en parte no quería que eso pasara. Pero también notar eso, me hacía sentirme libre. No sabía lo que quería, no sabía lo que sentía. Entonces algo cruzó mi mente, una locura, algo que tenía que hacer para pasar página de una vez, pero ¿serviría o me liaría más? Tenía que correr el riesgo.

Ese día acabó, sin despedirme de nadie, me levanté y salí de la oficina. Necesitaba un tiempo a solas conmigo misma, sin hermano lioso y problemático y novio preocupado en todo momento y sobre todo, esperando una respuesta. Comencé a caminar sin rumbo alguno, era lo que necesitaba. Necesitaba pensar, olvidar, pero ambas cosas me costaban, en mi cabeza solo había una cosa. Quería ver a Martín.

Capítulo 6



Mi cabeza daba vuelta, al igual que yo. No sabía qué hacer ni a quién decirle todo lo que sentía. Ya era de noche y me había pasado todo el día en la calle, deambulando como si fuera una mujer sin techo, pero en realidad así me sentía. En Madrid tenía mi vida, mi casa, a él, pero por su maldita culpa, todo había cambiado y solo yo, era la que me había jodido. Me senté en una cafetería que aún seguía abierta, eran las once de la noche. Pedí un café y me perdí en el interior de esa taza. Mi móvil no había parado de sonar desde que salí de la oficina y no me sentía con ganas de hablarle a nadie. Solamente éramos yo y mi mente, yo y mi corazón dolorido.

A las una de la madrugada la cafetería iba a cerrar, así, que tuve que irme, pero ¿Dónde iría ahora? No quería ir a casa de mi hermano, con mis padres no me llevaba bien y con Joseph... A él, lo dejé plantado durante todo el día, así que no creo que siquiera, quisiera verme. No podía seguir dando vueltas, así que cogí un taxi y volví al apartamento de mi hermano. Bueno podría decir que iba a mi casa, pues ya llevaba bastante tiempo viviendo con él y repartíamos los gastos. Prácticamente éramos compañeros de piso. Al llegar, le pagué al taxista, salí del mismo para entrar en el edificio. Me metí en el ascensor y marqué el número. Segundos después estaba abriendo la puerta, entré y la imagen de mi hermano y Joseph, se plantó ante mis ojos. Los dos al verme, corrieron hasta mí preocupados.

—¿Dónde coño estabas? Nos tenías preocupados —habló nervioso Roberto. Me encogí de hombros y fui hasta la cocina para coger una fruta, estaba hambrienta. No me estaba comportando como debía, pero es que estaba en el punto en el que todo me daba igual.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —Mi hermano seguía

preguntándome y yo seguía sin responderle—. Mírame Belén. —Lo hice y este sonrió sarcástico—. No sé qué fue lo que te pasó, pero no puedes llegar a esta hora y comportarte como una niña. Porque es lo que estás haciendo. Estás en plan pasota. No lo entiendo, no te entiendo Belén.

— ¡¿Qué coño quieres entender?! ¡¿Qué quieres saber Roberto?! ¡Me fui, necesitaba pensar, me agobio! ¡Pronto llegará el día, ese maldito día que mi vida iba a cambiar y por lo que he luchado tanto! —grité cabreada.

—¿Qué día?

—Déjala Roberto —habló Joseph, pues él si sabía a qué día me refería—. Yo la entiendo.

Lo miré sorprendida, no pensé que se pondría de mi padre, pero lo hizo y se lo agradecí. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Ese acto no le gustó y me lo hizo saber con su mirada apenada. Él esperaba un beso en los labios, un sí, pero eso no podía dárselo, no por ahora.

—¿Cómo puedes pedirme que la deje? No puedo dejarlo pasar, como si no hubiéramos estado todo el maldito día buscándola por todas partes...

—Me voy a ir Roberto —dije sin dejarle terminar. Mi hermano frunció el ceño, pero no fue el único, Joseph se acercó a mí.

—¿Cómo qué te vas? ¿Dónde? —preguntó Joseph.

Mi hermano se acercó a mí y me agarró del brazo, llevándome casi a rastras hasta mi habitación. Se disculpó con Joseph, le dijo que esperase o que se fuera que tenía una conversación pendiente conmigo. Yo estaba cabreada, mucho, no iba a dejar que me tratara como si fuera una niña pequeña y mucho menos como si fuera su hija. Al pensar eso, me regañé a mí misma por pensar así, pues mi pobre sobrina no estaba. Me senté en mi cama y las lágrimas se hicieron presentes. Mi hermano entró, cerró la puerta de un portazo, cogió la silla que había en una esquina de la habitación y la colocó justo delante de mí para sentarse.

—Te vuelvo a decir lo mismo ¿A qué estás jugando Belén?

—No quiero hablar del tema Roberto.

—Me da igual lo que tú quieras, pero ¡joder! ¿Sabes la angustia que hemos pasado? Vale que seas adulta, aunque te falte un poco de cerebro, pero un puto mensaje para decir que estás bien, por lo menos para tranquilizarnos. — Estaba preocupado y le entendía, pero de igual manera no soy una niña pequeña—. Joseph me dijo la proposición que te hizo ¿Es por eso que quieres irte? ¿Volverás a Madrid?

—Sí, pero no por lo que crees. Es solo que necesito recuperar mi vida y aquí no lo estoy consiguiendo —confesé—. Yo te agradezco todo lo que has hecho por mí en estos meses y de verdad, me cuesta muchísimo separarme de ti ahora que volvemos a ser hermanos.

—¿Acaso no lo éramos? —Preguntó con una sonrisa daleada.

—No es eso. Tú, sabes a que me refiero. —Asintió y me abrazó.

Mi hermano me entendía y eso era importante para mí, pero ¿estaba segura del paso que iba a dar? Volver a Madrid, en donde me habían engañado, donde estaba el hombre que yo seguía amando incluso con más intensidad que antes. Nos acostamos en mi cama, como siempre hacíamos cuando estábamos mal, aunque en este caso, era yo la que necesitaba de un abrazo. Así, nos quedamos dormidos o yo me quedé dormida, pues no sabía si mi hermano se había quedado conmigo, pues Joseph estaba en el salón esperándole.

Por la mañana, me levanté y mi hermano no estaba, me fui al baño y me duché. Tenía muchas cosas por hacer, una de ellas era recoger mis pertenencias y preparar las maletas para volver a Madrid. Lo único que no quería era que se enterara Martín, que volvía, solo se lo diría a Luisa y Lara, pues son las únicas que se merecían saber de mí. Salí del baño vestida y me puse a recoger todo. Entonces pegaron en mi puerta, dije que pasara, suponía

que era mi hermano, pero no.

—¿Entonces, es cierto, te vas? —preguntó Joseph.

Me tensé al escucharle, sentí como tocaba mi hombro para que lo mirase, pero ni eso podía hacer, pues me sentía mal por él, por dejarlo. Por no darle ninguna explicación, pero ¿Qué podría decirle? Ni yo misma lo sabía, ni yo misma tenía claro que iba a hacer con mi vida como para decírselo a él.

—Respóndeme Belén.

—¿Para qué? Ya lo estás viendo por ti mismo —respondí secamente y juro por Dios, que no pretendía sonar así, pero todo se me estaba haciendo cuesta arriba y no sabía cómo hacer para que cada cosa que hiciese, no dañara a nadie.

Joseph, agachó la mirada y se sentó en la silla donde mi hermano estuvo sentado la noche anterior, yo me senté en la cama y le miré. Él, no podía mirarme, no podía siquiera cruzar sus ojos con los míos. Le estaba haciendo daño y lo sabía, pero es que yo también estaba sufriendo, y mucho. Cogí sus manos y me miró. Sus ojos aguados me decían más de lo que sus labios podrían y yo... yo no sabía cómo borrar el dolor que él estaba sintiendo, porque yo también lo sentía multiplicado por mil.

—Lo siento Joseph, pero tú sabías que esto iba a pasar.

—No, yo tenía la esperanza de que te enamoraras de mí, pero ya ves que no sucedió. Por más que he luchado, por más que te he dado, tú seguirás amándole a él y espero de todo corazón, que puedas perdonarle. —Al decir eso, se levantó y se fue hasta la puerta—. Belén... yo te quiero y creo que siempre lo haré. Solo quiero que seas feliz y si tu felicidad está junto a un capullo que no supo ver la mujer que tenía, entonces que seas feliz, pero pobre de él como vuelva a hacerte daño, porque iré, le partiré las piernas y luego lucharé por ti.

Cerró la puerta de un portazo al salir, sus palabras habían llegado hasta lo

más oscuro de mi alma, estaba equivocado, yo no regresaba a Madrid para estar con Martín. Volvía, porque necesitaba mi vida, la que dejé atrás por huir. Mi trabajo, mi casa, mis amigas que eran mis hermanas del alma y aunque Martín supiese que yo había vuelto, no le dejaría que se acercara a mí, a menos de dos centímetros metros. Aunque me esté muriendo por verle, por besarle, por abrazarle, por estar con él, no lo haré. Nada de mí conseguirá, solo odio y rencor, es lo único que podría ofrecerle, porque ni mi amistad se merecía.

Terminé de preparar la maleta, salí con ella y mi bolso, una cosa en cada mano. Al salir mi hermano y Joseph que aún no se había ido, me esperaban en el salón. Mi hermano estaba triste, mucho más que cuando llegué y eso me hacía sentir culpable, pero tenía que irme, no podía estar aquí, no sería feliz nunca. Me despedí de los dos. Mi hermano me aferró entre sus brazos y mis ojos se llenaron de lágrimas. No me gustaban las despedidas, no sin saber cuándo nos volveríamos a ver. Después de que mi hermano por fin me soltara, me acerqué a Joseph y me abrazó con fuerza.

—No te vayas, por favor. Te daré el tiempo que necesites, pero no me dejes —suplicó y eso me ponía las cosas mucho más difíciles. Negué y besé sus labios por última vez.

—Os echaré de menos, no te preocupes Roberto. Estaré bien y hablaremos a menudo. Al decir eso, me fui. Salí por la puerta por la que entré meses atrás buscando cobijo, buscando un futuro que no he encontrado.

Bajé en el ascensor con un gran nudo en el estómago, pues realmente necesitaba quedarme, pero también marcharme. Mi cabeza era un lío, no me entendía ni yo, pero ver el dolor de mi hermano al irme y sobre todo la súplica de Joseph, hizo que me replanteara las cosas ¿Y si me quedo? ¿Y si lo intento? No lo tenía claro, pero algo en mí se estaba formando ¿Qué era? ¿Sería que realmente me había enamorado de Joseph? No, de eso sí que

estaba segura, pero ¿Y si conseguía enamorarme de él? Mi cuerpo me decía que me quedara y mi cabeza y corazón que me marchara ¿A quién debía de hacerle caso?

Llegué a la planta baja y me quedé pensando. Soy una cobarde, de eso estoy segura. Entonces, volví a marcar el número del piso de mi hermano y el ascensor volvió a subir. Mi corazón comenzó a latir frenético, no sabía el por qué. Al llegar y abrirse la puerta, la imagen de Joseph abatido se mostró ante mí. Su cara de desconcierto al verme era notable. Entré y me abrazó fuerte.

—No puedo irme —susurré—. No quiero hacerte daño y aunque estoy hecha un maldito lío, sé, que algo estoy sintiendo por ti. Solo dame tiempo y lo averiguamos juntos ¿vale? —Mis palabras sonaban entre cortadas. Joseph, cogió mis mejillas y me besó.

Su beso fue subiendo de nivel, me estaba poniendo nerviosa, pues en todos estos meses en los que estábamos juntos, no habíamos hecho nada aún y siendo sincera, yo le deseaba, pero tenía tanto miedo a sufrir, miedo a no poder corresponderle como él, se merecía. Al separarnos, nuestras respiraciones estaban agitadas y mis mejillas las sentía arder de rojas que estaban.

—Te ves hermosa con los labios hinchados por mis besos. —Esa aclaración hizo que quisiera tenerle cerca, muy cerca. Intentar sentirme amada por una vez, amar sin pensar en nadie más que en esa persona—. Te daré todo el tiempo que necesites y si aún no quieres vivir conmigo lo...

—Sí, viviré contigo Joseph —respondí sin dejarle terminar y sonrió.

—¿Estás segura? No tienes por qué hacerlo si no quieres. Te pido perdón por lo de ayer, no quise decirte lo que te dije y mucho menos quise agobiarte.

—No te disculpes. Necesito dar este paso.

Después de eso, volvimos a casa de mi hermano para decirle que me quedaba y que me iría a vivir a casa de Joseph. Se puso feliz por haber decidido

quedarme, pero me preguntó si estaba segura del paso que iba a dar. Yo asentí, pues era lo que sentía en ese momento y si salía mal, pues, no pasaría nada.

Capítulo 7



Una semana llevaba viviendo con Joseph, se estaba convirtiendo el alguien muy importante en mi vida, pues toda esta semana fue un amor, en ningún momento se insinuó para que me acostara con él y eso, decía mucho de él. Pero yo... yo tenía la necesidad de que me hiciera suya, quería comprobar si al fin podía hacer mi vida con él, ya que en estos días, no había pensado en Martín en ningún momento. Joseph, no dejaba que eso pasara y tenía que estarle agradecida.

Estuve unos días sin ir a trabajar. No tenía ánimos, gracias a mi hermano y mi novio que los dos se preocupaban bastante por mí, no tuve que ir, pues metieron a una chica para hacer mi trabajo en los días que yo me sintiera mal. Hoy volvía al trabajo, no podía estar encerrada como alma en pena, porque después de todo, mi alma parecía estar recomponiéndose poco a poco y todo era gracias a los mimos de Joseph.

Estaba amaneciendo y aunque no era la hora para levantarse, me desperté. Me levanté despacio para no despabilar a Joseph y me acerqué a la ventana. El cielo estaba oscuro y la luna aún no se había escondido. De pronto sentí sus brazos abrazarme por la cintura y besó mi hombro desnudo. Suspiré y sonreí, me di la vuelta y nuestras miradas se encontraron.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —preguntó en un susurro.

Me encogí de hombros y pasé mis brazos por su cuello para pegarme aún más a él. Sentí como su corazón comenzó a latir nervioso y su pecho subía y bajaba muy deprisa. Sonreí complacida, pues eso pretendía provocar en él. Joseph miró mis ojos y después bajó su mirada a mis labios. Estos estaban deseosos de ser probados, así que sin más lo besé.

—Belén, por favor. Si sigues así, no podré parar —habló con nuestros labios

pegados.

—No pares —respondí y esa aclaración hizo que Joseph, profundizara el beso.

Su lengua entró en mi boca y jugueteó con la mía. Era tal la necesidad de sentirme amada que, poco a poco, fui quitándome el camisón que llevaba, quedándome completamente desnuda ante él. Joseph al verme, achicó los ojos, mirando más allá de lo que mi cuerpo le mostraba, porque eso fue lo que él me demostró. No estaba conmigo por tener a una mujer más en su cama, él se había enamorado de mí de verdad y yo haría todo lo que estuviera en mi mano, para poder corresponder a ese amor que me regalaba de manera gratuita. Sentí sus manos recorrer mi cuerpo con dulzura y en cada caricia, mi piel se erizaba. Mis manos recorrían su torso desnudo, su espalda ancha, poco a poco, fui bajando hasta el elástico de su pantalón de pijama y lo bajé, quería sentirlo de una vez.

—Eres hermosa, la más hermosa de todas —susurró en mi oído, calentando mi cuerpo por completo.

Caminamos a trompicones hasta que llegamos a la cama. Hice que Joseph, se acostara y así lo hizo. Yo le miraba con deseo, un deseo que no sabía que estaba ahí, que no sabía que sentía por él, entonces sin dejar pasar ni un segundo más, me senté a horcajadas encima de él. Con mis manos cogí su miembro duro, lo metí dentro de mí, poco a poco, fui bajando hasta que al fin lo sentí completo. Se nos escapó un gemido a ambos y sonreí al ver sus ojos cerrados. Comencé a moverme pausadamente, volviéndonos locos, haciendo que Joseph, gimiera.

—Belén... joder —dijo al mismo tiempo en el que cogía mis nalgas y con un movimiento brusco se colocó encima de mí.

Yo pegué un grito al sentirlo aún más duro, me sentía más llena y acabaría volviéndome loca. Pensé que sus movimientos serían feroces, pero me

equivocé, pues Joseph lo hizo calmado, con dulzura. Me hacía el amor.

—Te quiero —dijo con la voz entrecortada, yo no sabía que responder, aún no estaba preparada para decirle esas simples palabras—. No te preocupes, no tienes por qué responderme —expresó al ver mis ojos vidriosos.

—Gracias. Es lo único que me sale.

—Con eso me vale, cariño.

Nuestros labios volvieron a fundirse en un gran beso y Joseph, comenzó a moverse más rápido, haciendo que mi cuerpo se irguiera de placer. Sus embestidas cada vez eran más fuertes, más desesperadas. Nuestros gemidos eran atrapados entre nuestros besos, bebiéndonos nuestro placer. Así... como jamás pensé, me hizo suya, porque yo me había entregado.

Se puso de pie conmigo y pegándose a la pared, siguió con ese ritmo loco, con ese ritmo pasional, ese ritmo que hizo que ambos cayéramos en el placer del orgasmo, gritando al llegar. Había sido brutal, nos desplomamos en el suelo agotados. Eché mi cabeza en su hombro y él le dio un beso.

—¿Estás bien? —preguntó agitado.

—Si... sí que lo estoy —respondí y se rio al oír mi ahogo.

Después de esa noche, vinieron algunos encuentros más y cada vez me sentía más necesitada de sus besos y caricias, cada vez me sentía más a gusto con él y no llegó a mí ese remordimiento que pensé que sentiría, pues Joseph se encargaba de que eso, no llegara a pasar. Con su amor y comprensión, estaba rompiendo esa barrera que sin darme cuenta puse en mi corazón y que no me dejaba olvidar a Martín, pero poco a poco, le recordaba menos.

Meses después

Mi móvil comenzó a sonar, no quería despertarme, estaba tan a gusto en la cama que me daba igual todo a mí alrededor. Mis ojos seguían cerrados, pero estaba despierta. De pronto, sentí su cercanía y su olor me inundó. Joseph,

estaba a mi lado, pensé que ya no estaba. Yo, ese día, lo tenía de descanso, tenía que ir al médico, me sentía mal. Mis ojos se abrieron y vi sus perfectos ojos azules mirarme con ese amor que sabía y decía que sentía por mí. Sus labios se curvaron en una fina sonrisa, haciéndolo ver más joven. Pegó sus labios a los míos para darme mi beso de buenos días.

—Buenos días, cariño —dijo al separar nuestros labios—. No sé quién será, pero lleva sonando un rato.

—Buenos días. Ahora veré, pero seguramente será mi hermano para saber cómo estoy.

Me levanté y cogí el móvil de encima de la cajonera. Lo desbloqueé y fruncí el ceño al ver las llamadas de Luisa. Entonces me di cuenta de que también había un mensaje de Rubén. Lo abrí y este ponía:

"Belén, estoy con Lara en el hospital. Se puso de parto"

"Salgo enseguida para Madrid. Muchas gracias por avisar Rubén"

Respondí rápidamente y me preocupé, pues el bebé se había adelantado. Joseph, me miraba con el ceño fruncido, pues comencé a vestirme rápidamente sin decirle nada. Entonces se puso delante de mí y me agarró por los hombros para conseguir que reaccionara.

—¿Qué pasa cariño? ¿Quién era? —preguntó Joseph preocupado.

—Mi amiga Lara esta de parto. Era su marido —respondí—. Tengo que ir, tengo que volver a Madrid. Necesito estar con ella. —Joseph asintió y me abrazó.

—Yo iré contigo ¿vale?

No sabía si quería ir sola, algo dentro de mí decía que debía ir sola, pero ¿Por qué? ¿Será qué mi corazón está sintiendo qué verá a quién sigue amando? Mi cabeza comenzó a dar vueltas a lo mismo, me sentía rara, muy rara. Joseph, se dio cuenta e hizo que me sentara en la cama. No quería que se enfadara, pero tampoco podía prohibirle que me acompañara, pues el mundo es libre y

cada uno hace lo que quiere.

—No sé si quiero que me acompañes —dije de pronto.

—Lo sé, pero aun así, iré. No pienso dejarte sola, no, cuando me necesitas —respondió y agaché la mirada. Me sentía tan avergonzada—. Belén, sé que cuando vayas verás a Martín, créeme que el ir contigo no es porque no confíe en ti, sino porque creo que si vas sola, estarás mal.

Yo no estaba de acuerdo con lo que estaba diciendo, pues sus palabras sonaron falsas y lo que parecía era, que tenía celos. Me levanté negando y cogí mi maleta. Me iría sola sin él, sí o sí, tendría que confiar en mí, si no lo hacía, sería porque esta relación no iba a ninguna parte.

Estaba, hecha un lío. ¡Joder!, era saber algo de ellos, y mi mente volaba a donde no debía ¿Por qué tenía que seguir pensando en él? Todo este tiempo no había servido de nada si a la primera de cambio, hacía mis maletas y me iba. Joseph, se dio cuenta de mi reacción y se fue de la habitación dejándome sola. Al salir cerró la puerta de un portazo, haciéndome ver lo enfadado que estaba, pero me daba igual, yo en este momento solo pensaba en volver, en ver a Lara en verle... a él.

Cuando lo tuve todo listo, salí de la habitación con la maleta en mi mano. En el salón, sentado en el sillón estaba Joseph, con la cabeza gacha y suspirando cada dos segundos. Me acerqué a él, puse mi mano en su hombro para poder despedirme. Levantó la cabeza y vi sus azules ojos aguados. No podía seguir haciéndole daño, porque por más que yo intentara amarle, mi corazón se negaba a sentir eso. Por mucho que quisiera olvidar a Martín, siempre había algo que me lo recordaba. Daba igual lo que fuera, un parecido con alguien, una sonrisa, un gesto. Cualquier persona con algo parecido.

—Lo siento... ¡Te juro por mi vida que lo intenté, intenté amarte, pero no puedo! —exploté abatida—. Mi corazón por desgracia tiene un dueño y aunque esa persona no se merezca mi amor, lo tiene y eso nadie lo podrá

cambiar. —Se levantó y caminó hasta la ventana, ni siquiera podía mirarme y lo entendí.

—Entonces ¿Aquí se acaba todo? —Preguntó con un nudo en la garganta.

—No lo sé. Únicamente sé, que tengo que irme y que no sé cuándo o si volveré algún día. —Me acerqué a él y le abracé por la espalda, metiendo mis brazos entre los suyos para rodear su cintura. Sentí como suspiraba y cogió mis manos, las acarició y luego, poco a poco, fue quitándolas de él.

Yo no quería acabar así con él, pero las cosas nunca pasan como uno quiere. Le di un beso en la mejilla y caminé con paso firme, hasta mi maleta. La cogí entre mis manos y me dirigí hasta la puerta de la que era mi casa. Eché la vista atrás y se me partió el alma verle así.

—Adiós, Joseph. No te pido que me perdones, pues eso solo lo decides tú. — Esas fueron las últimas palabras que le dije y salí de la casa.

Bajé en el ascensor y ya en la calle, cogí un taxi que pasó después de esperar más de un cuarto de hora, le indiqué que me llevara hasta la estación de autobuses. Cuando llegué, compré un billete de ida, solo de ida, pues no sabía si volvería o no.

Una hora después, estaba sentada en el autobús, mis suspiros eran cada dos segundos, mis lágrimas ya no aguantaban más haciéndome ver más débil de lo que ya me sentía. Cogí mi móvil y escribí un mensaje para mi hermano.

“Roberto, vuelvo a Madrid. No te enfades por no despedirme de ti, pero todo fue muy rápido. Te llamaré en cuanto llegue y te explico. Te quiero”

Después guardé el móvil en mi bolso, cerré los ojos, necesitaba descansar, me dolía demasiado la cabeza. Me sentía mal por lo que le había hecho a Joseph, pero seguir con él, habría sido peor. Si hubieran pasado años y yo sin amarle aún, eso sería mucho peor. Por eso era mejor cortar antes y el mensaje de Rubén era lo que necesitaba para dar el paso que no me atrevía a dar por miedo.

Horas después, el autobús estaba llegando a la estación de Madrid. Mi corazón bombeaba tan fuerte que se me saldría por la boca. Cuando aparcó, me bajé y cogí mi maleta del maletero, luego me fui hasta la salida y ahí tomé un taxi. No había llamado a nadie para que me recogiera, pues seguro todos estaban con Lara y Rubén en el hospital.

Le dije al taxista que me llevara directo al hospital, no sabía si Luisa seguía viviendo ahí o si tenía a otra compañera de piso, así que preferí verla antes de meterme por las puertas sin saberlo con exactitud.

—No quiero verle, no quiero verle. —Dije bajándome del taxi justo delante del hospital.

Mis piernas no respondían y estaba asustada. Mi estómago hecho un nudo de emociones y mi pecho comprimido, pues no le veía desde aquel día en el bar. El día que todo acabó. El día que me sentí más humillada que nunca y me fui para no volver, pero aquí estoy de nuevo, a punto de ver al hombre que amo y odio a la vez.

Capítulo 8



Entré en el hospital con paso firme, pero temerosa de lo que pudiera pasar. Había llegado sobre las cuatro de la tarde. Subí en el ascensor hasta maternidad y busqué con la mirada a alguien conocido. Mis ojos, viajaban por cada rincón de la sala de espera hasta poder ver a alguien. Entonces lo vi, pero él a mí no. Su mirada triste, su cara llena de abundante barba, estaba dejado completamente, aunque se merecía eso y más, no podía evitar sufrir por él, por nosotros, por todo. No sabía si acercarme o no, puesto que no había nadie más. Lo pensé mucho antes de comenzar a caminar, entonces levantó la cabeza y cruzó su mirada con la mía. Sus ojos se abrieron sorprendidos y se aguaron en el mismo momento. No quería que esto pasara, no quería encontrarme con él, pero aquí estaba frente al hombre que destrozó mi corazón, arrancándolo de mi pecho para tirarlo a la basura.

—Belén —susurró.

Caminé y pasé por su lado sin siquiera mirarle, pues no quería hablar con él, mucho menos tenía nada que decir ni escuchar que no hubiésemos dicho ya. Al pasar por su lado, sentí como su mano cogía mi brazo, haciéndome tambalear nerviosa, me solté y al fondo pude ver a Rubén junto con Cristian, Luisa y el padre de Lara. Luisa al verme, pegó un grito que hizo que todos se asustaran, pues habían pasado demasiados meses sin vernos.

— ¡Belén! —gritó corriendo hasta mí. Cuando llegó me abrazó como una autentica posesa—. ¡Dios, estás aquí... te eché de menos hermana! — Exclamó con lágrimas en los ojos, yo, no me quedaba atrás.

Cuando nos separamos, me acerqué a Rubén y lo saludé con un fuerte abrazo, tenía que felicitarle, ya había nacido mi sobrino, mi ahijado y mí consentido a partir de este momento. Luego saludé a Martín, mi ex suegro y este me

recibió como siempre lo hacía con un beso paternal, ese beso que siempre me gustó recibir y que tanta falta me había hecho en estos meses lejos de ellos. Por último, saludé a Cristian, que al verme me sonrió y guiñó un ojo “el guaperas en acción”.

—Os he echado mucho de menos —hablé con un nudo en la garganta—. ¿Dónde están? Quiero verlos —le pregunté a Rubén.

—Ven por aquí. Ella, no sabe que venías, se llevara una gran sorpresa —dijo al mismo tiempo que caminábamos hasta la habitación de Lara, mi Lara. Tenía muchas ganas de verla.

—¿Cómo estás? —Preguntó Rubén llamando mi atención. Yo me encogí de hombros, pues no tenía respuesta para eso, no sabía realmente como estaba. Al llegar a la puerta de la habitación, Rubén, la abrió y la cara de felicidad de Lara al verme era palpable. Corrí hasta ella y la abracé. Tantos meses, tanto tiempo había pasado y ella era la misma, bueno mejor, era más feliz. En cambio yo, no era la misma, no sabía si algún día llegaría a serlo.

—Belén. No sabía que venías. Tenía muchas ganas de verte —susurró en mi oído mientras nos abrazábamos.

—¿Te creías que no iba a venir a ver a mi ahijado? —pregunté separándome de ella y acercándome a la cuna para ver a mi sobrino. Lo cogí entre mis brazos y le di un beso en su moflete, era tan precioso. Mis ojos se llenaron de lágrimas y no sabía si era por el niño, o por todo en general.

Lara, me miró y comprendió la presión que sentía en mi pecho, haber visto a Martín después de tantos meses había sido duro, mucho más de lo que yo me esperaba, pero bueno aquí estaba después de todo y no me iría más. Volví a dejar a mi sobrino en la cuna y me senté en la silla cercana a la cama de Lara. —Os dejaré solas un momento. —La voz de Rubén hizo que lo mirásemos. Se acercó a su mujer y le dio un beso en los labios, ya quisiera yo, sentir lo que ellos. Me dio un poco de envidia, pero era envidia sana, al ver ese amor

que se prodigaban. Mucho habían luchado por estar así y me alegraba por ellos, muchísimo.

Segundos después, se separó de ella, le dio un beso a su hijo y salió de la habitación dejándonos solas. La conversación que Lara y yo íbamos a tener, tenía protagonista y ese era su hermano Martín y aunque yo no quería hablar de él, tenía que hacerlo. Solo así mi alma se liberaría, solo así podría llevarlo lo mejor posible.

—¿Cómo estás? —preguntó Lara cogiendo mi mano.

Me encogí de hombros y sonreí para que no se preocupara, pero de nada serviría. Lara me conocía demasiado bien. Apreté su mano y mis ojos se llenaron de lágrimas ¿por qué cojones lloraba ahora? Desde luego, no tenía remedio, se suponía que debía hacer el mejor paripé de mi vida para que no se diera cuenta de mi sufrimiento, pero con Lara era imposible. Le iba a contestar cuando Luisa entró en la habitación y nos miró con el ceño fruncido ¿Qué le pasaba a esta ahora?

—O sea, ¿qué hay conversación de chicas y no me llamáis? Ya os vale —dijo de pronto con los brazos en jarras. Soltamos una carcajada y Luisa vino a abrazarme, pues se había dado cuenta de mis lágrimas.

—Estábamos a punto de comenzar la charla ¿Te apuntas? Sabíamos que ibas a entrar de un momento a otro —explicó Lara.

Luisa se sentó a orillas de la cama de Lara y cada una me cogió una mano. Por fin las tenía cerca, como antes. Necesitaba de estos momentos que solo ellas podían darme, mis hermanas eran todo para mí y las quería con locura.

—A ver cuéntanos qué tal te fue en Barcelona —comenzó diciendo Luisa.

—Bien... bueno sí, bien —respondí agachando la mirada, pues recordé a Joseph y las ganas que tenía de verle.

De verdad que no me entendía ni yo. No sabía que sentía por él, lo dejé incluso para que no sufriera por no tener mi amor, y ahora que lo tengo lejos,

siento una presión en el pecho, como si me faltara algo importante de mi vida ¿Será que me enamoré de él? Eso era imposible. Cuando he visto a Martín, mi corazón latió a mil por hora, era como ver lo más hermoso de este mundo. Sí, así de tonta soy. Todavía estoy enamorada de él, pero también siento algo por Joseph. Mi cabeza en este momento, es un maldito caos.

—Belén ¿Hay algo que quieras decirnos? —Suspiré y asentí—. Pues dinos. Ya sabes que lo que nos digas no saldrá de aquí —refirió Lara.

—¿Quieres un juramento de sangre? —Preguntó Luisa alzando las cejas haciéndonos reír.

—Sí, sangre... Ya hablaremos de ti y Cristian alias “el guaperas” —Lara y yo nos miramos y soltamos una carcajada al ver la cara de Luisa.

La habíamos pillado, su sonrojo la delató ya sabíamos nosotras que ellos tenían algo desde hacía tiempo, pero ¿Hasta qué punto estaban juntos? Nos moríamos de ganas por saber y aunque Luisa, siempre ha tenido eso muy bien guardado, de hoy no pasaba que nos contara todo con pelos y señales.

— ¡Seréis cabronas! No tenemos nada, de verdad lo juro. Ya sabéis que si fuera así, lo diría, pero Cristian es... es, no sé cómo explicarlo.

—Es un buenazo que nunca ha tenido cariño, Luisa —afirmó Lara.

—Ya salió la defensora del pueblo. Claro como tú eres la felicidad personificada con tu policía de esos besos bajo la lluvia que te deja con las piernas echas flan —respondió Luisa gesticulando con los brazos a modo de burla.

Yo las miraba a las dos y me reía por las ocurrencias de cada una. De verdad, me sentía en casa. Las había extrañado tanto que me emocioné y algunas lágrimas que estaba reprimiendo desde mi llegada, salieron de mis ojos para hacer que las dos se callaran y me abrazaran pensando que me pasaba algo. No se daban cuenta que estaba así por ellas, por tenerlas cerca de nuevo, después de tantísimos meses de recuerdos y tristezas, aunque esas tristezas

hubieran sido reemplazadas por el amor de Joseph.

<< ¿Por qué pienso en él? >> Me dije en silencio.

—¿Por qué lloras Belén? Por favor dinos que te pasa, solo así podremos comprenderlo —dijo Luisa abrazándome de nuevo.

—No es nada, es que hacía tanto tiempo que no os veía, ahora sé todo lo que me he perdido y me he sentido mal. Yo lo he pasado muy mal en Barcelona, aún siento como mi pecho se comprime por culpa de los recuerdos, pero hay alguien que se encargó de sanar parte de mi dolor. Ahora, no sé hasta qué punto le necesito o si me enamoré realmente de él —suspiré alzando la mirada—. Ahora que he visto a Martín, me he dado cuenta de que lo que pensé que había enterrado, no lo estaba del todo y por eso estoy hecha un puñetero lío —expresé sintiéndome pequeña—. Lara ¿Cómo hiciste para vivir con el engaño? ¿Cómo saliste de todo eso?

—Con vuestra ayuda y no sé, simplemente un día me levanté y dije, hasta aquí y dejé de sufrir —expresó nerviosa—. Aunque, un policía tuvo mucho que ver en mi decisión.

Las dos cogieron mis manos de nuevo y lloré como nunca lo había hecho. Necesitaba desahogarme y poder sanar algo que me oprimía el pecho, pero creo que sola no iba a poder. Necesitaba los besos de Joseph, las caricias intencionadas, incluso los te quiero por las mañanas. Joder, creo que sí, creo que siento algo por ese hombre de ojos verdes ¿O es un espejismo que yo misma puse para que el recuerdo de Martín, no me hundiera en la mierda? Tenía que aclarar mi corazón, pero debía empezar por mi mente, tenerla clara y para eso solo había una cosa que hacer y esa era hablar con él, con Martín, aclarar ciertas cosas que no le dejé en su día que hiciera por el cabreo de ver esas malditas fotos. Necesitaba pasar página de esa etapa de mi vida para poder vivir una nueva al lado de Joseph.

—¿Qué sientes cuando estás a su lado? —preguntó sacándome del trance,

Lara.

Me encogí de hombros pensando en esa respuesta, ¿Qué sentía al estar con él? Esa pregunta no era difícil de responder, pero no sabía explicar lo que me hacía sentir.

—Pues es algo extraño, pero mi cuerpo se tensa cuando un suspiro de sus labios choca con mi cuerpo. Es raro, puesto que cuando estoy con él, me siento bien, tranquila. Únicamente puedo decirles que ahora que no está conmigo, le necesito. Le echo de menos y mucho —confesé y ambas me miraron atónitas.

—¿Y por qué no se lo dices? Que venga para estar contigo, que te apoye en este momento —expresó Luisa.

—Él quería venir, pero no le dejé. —Me levanté de la silla y me dirigí a la ventana. Miré hacia la puerta que estaba entreabierta y mis ojos y los de Martín, se encontraron.

Estaba llorando y me partió el alma. Suponía que lo había escuchado todo y por eso estaba así. Las chicas seguían esperando que les contara más, pero no podía, no estando él, ahí. Pero, ¿por qué no se iba? ¿Qué le retenía? Agachó la cabeza y dio la vuelta para irse. Tuve la necesidad de salir tras él y así lo hice.

— ¡Espera Martín! —grité llamando la atención de Lara y Luisa.

Salí a toda prisa de la habitación de Lara y corrí tras él. Me costó un poco alcanzarle, pero llegué y cogí su brazo haciéndolo voltear y cuando lo hizo, me cogió de la cintura y besó mis labios con pasión. Nuestros labios unidos de nuevo, sentí que me moriría en cualquier momento. Ese beso, aclaró algunas cosas que pasaban por mi mente y una de ellas era que aún lo amaba, incluso creo que este amor que siento se ha hecho más fuerte que antes, pero no, no podía dejar que me utilizara, que me engañara de nuevo. Por eso me separé de él, y al hacerlo, le pegué un guantazo que hizo que su cabeza se

doblara hacia la izquierda. Al mirarme de nuevo, sus ojos seguían así, tristes y aguados. Me entraron unas inmensas ganas de llorar, gritarle todo lo que había sentido con su engaño, todo lo que mi corazón herido estaba sintiendo en este maldito momento con ese beso robado. Me separé de él, y le dije:
— ¡Devuélveme mis besos!



Martín

Verla de nuevo, fue algo que había deseado desde que se fue, algo que soñé día a día. Pero ahora que la tengo delante, me doy cuenta de que no es la misma, no es mi Belén alocada. Esa mujer de carácter fuerte que me tenía loco, esa murió y solo yo tengo la maldita culpa. Haber escuchado que había otro que la tuvo, que la besó e hizo el amor, me enfureció y dolió, pero me merecía todo lo que me pasaba. Únicamente quería su felicidad, pero antes, tenía que confesarle todo lo que llevo dentro desde que se fue, todo lo que no me dejó decirle ese día.

Salí corriendo, nunca pensé que vendría tras de mí. Entonces, cuando sentí su mano agarrar mi brazo para impedir que me fuera, la besé. Sí, lo deseaba como un maldito demente y por un momento, sentí que la recuperaba, noté como su cuerpo se estremecía con solo un roce mío, pero al separarnos y ver sus ojos azules llenos de odio, sentí que me moría.

— ¡Devuélveme mis besos! —gritó cabreada y no había mujer más hermosa que ella. Hasta con esa cara de loca que suele poner cuando está enfurecida, está hermosa.

Sonreí al escucharla decir esa frase que tanto significaba para ambos y me recordó la primera vez que la oí. Fue en nuestra primera cita, solo nos conocíamos de un par de semanas, pero yo ya estaba loco por ella. Entonces una noche, la besé. No se lo esperó y me soltó esa frase y ahora me lo vuelve a decir, pero sé que esta vez tiene diferente significado para ella, sé que me lo está pidiendo de verdad. Quiere que le devuelva todo, sus besos, su corazón, su vida entera, pero no podía darle lo que me pedía porque yo mismo, no lo tenía. Ella se llevó todo eso cuando se marchó.

—¿Por qué te ríes? —Preguntó con el ceño fruncido.

La miraba embobado, necesitaba grabar a fuego en mi mente esa imagen de ella, para así poder tenerla, aunque fuese en mi cabeza. Quise acercarme, pues mi propósito estaba claro. Quería conquistarla, quería ganarme su amor y confianza de nuevo, quería amarla como se merecía y poder borrar de su alma ese dolor que yo mismo metí a la fuerza en su pecho.

—Lo siento, no pretendía reírme...

—Pero sí, besarme —respondió sin dejarme terminar.

<< ¡Esa, es mi chica!>>, pensé.

Belén siempre quiere llevar la razón, aunque no la tenga y que me rebata tanto lo que yo le diga, me recuerda momentos pasados de cuando discutíamos. Siempre ganaba ella, pero es que yo dejaba que lo hiciera, solo por verla feliz, aunque después, ella misma se diera cuenta de que en realidad se equivocaba. Entonces venía y besando mis labios me pedía perdón, pero yo no tenía nada que perdonarle. Yo la amaba, la amo y por ese simple hecho no le reprocho nada, jamás.

—Será mejor que me vaya —habló despertándome de mis pensamientos.

Me había quedado tan prendado de ella que ni siquiera me había dado cuenta de que me hablaba. Se dio la vuelta para irse y ahora fui yo quién se lo impidió, me acerqué a ella y agarré su mano. Su contacto hizo que mi piel se tensara. Era tal la necesidad de tenerla entre mis brazos y no dejarla escapar jamás, que me daría igual secuestrarla hasta hacerle ver cuánto la amaba.

—¿Qué quieres ahora?

—Yo... yo solo quiero hablar contigo y me gustaría que quedáramos —propuse nervioso.

Ella, se quedó callada, me miraba sopesando lo que yo le estaba diciendo. Frunció sus labios y quise volver a besarlos, pero tenía que controlar mis impulsos. Miró a sus pies luego volvió a clavar sus ojos en mí. Asintió con

un movimiento de cabeza muy pequeño y con eso me conformaba. Mi boca se curvó en una fina sonrisa y vi cómo se ruborizaba. ¡Dios! me iba a morir en cualquier momento, es tan hermosa. Me acerqué a ella, tanto que prácticamente respirábamos el mismo aire y me sentí el hombre más feliz del mundo en este preciso momento. Toqué su mejilla y cerró los ojos un instante.

—Me encantaría parar el tiempo, aquí y ahora —susurré muy cerca de ella.

Abrió los ojos y volvió a separarse bruscamente de mí. Ahí estaba de nuevo la Belén cabreada y llena de odio. Me miró dubitativa y se irguió aún más, intentando parecer fuerte y aunque ella era la mujer más fuerte que había conocido en toda mi vida, en ese momento, no lo era ¿Había algo de la antigua Belén? No lo sabía, pero si no lo había, conseguiría que volviera.

—Podemos quedar mañana. Recógeme en casa de Luisa, y por favor, aféitate que pareces un vagabundo —refirió señalando mi cara y sonreí.

—Como tú digas pequeña.

—No vuelvas...

No la dejé terminar y volví a pegar mis labios en los de ella. Me separé y me marché dejándola completamente descolocada y soltando por su boca cualquier impropiedad de los suyos.

Caminé hasta la sala de espera y me despedí de mi padre, de mi cuñado y Cristian. Me preguntaron por qué me iba y les dije que me dolía la cabeza, pero la realidad era que no podía estar en el mismo sitio que Belén y no sentir unas irremediables ganas de besarla hasta que sus labios se durmieran. No sabía dónde iba a ir y la única opción era irme a mi casa.

—¿No entrarás a despedirte de tu hermana? —preguntó Rubén y me encogí de hombros. Asentí y me dirigí hasta la habitación de mi hermana para decirle que me iba.

Cuando llegué a la puerta, estuve pensando si pasar o no, pues no sabía si

Belén había entrado de nuevo, pero como no me quedaba otra, pegué en la puerta y entré sin esperar respuesta. Abrí la puerta despacio y sí, Belén estaba de nuevo con Lara, Luisa también estaba. Las tres me miraron y Belén se puso nerviosa ¿Estarían hablando de mí, del beso?

—Hola Martín. Ya pensé que no entrarías —dijo mi hermana y negué entrando. Pasé muy cerca de Belén y rocé mi mano con la suya.

No quería molestarla, lo único que pretendía era hacerle ver que aún la amaba y que ella me correspondía. Porque ella, tiene dudas sobre nuestro amor y cree que siente algo por ese tal Joseph, cosa que no me hace mucha gracia, yo le haré ver que se equivoca y que yo, soy el hombre de su vida.

Llegué hasta mi hermana y le di un beso en la frente, tenía mi sobrino entre sus brazos, así que lo cogí y le di muchos besos en sus mofletes, era un niño precioso, Mientras besaba al nuevo miembro de la familia, me fijé como me miraba Belén, mi Belén, mi mujer, la que yo amo y amaré por el resto de mi vida. Le guiñé un ojo mientras le sonreía, eso hizo que virara la cara suspirando, Luisa se dio cuenta y me miró con una sonrisa marcada. Ya tenía una aliada.

—Ya me voy... Tengo que arreglar algunas cosas —expliqué devolviéndole a Ángel a su madre.

—¿Qué cosas? —preguntó la curiosa de mi hermana.

—Nada que tenga que decirte a ti, cotilla —respondí y se rio—. Bueno, pues me voy. Mañana nos vemos. Vendré por la mañana porque por la tarde tengo algo muy importante que hacer, alguien que no puedo dejar escapar —insinué y Belén se sonrojó haciendo brincar mi corazón.

Las chicas la miraron y ella se encogió de hombros como si la cosa no fuera con ella. Me di la vuelta y volví a pasar por su lado. Me dolía en el alma, estar tan cerca y no poder tocarla, besarla, abrazarla y tenerla retenida entre mis brazos para siempre, sin que nada ni nadie, se interpusiera entre nosotros.

Pasé por su lado y volví a rozar nuestras manos y al hacerlo, movió sus dedos para sentirme aún más. Eso hizo que nuestros ojos se cruzaran y nos hundiéramos en nuestras miradas. Respiraba entrecortadamente, quise tocar su mejilla, su labio tembloroso por aguantar esas lágrimas que hacían que sus ojos azules se vieran aún más cristalinos. Me sentí mal por verla así, vulnerable, por mi maldita culpa, pero no, nunca más la haría sufrir. Iba remendar todo lo que le hice. La iba a conquistar de nuevo y no dejaría que nadie me la arrebatara.

—Hasta mañana —susurré y asintió.

Después de eso, salí de la habitación y por consiguiente del hospital. Me dirigí hasta mi coche y entré en él. Suspiré al fin, estaba reteniendo tanto aire que pronto me ahogaría. Tenerla cerca y en realidad no tenerla, porque no es mía, era lo peor que me podía pasar en la vida.

Arranqué y conduje hasta mi apartamento. Al llegar aparqué en el parking privado, me bajé del coche y subí hasta mi piso en el ascensor del lugar. Mientras iba en el ascensor, muchos recuerdos inundaron mi mente, tantos momentos vividos, tantos besos, tantas caricias... Tanto amor que aún tenía por darle. Cuando salí del ascensor, caminé con la cabeza gacha, sin darme cuenta de que alguien me esperaba en la puerta de mi apartamento. Levanté la mirada y mi ceño se frunció a la vez que mi cuerpo se tensó cabreado. Yolanda, estaba esperando y solo quería que se fuera pronto de mi vista y de mi vida.

—¿Qué coño haces aquí? —escupí enfurecido.

—Martín, siento mucho haber venido, pero tengo que hablar contigo —respondió con los ojos vidriosos.

—No tengo nada que hablar contigo ¡Lárgate de mi vida de una puta vez! —grité y comenzó a llorar.

¡Joder, que no quería verla! Esta maldita mujer me arruinó la vida y la

odiaba, la detestaba como un demonio solo verla, me enfurecía demasiado y mi cuerpo se ponía en tensión. Yo no soy un hombre violento, pero esta mujer se propuso joderme la vida y hasta que no lo consiguió no paró.

— ¡Estoy embarazada, Martín! —declaró alzando la voz y miré hacia abajo.

Mis ojos se abrieron desorbitadamente, al ver la barriga abultada. No me podía creer que esto me estuviera pasando a mí, no ahora.

— ¡Joder! ¿Segura que es mío? —pregunté implorando por un no, pero no fue así.

— ¡Pues claro que lo es! ¿Te crees que me acuesto con cualquiera?

—No lo sé Yolanda, pero no me acuerdo de nada de lo que pasó esa noche y es por eso que lo dudo. —Mi voz sonó dura y lloró aún más, pero ¡Joder!, no me importaba nada, no quería saber nada de esta mujer.

Entré en mi casa dejándola en el pasillo, no quería ni verla, no podía mirarla a la cara, no después de sentirme engañado por ella. Joder, nunca bebía tanto, ese día que fue el primero en mucho tiempo que me sucedía, me ocurre esto y encima se queda embarazada. Esto no me puede estar pasando, si Belén se entera, la poca esperanza que creo tener se irá a la mierda y no puedo dejar que eso pase. La necesito y la amo y nadie me joderá nunca más, nadie me va a separar de la mujer de mi vida.

Miré hacia la puerta y Yolanda seguía ahí parada, mirándome como si así, me convenciera para que la dejase entrar en mi casa, en mi vida. Estaba muy equivocada, sinceramente no creía que ese bebé fuera mío y eso será algo que tendrá que demostrar cuando nazca y si es mío, pues me haré cargo de él, pero nada más. No estaré con ella si es lo que cree, no haré una vida con ella, si es eso lo que busca. Espero que no sea la idea que está pasando por su mente, porque de ser así, se la borraré rápidamente para que no se haga falsas ilusiones.



Belén

Después de que Martín se fuera y me quedara a solas con las dos cotorras de mis amigas y digo eso, porque cuando Martín se fue ambas comenzaron a preguntar ¿Qué había pasado entre nosotros? Qué fácil es esa pregunta y que difícil era la respuesta. Mi respuesta fue: “No sé” y ellas me miraron con una sonrisa marcada en sus lindas caras, que me entraron ganas de borrarlas con un guantazo. Entonces y para no cometer esa locura, le pedí la llave a Luisa del apartamento para ir y descansar, desde que había llegado de Barcelona, fui directa al hospital y me sentía agotada.

Cuando llegué al apartamento y abrí la puerta, miles de recuerdos entraron en mi mente, dándome de lleno, alentándome, eran todos buenos recuerdos y todos eran con él.

— ¡Joder! —susurré mirando todo a mí alrededor.

Luisa no había cambiado nada y eso tenía que agradecerse, pues era como si ella siempre tuviera la esperanza de mi vuelta a casa y mira sí volví, aunque no sabía si mi llegada era definitiva o temporal, eso solo el tiempo lo diría, así como el tiempo dirá si huyo de nuevo, podría ayudarme a decidir qué hacer con Martín. Bufé desesperada y me senté en el sofá, eché la cabeza hacia atrás y miré al techo perdiéndome en mis pensamientos o no sé dónde me estaba perdiendo, la cuestión es que estaba muy extraviada y no había salida para esto.

—¿Qué coño sientes Belén? ¿Por qué volviste? Tenías que haberte quedado en Barcelona. —Mi voz había sonado tan desesperada que, si ahora mismo dijeran que me moriría aquí mismo, me lo creería.

Me había quedado algunos minutos recostada en el sofá, y mi móvil comenzó

a sonar, me levanté y lo saqué del bolso. Lo miré y era una llamada de Joseph, pero no sabía si contestar o no. Mi mente era un caos y mi corazón tanto de lo mismo. Mis manos temblaban mientras sostenían el móvil vibrante, lo miraba, no paraba de hacerlo y esperé a que colgara aburrido de tanta espera. Caminé con el móvil entre mis manos y lo dejé en la mesa de centro, me quedé mirándolo fijamente, como si concentrándome lograra que no sonase más, pero que equivocada estaba, pues minutos después volvió a hacerlo y era él de nuevo. No podía estar evitándole toda la vida, así que lo cogí y lo descolgué.

—Belén ¿Estás bien? No cogías el teléfono.

—Hola Joseph... Eh, sí, estoy bien. —Me quedé unos segundos pensando. La mirada perdida y el corazón latiendo a mil por hora.

Escuchaba la respiración de Joseph y él tampoco se atrevía a decirme nada. Sabía que si fuera por sus impulsos, ya estaría aquí conmigo, pero ¿Yo quería que estuviera? No me podía seguir engañando, le necesitaba. ¡Joder! Cada vez que pienso en él, Martín, llega a mi mente. Todavía lo amo, aunque sé que Joseph, es la clave para que ese amor que me daña se vaya, y entre él, llenando mi corazón de su amor y mi mente, con sus ojos azules. Bufé frustrada y la voz no me salía.

—Te necesito Belén. Te echo de menos.

Y solo eso me bastó para decirle lo que yo necesitaba.

—Quiero que vengas. Yo también te necesito Joseph.

—¿En serio?

—Sí.

Y después de hablar con él y concretar su llegada para mañana, colgué y me dijo “te quiero”. No sabía lo que mi corazón había sentido al escuchar de otros labios esas simples palabras ¿Por qué era todo tan complicado?

Me levanté del sofá y fui a la que era mi habitación... Suspiré al ver que ahí

seguía. Me acerqué y con manos temblorosas cogí el marco. Una foto mía con Martín abrazándome por la espalda y besando mi mejilla. Era mi foto favorita. Me senté en el suelo, reposando la espalda en mi gran cama de matrimonio y las lágrimas hicieron acto de presencia para hacer que me humillara aún más.

Flash Back

— ¡Belén! Cariño ¿Dónde estás? —Preguntó Martín desde el salón.

Yo estaba en la habitación sacando de su caja, mi preciosa cámara de fotos. Martín, me la había regalado la noche anterior por mi cumpleaños y estaba loca por estrenarla. Cuando ya la tenía en mis manos, sentí su presencia en mi espalda. Me abrazó en el mismo momento en el que puse la cámara delante de nosotros y le di al botón. Al hacer la foto, le di la vuelta para ver que tal había salido, era la foto más bonita que había visto. Martín abrazándome por detrás, mientras besaba mi mejilla y yo con una gran sonrisa.

— ¿Te gustó la cámara? —Preguntó sonriente.

—Me encanta, mira que foto más bonita. Esta la sacaré y colocaré en un marco en la mesilla.

—Me gusta la idea, así al despertar, lo primero que verás será nuestra imagen feliz —respondió besando mis labios con dulzura.

Flash Back

Ese día fue intenso y lleno de felicidad, aunque todos los días con Martín, eran así y por eso no podía creer que todo lo que teníamos se hubiese ido a la mierda por culpa de una “zorra” que se propuso separarnos. Escondí la cabeza entre mis piernas y seguí lamentándome por todo. Hasta que escuché mi nombre desde el salón. No podía ser, no ahora, no él.

— ¡Belén! ¿Dónde estás? —Preguntó acercándose hasta la puerta de mi habitación. Esta se abrió y Martín al verme echa un ovillo en el suelo, corrió hasta mí y me cogió en brazos.

Yo estaba tan desesperada, tan cansada que prácticamente estaba inconsciente, pero no, no lo estaba y de mi boca salieron cosas que quería soltar y que quería que Martín supiera.

—¿Por qué Martín? ¿Por qué lo hiciste? Éramos felices y lo jodiste todo. Eres un, “gilipollas”. —Mi voz sonaba desesperada y perturbada. Martín, no dijo nada, solo me acariciaba la espalda con cariño.

Sentí como Martín se sentaba en la que era nuestra cama, conmigo entre sus brazos. Sentí su respiración chocar en mi frente y una lágrima mojó la misma. Levanté la mirada y lo vi. Estaba llorando, se me partió el alma verle así ¿Por qué todo era tan complicado? Entre nosotros, las cosas cada vez irían a peor, por eso no quería verle. Eran demasiadas cosas las que tenía en mi corazón guardado. Amor, dolor, rencor y más amor. Todo eso mezclado.

Se dio cuenta de mi mirada y la bajó, nuestros ojos se cruzaron y por unos segundos o quizás minutos, no dijimos nada. Solo nuestras miradas, entre ellas hablaban y se decían todo lo que necesitaban escuchar. Poco a poco, fue bajando su cara y la juntó a la mía. Solo un roce de nuestros labios me hizo estremecer y esa fue la clave para Martín. Juntó nuestros labios y me besó desesperado. Metió su lengua en mi boca y gemí al sentirla. Sus labios aprisionando los míos, formando el perfecto puzle. Nuestros labios se daban ese calor abrasador que tanto nos encantaba y así, besándome, recordé todo y cada uno de los momentos vividos con este hombre.

Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo y yo por instinto me dejé. Él, era el dueño de mi cuerpo, de mi alma, de mi corazón. Mi mente me estaba jugando una mala pasada, estaba bloqueada en este momento. Era el perfecto encuentro y aunque mi cabeza minutos antes, solo pensaba como decirle todo

lo que pasaba por ella. Ahora estaba atraída a otro mundo. Martín me llevaba a otro mundo, nuestro mundo.

—Te amo, mi pequeña peleona —susurró con nuestros labios pegados.

No respondí, no podía hacerlo. No porque no lo sintiera, si no, porque no me sentía con deseos de hacérselo ver. No quería que supiera que mi corazón aún le pertenecía. Me levanté y me senté a horcajadas encima de él. Martín, soltó un gruñido al sentir nuestros sexos pegados. Comencé a rozarme, con las ropas aún puestas. Su lengua pasó por mi cuello y bajó hasta mi canalillo. Sentir su lengua de nuevo, era lo que necesitaba. Necesitaba que me recorriera entera. Necesitaba sentirle entero a él.

—Hazme tuya de una vez, por favor. Te necesito —supliqué desabotonando su camisa despacio.

Martín, no apartaba sus ojos de los míos y era como si el tiempo entre nosotros no hubiera pasado. Como si siguiéramos juntos, en nuestros encuentros, en nuestro amor. Él, no lo pensó y metió los dedos de ambas manos entre los huecos de los botones de mi camisa y la abrió entera, haciendo saltar los botones. Me dejó en sujetador, pero poco duró, ya que sus manos, pasaron hasta mi espalda, acariciándola despacio. Me abrió el sujetador y poco a poco, este fue bajando y desapareciendo en el suelo, junto con mi camisa rota. Martín, lo tenía claro y yo también. Su lengua llegó hasta mis pechos y lamió mis pezones despacio. Se metió uno en la boca, succionándolo. Me estaba volviendo loca y me hacía gemir con solo su lengua.

— ¡Dios! —Suspiré desesperada por tenerle dentro.

Me levanté y con mi pequeña mano, lo empujé para que se acostara en la cama. Desabroché el cinturón de su pantalón y por consiguiente le ayudé a quitarse los pantalones junto con su ropa interior. Verle desnudo después de tantos meses me hizo gemir. Martín volvió a sentarse y con manos

temblorosas, me desabrochó mis pantalones, me los bajó y junto con ellos el tanga que llevaba puesto. Me dejó completamente desnuda ante él. No le dejé reaccionar y me senté encima de su erección, llenándome por completo y haciéndole gruñir al mismo tiempo en el que yo gemía de placer, de ese placer que me hacía sentir el tenerle dentro de mí, al fin.

— ¡Joder! —Gruñó con nuestros labios pegados.

Yo me movía despacio, sin prisa. Quería volverlo loco. Quería volverme loca, pero poco a poco, no teníamos que correr. Sus manos agarraron mi culo y los apretó con ganas. Sabía lo que eso provocaba en mí. Entonces comencé a moverme con más fuerzas, con más deseo de tenerlo más adentro de mí. Todo lo posible quería tenerlo.

—Te necesito más fuerte, más duro —susurré entre gemidos.

Martín, se levantó conmigo encima y me tumbó en la cama. Sus movimientos comenzaron lentos y con mis pies le empujaba a que me llenara aún más. Era tal la desesperación de tenerle, de que me amase, de que me recordase para siempre. Pegó nuestros labios y mientras nuestras lenguas jugaban, él, comenzó a moverse más deprisa, más duro, más fuerte, así como yo lo quería, como yo se lo pedí, como yo lo necesitaba. Gemí, gemí como una loca y Martín de oírme a mí, gruñía en mi boca. Nos bebíamos nuestros gemidos y entonces sus manos comenzaron a recorrerme entera. Sentí sus dedos bajar desde mis pezones hasta mi sexo. Ahí, abajó tocó mi clítoris y comenzó la tortura. Mientras me penetraba, me tocaba ese punto de deseo.

—Así Martín... Quiero más, mucho más.

—¿Qué quieres pequeña? —Preguntó con voz ronca.

—Te quiero a ti. Te necesito a ti —respondí casi por instinto.

Me di cuenta al momento de lo que le había confesado. No quería decirle lo que sentía, ni mucho menos que se hiciera falsas esperanzas.

—Yo también te quiero... Perdóname pequeña. No vuelvas a dejarme, por

favor.

Su voz angustiada hizo que mi corazón se quebrara ¿Sería que realmente estaba arrepentido? No, eso es imposible. Martín, no dejó que mi mente comenzara a pensar, así que me besó y con ese beso, ambos terminamos. Llegando al más fuerte colapso, cayendo al vacío, sin saber si abajo... en esa oscuridad habría alguien para cogernos. Supongo que nosotros mismos estaríamos para cogernos sin dejarnos caer.

Capítulo 11



Esa noche Martín, después de hacerme el amor como había soñado durante meses, se quedó conmigo. Dormimos juntos después de tantos meses de angustia, pero me sentía rara y la verdad, mi cabeza, aunque sabía que le amaba a él, no dejaba de dar vueltas. En Joseph y la llamada que me hizo. Le pedí que viniera, ahora no sabía si realmente fue una buena idea pedirle eso y menos después de haberme acostado con Martín. Joder... En qué lío me estoy metiendo. La cosa estaba en que amaba a Martín, pero también quería a Joseph.

Al despertarme, miré a mi lado y Martín no estaba. Suspiré al recordar la noche que habíamos pasado y mi cuerpo tembló. Me levanté, enrollé la sabana en mi cuerpo, caminé hasta el baño y miré por si Martín, estaba en su interior. Como no estaba, salí de mi habitación y me lo encontré en la cocina, con una toalla alrededor de su cintura y el pelo mojado, se había duchado. No se da cuenta de mi presencia y me relajo viendo sus movimientos en la cocina. Estaba preparando algo para desayunar. De pronto, se da la vuelta y me mira, sonrío al instante y viene hacia mí. Camina despacio, pero decidido y al llegar a mi altura, pasa sus fuertes brazos por mi cintura y me acerca a su cuerpo. Su olor me inunda los sentidos y siento que voy a desfallecer en cualquier momento.

—Buenos días —susurró en mi oído y besó mi cuello.

Quería apartarle de mí y hacerle entender que, no porque nos hayamos acostado, ya lo nuestro se había arreglado, pero no podía. Mi mente estaba nublada, mi cuerpo bloqueado y solo podía mirar sus ojos y sus labios. Mi corazón se saldría del pecho en cualquier momento y ahí, sí que estaba perdida. Lo amaba, claro que lo amaba y lo amaría por siempre, pero no

confiaba en él, no después de aquello, después del engaño. Me separé de él y conseguí que me soltara la cintura. Martín, me miró achicando los ojos y negué al mismo tiempo en que el timbre sonaba.

—¿Esperas a alguien? —Preguntó y yo no respondí.

Mi cuerpo se puso en tensión y solo rogaba que no fuera Joseph aún. De ser así, se me caería la cara de vergüenza, por haberle hecho venir y esperarlo desnuda y con mi ex novio, con el hombre que me destrozó el corazón. El timbre volvió a sonar y yo seguí anclada en el suelo.

—¿No abres? —Habló mientras caminaba en dirección a la puerta.

Yo caminé y cogí su brazo para impedir que abriera la puerta. Martín me miró y frunció el ceño. Estaría pensando que me volví loca y en cierto modo así era. Estaba loca, había perdido la cabeza. Me había acostado con el hombre que amo, después de meses sin verlo y que por su culpa había sufrido, consiguiendo que me uniera a Joseph. Me desespero por culpa del timbre.

—No abras, por favor —supliqué—. Es alguien que... es mi... mi novio —susurré y Martín, se tensó.

—¿Tu novio? —Preguntó arrugando la frente. Sabía que estaba cabreado—. Claro, Joseph. Ese hombre que estuvo cuando yo te engañé. El que sanó cada parte de tu dolor ¿Verdad?

—Martín... Lo siento ¡Joder! Lo siento, pero tú te encargaste de que lo nuestro se fuera a la mierda —exclamé caminado a mi habitación e ignorando el timbre de la puerta.

Martín, vino tras de mí hecho una furia y cierra la puerta de un portazo. Mi móvil comienza a sonar y lo cojo para ponerlo en silencio. Esta conversación que Martín y yo íbamos a tener, era la que necesitábamos, no quería que nadie nos interrumpiera, aunque ese alguien estuviese en la puerta de mi apartamento queriendo entrar a verme.

—¿Te crees que lo he pasado mejor que tú? ¿Acaso piensas que yo no tengo corazón?

—Yo no he dicho eso, pero si lo nuestro terminó, fue por tu culpa —repetí ganándome una mala mirada.

La verdad dolía y como dolía... Él, sabía que yo tenía razón, pero se rehusaba a admitirlo ¿Por qué? No lo sé. Algo había que yo no sabía, algo escondía Martín.

—Belén... Yo estaba borracho, no estaba en mis cabales cuando Yolanda se metió en mi cama ¡Joder! —explicó pegando una patada a la mesilla de noche.

—Lo siento, pero me cuesta creerlo.

—¿Y por qué te cuesta creer eso? Jamás te engañé, nunca en mi vida he salido con Yolanda, nunca en mi vida te he engañado y la primera vez que lo hago, no lo recuerdo y encima te pierdo. —Hablaba demasiado rápido y con lágrimas en los ojos se acercó a mí.

Yo me aparté con un nudo en el estómago. No podía más con todo esto y realmente sonaba convincente todo lo que él me decía, pero me costaba creerle y no entendía el por qué. Es verdad que Martín, jamás miró a Yolanda, creo que ni siquiera se habían saludado e incluso coincidido en algún lugar. No sabía cómo actuar, como enfrentar esto. Lo único que mi mente tenía, era que me había engañado y que, por culpa de eso, me fui y mi corazón se estaba abriendo para otra persona. Ya era tarde para volver al pasado, o eso pensaba yo.

—Sé que te he perdido ¿Y sabes por qué lo sé? —Negué con los ojos llenos de lágrimas—. Porque no quieres que Joseph me vea, porque si ese hombre no te importase lo más mínimo, te daría igual y le dirías quién soy. —Quise hablar, pero puso un dedo en mis labios—. No te pido que lo hagas... No puedo hacer eso, no sería justo para ti y mucho menos para mí. Solo una cosa

te pido.

—¿El qué?

—Aclara tus sentimientos y si es a mí a quién amas... Búscame Belén, yo siempre te estaré esperando —propuso con la voz temblorosa mientras cogía su ropa y comenzaba a vestirse.

Mi corazón se hizo trizas al oírle decir eso, pero tenía razón, tenía que aclarar mis sentimientos y darme cuenta a quién amo en realidad. Lo único que me frenaba era el maldito recuerdo de aquellas malditas fotos, aquellas imágenes quedaron grabadas en mi mente y mi corazón, era por eso que me costaba perdonarle ¿Si no puedo perdonarle, como haré para saber si es a él al único que amo?

—Eso que me pides es complicado —respondí con un nudo en mi garganta.

—Lo sé. Primero tienes que perdonarme, pero eso tienes que hacerlo tú... Yo lo único que puedo decirte, es que jamás te engañaría estando sobrio. En mis cabales nunca se me pasaría por la cabeza hacerlo. —Se acercó a mí y cogió mis mejillas—. Yo te amo Belén. Eres la mujer de mi vida y la única que tengo en mi corazón, en mi mente a todas horas y en mi organismo. Sin ti, no puedo vivir y estos meses han sido los peores de toda mi vida, pero también sé que tú has sufrido mucho más y me siento culpable por ello... Solo me queda pedirte perdón.

Asentí y besó mis labios. Nuestras lágrimas se mezclaron con nuestro beso. Martín, agarraba mis mejillas con amor, con mucho amor y realmente sentí todo lo que me había dicho, sentí que era verdad todo lo que me decía, pero el dolor del recuerdo me puede y hace que no quiera saber nada más. Al separarnos, me mira, se encoge de hombros y termina de vestirse. Al acabar, camina hasta la puerta de mi habitación, echa una última mirada atrás y cruza sus ojos con los míos.

—Adiós Belén... Te esperaré el tiempo que sea necesario, así que olvídate de

esa devolución que me pediste. —Fruncí el ceño y me quedé pensando.

—¿De qué devolución hablas? —Me reí al darme cuenta de que hablaba.

—Jamás te devolveré tus besos. Son míos y de nadie más. —Salió y cuando escuché la puerta, sentí pasos acercarse a mi habitación.

— ¡Belén! —Gritó Joseph.

Suspiré y caminé hasta el salón. Joseph me esperaba, reposando su cuerpo en la pared. Me mira y en esa mirada veo desconcierto. Se había cruzado con Martín, y a saber lo que le dijo. Me acerqué a él, con lágrimas en los ojos y abrió los brazos para aferrarme a él. Pensé que se apartaría, que me odiaría, pero no, Joseph no hizo eso. En cambio, me abrazó, me acunó y beso mi cabeza mientras acariciaba mi pelo. Así abrazados caminamos hasta el sofá y nos sentamos. Yo no podía parar de llorar y me sentía tan ridícula por estar así, por haberme acostado con Martín, minutos después de haberle suplicado a Joseph que viniera. Era una egoísta, una maldita egoísta y no me merezco a ninguno de los dos. Ellos me aman y yo, no sé a quién elegir.

—¿Estás mejor? —Preguntó alzando mi cabeza escondida en su pecho.

Lo miré y negué mientras mis ojos volvían a llenarse de lágrimas. Había llorado tanto que me quedaría seca en cualquier momento. Cogió mi barbilla y pegó sus labios a los míos. Mis labios recibieron los suyos con gusto, pero no sentí lo mismo que días atrás. Será que el haber besado a Martín, haberme acostado con él, me hizo darme cuenta de que no sentía nada por Joseph ¿Será que pasó eso? Nos separamos y él me guiñó un ojo apenado.

—Lo siento Joseph. No pretendía hacerte venir para esto... Las cosas no han salido como yo esperaba y ahora... ahora no sé lo que siento. Mi mente me dice que tú eres quien me hará feliz, pero...

—Pero tu corazón te lo impide —respondió por mí y asentí.

Era un hombre demasiado bueno para estar enamorado de mí. Yo únicamente le traería dolor a su vida, jamás sabré si le amo o no, jamás podré

corresponderle como él se merecía y por eso quería que se buscara a alguien que sí le amara de verdad, que le hiciera feliz. Me levanté y él me siguió, abrazándome por la espalda. Aspiró el olor de mi cuello y lo besó con dulzura.

—Te has cruzado con... —dije y me paró de nuevo.

—No me lo digas. No tienes por qué darme explicaciones. De igual manera no hace falta ser inteligente para saber que el hombre que salió de esta casa hace menos de veinte minutos es el hombre del cual estás enamorada —expresó dándome la vuelta para mirarme—. Déjame decirte que él también está enamorado de ti, aunque me joda, así es.

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuando me vio, agachó la mirada avergonzado y me dijo algo. —Fruncí el ceño y le insté a que siguiera—. Me dijo que te hiciera feliz, que te merecías ser feliz de una vez, así como él no pudo hacerlo... Ah y que, si te hago daño, me buscará y partirá las piernas. —Reímos juntos por ello y me abrazó—. Belén, no sé qué pasó entre vosotros antes de que yo llegara, pero está claro que ese hombre te ama y que tú le amas a él... Deberías darle otra oportunidad.

—No sé qué hacer Joseph... —Suspiré—. Me engañó y no puedo borrarlo de mi mente así de rápido, no sé cómo hacerlo. Sé que me quiere, pero ¿Y yo? No sé lo que siento, no sé si puedo hacerlo. —Mi voz sonaba angustiada y me enfadé conmigo misma.

No tendría que haber venido de nuevo a Madrid, tenía que haberme quedado en Barcelona e intentar ser feliz con este hombre que tengo delante. Él, puede ser el que me ayude a olvidarlo todo, a olvidar a Martín, y el amor que siento por él. Dicen que del amor al odio hay solo un paso y es verdad, porque yo sentía por Martín, un amor- odio, que no podía controlar y aunque había momentos en que me encantaría perderme entre sus brazos, hay momento en

que me encantaría patearle las pelotas y odiarle con todas mis fuerzas. No podía hacer ni una, ni otra ¿Por qué era tan patética? Con lo fácil que es ir a buscar a Yolanda y gritarle en su cara lo guarra que fue al meterse en cama ajena, porque ella sí que tenía sus cinco sentidos puestos ¿Y cómo lo sé? Pues porque ella no bebe... Al pensar eso, algo dentro de mí se encendió ¿Será que Martín dice la verdad? ¿Será que Yolanda, fue quién provocó todo? Ella no bebe y Martín, no es que sea un borracho y al no estar acostumbrado el alcohol sube muy rápido.

Me tensé y Joseph se dio cuenta al instante. Me había quedado pensando demasiado tiempo y eso no era buena señal. Le miré y le dije:

—Necesito que me acompañes a buscar a alguien.

Capítulo 12



Joseph no sabía a quién buscaba, no me atrevía a decirle nada por si acaso. Estaba claro que tenía que ver a Yolanda y decirle todo lo que sentía, pero ¿Serviría de algo hacerlo? Nos metimos en el coche de Joseph y le hice meterse en pleno atasco de Madrid. Yolanda vivía a media hora de mi apartamento y en taxi, se me iría bastante dinero.

La mirada concentrada de Joseph, me ponía nerviosa. Sabía que algo quería decirme, estos meses de conocerlo, me han servido para saber que piensa, que siente. Lo miré y cogí su mano que tenía en la palanca de cambio del coche. Me miró y sonrió de lado.

—¿Dónde se supone que vamos? —Preguntó por fin.

Miré por la ventanilla y suspiré. No quería decirle a donde, o a quien buscaba, seguramente él, no estaría de acuerdo conmigo y me lo impedirá. Joseph se metió por el primer desvío que pilló y abrí los ojos sorprendida ¿Qué le pasaba? Lo miré y él no dijo nada, simplemente buscó con la mirada donde aparcar y cuando vio un hueco libre, aparcó el coche.

—Pero ¿Qué haces? Tengo que ir a un sitio. —Le miré con desesperación y él agarró mis manos.

—Dime de una vez a donde vamos, o no te llevaré a ningún sitio —respondió y agaché la mirada—. Belén, sé que quieres verla a ella, a esa mujer que hundió todo ¿Te crees que por ir a hablar con ella se arreglará todo? Yo creo que es un error y que deberías hablar con Martín y aclararlo todo —expresó apenado. Yo sabía que decirme eso le dolía—. Perdónale y sé feliz. Te lo mereces.

Las palabras de Joseph, dolían pero también me alentaban a buscar a Martín

y hacer lo que me pedía, ser feliz. La única pega en todo esto, era que necesitaba tiempo para saber si realmente mi amor es tan fuerte para poder perdonar la traición.

Joseph, me miró expectante, esperando una respuesta por mi parte, pero ¿Qué le diría? No tenía respuesta, no aún. Salí de mi apartamento con la intención de patearle el culo de zorra a Yolanda y por culpa de sus palabras, ahora no me apetecía hacerlo, dándome cuenta del error que iba a cometer si lo hacía, porque ¿De qué serviría? El daño ya estaba hecho.

—Vamos al bar de mi amiga Luisa. No sé nada de Lara y quiero ver a mi sobrino —le pedí levantando las manos a modo de rendición.

Joseph soltó una carcajada y yo le seguí enseguida. Volvió a arrancar y le dije más o menos por donde tirar para llegar al bar de Luisa. Me sentía bien con él, se estaba convirtiendo en un buen amigo, de esos en los que puedes confiar, así como Lara con Cristian. Él, era el amigo que ella necesitaba en aquel momento, el único que la escuchó en los malos momentos y ahora era yo, la que tenía un amigo así. Podía confiar ciegamente en Joseph, lo sabía, es por eso que me dolía tanto no poder darle más de lo que ya le daba. Una simple amistad y nada más, aunque para llegar a este momento me hubiera acostado antes con él.

— ¿Puedo poner la radio? —Pregunté en tono conciliador. Joseph asintió y me dio carta blanca para poner lo que a mí me gustara.

Comencé a dar a los botones para buscar algo decente que oír en la radio, hasta una de mis canciones favoritas estaba sonando. Dejé de buscar y Joseph me sonrió complacido, parece que acerté con la canción. La canción de Pastora Soler: Por si volvieras era una de las canciones más bonitas que había escuchado de esa cantante y ahora me hacía sentir como si me dijera lo que yo estaba viviendo.

**Cada noche hay una rosa en la cama, por si volvieras...
Y no he cambiado ni una cosa de lugar, por si volvieras.
Y he pedido a Dios, que no sufra de amargura,
Que esa aventura que él empezó, no se le haga tan dura,
Como mis besos que aún lo desean, y me arañan la boca por ser tan
idiota de quererlo amar.
Por si volvieras aún me queda en una esquina,
La esperanza que retrasa mi condena,
Por si volvieras aún me queda ese silencio,
Y esas manos que una vez fueron las mías.
Por si volvieras, por si quieres enredarte una vez más entre mi cuerpo,
Hay tantos besos y promesas, presumiendo de grandezas,
Que hoy mendigan sin rumbo por calles desiertas.**

Ya casi estábamos llegando y realmente no había llamado a Luisa para saber si estaba en el bar ¿Y si llegaba y no había nadie? Entonces como si me estuviera escuchando, mi móvil sonó con una llamada de Luisa. Lo cogí y el “Holaaaaa” de mi amiga, me hizo reír a carcajadas. No sabía por qué me sentía tan bien, pero algo tenía que ver con las ganas que tenía de ver a Martín para hablar con él.

—Holaaaaa. Belén ¿Dónde estás?

—Iba para el bar ¿Por qué?

—Lara ya salió del hospital y le hemos preparado una fiesta sorpresa. Fui a buscarte al apartamento, pero no estabas y por eso te llamo... La próxima vez que llegue un tío bueno a la casa me lo dices ¿Lo traes verdad?

Al oír eso, me quedé pensando en cómo fue que se enteró de que había venido Joseph. Entonces me di cuenta que se lo diría Martín y claro, si él le dijo a Luisa que había venido mi novio, es porque cree que no hay esperanzas

para un nosotros y eso en parte me dolía.

—¿Te lo dijo Martín?

—Sí... Lo siento, no quería molestarte —se disculpó y sonreí.

—No te preocupes ¿vale? Estoy llegando al bar. En dos minutos estoy ahí... Por cierto ¿Él, está allí?

—Sí, pero está pensando irse porque no quiere verte con tu novio.

Mi corazón se comprimió y sentí como me quedaba sin aire... Abrí la ventanilla del coche para que entrara aire y Joseph se preocupó en seguida. No podía ser así, no quería que Martín se fuera y mucho menos, que pensara que Joseph era mi novio, porque no lo era. Luisa me hablaba y yo no le respondía, no podía hacerlo, no sabía que decirle. Bueno algo sí que le diría.

—Necesito que me ayudes en una cosa Luisa.

—Lo que quieras Belén... Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

Le expliqué a Luisa lo que quería que hiciera y todo bajo la atenta mirada de Joseph. Este no se podía creer lo loca que estábamos y es que cuando nos juntábamos en algo, éramos algo más que una bomba. Cometer locuras entre nosotras era lo que yo echaba mucho de menos, porque me daba vida, ellas me daban esa vida que me negaba a sacar de nuevo por miedo a volver a sufrir. Quería a mis amigas, bueno a mis hermanas, porque eso, eran para mí.

—Bueno ¿Crees qué es buena idea? —Preguntó Joseph de pronto sacándome de mis pensamientos de locura.

Sonreí como una tonta y asentí. Él, se encogió de hombros y volvió a poner sus ojos azules en la carretera. Condujo en silencio, no hablamos más y es que en este momento, sobraban las palabras. Él, sabía lo que tenía que hacer y yo solo esperaba que esto que pretendo hacer haga reaccionar a Martín, a mí Martín. Me muero por él, me muero por tenerle de nuevo entre mis brazos, aunque todavía me cueste confiar en él. Supongo que es cuestión de

tiempo que la confianza llegue de nuevo a su punto neutro. Minutos después, estábamos frente al bar. Mis nervios se hicieron visibles y mis piernas comenzaron a temblar tanto, que tuve que agarrarme del brazo de Joseph para no caerme.

—Tranquila, saldrá bien. Ya lo verás —me tranquilizó Joseph con sus palabras y no podía estar más agradecida con él.

—¿Por qué eres así de bueno conmigo? Es que no lo entiendo Joseph, en serio. Se supone que viniste porque te dije que te necesitaba, pero no así, no de esta manera y aun así, te has quedado ¿Por qué? —Pregunté a punto de echarme a llorar. Él, cogió mis mejillas y me dio un dulce beso en los labios que duró unos minutos.

Joseph era dulce y apasionado a la vez. Eran de esos hombres que con solo una mirada, podría hacer que te descongelaras, con un beso te hacía estremecer, por eso no entendía su afán de ayudarme a volver con otro hombre que no fuese él. Se supone que está enamorado de mí y yo como se lo pago, amando a otro con la misma intensidad con la que él me ama a mí. Al separarnos, me miró y secó esas lágrimas que tenían ganas de salir de una vez.

—Porque te quiero y solo con verte feliz, lo seré yo. —Suspiró—. Sería egoísta de mi parte hacer que te quedes conmigo, aun sabiendo que tu corazón le pertenece a ese hombre que te ama tanto o más que yo... Y yo, no soy así, yo prefiero verte feliz con él, antes de que seas infeliz conmigo.

—Nunca sería infeliz contigo Joseph. Eres un hombre maravilloso y cualquier mujer caería rendida ante ti.

—Cualquier mujer, menos tú... —Expresó apenado— Lo siento. No quise decir eso... Venga, entremos ya, que no quiero perder ni un segundo más sin ver la cara de tú chico al verte llegar de mi brazo —habló alzando las cejas sugestivamente provocando que saliera una carcajada de los más hondo de mi

garganta.

Comenzamos a caminar y ya me sentía mejor. El haber hablado con él y haber podido aclarar eso que tenía clavado en mi pecho, como si una espinita se me hubiera quedado ahí, fue lo que me ayudó a concentrarme en el plan. Hoy sí o sí conseguía que Martín se pusiera las pilas y luchara por mí, por nosotros, por este amor que crecía aún más en mi alma y mi corazón.

Al entrar en el bar. Lo primero que vi, fue a Luisa colgando la pancarta de bienvenida Lara y Ángel, junto con Cristian. Este, la mirada embelesado y no me podía creer que aún no estuvieran juntos, si estaba más que claro que se gustaban los muy tontos. Ellos no me habían visto todavía, entonces, cuando emprendo camino hacia ellos, la imagen de Martín saliendo del almacén con una caja entre sus brazos, se cruza frente a mí. Él, me mira a mí y luego a Joseph, para luego bajar la mirada a nuestros brazos entrelazados. Su sonrisa se esfuma, en el momento en el que Joseph, comienza con su trabajo y me da un beso en los labios. Nos separamos y ya Martín, no está frente a nosotros, sino que está sentado de espaldas a la salida. Eso hace que Luisa mire en nuestra dirección y sonría al darse cuenta del cabreo de Martín.

— ¡Belén! Por fin llegáis —Gritó Luisa corriendo hasta nosotros.

Miró a Joseph con una sonrisa lasciva y este tragó saliva. Vaya que se han gustado, pensé de pronto. Mi amiga me abrazó y estando así me dijo:

—Qué bueno está y que ojazos.

Menos mal que me lo dijo al oído y Joseph no lo escuchó, porque no quería que se sintiera incomodo por culpa de la calentorra de mi amiga. Me reí de su comentario y después de darle un beso en la mejilla, me separé de ella y señalé a mi acompañante para presentárselo.

—Joseph, ésta es mi amiga Luisa. Luisa este es mi “novio” Joseph —dije haciendo comillas con los dedos. Como Martín no me estaba mirando no se daría cuenta de mi acto.

—Encantado Luisa, tu amiga me habló mucho de ti y veo que no se equivocó.

—¿En que no se equivocó? —Preguntó Luisa frunciendo el ceño y mirando con una mirada asesina.

—En lo guapa que eres —respondió y vi como Luisa babeaba con solo eso. Decidí dejarlos solos hablando y yo fui a ayudar a Cristian a colgar los globos de colores. Cuando llegué hasta ellos, Martín, tenía la mirada perdida en un punto fijo, en sus zapatos para ser más exactos y Cristian, estaba inflando globos. Me acerqué a él y después de saludarle, me puse a colgar los globos que ya estaban inflados. En todo momento quise hablar a Martín, pero no me atrevía ¿Y si no quería hablar conmigo? ¿Y si me rechazaba? Esas preguntas que tenía en mi cabeza y sin una maldita respuesta. Entonces, pensé hacer algo, me acerqué sigilosa y me senté a su lado. Martín, se tensó al sentirme y levantó la mirada, cruzándola conmigo. Nuestros ojos se encontraron y es aquí donde quiero quedarme, donde quiero morir. Rendida en su mirada.

Capítulo 13



—Hola ¿Puedo sentarme a tu lado? —Pregunté y él asintió sin quitar su mirada de la mía.

—Ya estás sentada.

—Claro, que tonta.

Martín, no paraba de mirarme y en un momento me puse bastante nerviosa, era como si el tiempo nos hubiera llevado a cuando nos conocimos. Mi mano fue hasta la suya inconscientemente y él pegó un repullo. No se esperaba que yo hiciera eso, aunque ni yo misma me lo esperaba, solo quise hacerlo y lo hice, así, sin más. Le di un apretón y él pasó sus dedos por mis nudillos, acariciándolos lentamente.

—Lo siento Martín —me disculpé y él frunció el ceño.

Se levantó y tiró de mí, me llevó hasta el almacén del bar y cerró la puerta con pestillo. Se dio la vuelta y se puso de rodillas ¿Por qué hacía eso? Me arrodillé junto a él y lo abracé. En estos brazos tenía que estar y no debí salir de ellos. Martín me apretó, aferrándome a él y comenzó a llorar desconsolado. Me dolía demasiado verle así e hice que me mirase. Cuando lo hizo, sequé esas tontas lágrimas con mis pulgares y pegué mis labios a los suyos. Nos fundimos en uno solo, porque eso éramos y nada ni nadie conseguiría separarnos de nuevo. Nunca más. Cuando nos apartamos Martín, pegó su frente a la mía.

—¿Esto significa que me perdonas? —Preguntó en un hilo de voz. Yo acaricié su mejilla y asentí reprimiendo mis lágrimas.

—Sí, eso significa... Perdóname por hacértelo pasar tan mal.

—No me pidas perdón, me merezco todo eso y más. Eres tú la que tiene que perdonarme a mí, no merezco esto y lo que te hice no tiene perdón, pero es

que tampoco... —Le callé con mis labios.

No quería escuchar más, no quería saber nada de lo que pasó aquel día. Ahora solo necesitaba ser feliz con él, con el hombre que amo y amaré el resto de mi vida. Porque sí, lo comprendí, entendía que mi corazón se blindó con tanta fuerza que nadie más que él conseguiría romperlo. Martín cometió el error, un error que escondía algo y que yo estaba dispuesta a descubrir. Únicamente esperaba que, de tanto menear la mierda, no saliera nada más y me arrepintiera de haber dado este paso y perdonarle.

Salimos del almacén y ya habían llegado, Lara y Rubén junto con mi ahijado. Lara me miró a mí y luego a su hermano, para después, mirar nuestras manos entrelazadas. Me sonrió y se acercó a nosotros chillando como una loca. No se podía creer lo que estaba viendo. Nos abrazó y al separarse grita:

— ¡¿Estáis juntos de nuevo?!

— ¡Sí! Estás loca —respondí de la misma manera y los tres comenzamos a reír.

—Me alegro mucho por los dos. Ya se me hacía raro no veros así. Os merecéis ser felices —expresó Lara entre lágrimas.

Martín la abrazó y Rubén llegó hasta nosotros con mí Ángel en sus brazos. Me acerqué a él y después de darle dos besos, lo cogí entre mis brazos y lo achuché dándole muchos besos en sus mofletes. Rubén al ver a Lara llorar, fue hasta ella y la abrazó por la espalda. Yo no escuchaba nada más, estaba completamente cautivada por este bebé precioso, que con solo esos ojitos que tanto me recordaban a Martín, me miraba tan despierto. De pronto, sentí unas manos en mi cintura y me di la vuelta comprobando quien era el dueño. Martín me sonrió y besó mi cabeza.

—Te quiero —confesó mientras acariciaba la mejilla de su sobrino.

—Yo también te quiero —respondí y se le escapó una lágrima.

Era como si él, pensara que yo no lo quería o simplemente no recordaba lo

que era escuchar de mis labios esa simple palabra que para algunos, puede ser una tontería pero para nosotros que lo sentimos, es lo más bonito del mundo. Caminamos hasta donde estaba Luisa hablando con Joseph y aunque Martín iba receloso por el hecho de que Joseph, estaba enamorado de mí, se acercó a él y le extendió su mano derecha a modo de saludo. Le dio las gracias por hacer que yo volviese con él, viendo la alegría en los ojos de Martín y la tristeza en los ojos de Joseph ¿Por qué el amor es así de complicado? Había veces que era mejor no enamorarse, blindar el corazón para que nadie lo dañara, pero entonces no viviríamos.

—¿Habéis vuelto? —Preguntó Luisa con una sonrisa marcada en su preciosa cara.

—Sí —respondí y mi amiga me abrazó con cuidado de no aplastar al niño.

Minutos después, Lara me lo arrebató y mi amiga me achuchó como decía que me merecía. Eran tan buenas mis amigas, las adoraba y sé que ellas me adoraban a mí.

Habíamos montando una buena fiesta, de esas que tanto echaba de menos. Lara, la muy loca, se bebió unos cuantos tequilas. Lo achacó a que le encantaban desde el día que se enamoró en aquella discoteca de su policía favorito. Estaba como una cabra y claro eso era lo que Rubén, amaba de ella. Toda la noche estuve fijándome en Luisa, babeando por mi amigo y no era para menos, Joseph, estaba como un queso, pero ese babeo a otra persona no le hacía gracia y eso que se mataban vivos. Aun no entendía cómo es que después de ver como se miran, no estén juntos. Cristian estaba hasta las trancas por mí Luisa, pero como ella era cabezona al más no poder, pues no le daba coba. El pobre parecía pasarlo realmente mal.

Me levanté de la silla y fui hasta Lara para hablar con ella, pues es la única que sabe todo lo que pasa por la cabeza de Cristian, ya que se han hecho

inseparables, tendrá que saber algo y si no es así, que lo averigüe.

—Hola —saludé a mi amiga. Estaba dándole de comer a su bebé.

Yo no era la madre de la criatura, pero me estaban entrando unas ganas de tener uno. Era un niño precioso, perfecto y cada vez me encandilaba más.

—Deja de mirar al niño así ¿O, es qué me estás mirando la teta? —Soltó de pronto haciendo que me carcajease.

—No digas tonterías, aunque ahora que lo dices tienes unas tetas enormes. — Seguíamos riendo y Rubén se acercó hasta nosotras.

—¿Estabais hablando de tetas? —Habló con el ceño fruncido—. Si es así, seguro que es sobre las tetas de mi Lara ¿A qué sí?

— ¡Rubén! —Regañó Lara.

—¿Qué? Es verdad. Las tienes enormes y ya estoy loco por...

—Vale, demasiada información de golpe —me quejé poniendo cara de asco y Lara le dio una colleja a Rubén.

Verla darle la colleja, me hizo cruzar una mirada con Martín, y ambos sonreímos. Siempre que él decía cualquier chorrada o simplemente algo que a mí me molestaba, le pegaba, aunque siempre acabamos riéndonos de eso mismo. Eran buenos tiempos y quería recuperar el que había perdido por culpa de la zorra de Yolanda. Mi expresión cambió al recordarla y me obligué a mí misma a no mirar así a Martín, o la cosa no saldría bien. Tenía que poner de mi parte, teníamos que volver a ser uno, como lo éramos antes. Después de que Lara regañara a Rubén unas mil veces más, decidió dejarnos solas o su mujer al final le cortarían las pelotas por ser tan bocazas, así que ya estábamos solas para poder maquinar algo. Teníamos que hacer que nuestros amigos se unieran de una vez.

—¿Qué pasa? —Preguntó Lara haciendo que la mirase. Me había quedado pensando mientras veía a Cristian resoplar—. ¿Por qué miras tanto a Cristian?

—No pienses cosas raras —respondí poniendo las manos en alto a modo de defensa—. ¿No te das cuenta de cómo mira a Luisa? Lo está pasando mal el hombre. Me da hasta pena —expliqué y ella lo miró. Asintió, pues no se había fijado en eso.

—La verdad, ahora que lo dices, es cierto. No deja de mirarla y cada vez su cara se estruja más por el cabreo que intenta esconder. —Alcé las cejas dándome cuenta de que Lara lo conocía bastante bien. No me sorprendí porque ellos, habían pasado, mucho tiempo juntos.

Me quedé callada unos minutos, mientras Lara, seguía observando a Cristian. La miré a ella de nuevo y tenía el ceño fruncido, como si estuviera pensando algo. Lara + ceño fruncido y callada = a cagada monumental o esperemos que sea lo que sea, que estaba pensando, no acabara mal. Le toqué el hombro, haciéndola volver de su trance.

—¿Qué has pensado?

—¿Por qué crees que he pensado algo? —Me rebatió.

—Lara, te conozco. Me faltó parirte, así que desembucha.

—A veces, me jode que me conozcas tan bien —dijo fingiendo enfado y claro no le salía y ponía una cara bastante extraña.

—La próxima vez que quieras pensar algo, que no sea en alto. No es que te haya escuchado, pero ¡Dios!, si te has quedado con la boca abierta mientras mirabas a Cristian con la mirada perdida. —Ambas soltamos una carcajada y asintió dándome la razón.

Lara me miró y sonrió asintiendo. Sabía que decía la verdad. Se levantó y cogió mi mano para que la acompañara a saber dónde, porque no me había dicho aun lo que había pensado. Caminamos hasta Cristian, y éste, al vernos, frunció el ceño desconcertado. Ambas nos sentamos en las sillas que había rodeándolo a él. No tenía escapatoria y esta noche, sí o sí, le haríamos ver que tiene que conseguir que Luisa, salga con él. Lo único era que él quisiera,

aunque tal y como la miraba, suponíamos que sí.

—¿Qué queréis? —Preguntó arrugando la frente y sonriendo de lado, enseñando su lado de chico malote o como decía Lara “el guaperas” Me reí al recordarlo y los dos me miraron como si me hubiera vuelto loca.

La verdad es que Cristian, era bastante guapo. Rubio, ojos azules, sonrisa de infarto, cuerpo de adonis. Un guaperas en toda regla y no entendía como mi amiga Luisa, podía dejarlo escapar, yo no lo haría.

—Nada ¿Por qué tenemos qué querer algo de ti “guaperas”? —Preguntó Lara reprimiendo una sonrisa.

—Lara. Hace bastante que nos conocemos y en este tiempo he aprendido algo de ti —expresó Cristian cruzando sus fuertes brazos en su pecho.

—¿El qué? —La voz de Lara sonó graciosa y no sabía si era porque Cristian, era más listo de lo que ella pensaba o porque realmente estaba nerviosa.

—Que cuando me dices “guaperas” es porque quieres algo y por lo nerviosa que estás, es algo gordo, así que habla de una vez si no quieres que llame a Rubén y te obligue él —amenazó y mi amiga soltó una carcajada, contagiándome a mí.

Desde luego, no sé si lo que su cabeza ha pensado resultará, pero por lo menos reírnos, nos reiremos un rato, porque cuando a Lara se le ocurren cosas, es una locura. Recordé cuando conocí a Martín y Lara, se metió en la relación porque al principio yo, no le caía bien. Cuando comprobó que yo no era como ella pensaba, nos reímos bastante al contarme todas las tonterías que había cavilado para jodernos la relación, era toda una locura y sigue siendo una loca.

Capítulo 14



Lara, seguía sin soltar prenda y lo único que hacía era sonreír con cara de poseída, es ahí cuando Cristian y yo, nos miramos con miedo. Lara estaba más loca, que una autentica cabra. Llegó Rubén hasta nosotros y se sentó al lado de su mujer. Cristian, con la llegada de su amigo, vio el cielo abierto.

—Rubén ¿Puedes decirle a tú mujer qué deje de mirarme así? Me pone los pelos de punta —refirió Cristian moviendo las manos y Rubén se rio al ver a Lara—. Canija, por favor ¿Qué estás pensando? Me da la sensación de que quieres matarme y cortarme en cachitos.

— ¡Cristian! —Regañó Rubén.

—¿Pero no ves los ojos de loca?

—Serás gallina —se defendió Lara que, por fin habló.

Yo miraba a los tres con la boca desencajada. Desde luego, me había perdido demasiadas cosas estos meses. En ese momento, recordé a mi hermano y que aún no le había llamado desde que llegué, de seguro estaba preocupado o algo peor, cabreado.

Entonces me levanté, mis amigos estaban tan metidos en su conversación que siquiera, se dieron cuenta. Martín, estaba en la barra preparando algo de beber, cruzamos una mirada y me guiñó un ojo haciendo que me derritiera. Le mandé un beso y salí al exterior. Iba a llamar a mi hermano y dentro era imposible con tanto ruido. Cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón y busqué en la agenda el número de mi hermano. Roberto me lo cogió al quinto tono.

—¿Belén?

—Hola hermanito ¿Me echabas de menos?

—Hasta que por fin llamas ¿Te pasó algo?

La voz de mi hermano sonaba más preocupada de lo normal y comencé a

asustarme. Pensé que a lo mejor le había vuelto a dar un infarto y entonces mi cuerpo se tensó. Si era eso lo que le había pasado y yo no había estado con él, no me lo perdonaría.

—Belén ¿Sigues ahí?

—Eh, Sí. Lo siento. Te noto preocupado ¿Pasó algo?

Roberto se quedó callado, yo no podía dejar de pensar en que algo grave había pasado, pero ¿Por qué mi hermano no hablaba? Sentí la necesidad de montarme en el coche y conducir por horas, hasta llegar a Barcelona. Si mi hermano no me decía de una vez que ocurría, lo haría sin miramientos.

—Papá..., murió, Belén —declaró mi hermano con la voz entrecortada—. Fue anoche. Necesitamos que vuelvas... Mamá, te necesita.

Me quedé bloqueada, no me esperaba esa noticia, no imaginaba que eso pasara algún día. Mi padre había muerto, nos había dejado. Se fue, sin hacer las paces con nosotros. Me puse nerviosa y no le respondí a mi hermano, colgué el teléfono y me quedé con la mirada perdida en el horizonte. No tuve una buena relación con mi padre, jamás, pero tampoco quería que le pasara nada, era mi padre y lo quería. No sabía qué hacer ¿Ir o no? Estaba hecha un lío, era un manojo de nervios. Tenía que decírselo a Martín. Quería que viniera conmigo. No podía viajar así, con estos nervios. No quería ir sola, necesitaba el apoyo y amor de él.

Cuando me disponía a entrar para decirle a Martín lo que había pasado, alguien cogió mi brazo bruscamente para hacerme voltear. Cuando vi la persona que me había agarrado así, me quedé paralizada. No la esperaba y tampoco la creía capaz de buscarme. Yolanda, me miraba con cara de, “hija de puta” y “ojos de zorra”. Lo tenía todo y estaba a punto de cogerla de los pelos cuando me di cuenta de su abultada barriga. Estaba embarazada. Inconscientemente mi mano se fue hasta mi boca, tapándola por la sorpresa. No me lo podía creer y ella al darse cuenta, sonrió con cinismo.

— ¡Vaya sorpresa encontrarte aquí, Belén! —Su voz sonaba con burla y si no fuera porque estaba embarazada, ya estaría sin pelos, porque se los habría arrancado.

— ¡Sí, que sorpresa, verte aquí! —respondí con el mismo tono de bruja.

Muestras miradas mataban y si alguien se interponía entre nosotras, acabaría sin vida. La imagen de Yolanda frente a mí, llegaba en el peor momento de mi vida y solo esperaba que no me hiciera tambalear, que no provocara un cambio en mi vida, porque entonces no sabría qué hacer.

—¿Volviste con Martín? —Preguntó poniendo los brazos en jarras.

— ¡Eso, a ti no te importa! —respondí y ella sonrió acercándose a mí con chulería.

Yolanda se tocaba la barriga y alzaba las cejas de forma despectiva, como si con ello, quisiera decirme algo. Entonces me di cuenta y abrí los ojos tanto, que se me saldrían en cualquier momento. Ella, al cerciorarse de que había entendido sus señales, asintió con una sonrisa ladeada. Se sentía superior a mí y mi corazón no podía soportar nada más. Yo no soportaba más y esto era lo último que me podía pasar.

—¿Es de él? —Pregunté en un susurro casi audible.

—¿Tú qué crees?

— ¡Eso es mentira! ¡Martín, me lo habría dicho!

—¿Crees que eres importante para él? Si así fuera, no te habría ocultado esto... No eres nadie, no te quiere. Solo piensa una cosa. Si tanto te quiere como seguro te ha dicho ¿Por qué no te lo dijo?

Me estaba matando y no podía escucharla más. Desesperada me acerqué a ella y le pegué un guantazo, doblando su cara por la fuerza que había empleado. Ya no podía soportarla y solo esperaba que alguien saliera del bar y viniera a separarme de ella, porque de no ser así, me iba a importar muy poco que estuviera embarazada.

— ¡Cállate! ¡No tienes ni puta idea de lo que él siente...!

—La verdad duele y esto que ves, es lo que te separará de él. Recuerda que ya lo has perdido.

— ¡Eres una maldita zorra! —Grité echa una furia, mientras alguien, me agarraba de los brazos para prohibir que me abalanzara sobre ella—
¡Suéltame!

—No, hasta que no te calmes. —Escuché su voz. Era Martín el que me tenía agarrada.

Me solté como pude y me di la vuelta para gritarle lo que estaba reteniendo en mi pecho. Martín me miraba con miedo, con el mismo miedo con que lo miraba yo. Ese que nos hacía darnos cuenta, que todo iba a acabar en cualquier momento. Éste, sí era el fin de Martín y yo. Intentó acercarse a mí, pero me alejé negando. Las lágrimas estaban a punto de salir, me estaba obligando a mí misma, a no derramarlas ante estas dos personas que habían jugado con mis sentimientos, sacando mi corazón de cuajo y tirándolo a la basura.

—Por favor, Belén. No te alejes de mí de nuevo. Te necesito y te quiero — sollozó Martín, pero yo no podía volver a mirarlo a la cara y no pensar en su mentira—. Ella no significa nada para mí... Es verdad que está embarazada, pero yo no sé si realmente es mío. Yo no me acuerdo de nada, Belén.

No quería escucharle, no quería saber nada más sobre esa noche, la noche que acabó con mi vida. Me di la vuelta para mirar a Yolanda y ésta, fingía dolor. La muy... no sabía que calificativo ponerle ya. Agaché la cabeza y no pude retenerlas más. Mis lágrimas salieron inundando mi alma.

—No puedo más —susurré dolida.

En ese momento, salió del bar Lara que, al vernos corrió hasta mí y miró mal a Yolanda, aunque pronto su vista fue hasta su hermano. Se acercó a él y le pegó una bofetada. Nunca me imaginé que Lara le pegara a su hermano,

nunca pensé que todo esto me iba a pasar a mí. Necesitaba salir de aquí, largarme y no volver jamás. Me iría de nuevo, volvería a Barcelona y esta vez, para siempre. Caminé despacio hasta Martín, y me paré justo delante de él, dejando escasos milímetros entre nosotros. Necesitaba decirle todo lo que mi corazón se negaba a decir. Necesitaba decirle todo lo que mi mente, se negaba a olvidar.

—Yo... te amo y siempre te voy amar, pero esto no puedo dejarlo pasar. — Suspiré y acaricié su mejilla—. No sé si será tuyo o no, pero no puedo estar contigo y olvidar esto. No puedo mirarte a la cara, sin dejar de ver la mentira.

—Belén, por favor. Te lo ruego, no te vayas otra vez, no me dejes otra vez — suplicó.

—Lo siento, pero esta vez no te voy a escuchar.

—Belén —susurró Lara angustiada.

La miré y me abracé a ella. Lara, siempre había sido mi apoyo, siempre fue junto con Luisa, la hermana que nunca tuve. Tener que irme así, no me gustaba, menos dejar de verlas a ellas de nuevo, pero las cosas nunca salen como uno quiere y esta vez, no podía echar la mirada atrás. Tenía que irme, tenía que volver.

Había pensado ir a Barcelona con Martín, pero me iré sola y no sé si algún día volveré. Lo único que en este momento tenía claro, era que no iba a seguir con él. Solo hacía horas de nuestra reconciliación y me entero de todo esto. El embarazo de Yolanda, no es algo que se pueda ignorar y si Martín es el padre, no seré yo la que no dejé que haga su papel. Ese bebé necesita un padre y él, tiene que estar ahí. No iba a permitir que naciera y creciera sin esa importante figura. Yo lo sufrí y sé el dolor que se siente, el no tener el amor de tu padre.

—Habrá algo que pueda hacer, por favor —volvió a decir.

—Sí, solo una cosa quiero que hagas por mí —frunció el ceño—. Quiero que

cuides a ese bebé, que estés ahí... No olvides que un padre es importante y tú, tú eres el suyo —expresé señalando la barriga.

—No es mío, estoy seguro y lo voy a probar —respondió Martín cabreado.

Joseph y Luisa salieron en nuestra busca y este al verme llorar, vino hasta mí y se puso delante de Martín. Yo le cogí del brazo, no quería que se enfrentara a él y menos que se formara una pelea por culpa de Yolanda que, estaba disfrutando con todo lo que estaba pasando. Lara se acercó a ella y la cogió del pelo. Fui hasta ella y la obligué a soltarla. Los gritos de Yolanda, alertaron a Rubén y Cristian, ya estábamos todos fuera. Era una locura como todo se había salido de control.

Yo estaba en medio mirando a Martín y Joseph, que se mataban con la mirada. Lara queriendo coger a Yolanda. Rubén intentando tranquilizarla. Luisa, fue la única que vino hasta mí y me sacó, dejándolos a todos allí tirados. Me llevó hasta su coche y nos metimos en él.

—Vamos a casa. Te das una ducha y verás que todo se verá con más claridad —propuso Luisa, pero yo no estaba tan segura de ello.

—No creo que una ducha arregle el problema. He perdido a Martín y esta vez, para siempre.

—No digas eso —respondió mientras arrancaba—. Sé que Martín metió la pata, Belén, pero yo no creo que ese bebé sea suyo. Además, sabes que Martín cuando bebe, no es persona y cae rendido en la cama con la borrachera.

Lo que decía Luisa, era verdad, pero eso no quitaba que ese bebé pudiera ser suyo y solo con eso, hacía que yo me fuera. No iba a quedarme para ser infeliz, porque sabía que me pasaría.

En todo el trayecto hasta al apartamento que compartía con Luisa, mi móvil no había parado de sonar. Lo miré y tenía llamadas de Martín, Joseph e incluso de mi hermano. Al ver la llamada de Roberto, recordé que le había

colgado sin decirle nada, pero tampoco estaba en este momento para hablar con nadie. Únicamente necesitaba dormir horas y al despertarme, darme cuenta de que todo fue un sueño.

Capítulo 15



Habían pasado horas desde que Luisa me había sacado del bar y aún mi teléfono seguía sonando ¿Acaso, no se daban cuenta de que no quería hablar con nadie? ¿Acaso necesitaban señales de humo para enterarse de una maldita vez? Estuve a punto de tirar el móvil contra la pared para hacerlo añicos, pero no lo hice.

Estaba acostada en mi cama, mirando el techo de la habitación, pensando en todo lo que en tan poco tiempo había pasado, recordando aquel día, recordando las fotos.

¿Y si Martín decía la verdad? No sabía si correr el riesgo. Volver con él, puede que fuese un error, pero estaba hecha un lío y no sabía que pensar.

Luisa me había dejado sola, volvió al bar pues nos habíamos ido sin decir nada y seguro que Lara estaría preocupada. En el tiempo que me quedé sola, mi mente comenzó a darle vueltas a todo y Joseph, también entró. Recordé que él, había venido por mí, que me amaba, que estaba haciéndole daño y no se lo merecía. Porque él, era un hombre de verdad, solo esperaba que alguna mujer, lo hiciera feliz como se merecía.

Me levanté y fui hasta la cocina para prepararme un café, la cafeína en este momento, era lo mejor para mí. Puse la cafetera en el mismo instante en el que la puerta comenzó a sonar. Resoplé exasperada, solo rezaba para que no fuera Martín, y mucho menos, Joseph. No estaba preparada para hablar con ninguno de los dos. Caminé hasta la puerta y la abrí, llevándome una mala sorpresa. Silvia estaba frente a mí y ella nunca traía nada bueno. Éramos amigas, sí, pero después de lo que le hizo a Lara, nuestra amistad se quedó en segundo plano.

—Hola Belén ¿Puedo pasar?

Me quedé mirándola, sopesando si dejarla pasar o no, pues ella no era la mejor compañía y seguro venía a hablarme de Yolanda. Al final, la dejé pasar y se sentó en el sofá.

— ¿Qué quieres Silvia? —Pregunté rápidamente. Lo que sea que viniese a decir, que fuese rápido. No tenía ganas de estar con ella en un mismo lugar y mucho menos a solas.

— ¡Vaya!, directa al grano —respondió y asentí—. Solo venía para ver si estabas bien.

Al decirme eso, me sorprendí y me senté a su lado. La relación que Silvia y yo teníamos, siempre fue buena y si no es por lo que pasó con Álvaro, aún seguiríamos siendo amigas. Pero yo no podía perdonarle lo que le hizo a Lara, ella es muy importante para mí y no me gustó verla sufrir durante meses. Silvia me miraba expectante como si esperara que le dijera algo, en realidad era ella la que tenía que hablar, pues había venido para algo ¿no?

—Siento venir así, sin avisar y más, después de lo que ha pasado en el bar —refirió y apiñé la boca cabreándome.

—¿Cómo sabes lo qué ha pasado en el bar? Bueno, no me lo digas... Yolanda te lo contó ¿Verdad? —Pregunté con sarcasmo.

Ella asintió fingiendo pena, pero yo sabía que por dentro estaba disfrutando. No entendía que hacía aquí ¿Para qué vino? Se supone que ella y yo, no tenemos nada que ver ¿Qué pretendía? Tenía que averiguarlo y sobre todo, no dejarme influenciar por ella.

—Belén, perdona por venir, en serio, te juro que solo vine para saber cómo estabas, pero ya veo que estás mal —afirmó—. Sabes que puedes contar conmigo, no como tus amigas... Lo siento no quise decir eso.

—¿Y qué has querido decir Silvia? Porque no me creo que solo hayas venido para saber cómo estoy. Ya, nos conocemos... —Se levantó ofendida y me miró.

—Estás ciega Belén, porque tus “amigas” esas por las que tú has perdido tantas cosas ¿Dónde están? —Preguntó y yo no sabía que responder a esa pregunta— ¿Ves? No están aquí, tú estás sola... Mira Belén, te juro que no vine con malas intenciones pero la primera que debería estar aquí, es Lara.

— ¡Cállate ya Silvia! —dije levantándome del sofá. Estaba harta de escucharla—. En serio, vete. No quiero escuchar más.

Ya sabía a qué estaba jugando y no quería que me llenara la cabeza de tonterías y mucho menos que me pusiera en contra de mis amigas, de Lara. No se lo iba a permitir, aunque tuviera razón en lo que decía. Me dolía todo lo que estaba pasando y sí, estaba sola, pero porque yo así lo pedí.

—Está bien, me iré, pero antes te haré una pregunta —suspiré cabreada— ¿De qué parte crees que se pondrá Lara? Tuya no, porque Martín, es su hermano y tú, su amiga ¿Crees que estará de tu lado? ¡No seas tonta Belén y abre los ojos de una vez!

Aunque me jodiera, tenía razón en todo lo que decía. Martín al fin y al cabo era su hermano y en este caso, soy yo la que sobro en sus vidas, así que lo mejor es que me vaya, total, ya pensaba irme. Asentí mirando a Silvia y sonrió complacida. Ya, había conseguido lo que quería y ahora sí, se largaría de mi apartamento, bueno, del apartamento de Luisa, porque ni aquí soy bien recibida ya. La acompañé a la puerta y cuando abrí, Lara estaba a punto de tocar el timbre. Al ver a Silvia, frunció el ceño y su expresión cambió a enfurecida, no la soportaba, no se soportaban ambas.

— ¿Qué coño haces aquí? —Preguntó Lara en tono despectivo.

—Vine a abrirle los ojos a Belén y parece que lo conseguí ¿Verdad? —Mal metió Silvia.

—¿De qué está hablando esta estúpida, Belén? —La voz de Lara cada vez se cargaba más de odio y no quería tener que decirle lo que Silvia me hizo pensar y darme cuenta de las cosas.

Lara, entró en la casa. Silvia no se fue, seguiría envenenándome hasta el final y no quería que eso pasara. Me puse en medio de las dos, pues se miraban como fieras y conociendo a Lara como lo hacía, la creía capaz de abalanzarse sobre ella. La odiaba demasiado para perder la oportunidad.

Silvia, se acercó a mí y se puso a mi lado cogiendo mi brazo y haciendo que Lara se cabrease más. Me solté de su agarre y me senté en el sofá. Estaba muy cansada, lo que más quería, era irme a Barcelona de una vez por todas y no volver jamás.

—¿A qué estás jugando Silvia? ¿Qué vienes ahora, como amiga del alma? — Escupió Lara.

—Vengo como amiga, solo. No como tú —respondió y ya me temí lo peor.

—Perdona ¿Qué has dicho? Yo siempre seré su amiga, más que tú ¿Por qué no te largas con Yolanda?

Seguían peleándose entre ellas y me puse las manos en los oídos para no escuchar más. Me tenían cansada y no se callaban. Me levanté, me situé en medio de las dos para callarlas de una santa vez.

— ¡Callaros ya! Me tenéis cansada —exclamé alzando la voz.

—No puede venir aquí y decirme que yo no soy tu amiga ¿De qué va? — Claudicó Lara.

—No es eso, Lara. Ella lo único que me dijo, es que Martín es tu hermano y yo, al fin y al cabo, soy solo tu amiga. Siempre te pondrás de su parte — expliqué y Lara me miró sorprendida mientras negaba—. No creas que me molesta que eso pase, lo entiendo, pero no deja de dolerme, Lara.

—Belén, no me creo que pienses eso. Ya sabes que eres muy importante para mí y que sí, Martín es mi hermano, pero él fue quién la cagó, no tú. Sería muy “hija de puta” si te diera de lado. Jamás haría eso y lo sabes...

—Bueno..., eso está por verse —susurró Silvia cortando a Lara.

Mi amiga se acercó a ella y sin que me diera tiempo a agarrarla, le dio una

bofetada que le dobló la cabeza. Cogí a Lara del brazo y la atraje hasta mí para impedir que la golpeará de nuevo. No quería que se pelearan y aunque sabía que Silvia, se merecía ese odio y mucho más, no me gustaba que Lara, peleara con nadie. Ella, es una mujer muy tranquila, de hecho, era la más tranquila de las tres, pero se ve que con el engaño de su ex marido, Álvaro, ella cambió y no aguanta una.

—Deja de agarrarme ¡Joder! Se merece que la golpeé por “zorra “—gritó Lara enfurecida—. ¿No tenías bastante con quitarme a Álvaro, qué ahora me quieres quitar a Belén? ¿No tienes bastante? —Preguntaba enfurecida.

—Silvia, será mejor que te vayas, por favor —hablé yo antes de que ella le respondiera a Lara.

—Sí, será mejor que me vaya. Total, no sirvió de mucho mi visita —expresó caminado hasta la puerta—. Lo último que te voy a decir es que el bebé que espera Yolanda, es de Martín, aunque él se niegue a reconocerlo. —Y dicho eso, se fue, dejándome a mí ahora cabreada.

Me senté de nuevo en el sofá y mis ojos se llenaron de lágrimas. Lloraba porque me sentía ridícula, estúpida, por confiar de nuevo en Martín y dejar que me engañase de nuevo. Porque me podría haber dicho lo de Yolanda, y a lo mejor las cosas serían de otra manera, pero no, él tenía que escondérmelo, tenía que engañarme de nuevo.

Lara, se sentó a mi lado y cogió mi mano derecha, me dio un apretón y la miré. Ella me secó las lágrimas que derramaba por su hermano y en ese momento, pensé lo que Silvia me había dicho. Es verdad que yo solo soy una amiga y Martín es y siempre será su hermano, sangre de su sangre y quiera o no, siempre tendrá que apoyarlo.

Me solté de su mano y me levanté, caminé hasta la ventana y ahí me derrumbé del todo, pues tenía que decirle a Lara lo que pensaba, tenía que sincerarme y después despedirme de ella..., despedirme para siempre.

—¿Sabes una cosa? —Pregunté entre sollozos—. Creo lo que Silvia me dijo. Martín siempre será tu hermano y tú, aunque no quieras, siempre tendrás que estar de su lado, aunque la culpa haya sido suya —expresé secándome las lágrimas.

—No me creo lo que estás diciendo ¿En serio le harás caso? —Preguntó con la voz temblorosa. Sabía que estaba a punto de desmoronarse—. Sé que Martín es mi hermano y sí, le apoyaré en todo lo que pueda, pero no en esto, no en lo que te ha hecho ¿Me crees tan mala? —Negué mientras me secaba mis lágrimas con fuerza—. No te entiendo Belén. Martín, no te dijo lo de Yolanda, es verdad, pero porque él, no cree que ese bebé sea suyo. Además, si le diste la oportunidad ¿Qué más da que esa mujer vaya a tener un hijo? Eso no tiene por qué cambiar lo que ambos sentís ¿O sí?

—Dices que no te pones de su parte en lo que refiere a Yolanda, pero me preguntas eso. No te entiendo Lara. Sí, cambia todo, porque yo no puedo vivir sabiendo que él, ha dejado a su bebé por mí —dije con la voz rota de dolor.

Me sentía mal, estúpida y no sabía cómo iba a poder llevar esto adelante. Me había vuelto a hacer ilusiones, había vuelto a pensar en casarme con él, ser feliz de una vez, pero no, parece que el destino no quiere que estemos juntos y se lo pasa separándonos.

Me acerqué a mi mejor amiga y sin decirle nada la abracé. Lara me recibió y me apretó fuerte. Yo sabía que ella me quería y que siempre me apoyaría en cualquier decisión, pero yo, jamás podría seguir aquí viéndola sufrir por su hermano, mientras intento rehacer mi vida de nuevo, aunque me cueste mucho conseguirlo.

—Me voy, Lara. Vuelvo a Barcelona y esta vez, no sé cuándo volveré o si volveré. —Sollocé.

—Lo sé... Te echaré de menos —me besó en la mejilla y se separó de mí

para marcharse—. No te olvides nunca de nosotras, por favor. Siempre esperaremos tu llegada, aunque tardes, pero vuelve. —Asentí y se fue.

Me senté en el sofá y subí las piernas al mismo, me agarré de las rodillas, mientras escondía la cara entre mis piernas. En este momento, me siento la peor amiga del mundo, la peor mujer y siento que me merezco todo lo que me está pasando.

Por ejemplo: había muerto mi padre y en vez de salir pitando para Barcelona, me había quedado para esperar si las cosas se arreglaban ¿Qué clase de hija soy? Mi padre y yo, no teníamos la mejor relación, pero seguía siendo mi padre... Me merecía todo lo que me pasaba y no esperaba encontrar la felicidad jamás.



Horas más tarde.

Estaba cansada de seguir sentada en el sofá esperando a que el tiempo pasara, pero no, para mí las horas no pasaban. Parecía que se quedó congelado el tiempo en el momento que vi a Yolanda tocando su vientre mientras miraba a Martín. No quería seguir pensando en eso, así que preferí levantarme del sofá y arreglar las maletas para volver. Era lo mejor que podía hacer, pero había algo en mí que no dejaba que lo hiciera ¿Será que no quiero irme? ¿Será que sigo esperando a que Martín, venga a convencerme para que no me vaya? Eso último ni siquiera debería pensarlo, se supone que yo, soy la que lo deja ir, la que le obliga a seguir con Yolanda. No estaba segura de que ellos estuvieran juntos y, aun así, dejo que esté con ella, aunque él se niegue a hacerlo.

Fui hasta la habitación y saqué de debajo de la cama, las dos maletas que días atrás había traído, para volver a llenarlas con lo mismo, mi ropa y mi humillación. Suspiré evitando las ganas de llorar que volvía a tener. Me iba a quedar seca de tantas lágrimas que había derramado y lo peor, ninguna, era por mi padre. Por él, no derramé ni una mísera lágrima, pero es que no me salían, no las sentía.

—Lo siento, papá —susurré sentándome en la cama cansada—, pero nunca tuve ese amor que yo necesitaba y te pasaste amargándonos la vida, a mi hermano y a mí... De verdad quiero llorar tu muerte, pero los recuerdos, los malos recuerdos no me dejan hacerlo. —Hablé con él, como si me estuviera escuchando, en realidad puede que sí lo estuviera haciendo.

Abrí la maleta y saqué la ropa de los cajones que había cercanos a la cama. Paré unos segundos y me quedé contemplando la habitación, esta que tantos

recuerdos guarda. Pensar en la primera noche que pasamos juntos Martín y yo, la primera vez que hicimos el amor, fue aquí y no podría olvidarlo aunque quisiera, pero en realidad no quiero. No quiero olvidar nada de lo que he vivido junto a él, no quiero tener que enterrar el amor que sigo sintiendo por él, porque sería como borrar mi vida, porque Martín, me dio los mejores años de la misma.

Mientras guardaba la ropa, el timbre de la puerta sonó. Bufé un poco cabreada. No tenía ganas de recibir más visitas y más, sabiendo que en cualquier momento Martín, estará frente a mí. Caminé hasta la entrada y abrí la puerta después de contar hasta cincuenta. Al abrirla, un Joseph muy cabreado entró sin permiso y a saber, lo que estaba soltando por la boca, porque lo decía tan bajito que no le oía. Me acerqué a él, y cogí su brazo para que se diera la vuelta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Pregunté y me arrepentí al ver su cara enfurecida.

—¿En serio me estás preguntando eso? O sea, que yo voy al bar para estar contigo o ayudarte con tu relación que, por otro lado, parece joderse por momentos y me preguntas que me pasa ¿Es en serio, Belén? —No sabía que responder ¿Y, si era una pregunta trampa? —. Déjalo, ni siquiera sabes que me vas a decir.

— ¡Joder! Perdona, Joseph. No sabía que pasaría todo eso y de verdad no quise dejarte allí, pero necesitaba estar sola —sollocé y eso le ablandó un poco.

Nos sentamos en el sofá, él cogió mis manos, las acarició como siempre hacía para calmarme. Sinceramente, no sabía si él, tenía poderes o simplemente hace unos masajes de miedo, pero conseguía relajarme.

—Belén, se supone que somos amigos y que estoy para los momentos malos también. Sabía que querías estar sola, pero sola, no arreglas nada —expresó

agachando la mirada—. Ya hablé con tu hermano y me dijo lo de tu padre. Lo siento mucho y si quieres volver a Barcelona, sabes que yo, me voy contigo. Además, tengo que volver ya, tu hermano sin mí, se agobia en el trabajo. — Sonreí y acaricié su mejilla.

—Me sería tan fácil enamorarme de ti, pero no puedo y me jode ¡Me jode no poder darte el amor que te mereces! —Grité levantándome.

Estaba harta, cansada de estar así, cabreada conmigo misma por no ser como mi padre siempre quiso que fuera. Por no poder corresponder a la adoración de un hombre que sí, se merecía mi amor, por no poder olvidar al hombre que amo con toda mi alma y que me engaña de nuevo. Soy una estúpida y no merezco el cariño de nadie. Joseph, se levantó y me abrazó por la espalda, poniendo su barbilla en mi hombro.

—No te preocupes, Belén. Yo sé que no puedes hacerlo, aunque no pierdo la esperanza de oír de tus labios, algún día, un “te quiero”. Con eso, me conformo —susurró en mi oído.

Me di la vuelta y clavé mis ojos en los suyos, me acerqué y besé sus labios con dulzura. Necesitaba de su amor, de ese que me daba para poder olvidar. Al separarnos, me sentí mal por utilizarlo de esta manera.

—Yo te quiero Joseph —declaré y él sonrió complacido.

—Lo sé.

Llegó el momento, me voy al fin, regreso a casa. Eso diría, si fuese feliz con mi partida. Pero no lo soy y menos, tener que despedirme de todos. En este momento, estoy en la calle metiendo las maletas en el coche de Joseph, y siento que me voy de nuevo dejando mi corazón aquí ¿Será que algún día Martín me lo devolverá? Ya se lo pedí una vez, le dije que me devolviera mis besos y con ello mi vida entera, pero se negó, alegando que yo lo tenía todo, incluido los suyos, pero no, yo no tenía nada.

—¿Estás preparada? —Preguntó Joseph y negué.

Aún no estaba preparada para dejarlos a todos aquí, no estaba preparada para subirme a ese coche y volver a irme sin echar la vista atrás, dándome cuenta que en realidad no quería irme, pero que necesitaba hacerlo. Era todo muy contradictorio y sentía que me volvería loca en cualquier momento.

Me quedé un momento mirando a la nada, esperando que pasara algo o que viniera alguien, pero no, no pasó nada, así que, con el corazón encogido, abrí la puerta del coche y me senté. Joseph, me miró esperando a que yo le dijera que arrancara. Asentí mientras una lágrima rodaba por mi mejilla y con ella, todas las que quisieron salir llenado mi corazón de dolor, aún, más dolor del que ya sentía. Joseph arrancó y antes de siquiera cruzar la línea, escuché:

— ¡Belén, no te vayas! —Miré a esa persona que me había gritado y mi corazón comenzó a latir desbocado.

Todos estaban ahí mirándome y cuando digo todos, es porque estaban: Lara, Rubén, Luisa, Cristian y detrás de todos ellos, Martín.

— ¡Para el coche, por favor! —supliqué y Joseph, me hizo caso.

Me bajé del coche y corrí hasta mis amigas, esas que yo sabía que no dejarían que me fuera sin vernos por última vez, esas que estoy segura vinieron a intentar convencerme para que no me marchara, esas a las que echaré de menos.

—No te vayas, Belén. Necesito que confíes en mí —expresó Lara y frunció el ceño.

¿A qué se refería con que confiara en ella? ¿Qué quería decir con eso?

La miré y negué, sintiendo mucho todo, pero tenía que irme, tenía que salir de este lugar que tantos recuerdos tenía.

—No puedo, Lara. Tengo que irme, porque si no lo hago, sufriré demasiado y no puedo más —respondí reprimiendo las ganas locas de volver a llorar.

Mientras que Luisa y Lara, me abrazaban, mi mirada solo iba hasta una

persona en concreto, porque estaba escondido, entre Rubén y Cristian, después de todo, no lo entendía. Entonces ¿Para qué vino? Estoy cansada de querer que Martín, luche por mí y ver que no lo hace, cansada de querer que todo esto solo sea una pesadilla y sigo levantándome por las mañanas sabiendo que es real.

Me separé de mis amigas, caminé hasta los chicos y los aparté de mi camino, teniendo como único objetivo llegar hasta Martín y despedirme de él, aunque pareciera una persona egoísta, porque esto nos hacía daño, tanto daño que... No sabía que más hacer. Lo amaba y eso era lo único que mi mente y mi corazón me decían en este momento. Quería besar sus labios por última vez, quería probar lo amargo del engaño, lo doloroso de la despedida. Llegué hasta él, y sin darle tiempo a responder, hice lo que dictaba mi corazón, le besé.

Justo en ese momento... En ese efímero momento, sentía que todo podía salir bien. Que podía quedarme, luchar por lo nuestro y ganar esa guerra que tan injustamente nos habían declarado. Al separarnos, Martín tenía sus ojos anegados en lágrimas al igual que yo. Levanté mis manos y me encargué de quedarme con ellas, secando sus mejillas.

—Te amo y siempre te amaré. Eso no lo olvides jamás —declaré rompiendo mi corazón en pedazos.

Me abrazó, se aferró a mi cuerpo y era la primera vez en mucho tiempo, que me quemaba estar así con él, era la primera vez que necesitaba separarlo de mí o me quedaría.

Hice que se volviera a mirarme, para ver sus ojos por última vez, sí, me iba. Me marcharía y esta vez, si era para siempre. Martín, dándose cuenta de mi decisión, pegó de nuevo nuestros labios y minutos después, se separó de mí y me dejó marchar, cosa que sabía que Lara, le recriminará cuando me fuese.

Las chicas no podían creer nada de lo que habían visto y yo, tampoco, pero

así eran las cosas, así hemos decidido que pasaran.

—Lo siento. Siento haber venido e irme de nuevo. Siento todo lo que ha pasado, no me odiéis por no volver más —referí secando mis mejillas.

Estaba siendo la despedida más dolorosa de mi vida. Nunca me gustaron y realmente jamás sentí lo que hoy, con mi partida. Pero si no lo pasaba ahora, sería mañana o pasado, y al final, ocurriría sin más. Lara negaba mientras se sorbía la nariz. Les estaba haciendo demasiado daño, ahora que más felices deberían estar con la llegada de su hijo.

— ¡No puedes decirnos eso, Belén! —exclamó Luisa.

— ¡Eso! ¿Cómo pretendes que vivamos ahora sin ti? —Preguntó Lara.

—Tenéis que dejarla ir... Ella lo necesita —habló Martín antes de que yo respondiera.

Suspiré y Lara le echó una mirada asesina. Esto se pondría feo en cualquier momento y prefería no estar delante.

—Claro, para ti es fácil ¿No? Lo jodes todo. Ella, volvió para quedarse, pero tú y tus movidas la echaron de nuevo —escupió Lara—. ¿Es qué no te duele qué se vaya? ¿Es qué no vas a luchar por ella? Se merece tu lucha, se merece tus lágrimas. Desde luego, Martín, eres un... ¡Gilipollas! y me has decepcionado.

Jamás escuché a Lara hablarle así a su hermano y aunque se mereciera todas y cada una de sus palabras, me dolía ver su cara al oír todo lo que su hermana le había soltado en menos de dos segundos.

—Yo, yo. Lo siento —respondió y se fue.

— ¡Eso, huye como haces siempre! —Gritó enfurecida—. Pero, ¿qué coño le pasa por la cabeza a este niño? —Seguía Lara.

—Lara, mi vida. Déjalo estar ya ¿Sí? —sugirió Rubén.

—Es que no puedo ¡Joder! Ellos se quieren y que, por culpa de una “hija de puta”, sus vidas se separen, no lo veo justo. —Lara se acercó a mí, me abrazó

y me dijo al oído: “Lo siento,” y después se marchó tras su hermano.

Luisa, me miró y secó sus lágrimas, aunque yo sabía que ella sí me apoyaba en mi decisión de marcharme para siempre, doliéndole como le dolía. Me abrazó por última vez y después de despedirme de Cristian, y decirle que cuidase a mi amiga, me volví a subir en el coche para irme de una vez.

Ahora sí, había llegado el momento de irme ¿El momento que esperaba o que necesitaba?



Martín

Corrí como si me estuvieran persiguiendo, corrí, para perder la imagen que ella me estaba dando. Mi hermana tenía razón en todo, no me merecía a esa mujer que me amaba después de todo lo que le hice ¿Por qué seguía amándome? No lo entendía, mucho menos quería que lo hiciera, porque sería egoísta si dejara que me amara.

Cuando vi que estaba lo suficientemente lejos de todos, reparé que había llegado a un bar que hacía tiempo que no pisaba, concretamente desde que Luisa, comenzó en el bar de su padre. Años sin pisarlo y justamente donde conocí a Belén.

— ¿Acaso era una puta señal? —Me pregunté al tiempo que mis pies se movían al interior del mismo.

Al entrar, me quedé impresionado. Lo habían remodelado y parecía otro, aunque por fuera tuviera la misma fachada, por dentro era moderno. Le habían quitado la esencia que el bar tenía años atrás. Caminé hasta la barra y me senté en un taburete, miré hacia mi derecha y mis recuerdos de aquel día, me dieron de lleno.

Flash Back

Estaba cabreado, porque llegaba el examen de policía y no estaba preparado, pero es que mis compañeros solo pensaban en fiestas y yo, yo estaba tan agobiado que necesitaba despejarme un rato, claro que después, tendría que encerrarme en mi habitación por horas, hasta que todo entrara en mi cabeza y si no, mi hermanita, me lo metería a porrazos. Esa fue su amenaza y la creía capaz de eso y más.

Entré en el bar de López, el padre de mi compañero Oscar, y me dirijo a la barra decidido, necesitado de una cerveza. Saludo al padre de mi amigo y este me pregunta por su hijo, cosa que no sé qué responder, ya que desde la mañana le perdí la pista y no volví a verlo. Le dije lo que sabía y le pedí la cerveza que, menos mal no tardó en llegar. Justamente en el momento que me doy la vuelta y bebo un sorbo del botellín, entró en el bar una morena de oscuros ojos que me repasó de arriba abajo, aunque con cara de asco. Nunca me habían mirado así y la verdad no entendía por qué fue.

Pasé parte de la noche mirándola embobado, pensando la manera de acercarme a ella y presentarme, pero tenía miedo de hacerlo, pues me miraba cual asesina en serie y yo, estudiante de policía y que no debería tener miedo, lo tenía.

Entonces, en el momento en el que me iba a cercar a ella, mi hermana Lara entró en el bar y se acercó a ella, le dio un abrazo y un beso y me quedé perplejo ¿Desde cuándo mi hermana la conocía? Y lo peor ¿Por qué yo no? Ahora sí que me podía acercar, con la excusa de saludar al bicho de mi hermana pequeña. Caminé decidido hasta ella y toqué su hombro. Mi hermana se dio la vuelta y al verme, me miró y sonrió maliciosamente.

—¿Qué haces aquí hermanito? —Preguntó con una sonrisa socarrona.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti, pequeña —referí con una sonrisa y la desconocida, me miraba embobada. Ahora sí había llamado su atención—.

¿No nos presentas?

—Claro. Ella es Belén, la prima de Álvaro. Él es mi hermano. —Me acerqué a ella y besé su mejilla.

En ese momento, sentí que ella sería la mujer de mi vida y que no iba a dejar que nada ni nadie me la arrebatara.

Flash Back

Pensar en ella, en ese momento en el que mi vida había cambiado tanto, hacía que me odiara por no haber cumplido la promesa que me hice aquel día. Se suponía que no iba a dejar que nada ni nadie me la quitaran, que no iba a dejar que me dejara y aquí estoy, a punto de emborracharme por haber hecho todo lo contrario.

—Soy un maldito gilipollas —susurré mientras esperaba al camarero.

—Desde luego que sí, hermanito, eso mismo eres. —Escuché decir a mi hermana en mi espalda.

Me di la vuelta y ahí estaba, con cara de perro apaleado, a punto de pegarme la hostia de mi vida ¿Y por qué no salí corriendo? Pues porque me la merecía. Era tan bajita y poca cosa, pero tan fuerte y temperamental que a veces daba miedo. Podía pasar de ser un angelito caído del cielo, a ser un demonio en una milésima de segundo. Se acercó a mí y cuando pensé que su mano chocaría con mi cara, me abraza ¿Estaba loca? No, lo siguiente.

—Siento mucho hablarte como lo hice, Martín. Sé por lo que estás pasando, pero también sé que todo es tu culpa y que solo tú, puedes conseguir que todo se arregle —expresó entre sollozos.

Tenía razón, pero ¿Cómo lo hago? Belén se merece un hombre que sepa responderle. Se supone que la engañé, pero no me acuerdo de nada y de ese engaño Yolanda, quedó embarazada ¿Qué hago? Solo quería que naciera ese bebé, para así poder hacerle la prueba de paternidad, porque estoy seguro que no es mío.

Mi hermana se separó de mí y ambos nos sentamos en una de las mesas que había cerca de la ventana. Tocaba conversación familiar, por no decirle charla que suena más feo. Mi hermana me dirá lo que piensa e incluso puede que me diga lo que tengo que hacer ahora y yo le diré lo que no haré. Así eran nuestras charlas, menos mal que siempre estábamos de acuerdo en todo. Pedimos dos cervezas y cuando el camarero nos la trajo y estuvimos a sola,

mi hermana me miró con su particular gesto de “voy a matarte” y me dice:

—¿Qué harás para que vuelva? Porque supongo que tienes un plan ¿No?

—No sé, Lara. Es cierto lo que dije. Quiero que la dejéis ir... ella necesita pasar página de una vez. —Suspiré y bebí un sorbo de mi cerveza.

—Pues déjame decirte que...

—Sí, que soy gilipollas. No hace falta que me lo recuerdes cada cinco minutos —respondí sin dejarla terminar.

—No es eso, Martín. Es que me jode que no hagas nada por conseguir su perdón. Es como si no te importase lo más mínimo.

Las palabras de mi hermana sonaron entrecortadas y me di cuenta que estaba sufriendo mucho, pero es que no sabía qué hacer. El tema de Yolanda, me tenía demasiado mal y no contenta con joderme la boda y hacer que Belén me dejara, va y le dice lo del embarazo.

No sabía cuántas cervezas llevábamos, ni cuánto tiempo. Pero mi hermana ya estaba un poco achispada, por no decir que estaba borracha como una cuba y tuve que llamar a Rubén para que viniera a buscarla, claro que ella se negó y se excusó diciendo que necesitaba pasar tiempo conmigo y beberse hasta el agua de los floreros, ya que el embarazo no la dejó hacer gran cosa. Me reí al escucharla hablar así y cuando vino mi cuñado a recogerla y la vio, me echo una mirada de “te mataré en cuanto te coja” que, como no, me lo pasé por el forro de los “cojones”.

—¿Cómo se te ocurre dejarla beber así? —Preguntó Rubén al coger a Lara.

No podía ni mantenerse en pie. Me levanté para ayudarle y justo en ese momento, escuché la voz de Yolanda, hablando con alguien. La busqué con la mirada y al otro lado de la barra, estaba con Silvia. Me pareció raro verla en este bar con la zorra de Silvia. Quería acercarme y poner la oreja para escuchar de qué hablaban. Entonces mi cuñado tocó mi hombro y lo miré.

—Están hablando de ti —dijo—. Tengo un oído muy fino. —Sonreí y me fui

acercando despacio.

Me puse cerca, pero no demasiado. No podía dejar que me vieran. Cogí el móvil y busqué la grabadora en las aplicaciones. Sería mi prueba de lo que sea que estuvieran hablando ese par de brujas.

Había una mesa apartada, pero no mucho. Solo lo suficiente para no ser visto, pero poder oír. Me senté dándole la espalda y encendí la grabadora. Miré a Rubén y este tenía los ojos abiertos, tanto que podía verle a lo lejos el color de sus pupilas.

—¿Qué haré ahora? Martín no quiere saber nada de mí y como se entere de que el bebé no es suyo, menos —habló entre sollozos Yolanda y Martín la maldijo por embustera.

—Será “hija de puta” —susurró cabreado.

—No te preocupes que eso no pasará. Además, Belén ya se fue, así que tienes el camino libre para conquistarle —sugirió Silvia.

—Pero ¿Y si se entera de todo? ¿Qué pasará cuando sepa que aquella noche no pasó nada entre nosotros?

Martín no pudo más, se levantó hecho una furia y fue hasta ellas, como alma que lleva al diablo. No podía creer que le hicieran creer eso y mucho menos que hubiese pasado los peores meses de toda su vida, por culpa de esas dos “cabronas” que, lo único que hacen es joderle la vida a la gente que la rodea.

— ¡Yo te diré lo que pasará, Yolanda! —Grité fuera de mí. Se dieron la vuelta y Yolanda entró en pánico.

Me importó una mierda que le diera un ataque de ansiedad y me importó una mierda que Silvia, me mirase con cara de demonio. Di gracias a Dios porque mi hermana estuviera borracha, porque pobre de ellas de ser, al contrario. Las dos me miraban, pero ninguna decía nada. Yolanda, se sentó en una silla y pidió al camarero un vaso de agua. Supuestamente se puso mal, pero yo ya no la creía.

—¿Por qué? —Pregunté incrédulo.

De verdad no entendía el afán de dañar mi relación con la única mujer que he amado en mi vida y no entendía cómo es que después de haber conseguido separarme de ella, siguieran insistiendo ¿Acaso creían que yo, iba a estar con Yolanda? ¿En serio? Después de lo que me había hecho no quería ni verla, ni oír su nombre. Yolanda, se levantó e intentó acercarse a mí, me aparté, lógicamente. Miré a mi cuñado y este seguía ahí, esperando a que yo saliera junto con él y mi hermana. Silvia, se dio cuenta de que no estaba solo y miró a Rubén de mala manera. Esa mujer nos odiaba con toda su alma y sinceramente dejaba mucho que desear, pues ella era uña y carne con mi hermana, pero siempre tuvo celos de ella y quería todo lo que mi hermana tenía y ahora la tomaba conmigo. Se ve que no es feliz con nada de lo que consigue.

—Perdóname Martín, por favor. Yo... yo estoy enamorada de ti, por eso hice todo para que te fijaras en mí, pero no conseguí nada —gimoteó Yolanda.

—Algo sí que conseguiste —referí y ella me miró esperanzada.

—¿El qué?

—Mi odio. Eso lo tienes completo solo para ti.

Después de eso, salí del bar con Rubén y mi hermana, nos subimos al coche de este. No sabía qué hacer en este momento, ni sabía si sería buena idea ir a buscar a Belén y decirle la verdad. En realidad, creo que lo mejor para ella en este momento, es que la deje marchar y que haga su vida. Si ella es feliz, yo soy feliz. Es lo único que necesito, su felicidad.



Belén

El camino a Barcelona, fue pesado, demasiado y todo porque no podía dejar de pensar en él. La imagen de Martín, pidiéndome con la mirada que no me fuera y diciendo lo contrario, no se borraba de mi mente, pero ¿Qué podía hacer si yo misma le había dicho que me iría? No podía reclamarle nada, no podía siquiera echarle la culpa de nada.

Me siento mal, muy mal. Me siento cabreada conmigo misma por haber sido tan tonta y haber dejado que Yolanda, consiguiera su objetivo, separarnos. Pero es que no podía estar con Martín y pensar “tiene un hijo con otra” mientras está conmigo. Yo no era mala persona y no sería capaz de separar a un padre de su hijo, eso jamás.

Ya casi estábamos llegando a Barcelona y en todo el camino Joseph no dijo ni media palabra. Suponía que seguía cabreado y aunque era extraño tanto silencio, tampoco podía pedirle más de lo que hacía por mí y sé que seguirá haciendo. De verdad, me encantaría pedirle a mi corazón que lo amara como se merece, tal vez si pusiera de mi parte, lo conseguiría ¿A quién quiero engañar? Jamás podría amarle como amo a Martín, ni aun intentándolo. Lo único que podría sentir por él, es un gran cariño de amigo.

—Estás muy callado ¿Te ocurre algo? —Pregunté tocando su mano, intentando llamar su atención.

Joseph me miró, se encogió de hombros y volvió la vista a la carretera. No me respondió, no hizo nada y no le culpaba. Ser mi amigo tenía que ser un suplicio. Soy la persona más complicada de este mundo.

No le dije nada más y perdí la mirada en la carretera. Estábamos a punto de llegar y a cada kilómetro que pasábamos, mi corazón latía más deprisa. Me

ponía nerviosa, el hecho de volver y encontrarme con mi familia destrozada y estaba segura que mi hermano estaba sufriendo por la muerte de mi padre, pues él, siempre tuvo buena relación, hasta que yo decidí irme de casa y vivir mi vida. Y con mi madre, eso era otra cosa. Sabía que ella sería la que más estaba sufriendo, como también sabía que querría de mí, algo que yo, no estaba dispuesta a darle.

Minutos después ya estábamos entrando en Barcelona. Solo faltaba unos diez minutos para llegar al apartamento de mi hermano y menos mal que no dejé la llave para poder entrar, ya que él no iba a estar en casa.

Cuando llegamos, Joseph aparcó y me bajé sin esperar siquiera a que él me dijera algo. No lo había hecho en todo el camino, no iba a esperar que ahora le escuchara. Rodeé el coche y saqué del maletero mis maletas. Joseph quiso ayudarme, pero le eché una mala mirada. No quería que ahora se acercase como si nada.

—No hace falta que me ayudes. Yo puedo sola —exclamé cabreada.

—Belén ¿Qué te pasa? Si es porque en todo el camino no he hablado contigo, te pido perdón. Sinceramente no sabía que decirte. Estaba algo bloqueado — explicó y asentí encogiéndome de hombros. Tal y como él me había respondido una hora atrás.

Caminé cogiendo las maletas con todas mis fuerzas y me costó llegar a la puerta del edificio, de lo que pesaban. Parecía que traía de vuelta más de lo que me llevé. Joseph, soltó una carcajada y me di la vuelta para pegarle un guantazo. No soportaba que se rieran de mí. Pero antes de siquiera conseguir levantar la mano, me agarró de la cintura y pegó sus labios a los míos. En ese momento sentí como mis piernas flaqueaban, no podía negar que sus besos me gustaban. Y también provocaban que mis recuerdos, esos en los que aparece Martín, salieran a flote. Así que me separé y le di el guantazo que tantas ganas tenía de darle, por simple desahogo.

— ¡Vaya! La Belén gruñona ha vuelto. —Escuché la voz de mi hermano detrás de mí.

Me viré y al verle, corrí hasta él y lo abracé. No sabía las ganas que tenía de verlo, hasta que me sentí entre sus brazos. No sabía lo que le había echado de menos, hasta ese momento. Mi hermano besó mi frente y se separó para mirarme de arriba abajo, mirando que estuviera completa.

— ¿Pretendes provocar qué te pegue a ti también? —Pregunté alzando una ceja intimidatoria.

— ¡Dios me libre de hacer eso! Te he echado de menos —susurró acercándose a mí de nuevo.

Nos reímos como unos niños pequeños y así, pude ver que mi llegada le iba a servir a mi hermano. Yo había sido la única persona que había conseguido hacerle reír de nuevo, después de la muerte de su mujer y mi sobrina. Cada vez que pienso en ello, se me eriza la piel al completo.

Joseph se acercó a Roberto y lo saludó con un efusivo abrazo. Al separarse, mi hermano sonrió, después de mirarnos a Joseph y a mí de hito en hito. Me estaba poniendo nerviosa y se iba a llevar otro guantazo por tonto.

— ¿Qué coño miras? —Pregunté—. ¿Acaso no has visto el guantazo que le di? ¿Quieres qué te dé a ti otro?

—Has venido muy agresiva, hermanita ¿Qué te pasó?

—Es una larga historia. —Pasé por su lado, cogí una maleta y sin despedirme de Joseph, entré en el edificio.

No quería hablar de ese tema que, tanto daño me hace. Únicamente lo que quería, era olvidar, conseguirlo de una vez por todas. Martín tenía que salir de mi mente y de mi corazón. Subí en el ascensor hasta el piso de mi hermano y al llegar, caminé hasta la puerta, metí la llave y entré. Todo parecía estar en orden, hasta que mis ojos se clavaron en los de ella. Solté mi maleta, más bien la tiré al suelo y se me secó la boca de los nervios que se me

metieron de repente en el cuerpo.

Mi cuerpo se encontraba en tensión y mis pies no se movían del suelo. Estaba anclada. Mi hermano llegó y me empujó para que entrase de una vez, pues me había quedado parada en la puerta, obstaculizando en paso.

—Belén —susurró esa mujer.

Mi madre estaba frente a mí, después de tantos años, la tenía enfrente y no sabía que decirle. Quería salir corriendo, esconderme lo más lejos posible de ella, donde jamás me encontraría.

—Hija ¿Cómo estás? —Sonreí con ironía y es que no podía creer que solo me dijera eso.

— ¿Eso es lo primero que vas a decirme? No me lo puedo creer —escupí—. Años sin verme y tu primera pregunta es, ¿cómo estoy...? En serio, no lo aguanto. —Caminé ignorándola y me metí en mi habitación, cerrando de un portazo.

— ¡Belén! —Escuché los gritos de mi hermano, acercándose a mi puerta.

Me levanté corriendo y cerré el pestillo antes que le diera tiempo a entrar. Mi hermano, intentó entrar y al no lograrlo, aporreó la puerta de mala manera. Jamás lo había visto tan cabreado ¿Tan ciego estaba? ¿No se daba cuenta de la falsedad de nuestra madre?

— ¡Abre de una maldita vez! —Gritó de nuevo.

— ¡Ni lo sueñes! ¡No al menos que ella se vaya de aquí! ¡No quiero verla! — Mis gritos resonaban en toda la estancia y lo hice así para que ella lo escuchara.

Me daba igual que sufriera, así como a ella le dio igual mi sufrimiento cuando me fui. Me obligaron a irme, así lo decidieron. Querían joderme la vida y yo los frené con mi huida. Jamás les iba a perdonar que me trataran como un pedazo de carne, porque eso fue lo que hicieron. Los negocios para mi padre eran más importantes que su propia familia y acordó con su socio,

mi boda con el hijo de este y todo sin consultarme a mí antes. Cuando yo me enteré, los odié con toda mi alma y por eso, no logro llorar la muerte de mi padre, mi corazón no me lo permite.

—Por favor. Necesito hablar contigo. Abre —suplicó más calmado.

—Si me prometes que no harás nada para que se acerque a mí.

—Está bien. Te lo prometo.

Me acerqué a la puerta y la abrí. Mi hermano entró y volvió a cerrarla con pestillo. Eso hizo que confiara más en él. Nos sentamos en mi cama y él me miraba ceñudo, esperando una explicación a mi comportamiento, yo lo único que sentía, era no haberlo hecho antes.

— ¡Ni lo pienses! —Exclamé—. No pienso hablar con ella, ni quiero que se acerque a mí y mientras ella esté aquí, yo no lo estaré. Me iré, Roberto —referí secando mis lágrimas.

Estaba llorando y no me había dado cuenta. La presión de todos estos días, estaba haciendo mella en mí y mis ojos se llenaron de lágrimas en el momento que le grité a mi madre. Aunque no lloraba por ella, ni por mi padre, si no por mí, porque lo necesitaba. Todos estos días, habían sido un caos emocional y ahora volvía y me encontraba con mi pasado de lleno ¿Qué más me podría pasar?

—No puedo echarla, Belén —habló mi hermano sacándome de mi trance—. Lo perdió todo. Al morir papá, se quedó sin nada. Está en la calle.

—¿Quieres saber lo que pienso de eso? —Mi hermano negó, pues ya lo sabía—. Aun así, te lo diré —sentencié—. Pienso que se lo merece. Merece todo lo malo que la vida tenga que darle, por todo lo malo que hizo ella antes. Lo siento, pero es lo que pienso y siento.

—Nunca la perdonarás, ¿verdad?

—Nunca. Así que, si ella va seguir aquí, yo me iré —afirmé y él asintió comprendiéndome.

Mi hermano se levantó, me dio un abrazo y salió de mi habitación. Cuando me quedé sola, caí al suelo, encogí mis piernas y las rodeé con mis brazos, abrazándome a ellas, escondiendo mi cara en ellas, perdiéndome en las lágrimas que proclamaban su sitio en ese momento. Creía, que podría ser fuerte después de dejar a Martín, que podría con todo lo que siento, que podría con los recuerdos y dejar de pensar en ello cuando yo quisiera, pero no, no lograba hacerlo y en este momento que más le necesito, no le tengo y no creo que lo tenga nunca más.



Martín

Me quedé a dormir en casa de mi hermana. Ni siquiera quería estar en la mía, no quería estar solo y romperme la cabeza pensando en lo que debo o no hacer y sé que en el momento en el que mi hermana se entere, me matará y obligará a buscar a Belén, pero no puedo joderle la vida más.

Mi hermana tenía razón. Lo jodo todo y lo único que consigo con eso, es hacer sufrir a la mujer de mi vida. Por eso no quiero buscarla. Prefiero verla feliz, aunque sea en brazos de otro a tenerla conmigo desdichada. Sí, así de gilipollas soy.

Estaba en el sofá recostado. Cuando llegamos anoche, Rubén me dijo que me fuera a la habitación de invitados, pero no quise y me quedé en el salón pensando. No dormí apenas nada y todo por culpa de una víbora a la que odio con todas mis fuerzas ¿Enamorada de mí? Es el colmo.

Decidí levantarme y tomarme un café bien cargado. Así puede que piense mejor, porque estaba hecho un puto lío. Caminé hasta la cocina y preparé la cafetera. Mi hermana no tardaría mucho en llegar, huele el café desde kilómetros y lo va necesitar, ya que anoche se tomó el bar completo ella sola. Aunque no la culpo. Últimamente nuestras vidas se han visto metidas en varios líos y si no fuera porque conoció a Rubén, no sé qué habría sido de ella.

Minutos después tomándome mi café, una resacosa Lara, entró en la cocina directa a su cafeína rutinaria. Sonreí al verla así: ojos pegados por el maquillaje, pelo desaliñado. Vamos, toda una belleza...

—¿A qué viene esa risita de tonto? —Preguntó sin apenas mirarme.

—Veo que te has levantado de buen humor hoy —respondí reprimiendo una

carcajada, que no tardó en llegar.

Lara, me miró con cara de fiera y si no fuera porque mi cuñado vino a mi rescate, ahora estaría muerto y enterrado.

—Déjalo, vida. Con lo de anoche creo que tiene bastante —refirió Rubén y puse mis manos en mi cara.

¡Joder! No quería que mi hermana se enterara lo que pasó con Yolanda, pero mi cuñado era toda una “maruja” y no se podía mantener callado. Le pegué un puñetazo en el hombro cabreado y mi hermana me miró mal de nuevo.

—¿Qué pasó anoche? —Los dos nos quedamos callados—. Rubén, cielo. — Mi hermana se fue acercando a su marido y este tragó saliva— ¿Verdad que me lo vas a contar? —Asintió.

— ¡Calzonazos! —susurré.

—Deja que me lo diga él ¿O prefieres hacerlo tú? —Negué ofuscado.

Me quedé pensando si decirle o no. De igual manera mi cuñado se lo iba a decir, así que, prefería decírselo yo mismo y “que sea lo que Dios quiera” Mi hermana podría llegar a ser muy persuasiva o más bien cansina. Me acerqué a ella y la llevé hasta el salón para sentarnos. No debía marearla tanto, porque tampoco era algo que fuera de vida o muerte, por lo menos para mí no. Pero ella, seguro me dirá lo que cree, que debo hacer.

—Martín. No seas misterioso y dime de una vez que pasó anoche... ¡Ay Dios, no me digas que anoche la lie en el bar con la borrachera! —Su voz sonó angustiada y me hizo reír la manera de expresarse. Desde luego que mi hermana estaba más loca que una cabra.

—No, no es eso —respondí.

—La hubieras dejado creer eso, así dejará de beber de esa manera —sugirió Rubén sonriendo.

—Rubén, cariño mío. Déjale hablar ¿Sí? —Bufó quitándose el pelo de la cara. Volvió a mirarme expectante.

—Anoche pillé a Yolanda, con Silvia, en el bar —dije suspirando—. Las escuché hablar de mí y, ¿sabes qué? —Mi hermana negó y yo proseguí— Que nunca nos acostamos, que fue una trampa de las dos y como no, que ese bebé no es mío. No sabes el coraje que me entró y las ganas que me dieron de matarla, pero no hice nada. No te preocupes.

Mi hermana se levantó del sofá y comenzó a caminar de un lado al otro, sin mirarnos, sin decir nada. De sus labios solo se escuchaban suspiros y alguna que otra palabra totalmente ininteligible. Estaba seguro que era algún que otro insulto. Rubén y yo nos miramos y volvimos la vista a ella, pues seguía igual, ya me estaba dando miedo saber que estaría pasando por su cabeza. De pronto, se paró y se puso frente a mí. Su cara cambió a una de cabreo y se notaba que lo estaba y mucho.

—¿Irás a buscarla? A Belén, digo —Preguntó y yo me encogí de hombros sin saber que responderle.

—No lo sé. —Suspiré exasperado.

—¿Cómo? ¿Estarás de broma? Tienes que decirle que todo fue una mentira. Tienes que recuperarla, Martín. Os merecéis ser felices —expresó reprimiendo las ganas que tenía de llorar.

Sabía que mi hermana adoraba a Belén y también sabía que quería que estuviéramos juntos, pero no podía hacerle de nuevo eso. No quería que Belén volviese y se viera de nuevo metida en cualquier estupidez por mi culpa. No quería que se arrepintiera de volver conmigo, porque si eso pasaba, no me lo iba a perdonar en la vida.

—Lara... Tú tenías razón en todo lo que me dijiste ayer. Todo lo jodo y en este momento lo que quiero, es que Belén sea feliz.

—Lo será contigo y perdón por lo que te dije ayer, solo estaba cabreada.

—Yo no estoy tan seguro de ello. Creo que Belén será feliz con Joseph. Él, la quiere y, aunque me duela, es lo mejor para ella. —Me levanté con la

intención de irme a mi casa.

No quería discutir con mi hermana y estaba seguro que si me quedaba, acabaríamos a pleno grito, esta es su casa, donde está mi sobrino pequeño y no quería que escuchara gritos a tan temprana edad. Lara, cogió mi brazo e hizo que me volteara a mirarla. Suspiré y agaché la cabeza. Me estaba cabreando, estaba llegando a ese punto en el que, o me iba o terminaríamos mal. Lara me conocía y sabía que no debía agobiarme con el tema. Yo mismo tenía que pensar las cosas, saber si merecía la pena intentarlo o dejarla marchar para siempre.

—Martín... Hagas lo que hagas, aquí estaré ¿Vale? —exclamó sorprendiéndome—. Yo solo quiero que sea feliz y sé que ella, es tu felicidad, eso, solo tú, tienes que saberlo.

Tenía que irme, salir de allí. Me estaban entrando unas ganas locas de echarme a llorar como un niño perdido y no quería que mi hermana me viera hundido, pues le daría motivos para confesarle a Belén, todo ella misma. Le di un beso en la mejilla y salí de su casa a toda prisa.

Al salir, pude respirar con tranquilidad. Caminé hasta las escaleras y bajé por ellas, así por lo menos estaría solo, ya que nunca te encontrabas a ningún vecino, porque todos iban en el ascensor.

Mientras bajaba, me pude permitir lo que delante de mi hermana no quería hacer, llorar. No era un hombre de lágrima fácil, pero pensar en que podía hacer que la mujer que amo vuelva y no querer hacerlo, me tenía mal ¿Con que cara voy a buscarla? ¿Y si no se lo cree? Bueno tenía la grabación, pero... no sabía qué hacer.

Cuando llegué abajo, cogí el primer taxi que vi y entré en él. Iría a mi casa y me encerraría allí, hasta que se me olvidara todo, aunque para eso, tuviera que estar encerrado por días o meses.

En mi casa, pude sentir esa soledad que embargaba mi alma desde que ella se fue. Era muy difícil vivir así, era difícil despertar un día y ver que todo acabó. Ahora estaba en mi mano cambiarlo todo, y no me atrevía.

Cogí la botella de whisky que había preparado cuando llegué hacía apenas unos minutos. Lo primero que hice al llegar, fue pensar en olvidar todo con alcohol, aunque después de eso, me sienta aún peor. Ya daba igual todo, ya todo estaba perdido y si beber hasta perder la conciencia me ayudaba, lo haría sin remordimientos. Así que, sin más, cogí la botella y bebí a morro de ella ¿Para qué coger un vaso? Total, me la iba a beber entera.

Llevaba horas bebiendo, ya no sabía ni mi nombre, ¿o sí? No lo sabía. Únicamente tenía en mi mente uno solo, Belén, y estaba a punto de llamarla por teléfono. El alcohol estaba haciendo que cometiera errores que después me perjudicarían, pero qué más da. Mañana no me iba a acordar de nada. Cogí mi móvil y marqué su número con dificultad. Tres timbrazos fueron los que sonaron antes de que la voz de un hombre, se escuchara al otro lado ¿Belén estaba con un hombre tan tarde? Ni siquiera sabía la hora que era, pero todo estaba oscuro, así que supuse que era tarde.

—¿Belén?

No quería hablar, pero en ese momento, mi cabeza tenía vida propia y hacía lo que le daba la gana. De estar sobrio, no la habría llamado.

—¿Quién eres?

Reconocí la voz y antes de siquiera ponerse ella, colgué. Belén estaba con Joseph, me sentí celoso, como jamás pensé estarlo. Me levanté y tiré la botella con todas mis fuerzas, haciendo que se rompiera contra la pared. Aún tenía líquido y lo había manchado todo, pero me la sudaba...

— ¡Joder! Está con él, está con él. Ya la perdí para siempre. —Mi voz salió temblorosa y tenía ganas de matar a alguien.

Esto era el fin de un gran amor y solo me quedaba olvidarla. Sabiendo que es

feliz, se me hará más fácil o eso creía. Porque, saber que está feliz gracias a otro, me dolía como si me arrancaran el corazón de cuajo y lo quemaran ante mis ojos.

Volví a sentarme en el sillón a oscuras y cogí otra botella para hacer lo mismo, vaciarla. El alcohol, ya ni quemaba mi garganta y aunque sabía que debía parar, pues podría tener un coma etílico, no me sentía con fuerzas para hacerlo. Así me llevé toda la noche, bebiendo hasta el cansancio. Ahogando mis penas, hasta quedarme dormido de mala manera.



Belén

Hablé con mi hermano durante horas y todo hacía que llegase al mismo punto. No quería ver a mi madre nunca más en mi vida, no quería saber nada de ella. Mi hermano no estaba de acuerdo conmigo, pero, aun así, me respetó. Salí de la habitación con la intención de marcharme de esa casa. Al salir, mi madre seguía en el salón, ni siquiera la miré. Ella intentó acercarse, pero cogí rápidamente las maletas y salí del apartamento, cerrándole la puerta en las narices. Puede que me estuviera pasando, aunque yo no lo sentía así.

Bajé en el ascensor y al llegar a la calle, dejé las maletas en el suelo. No sabía cómo era que las había cogido, si cuando llegué pesaban como un demonio. Supuse que era por toda la rabia acumulada en el cuerpo, la que me hizo tener fuerzas para cogerlas. Me senté en una de ellas a pensar que hacer ahora ¿Dónde ir? No tenía a nadie aquí, bueno a Joseph, pero no quería seguir abusando de su generosidad, no mientras él siguiera sintiendo por mí lo que siente.

¿Qué hacer ahora? Podría irme a un hotel hasta que pueda alquilarme algo por mi cuenta o podría volver a Madrid con el rabo entre las piernas. Por lo menos allí, tenía sitio donde quedarme. Negué desechando la idea de inmediato.

Bufé desesperada y cogí el móvil para llamar a Joseph. Era el único que podía ayudarme y sobre todo acogerme en su apartamento.

—Hola Belén ¿Qué pasa?

Sonaba tranquilo, más de lo que pensaba y eso me iba a ayudar a poder pedirle el favor.

—Hola Joseph ¿Podría quedarme en tu casa unos días?

—Claro, pero ¿Qué pasó?

—Es una larga historia. Te la cuento cuando llegue allí.

— ¿Voy a recogerte?

Negué rápidamente su propuesta, pues ya era demasiado abusar de él. Era un hombre muy bueno, pero no gilipollas.

—No, ya paré un taxi. Nos vemos en unos minutos. Gracias.

Iba en el taxi pensativa, perdiendo la mirada en las calles de Barcelona, aún llenas. Era de noche y el cielo estaba repleto de estrellas. En fin, era una de esas noches, en las que quieres pasarla con la persona que amas y hacer el amor bajo las estrellas, como Martín y yo hicimos una vez. Recordar ese momento, en el que nos subimos al coche y llevarme al campo, lo más apartado que se podía, poner una manta en el suelo y alumbrarnos de la luz de la luna. Fue la noche más bonita que pasé en toda mi vida y en la que me pidió matrimonio.

Flash Back

Martín me había recogido sobre las nueve de la noche. No sabía dónde me llevaba, pero me daba igual, mientras fuera junto a él. Podría estar llevándome al infierno, y podríamos quemarnos ¿Qué había mejor que morir a su lado? Daba igual donde, solo importaba con quién.

Aún estábamos en el coche y veía el sendero de tierra acercarse ¿Dónde íbamos? No quería preguntarle, para no estropearle la sorpresa. Era nuestro aniversario de novios, estábamos en la etapa de irnos a vivir juntos y suponía que era eso lo que quería pedirme. Deseaba con todas mis fuerzas, despertar cada día a su lado, porque, aunque a veces me saque de mis casillas y tenga que darle una colleja, era el hombre que yo amaba y amaré por siempre.

—Martín ¿Cuánto falta para llegar? —Pregunté curiosa.

—Ya falta muy poco. No seas impaciente.

Me callé y en menos de cinco minutos, aparcó el coche cerca de un lago. Salimos del coche y me puse la rebeca. Estábamos en primavera y por la noche refrescaba bastante. Martín fue hasta el maletero y sacó una mochila, se acercó a mí y echó su brazo encima de mis hombros para calentarme. Solo el tenerlo cerca, mi cuerpo ardía y me moría de ganas por sentir sus manos en mi piel. Era adicta a él, a sus besos, a sus caricias, a todo su amor.

—Vamos, cielo —susurró en mi oído poniéndome la piel de gallina.

Caminamos un poco, hasta que llegamos a un sitio más llano. Martín, sacó de la mochila dos mantas. Una la puso en el suelo y la otra la dejó cerca para taparnos. Sacó un candelabro, lo encendió y nos sentamos. Martín cogió la manta y la puso encima de nuestras piernas. Realmente, en ese momento, no sentía el frío con su cuerpo cerca del mío. Las estrellas brillaban y mis ojos las miraban perplejos. Martín acarició mi mejilla, mis pupilas se cruzaron con las suyas, así, hasta que pegó sus labios a los míos, llenando mi corazón de mucho más amor, del que ya sentía por él.

Martín era único, el hombre más maravilloso que tuve el placer de conocer y le daba gracias a la vida, por ese regalo. Al separarnos, sus ojos tenían un brillo especial y me daba la sensación, de que había algo importante que estaba guardando.

—Belén, te amo mucho, más que hace unos minutos, te traje aquí porque hay algo que quiero decirte. —Se quedó un momento en silencio y se paró para ponerse frente a mí de rodillas.

No podía creerme que estuviera así, frente a mí. No lograba imaginar que estuviera a punto de pasar lo que siempre soñé. Lo vi tragar saliva, nervioso y cogí sus manos para transmitirle tranquilidad.

—No sé cómo comenzar a decirte esto —susurró con la voz temblorosa.

—Comienza por el principio, cariño —propuse y asintió sonriendo.

Su sonrisa hacía que respirase con dificultad. Su mirada, conseguía que me perdiera en ella, por ese color azul de sus ojos. Era maravilloso y bajo esta luz tenue de la luna, se veía hermoso. Seguía mirándome, esperando que yo le dijera algo o pensando que decirme en realidad.

—Qué difícil es esto. Estoy nervioso —afirmó y sonreí—. No espero más. Belén, te traje aquí, aparte de ser nuestro aniversario, por algo importante... Estos años que he pasado junto a ti, son los más felices de mi vida y es por eso, que quiero seguir sumando años contigo, pero no como novios, sino, como matrimonio. Quiero pasar el resto de mis días contigo, despertar junto a ti cada mañana y besar tus labios cada noche ¿Quieres casarte conmigo? Asentí sin pensarlo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y me arrodille junto a él, para poder abrazarle, para poder pegar mi cuerpo al suyo. Había sido la declaración más perfecta que había escuchado en toda mi vida. Que esas bonitas palabras fueran para mí, hacía que mi corazón brincara de alegría. Por supuesto que me casaría con él.

Flash Back.

— ¡Señorita, señorita! —Escuché que me llamaba el taxista.

Me había metido tanto en aquel recuerdo, que no me había percatado que ya estábamos frente al edificio de Joseph. Le pagué y me bajé del taxi, cogí las maletas y entré en el edificio.

Sentí como mis mejillas se mojaban. No sabía que estuviera llorando. Me las sequé antes de llegar a la planta de Joseph. Caminé decidida hasta la puerta de su apartamento y pegué en el timbre. Mi amigo, me abrió casi al mismo tiempo, pensé que probablemente me estuviera esperando cerca de la puerta.

Al verme, arrugó la frente y me abrazó ¿Cómo una persona que me conoce de poco tiempo, puede darse cuenta de cuando estoy mal? Justamente fue eso lo que pasó. Joseph se dio cuenta de mi gesto lleno de dolor. Entonces, entre sus

brazos, lloré como necesitaba y no quería.

—Tranquila. Estoy aquí. Estoy contigo, cielo. —Escuchar de sus labios, lo que tanto me decía el amor de mi vida, hizo que lo mirase y me separara de él.

Joseph, no entendía que hizo para que yo me sintiera así. Caminé hasta el sillón y me senté, metiendo la cara entre mis manos. Me sentía tan perdida, que no sabía qué hacer. Quería volver, quería estar con él y me arrepentía de haber tomado la decisión de dejarle, pero no podía dejar de pensar en ese bebé y nunca, podría dejar de hacerlo. Eso es lo que nos separó y lo que no dejará que nos unamos más.

Joseph, se metió en la cocina y después de unos minutos, volvió con una taza entre sus manos, me la dio y le di un sorbo. Me había preparado una tila.

—Gracias, lo siento mucho. Lamento haberme separado así de ti, pero... es que, me has recordado a él. Siempre me decía cielo y...

—No tienes que darme explicaciones, Belén. Sé por lo que estás pasando —respondió sin dejarme terminar.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo ¡Eres un buen hombre y te mereces todas las explicaciones! —exclamé—. Te prometo que solo estaré aquí unos días. Solamente hasta que encuentre un sitio donde quedarme y piense que hacer con mi vida.

Se sentó a mi lado y cogió mis manos. Las besó con delicadeza y me sonrió. Era tan guapo y tan bueno, que me daba coraje no poder amarle. El corazón elije a quién amar y a quién no, así que no se podía hacer nada. Por más que lo he intentado, no logro sentir más que cariño y agradecimiento.

—No te preocupes. Puedes quedarte el tiempo que quieras. —Suspiró mientras se levantaba—. Si necesitas algo, ducharte o descansar, solo tienes que decírmelo. Puedes dejar tus cosas en la habitación de invitados. —Se dio la vuelta para volver a la cocina y lo paré antes.

—Gracias, Joseph. No sabes lo que te agradezco todo lo que haces por mí, y sí, te tomo la palabra. Necesito una ducha. —Me sonrió y tocó mi barbilla con cariño.

Minutos después, me encontraba en el baño quitándome la ropa para ducharme. Esperaba que la ducha me calmara y me relajara para poder descansar. No quería pasar toda la noche en vela pensando en él, pensando en todo lo que pasó y lo que sigue pasando ¿En qué momento mi vida se fue a la mierda? Esa pregunta me la había hecho ya, pero en ninguna de las ocasiones, supe que responderme.

Mientras el agua tibia caía por mis hombros, mi mente volvió a ir a esa noche. Era inolvidable, convirtiéndose en la noche más perfecta, no creo que nunca, consiga tener otra noche igual. En ese momento, escuché la voz de Joseph, llamándome.

— ¡Belén! ¡Tu teléfono estás sonando!

— ¡Cógelo a ver quién es!

Ya era tarde para recibir llamadas y me preocupé, así que me enjuagué y salí del baño para saber quién era. Esperaba que no hubiese colgado y poder hablar con quién fuese. Podría ser algo importante. Salí con el albornoz puesto y una toalla rodeando mi pelo. Joseph me vio, y tragó saliva, nervioso. No me había dado cuenta, que tenía el albornoz un poco abierto y se me veían un poco los pechos. Me tapé enseguida y cogí mi móvil, ya silenciado.

—¿Quién era? —Pregunté nerviosa, pues seguía mirándome perplejo.

—Eh, no sé. Solo dijo tu nombre y colgó al escucharme.

Encendí la pantalla y miré el registro de llamadas. Mi pulso se aceleró al ver el nombre de quién me había llamado. Me sentí fatal porque ahora, podría pensar lo que no era.

—Era Martín...

Capítulo 21



Fui hasta la habitación para vestirme, era bastante raro estar aquí en su casa, después de haberme acostado con él, y encima, casi me ve las tetas. Desde luego que todo me pasa a mí.

Miraba el móvil cada dos por tres, pensando el motivo de esa llamada ¿Para qué? Después de todo, él, fue quién dijo que me dejaran ir, así que no lo entendía del todo.

Joseph, vino hasta mi habitación para decirme que había preparado algo para cenar, pero no tenía apetito. No le importó mucho lo que le dije, porque casi me sacó a rastras para llevarme a la cocina. Tenía que comer, me dijo. Sonreí al ver la mesa preparada, con platos llenos de verduras salteadas. Me senté en la silla y él, se sentó justo a mi lado.

Miraba la comida, jugando con el tenedor y los guisantes, aún no había probado bocado.

—¿Vas a estar así toda la cena? Te juro que soy capaz de pegar tu bonito culo a la silla, hasta que acabes con todo —expresó con sarcasmo.

—Lo siento, pero es que no tengo apetito.

—Me da igual, al menos, come algo —dijo metiéndose el tenedor en la boca

—. ¿Prefieres que te haga el avioncito? Yo estoy dispuesto. —Negué soltando una carcajada que le contagió—. Bueno, es un avance. Por lo menos te hice reír.

—Gracias —dije al tiempo que metía el tenedor en mi boca.

La cena estaba buenísima, al final me lo comí todo. Después de la comida, me sentía muy cansada y quería dormir o por lo menos intentarlo. Quise ayudar a Joseph, a recoger todo, pero no me dejó y me obligó a irme a descansar. Le hice caso y me fui a la habitación que él me había dejado. Al

llegar, me quité las zapatillas y me metí bajo la manta.

Había pasado una hora desde que me había acostado y no conseguía dormirme. Solo pensaba en él, solo pensaba en que podía estar con él en este momento, abrazada a su cuerpo como antes, aferrándome. Pero no, eso ya no era posible, ya no se podía y nunca más pasaría.

— ¿Por qué tuviste que joderlo todo? Podríamos ser tan felices ahora — susurré entre sollozos.

Me pasé mucho tiempo dando vueltas, hasta que, cansada de llorar, me quedé dormida ¿Soñaría con él? Posiblemente, pues él, era el dueño de todos mis sueños, aunque también el de mis pesadillas.

A la mañana siguiente.

Me levanté muy temprano, demasiado para mi gusto. Joseph, se fue a trabajar y yo me estaría incorporando dos días después ¿Qué haría mientras? Pues no lo sabía. Ni siquiera tenía cerca a mis chicas para pasar el tiempo con ellas. ¡Cuánto las echaba de menos! Salí de la habitación y fui hasta la cocina para tomarme el café que Joseph, me dejó preparado antes de irse.

Esperaba que no fuera siempre así, porque entonces no sabría qué hacer para agradecerle tanto. Me tomé el café y me comí dos tostadas. Mientras tanto, miraba el móvil esperando alguna llamada de nuevo, pero no llegaba. Me dieron ganas de hablar con Luisa o Lara, pero tampoco me atrevía. Después de todo, fui yo, la que les pedí tiempo.

Cuando terminé de desayunar, salí de la cocina para ir al salón a ver la tele. Estaba muy aburrida y en este momento, en Madrid estaría en el bar o con Luisa, desayunando en cualquier sitio, mientras esperábamos a Lara. Así todos los días, hasta que llegaba mi turno de trabajo.

Pasaba mucho tiempo con ellas y para mí eran una parte fundamental en mi vida. Sin ellas no sabía vivir. Sin sus risas, sus cotilleos, sus gritos, sus

consejos.

— ¡Dios, no puedo vivir así! —Me levanté y fui hasta la habitación para matar el tiempo.

De pronto, sonó el timbre. Salí de la habitación extrañada, pues nadie sabía que yo estaba aquí. Llegué y abrí la puerta. Mis ojos se abrieron incrédulos, no la creí capaz de haberme buscado, después que le pedí que me dejara en paz.

—¿Qué haces aquí? —Escupí con furia.

Mi madre, estaba frente a mí y no entendía para qué, si ella sabía que yo, no la quería ni ver. Ni siquiera le creí ni una de sus falsas lágrimas ¿Qué quería de mí? Quería entrar al apartamento, pero se lo impedí poniéndome delante de su cuerpo. Me fijé en su gesto, la vi más arrugada, estaba más mayor. Me había perdido demasiados momentos junto a mi familia, por su maldita culpa y ahora viene ¿A qué? A joderme la vida más, a eso viene.

—Quiero hablar contigo, hija.

—No me llames hija, nunca más. Yo no soy tu hija y no tengo nada que hablar contigo —respondí cabreada.

—Solo quería pedirte perdón —declaró entre sollozos.

— ¿Ahora? Después de tantos años ¿A tenido qué morir mi padre para qué lo hagas? ¡No me hagas reír, madre...!

—No, no. Eso no es así. Siempre quise pedirte perdón, pero no sabía dónde encontrarte, tu hermano jamás me dijo dónde estabas. —Su barbilla temblaba y sus ojos se llenaban de lágrimas.

No quería que me diera pena, no quería sentir nada por ella. Negué y con todo el dolor de mi alma, le cerré la puerta en la cara. Me sentí mal al hacerle eso, porque al fin y al cabo, era mi madre, pero no podía olvidar lo que me hicieron, no podía perdonarle esa humillación.

El día lo pasé metida en la casa y Joseph, llegó tan tarde que me pilló

dormida en el sofá. Me despertó y me obligó a irme a la habitación a dormir. Había sido el peor día de mi vida con diferencia, solo esperaba que fuera el último que pasara así. Quería despertar por la mañana y que todo hubiese sido un mal sueño, aunque no creía que tuviese esa suerte.

Semanas después.

Llevaba casi un mes viviendo en casa de Joseph, y ya tenía que irme. Él, necesitaba su espacio, su casa libre. Si le daba por traer a alguna mujer, no quería estar en medio y que se le fuera a la mierda la cita.

Las semanas pasaron lentas, muy lentas y me vi en la obligación de cambiar de número de teléfono y con ello borrar todos mis contactos. Tuve que hacerlo para no volverme loca, pues me pasaba las horas mirando el teléfono, esperando una llamada o un simple mensaje de su parte, pero nunca llegó. Ni siquiera le di el número nuevo a Lara, pues ella podría dárselo a Martín. Lo que menos quería, era seguir pensando que me llamara algún día y me dijese que todo acabó y que venía por mí, pero eso, nunca pasará. Lo sé.

Ese día había, quedado con Joseph para comer después del trabajo. Me lo podría haber dicho antes de irse, pero es que se fue incluso antes de abrir un ojo, así me mandó un mensaje para decirme que fuera a la empresa, que desde allí nos iríamos.

No estaba en la empresa, ya que nunca volví a trabajar de secretaria de Joseph. Después de hablar con Elena largo y tendido, llegué a la conclusión que debía comenzar a trabajar de enfermera, pues fue para lo que estudié y quién mejor para ayudarme a optar por ese puesto que, Elena. Me ayudó hablando con recursos humanos, hasta que un día, me llamaron. Llevaba una semana en el hospital. Estaba bastante contenta y deseaba ganar el primer sueldo para poder pagarme un apartamento y dejar en paz a Joseph.

A la hora del almuerzo, terminé de vestirme y salí del apartamento para ir a buscar a mi mejor amigo. Eso era Joseph para mí, un amigo incondicional

que siempre está para ti.

Le esperaba en la puerta de la empresa, no esperé ni cinco minutos y ya estaba a mi lado. Me dio un beso en la mejilla y nos fuimos caminando hasta un restaurante cercano. Siempre íbamos allí, cuando trabajaba para él. La comida era exquisita y el trato aún mejor.

Joseph, no paraba de mirarme y sonreírme, me estaba poniendo de los nervios, pues no sabía que le pasaba. Si después de diez minutos sigue así, me veré obligada a patearle el culo.

—¿Se puede saber qué te pasa? No has dejado de mirarme en todo momento y borra esa sonrisita, que me estás poniendo nerviosa —sugerí provocando una sonora carcajada.

—Estoy así, porque es lo que tú provocas en mí —respondió y me sonrojé avergonzada—. Belén, no te pongas colorada. Ya sabes que lo digo de broma —me tranquilizó, pero no estaba muy segura de ello.

Algo le pasaba o algo quería decirme, pero no se atrevía. Únicamente esperaba que no fuera algo, que nos separe para siempre, porque eso sí que no voy a poder soportarlo.

Mientras comíamos, hablábamos de todo un poco, aunque mayormente del trabajo. Me gustaba hablar con Joseph, porque podía tocar cualquier tema y me hacía sentir bien conmigo misma. Nunca iba a lograr verlo de diferente manera que no fuese como amigo y eso, me daba cierta seguridad a la hora de hablar con él.

—Belén, hay algo que quiero decirte —dijo de pronto.

—Dime ¿Pasó algo?

—No, no. Es por otra cosa —respondió nervioso—. Verás. Hace unas semanas que vives conmigo.

<<Me va echar, me va echar y yo aún, no sé dónde vivir>>, pensaba mientras

él hablaba.

Casi no me estaba enterando de lo que decía, hasta que mis oídos escucharon eso que tanto había evitado.

—Quiero que vivas conmigo de forma permanente. Quiero que seas mi novia, Belén —propuso y yo me quedé blanca.

¿Su novia? Después de todo lo que había pasado entre nosotros y sabiendo que jamás me iba a enamorar de él ¿Cómo se le ocurría pedirme qué fuera su novia? Este hombre se había vuelto loco...

Seguía con la mirada perdida, sin responder a su propuesta, pero es que no sabía que responder ¿Cómo le digo qué no sin herir sus sentimientos? ¿Cómo le explico qué no podré sentir nunca nada por él? Joseph, era una parte muy importante en mi vida y no quería perderlo, pero de ahí, a ser su novia y vivir juntos como pareja, era pasarse.

—¿Qué me dices? Belén, Belén. —Tocó mi mano para sacarme del trance.

—Eh, yo... Lo siento —Suspiré—. Joseph, eres un hombre increíble y cualquier mujer estaría deseosa de ser tu novia y vivir contigo, pero...

—Tú no sientes nada por mí. Lo sé, lo sé —respondió por mí y asentí—
Belén, no se trata de sentir. —Fruñí el ceño sin entenderle—. Yo quiero conquistarte día a día y siendo tu amigo no puedo. Porque me gustaría besarte cada mañana, llevarte de mi mano, pasar todas las horas abrazado a ti y eso, como amigos, no puedo hacerlo. Por ello, Belén, te pido que seas mi novia y me des la oportunidad de conquistarte. Te prometo que no te arrepentirás.

Su propuesta no era mala, pero me costaba pensar que él, llegase a conquistarme, sintiendo todo lo que siento por un solo hombre. Podría correr el riesgo e intentar ser feliz con un hombre al que no amo, pero ¿Y si logro enamorarme de él? Puede que Joseph, sea esa persona que me ayude a olvidar a Martín y con ello, conseguir ser feliz de una vez por todas.

Continuaba mirándome expectante, yo seguía dándole vueltas a la cabeza y

todo me llevaba al mismo sitio. No amaba a Joseph, pero sí le tenía un gran cariño ¿Sirve el cariño para comenzar a amar? No lo sabía, pero lo iba a averiguar.

—¿Te conformas con mi cariño de momento? —Pregunté reprimiendo una sonrisa.

—Solo si se convierte en amor. —Mis mejillas se tornaron rojas al oírle decir eso y él sonrió complacido.

—Eso tendrás que currártelo tú.

—¿Eso es un sí? —Preguntó ilusionado.

—Sí, Joseph. Seré tu novia, pero con una condición.

—Lo que tú quieras.

—No me llames cielo.



Martín

Semanas sin saber de ella. La había vuelto a llamar, pero su número no existía y eso me hizo pensar en algo. Belén había cambiado su número para que no la volviese a molestar. No la culpaba, yo mismo la eché de mi lado y ahora, que llevo días sin saber nada de Belén, semanas sin dejar de pensar en ella, me moría por verla. Quería hablarle y explicarle que todo había sido un error, que no sería padre y que jamás la engañé como nos hicieron creer. Pero hasta para eso, era tarde. Ya la había perdido.

Mi hermana, intentó localizarla para contárselo ella misma, pero tampoco tuvo suerte y no supo dónde estaba. Sabíamos que vivía en Barcelona con su hermano, pero ¿Dónde?

Una vez tuve el número de su hermano, pero al cambiar de móvil se me borraron los contactos y no lo encontré. Busqué en todas las agendas de teléfono de la casa, desesperado, pero nada. Ni un número, ni notas, nada.

Las semanas pasaron demasiado lentas y eso que las horas, las pasaba completamente borracho, intentando no recordarla. Y de nada servía, pues la recordaba aún más, la pensaba en todo momento y me estaba muriendo por dentro, lentamente, sin tenerla entre mis brazos.

Me levanté sobre las dos de la tarde y fue porque algún loco o alguna loca, estaba aporreando mi puerta de tal manera, que la echaría abajo si no la abría. Me enrollé una toalla alrededor de la cintura, ya que la noche anterior estaba tan borracho, que no me dio tiempo a cambiarme, me quité la ropa como pude y así caí en la cama, desnudo completamente.

— ¡Joder! ¡Ya voy! —Grité tapando mis oídos, pues me dolía la cabeza como si me la estuvieran martilleando.

Caminé arrastrando los pies, sin ganas de nada. En lo único que pensaba, era en quedarme solo y volver a beber hasta perderme en un mundo oscuro, donde ni Belén ni nadie puede entrar a menos que yo la deje. Llegué a la puerta y me estaba cabreando, quién fuera no se enteró de mis gritos. La abrí y mi hermana, entró como un vendaval y cara de psicópata. ¡Dios, a veces no la soportaba!

— ¡¿Qué coño pasa contigo?! —Preguntó a pleno pulmón.

Pasé mi mano por mi cabeza, rascándome la nuca con nerviosismo. No quería discutir con mi hermana y mucho menos mandarla a la mierda por pesada.

—Deja de gritar, por favor —sollocé.

—¿Te duele la cabeza? —Preguntó pegándome una colleja en la misma.

— ¡Au, joder! ¿Por qué me pegas? —Me quejé sentándome en el sofá.

Me la quedé mirando, esperando que me dijera a que había venido, aunque me lo podía imaginar. Venía a comerme la cabeza, para que busque a Belén y deje de beber, pero no se daba cuenta, que no haré ni lo uno, ni lo otro ¿Por qué no se enteraba de una vez? Lara se sentó a mi lado y me eché en el respaldo. Me sentía tan cansado de todo, tan agobiado y la presión que tenía en el pecho no se iba por más que lo intentaba.

—Martín ¿Esta es la vida que llevarás a partir de ahora? ¿Crees que ella querría esto? —Preguntó cogiendo mi cara para que la mirase—. Mírame ¡Joder! ¡Te estás comportando como un puto niño! ¿A qué esperas para ir por ella? ¿Quieres perderla?

— ¡Ya la he perdido, así que sí, esta es la vida que llevaré a partir de ahora, y si no te importa, me gustaría que dejaras de meterte en mi vida! —exclamé con enfado. Lara me miró con el ceño fruncido, sabía que estaba muy cabreada, pero más lo estaba yo.

Estaba harto de que me quisiera controlar tanto, como si yo fuera su hijo o algo parecido, no se daba cuenta de que soy mayor que ella y que mi vida, la vivía como me daba la gana, sin tener que darle explicaciones a nadie. Me levanté y ella me siguió con la mirada. Cogí la botella que había dejado a la mitad, anoche y bebí un sorbo. Con eso quería demostrarle que podía hacer lo que yo quisiera, aún sin estar ella de acuerdo.

— ¡Eres un, gilipollas! ¿Y sabes qué? ¡Jode tu vida si quieres! ¡Yo me mantendré alejada, pero después, cuando quieras saber mi opinión o necesites mi ayuda, no vengas, porque no estaré! —Escupió levantándose para irse— Solo vine, porque ya la encontré y tengo su número. No la llamé, porque pensé que tú querrías ser el primero en hacerlo, pero ya veo que te da igual. ¡Sigue con tu vida! —Exclamó con un nudo en la garganta— Aquí te dejo el número apuntado. ¡Adiós!

Se fue, después de decirme todo eso, se fue dejándome aún más destrozado. Me quedé mirando la mesa, donde mi hermana había dejado el papel con el número de Belén, me picaban las manos por cogerlo y llamarla, pero ¿Para qué? ¿Qué le diría?

Bufé exasperado y me levanté del sofá. Tenía que ducharme e ir a trabajar, ya había faltado al trabajo demasiados días y no se iban a creer lo de mi gripe.

Una hora después, estaba en mi coche camino de la comisaria. No quería ir a trabajar, porque allí me iba a encontrar con mi cuñado y Cristian y estarían dándome la tabarra con el tema, Belén.

Me sentía agobiado, todo lo que hacía era para olvidarla, pero me era imposible conseguirlo. ¡Joder!, si por cada vaso de whisky que me tomara, se fuera un recuerdo, me pasaría, las veinticuatro horas del día bebiendo, pero por ahora, me conformo con estar así las noches. En esos momentos de soledad en los que me voy a la cama, la busco, pero no está, ahí es donde bebo y donde me pierdo por horas.

Tenía que aceptar de una vez que Belén, mi Belén, no estaba conmigo y aunque me duela en el alma, fue lo mejor para ella, dejarme e irse con Joseph. Únicamente esperaba que él, si supiera hacerla feliz como yo, nunca conseguí.

Tres meses después.

Mi hermana llevaba toda la semana dándome la lata con los preparativos del bautizo de mi sobrino y no se daba cuenta, que yo no quería saber nada de eso. Es más, le dije que llamara a nuestra madre un mes antes para prepararlo todo, pero a la “señora” no le salió del alma, por no decir otra cosa...

Así que me encontraba en el local que quería alquilar, pues mi cuñado estaba trabajando y no podía venir con ella. Odio tener que estar de vacaciones, si no lo estuviera, ahora no iría de aquí para allá con esta loca.

Luisa se ofreció a ayudarla y claro, también cooperaba. Cuantas más manos mejor, decía.

—Lara ¿Quieres dejar de ver el mismo mantel? —Pregunté agarrando su mano.

—Uf, me pones negra, Martín ¿Es que no ves la gravedad del asunto? Le pedí el mantel color malva y este es púrpura ¡Púrpura! —Gritó cabreada y yo no sabía si la habían poseído.

Suspiré y me senté en la única silla que había en todo el local. El dueño, no se había esmerado en tenerlo preparado para una fiesta, y pretendía cobrarle a mi hermana por dos días quinientos euros, una burrada. Pero no, para Lara estaba perfecto, teniendo en cuenta que tenía que dejarlo todo como nuevo. No sabía cómo mi cuñado la aguantaba. Mientras la veía dando vueltas de aquí para allá, entró al local mi salvadora. Luisa venía al rescate, yo por fin, podría ir a tomarme una cerveza.

—¿Qué pasa Lara? —Preguntó Luisa mirándome a mí y después a ella. Le

hice una señal de “quiero cortarme las venas” y sonrió. Mi hermana que, tenía ojos hasta en el culo, me vio y me ganó una colleja—. Déjalo, anda... Aquí estoy yo para ayudarte en todo lo que pueda.

—No, en lo que puedas no. En todo, en general ¿Queda claro? —respondió la niña del exorcista. Que sí, que estaba poseída.

—Tranquila Lara ¿Sí? Mañana llega Belén y entre las tres lograremos que esto quede perfecto —declaró Luisa sin esperar a que yo me fuera.

Mi corazón dejó de latir en el mismo instante que Luisa, pronunció su nombre. Me pidió disculpas con la mirada y negué levantándome de la silla para irme. Ahora más que nunca, necesitaba la cerveza.

—Martín, espera —me llamó mi hermana—. ¿Estás bien? —Asentí y salí de allí.

Me metí en mi coche y me fui al primer bar que vi en la carretera. Estábamos en un polígono industrial, pues los locales más grandes los alquilan ahí. Aparqué el coche y salí de este. El bar, era pequeño, de estos que no entran más que borrachos o tipos que salen de algún que otro club de alterne, pero para una cerveza, estaría bien. Entré y me dirigí directamente a la barra.

—Hola ¿Qué te pongo? —Me preguntó un hombre mayor.

—Una cerveza —respondí sin mirarle.

¿Para qué? De igual manera la cerveza me la iba a poner. No tenía por qué estar mirando a todo el que me habla. Suspiré y el hombre, puso delante de mí, una cerveza helada. La primera vez en toda mi vida que me servían una cerveza bien fría Miré al hombre y este me sonrió complacido.

—Gracias —le dije.

—¿Ahogando las penas en alcohol? —Preguntó poniéndose frente a mí.

—Más o menos.

Después de eso, se dio la vuelta y se metió por una puerta. Suponía que era la cocina.

Dos horas estuve en el bar, dos horas sin dejar de pensar en ella, en que la vería mañana ¿Cómo iba a reaccionar cuando la tuviera enfrente? Mi cuerpo me hará una mala jugada y querré a cercarme a ella y besarla hasta que nuestros labios se convirtieran en uno solo. Pero ¿A quién quiero engañar? Seguro que viene acompañada de su novio. Sí, Joseph y ella, eran novios. Me enteré por la bocazas de Luisa, que sí, tenía contacto con ella. Parecía irle bien y mientras tanto yo, seguía jodido en mi vida de mierda, llena de soledad y absoluta oscuridad.

Me levanté, después de dejarle pagadas las cervezas y salí del bar. Caminé hasta el coche y recibí un mensaje de mi hermana. Suspiré cabreado ¿Qué querría ahora? Miré el móvil y leí los mensajes

Martín, Luisa y yo, estamos terminando. Ven a recogernos.

Noté a mi hermana muy extraña, pero no le di importancia, llevaba rara desde hacía ya dos semanas ¿Qué le pasaba? No tenía ni idea y mi cuñado menos. Entré en el coche y arranqué. No estaba tan lejos del local, así que llegué en cinco minutos. Mi hermana y Luisa estaban ya en la puerta esperándome.

—Por fin ¿Dónde estabas? —Habló Lara amable. La miré con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Tú ¿Qué te pasa a ti? ¿Por qué de repente me hablas tan amable? Si hasta hace dos horas me pegaste una colleja y estaba histérica. —Pasó sus manos por la cara y se quedó mirándome por unos segundos. Desde luego que le pasaba algo.

—Nada, nada.

—Lara, díselo —sugirió Luisa.

—Decirme ¿Qué?

—Verás Martín. Es que pasó una cosa, pero tú tranquilo ¿vale? Que seguro que es un malentendido y ella está bien. —Cuando dijo ella, la primera imagen que pasó por mi mente, fue Belén.

—Habla de una vez —dije apretando el volante. Ya tenía los nudillos blancos de tanta fuerza que estaba empleando.

—Hubo un accidente de autobús, era el que venía de Barcelona para Madrid. No sabíamos que Belén venía hoy, pero nos llamó Roberto para preguntarnos si su hermana había llegado ya.

Me bajé del coche hecho una furia. Mi corazón dejó de latir y me costaba respirar. No podía ser posible que eso estuviera pasando ¿Por qué cojones nos pasaba todo a nosotros? Yo aún la amaba, incluso más que antes y en este momento, me estaba muriendo. Lara se bajó y se acercó a mí. Yo caí de rodillas al asfalto y mi hermana me abrazó por la espalda. Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y era la primera vez en meses que lo hacía, aun necesítándolo hacía tiempo, lloraba ahora.

—Tranquilo, Martín. Verás que ella no iba en el autobús.

— ¡¿Y cómo estás tan segura?! ¡¿Qué hago ahora?! No puedo soportarlo. El hecho de no tenerla conmigo, pero saberla feliz con alguien, es lo que me ha mantenido cuerdo, pero ahora ¿Qué?

Mi hermana negó y se secó sus lágrimas. Estaba siendo muy duro con ella, pues para ella también estaba siendo difícil. Era su amiga, la mejor. No podía con la presión que tenía en el pecho y tenía que saber que estaba bien. Tenía que ir al hospital, donde quiera que esté, iría, pero la vería.



Belén

Habían sido unos meses muy largos y aunque Joseph intentó de todas las maneras posibles, hacer que me enamore de él, no lo estaba consiguiendo y me estaba agobiando el pensar que conmigo nunca sería feliz, que se merecía encontrar a alguien que sí, lo haría. Le dejé, hace unas semanas que ya no vivo con él. Me dolió mucho hacerlo y más después de que sus intenciones eran casarse conmigo, teniendo incluso el anillo comprado ya, pero yo no podía ¿Cómo amar a alguien si aún no olvidas a tu anterior amor? No pude olvidar a Martín. Cada cosa que veía, me recordaba a él, incluso algunas veces Joseph, me recordaba a él y ahí fue donde decidí tomar la determinación.

Estuve unos días en casa de mi hermano, porque no había alquilado nada y aunque mi madre, seguía viviendo con él, no pude hacer más que tragarla. Estuvimos hablando y parecía que las cosas estaban más calmadas, pero yo seguía sintiendo rencor hacia ella y no creía que, algún día ese rencor se fuera de mí.

Ahora mi hermano, parecía el soltero de oro. Un hombre guapo y con una gran empresa, pero a él, le gustaba alguien y yo sabía quién era. Ahora sí, cualquiera le decía algo sobre el tema.

Bueno, estoy en la estación de autobuses esperando a que salga otro, pues el mío, lo había perdido. Se suponía que volvía mañana a Madrid, ya que solo falta una semana para el bautizo de mi ahijado y claro, no podía faltar y no lo haría.

Tenía un gran nudo en el estómago. Tener que volver a Madrid de nuevo, sin

haber conseguido olvidarle, saber que lo iba a ver sí o sí, me ponía histérica pero ¿Qué iba hacer? No podía esconderme más. Incluso cambié de número para que nadie me llamara, ni me mandara mensajes, pero ni eso sirvió, pues tengo unas amigas que, parecen Sherlock Holmes y me encontraron, incluso mucho antes, de que yo recordase mi número nuevo.

Estaba metida en mis pensamientos, tanto que, si no hubiese sido por un señor que estaba esperando el mismo autobús que yo, y me avisó, lo habría perdido también. Le di las gracias. Metí las maletas en el maletero del autobús y me subí en el mismo. Mis maletas seguían vivas después de tantos viajes. Creo que incluso aguantarían más que yo.

El camino era largo y mi móvil en este momento solo me serviría para una cosa, escuchar música. Conecté los auriculares y me metí en mi música guardada. Y como no, la primera canción que puse, fue de Laura Pausini. ¡Joder!, parecía masoquista.

En Cambio, No- Laura Pausini.

**Quizás bastaba respirar,
Sólo respirar muy lento
Recuperar cada latido en mí
y no tiene sentido ahora que no estás,
Ahora dónde estás,
Por qué yo no puedo acostumbrarme aún
diciembre ya llegó,
no estás aquí, yo te esperaré hasta el fin,
En cambio, no, hoy no hay tiempo de explicarte
y preguntar si te amé lo suficiente
yo estoy aquí y quiero hablarte ahora, ahora.
Porque se rompen en mis dientes,**

**las cosas importantes,
esas palabras que nunca escucharás
y las sumerjo en un lamento
haciéndolas salir son todas para ti,
una por una aquí.**

No me había dado cuenta de que mis mejillas estaban siendo inundadas. Me sequé las lágrimas y esperé a que terminara para quitar la música, porque si no, estaba claro que iba a llegar a Madrid, peor de lo que me fui.

Habían pasado ya cuatro horas y prácticamente estábamos llegando a Madrid. Me estaba quedando dormida, cuando de pronto, el conductor del autobús comienza a frenar. Los pasajeros no sabíamos que había pasado, pero la mayoría entramos en pánico, al ver la gran humareda que se veía al frente.

—¿Qué habrá pasado? —Me pregunté.

Me levanté de mi asiento y me acerqué al conductor despacio para saber que estaba pasando. La cosa no pintaba nada bien y menos cuando policías, nos hicieron parar el autobús.

Miré hacia delante y lo que vi, me impactó tanto que tuve que sentarme de nuevo. Un accidente de autobús con varios coches. Caminé hasta mi asiento y comencé a llorar al darme cuenta que ese autobús era el que yo debí haber cogido. Las manos y las piernas me temblaban, cogí el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de mi hermano, pero en este momento, no podía cogerlo, ni siquiera podría hablar por el ataque de nervios que tenía. De solo pensar que ahora mismo podría estar muerta, se me encoge el corazón.

El conductor del autobús nos dijo, que teníamos que esperar que rescataran a las personas y pudieran despejar la carretera para seguir el camino, pero yo, no podía escuchar, estaba completamente bloqueada, no creía que se me fuese a quitar en mucho tiempo.

Como pude me tranquilicé y eché mi cabeza hacia atrás para descansar, aunque se me hacía imposible, no cuando afuera, estaban pasando tantas cosas. Yo podría ayudar e incluso me ofrecí, pero no me dejaron. Ya los bomberos y servicios sanitarios estaban haciendo su trabajo.

Ya estábamos llegando a Madrid. Había sido el viaje más largo que había hecho, pues estuvimos parados en la carretera más de una hora. En todo momento, mi móvil no dejó de sonar y, aun así, no contesté, no podía hacerlo. Una de las llamadas fue de Lara y me extrañó, pero no lo cogí.

Cuando llegué, me bajé del autobús y fui a coger las maletas del maletero. Entonces escuché su voz. No me lo podía creer, no era cierto. Me di la vuelta para corroborar que sí, era él, era Martín.

— ¡Belén! —Gritó corriendo hasta mí.

Cuando me alcanzó, no me dio tiempo a nada, me agarró de la cintura y apretándome a su cuerpo, pegó nuestros labios en el mejor beso que jamás me habían dado.

No me lo podía creer. Me sentía en casa, en mi hogar, sus brazos lo eran. Su beso despertó mi corazón herido, sanándolo por completo e incluso haciéndome olvidar todos los sucesos vividos los meses anteriores. Le necesitaba, sí que le necesitaba y ahora que estaba aquí, aferrada a sus brazos, con nuestros labios pegados, era el momento que yo tanto había soñado y no quería despertar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, si minutos u horas, pero escuchamos el claxon del autobús que volvía a irse. Nos separamos y sonreímos al conductor que nos hacía señas con la mano para que nos apartáramos de la carretera. Martín, cogió las maletas y cuando llegamos a la acera, volvió a soltarla para abrazarme. Me miró de arriba abajo y vi como sus ojos se llenaban de lágrimas, partiendo mi corazón en dos, teniendo él la mitad de

este.

—Estás aquí. Pensé que te había perdido —susurró cogiendo mis mejillas y besando mis labios de nuevo.

—Estoy aquí, Martín ¿Y por qué pensaste que me habías perdido? Oh, el accidente de autobús. Lo siento, no quise haceros sufrir —me disculpé y él negó.

—Eso ya no importa. Estás con nosotros de vuelta. —Cogió mi mano y le dio un dulce beso.

Cada beso de sus labios, pegado a cualquier parte de mi piel, hacía que esa parte se adormeciera por el cosquilleo que sentía. Era increíble la autoridad que él tenía sobre mi cuerpo, reconociendo este al ser amado. Habían pasado muchas cosas, sí, y nos habíamos separado dos veces para que eso no nos afectase. Pero ninguna de las dos nos ayudó, al contrario, nos hizo ver que nos amamos, incluso mucho más que antes y eso, fue lo único que aprendimos con todo esto. Yo ya no tenía fuerzas para irme, o dejarle ir. Yo ya no podía dejar que otra estuviera entre sus brazos. Yo lo amo y en este momento, es en lo único que pienso.

El verle correr hasta mí, con el corazón encogido y su cara de desesperación y pánico, me hizo ver todo con claridad. Martín, había tenido el mismo miedo que yo, el miedo a no vernos nunca más.

—¿Cómo están las chicas? —Pregunté con un nudo en la garganta.

Casi no podía hablar por todo lo que había estado reteniendo y Martín, se dio cuenta. Cuando llegamos a su coche y metió las maletas en el maletero, me cogió de la cintura y me miró a los ojos. Al fin, esos ojos que tanto amaba, me miraban como hacía tiempo no lo hacían, como tanto había soñado.

—Te amo Belén, más de lo que puedes imaginar, y hay muchas cosas que tenemos que hablar —habló nervioso y yo puse mis dedos en sus labios para callarlo.

Sí, era verdad que había muchas cosas que teníamos que hablar, pero ya tendríamos tiempo para eso. En este momento, lo único que quiero es ser feliz por unos instantes, aunque después, todo se vuelva ir a la mierda. Por lo menos unas horas de felicidad. Supongo que nos merecemos estos momentos ¿No?

Besé sus labios y me correspondió al instante. Sus manos acariciaron mi espalda, erizando toda mi piel. Sentir su aliento en mi boca, sentir sus manos en mi cuerpo, me hacía desearlo con locura. Y solo pensaba en el momento de llegar a un lugar en donde estuviéramos solo y me hiciera suya, aunque en realidad, nunca dejé de serlo. No separamos y subimos al coche. Martín, condujo y donde fue a llegar, al bar de mi amiga Luisa. Ambos nos reímos al darnos cuenta, que aquí fue donde todo acabo y donde comienza una nueva vida, de por sí, ya todo daba igual. Nos amábamos y eso, era lo único que nos importaba en este momento.

Nos bajamos y antes de entrar al bar Martín, cogió mis manos y me miró con dulzura. Era tan hermoso y le había echado tanto de menos, que este momento, me parecía un sueño. Después de tanta pesadilla, era bueno despertar convirtiéndose en el mejor sueño de la historia.

—Hace unos meses me dijiste que te devolviera tus besos ¿Sigues queriéndolos? —Preguntó haciéndome reír. Besé sus labios.

—Quiero que me devuelvas los tuyos, esos besos que no me das desde hace tiempo. Esos son los que quiero —declaré al separar nuestros labios—. ¡Devuélveme mis besos! Martín. Los que me pertenecen.

Se carcajeó y besó mis labios, dándome esos besos que llevaban mi nombre, esos que me debía, esos que nadie más recibiría.

Epílogo



Tres días habían pasado desde que llegué a Madrid, tres días llenos de amor, encerrados en la nueva burbuja que Martín y yo, nos habíamos construidos, ya que la anterior, fue explotada de mala manera.

No habíamos salido de la casa y nos sirvió de mucho, ya que al fin, pudo contarme todo lo que había pasado en realidad. Fuimos manipulados, engañados y dañados por dos malditas víboras, que lo único que querían era matar el aburrimiento. Yolanda, nunca se acostó con él y como tal, el bebé que ya había nacido, no era de él, pero ella se quiso aprovechar de la situación y no le valió de nada.

La primera noche que pasamos juntos, hicimos el amor, reencontrándonos, uniendo nuestros cuerpos en uno solo, tan pegados que, nada ni nadie, podría volver a separarnos. Después de eso, prometimos olvidar todo, lo pasado, lo vivido meses atrás y las malas noches que ambos pasamos, llegando a una sola cosa, despertar cada mañana juntos, con una sonrisa y un te quiero. Ese fue el trato y los dos lo aceptamos.

En este momento estábamos preparándonos para el bautizo de Ángel. Me hacía mucha ilusión ser su madrina y estaba como loca por verle, pues desde que llegué no había visto a nadie, Martín no me dejó salir de la habitación. Terminé de arreglarme y salí al salón para encontrarme con un guapo Martín, vestido con un traje azul eléctrico que le quedaba como un guante. Suspiré abanicándome al verle y me sonrió haciendo que mi corazón latiera desbocado.

—¿Por qué tienes que estar tan rematadamente bueno? —Pregunté acercándome a él despacio, meneando mis caderas, calentándolo mientras pasaba mi lengua por mis labios. Lo vi tragar saliva y agarró mi cintura

pegándome a su cuerpo, haciéndome sentir lo excitado que estaba.

—Y tú ¿Por qué tienes qué ser tan morbosa? Mira como me has puesto con solo verte mojar tus labios —dijo con la voz entrecortada.

—¿No te gusta que lo haga? —Volví a pasar mi lengua, pero esta vez por los suyos.

—Eres una descarada y me encanta.

Besó mis labios y ya nos estábamos calentando, pero me separé de él lo suficiente para que pudiéramos irnos.

—Deja algo para después, Martín.

—Lo que tú digas, pequeña.

Aparcamos el coche en la iglesia y salí del mismo, mirando al frente, clavando mis ojos, en mis amigas. Ellas me vieron y corrieron en mi dirección, aunque no tuvieron que hacerlo mucho, pues yo corrí hasta ellas y nos fundimos en un fuerte abrazo. Lara comenzó a llorar de nuevo, como cuando hablamos por teléfono, no podía dejar de hacerlo y Luisa y yo estábamos extrañadas de tanto llanto.

—Lara ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan llorona? —Preguntó Luisa y yo asentí apoyándola.

Lara, se quedó callada y Luisa y yo, nos miramos intentando comprenderla, pero no sabíamos que pensar.

—Estoy embarazada —dijo de pronto y las dos abrimos los ojos sorprendidas —. Por favor, no digáis nada, Rubén aún no sabe nada.

—¿Y a qué esperabas para decírmelo? —Preguntó Rubén detrás de nosotras.

Lara se dio la vuelta y comenzó a llorar de nuevo. Rubén le abrió los brazos y ella se encerró en su cuerpo. Luisa y yo, ya podíamos estar tranquilas por ella, pues Lara había encontrado su felicidad, esa que tanto se merecía.

—Bueno, Luisa. Ya solo quedas tú para tener novio ¿Qué, hay algo por ahí?

—Hablé levantando las cejas sugestivamente.

—No, no hay nada y espero que no me preguntes más. Ya sé por dónde vas tú —respondió nervios mientras cruzaba una mirada con Cristian. Este al sentir su mirada, cruzó sus ojos con los de ella y se quedaron mirando por unos segundos.

— ¡Uy Dios mío! Aquí hay tomate —dije riéndome y Luisa, me dio un golpe en el brazo mientras se reía por mi comentario.

La ceremonia fue muy amena y aunque a veces se hacía pesada, no podíamos quejarnos con el cura que nos había tocado, en algunos momentos, fue gracioso.

Una hora después, estábamos en el local que Luisa y Lara, habían preparado, sin mi ayuda y que quedó precioso. Desde luego que se lo curraron.

Estaba todo decorado con colores pasteles. Lara, había pedido para los manteles el color malva, pero al no encontrarlo, los puso turquesas, así quedó perfecto. Todo estaba lleno de globos y en cada globo había una frase diferente. Me hizo gracia, porque vi dos que ponían: Besos Bajo La Lluvia y en otro ¡Devuélveme Mis Besos! Luego Lara me enseñó otro y en este ponía: Los Besos Que Quise Darte y así muchos más. Había sido todo un detalle y me emocioné al verlos. Cada frase contenía recuerdos de nuestras vidas, esas vidas que habían cambiado tanto y en tan corto tiempo.

Me sentía feliz con la vida y la familia que me había tocado y no podía quejarme, pues al fin todo se arregló y volví con el amor de mi vida.

Caminé hasta Martín, que estaba en la barra bebiendo una cerveza, le abracé por detrás y al sentir mis manos, las cogió con una mano y con la otra, cogió algo del bolsillo derecho y sin que yo me diese cuenta, colocó una sortija en mi dedo. Me tensé y él se dio la vuelta para mirarme. Cuando nuestros ojos se encontraron, vi un brillo especial en ellos, pero también pude ver, algo de miedo en su rostro.

—Sé que no es el momento y que puede que sea algo rápido, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de pedírtelo de nuevo —expresó nervioso—. Belén, te quiero y quiero que esto no acabe nunca, por eso... Quiero... ¿Te casas conmigo?

No dije nada, no podía articular palabra. Lo único que pude hacer, fue abrazarle fuerte, apretando nuestros cuerpos y que mi propio corazón le respondiera. Nos miramos y unimos nuestros labios, besándonos con todo el amor que podíamos sentir y el que nos quedaba por crear. Un amor como el nuestro no podía morir, no podíamos dejar de amarnos, ni intentando odiarnos, lo habíamos conseguido y entonces pienso, que nunca quise que me devolviera mis besos.

—Sí, claro que quiero casarme contigo —respondí al separar nuestros labios y Martín, estaba tan emocionado que me cogió en brazos y me dio vueltas.

—Gracias, gracias por no dejar nunca de amarme. Gracias por no pedirme más que te devolviera tus besos.

Sonreí y así, volvimos a abrazarnos y amarnos como siempre, como nunca y para toda la eternidad.

Fin

Historia de Luisa



Pensar que me podría enamorar de él era algo que tenía muy presente, pero después me daba cuenta de que no, que era imposible sentir algo por un hombre tan frío y gilipollas como Cristian. Y yo, tonta de mí, estuve a punto de caer en sus garras, pero no, no me dejé vencer, no dejé que me sedujera con esos malditos ojos azules y esos labios carnosos que aún no había tenido el placer de besar... Joder, necesito un psicólogo, porque si no, acabaré mal, muy mal.

Mi vida había cambiado demasiado en tan poco tiempo que casi no me reconocía. La Luisa alegre, ligona, juerguista y loca de siempre había sido sustituida por una estúpida, enamoradiza y que estaba loca porque le echaran un buen polvo. Si es que solo pensar que si yo quisiera podría tenerle, aunque solo para eso, el sexo, porque él no quería nada serio y lo dejó muy claro la primera noche que salimos a escondidas de nuestros amigos, porque... ¿Qué dirán? Yo sí sabía lo que mis chicas iban a decir, pero... ¿Y los chicos? No sabría decir, aunque sinceramente me suda lo que digan, pero... ¿Y a Cristian? Esta sería una relación muy complicada.

Así que aquí estoy, sola en el bautizo, mirando de reojo al chico que me vuelve loca, pero al que a la vez quiero mantener lejos de mí para que no me rompa el corazón. Y me siento tan patética que me voy a coger la mayor borrachera de todos los tiempos. A la mierda la nueva Luisa y que vuelva la antigua. Ella sí sabría qué hacer con el tema “guaperas”.

—Deja de babear por él. —Escucho la voz de mi amiga Lara.

— ¡Yo no babeo! —Exclamo sin mirarla.

Lara se sienta a mi lado y coge mi mano. Suspiro, porque me jodía que me conociera tan bien. Me encantaría ser una mujer reservada con mis amigas,

pero no, yo les contaba todo a ellas, no vivía en paz sin hacerlo.

—Sí que lo haces —rebate—. No tienes que fingir conmigo, Luisa. Sé que sientes algo por él, pero no eres capaz de reconocerlo y es la primera vez que no me lo cuentas y eso solo puede significar una cosa. —Miro a mi amiga y alzo una ceja.

—Por favor, no me vengas con tus teorías, Lara. No significa nada de nada, así que no insistas —repongo nerviosa.

Ni yo misma me creo lo que acabo de soltar por mi boca. Lara se mantiene callada, pero ese silencio da más miedo que el crujido de la madera en la noche. Me da tanto miedo esos momentos en los que estás en tu cama, a punto de dormirte y comienza a crujir toda la casa. Por dios, esa noche ya no dormía. Bueno, que me voy del tema. No quiero hablar más con Lara porque sabía que la conversación se iba a ir por los cerros de Úbeda, porque sí, Lara era una fantástica periodista llena de teorías y yo no tengo el horno para bollos o como suelo decir cuando estoy cabreada: No tengo el chichi para farolillos.

—Si tú lo dices. —Me levanto dejándola con la palabra en la boca y me voy hasta la nevera para coger hielo.

Desde la barra de la cocina miro a Cristian y mi corazón late de una manera increíble.

—Joder —susurro.

Tengo un gran problema y no puedo seguir así. Tendría que poner tierra de por medio o incluso un océano. Sí, eso haré. Saldré de aquí, huiré como hizo Lara y me iré a Cuba o a México. No sé a dónde, pero saldré de la vida de Cristian para siempre, por lo menos antes de salir herida.

Capítulo 1



Después de cogirme la mayor borrachera de la historia en el bautizo de Ángel, me voy del local sin despedirme de nadie. Cristian estuvo toda la noche tonteando con una de las compañeras del trabajo. Una policía con tetas operadas y cabello rojo que lo tenía babeando. La muy zorra sabía que yo los miraba y se pegó a él como una lapa. Entonces me emborraché y cuando me cabreeé de estar viendo semejantes gilipollez, me fui a dormir la mona.

No entendía el porqué de mis celos, si yo era la que me había negado a tener algún tipo de relación con él, pero claro, ¿quién quiere ser la folla amiga de alguien? A mí no me gustaba eso. O éramos pareja o no. ¿Tan difícil es encontrar a alguien con el que compartir tu vida entera? Desde luego que lo príncipes azules no existen, en su defecto, lo único que hay son gilipollas que se creen príncipes y no llegan ni a rana. Como el que se cree mierda y no llega ni a peo, pues igual.

Cuando me levanto y veo la hora que es, casi me caigo de bruces contra el suelo. Ya llegaba tarde al trabajo.

— ¡Joder! ¿Por qué coño tuve que beberme todo? Mi padre me mata —digo poniéndome los pantalones y cogiendo la primera camiseta que pillo en la silla.

Entro al baño e intento peinarme, pero tengo el pelo tan enmarañado que creo que será mejor rapar al cero. Luego lo pienso y me doy cuenta de que jamás me cortaría el pelo. Por dios, con lo sexy que es y lo que lo cuido. Ya debería ser más consciente por la noche cuando me acuesto y recogérmelo para que no se enrede, pero con la cogorza que traía, la verdad es que no estaba yo muy puesta en nada. Llego y me tiro en plancha en mi cama.

—Vaya cara de alcohólica que tienes, Luisita. —Me río de mí misma y me

lavo la cara.

Cuando estoy lista, salgo del baño, cojo el bolso, meto el móvil y salgo por patas. De verdad que cuando llegue al bar, mi padre me despide y eso que no puede hacerlo. Yo soy la dueña. Mi padre decidió poner el bar a mi nombre hace unos meses por motivos de salud. Bueno, el hombre está mayor y no quiere que si le pasa algo, dios no lo quiera, dejarme sin nada. Por eso decidió ir al notario y dejarme todo lo que él poseía. Su casa también me la deja, pero yo no la quiero, eso puede devolvérselo a la gilipollas de mi hermana la desaparecida. No sé ni por qué me acuerdo de ella, juré no hacerlo nunca, pero aquí estoy, de camino al bar, con una resaca de mil demonios y acordándome de la estúpida de mi hermana Noelia.

Hace años que no sabemos nada de ella y no es que tenga muchas ganas de verla, pero joder, por lo menos podría llamar a mi padre de vez en cuando. Él sí sufre mucho por su hija perdida, aunque muy perdida no está, pues fuentes cercanas me dijeron que la habían visto en Málaga hace tres años.

Me obligo a no pensar más en ella y llego al bar, aparco el coche y salo corriendo. La hora, dios, la hora. Había llegado una maldita hora tarde y al entrar al bar, mi padre me miraba con cara de perro a punto de comerse su mejor hueso. Me acerco muy despacio, con miedo, tengo a un ogro como padre. Puede que esté exagerando un poco, pero no, cuando mi padre se cabreaba, había que temerle.

—Luisa, Luisa. Muy mal por tu parte. ¿Qué horas son estás de llegar? —Me pregunta con voz calmada y me parecía extraño tanta amabilidad.

No le doy importancia y me voy directa al almacén para ponerme el delantal, pero al entrar, me quedo con la boca abierta, tanto que por poco se me cae al suelo. Cristian estaba sentado en una de las cajas de cerveza. ¿Qué hace aquí? Eso es lo único que mi cabeza piensa.

—Por fin llegas —dice sin más.

—¿Habíamos quedado y no me acuerdo? —Pregunto sin mirarle, ya con una simple mirada hace que mi cuerpo arda. Veo cómo se levanta y se va acercando a mí. Cuando lo tengo justo delante, pongo un dedo en su torso duro como una piedra—. Para el carro, león. No des ni un paso más.

Cristian sonrío de medio lado, provocando en mí las llamaradas del infierno y si no fuera por el gran cabreo que tengo con él, por pasar de mí durante toda la fiesta del bautizo de mi sobrino, ahora mismo estaría mordiendo esos labios carnosos que tanto me provocan, pero no, ni siquiera iba a dejar que me usara como un trapo sucio. ¿Qué se creía? No estoy tan desesperada.

—¿Te pasa algo conmigo? —Pregunta fingiendo preocupación y yo me aparto para coger el delantal y por fin ponérmelo. Entonces siento su cuerpo pegado al mío, pasa sus brazos por mi cintura y pega mi espalda a su pecho—. ¿Por qué siempre evitas mi contacto? No lo entiendo, si veo cómo se te eriza la piel cuando te toco. Siento tu agitación cuando estoy cerca de ti —susurra en mi oído y ya siento cómo mis piernas flaquean.

Por un momento me he perdido en este minuto y me niego a que haga conmigo lo que se le antoje y creo que debo poner distancia entre ambos o lo voy a pasar muy mal. Me doy la vuelta y, al hacerlo, sus labios quedan muy cerca de los míos. No quiero besarle, no deseo besarle, pero me es imposible negarme.

<< ¿Por qué tiene que ser tan sexy el muy capullo? >>, pienso y babeo al mismo tiempo.

Cristian se siente el rey del mambo en este momento, pero sin creérmelo ni yo misma y pensando las cosas fríamente, antes de que sus labios siquiera rocen los míos, le pego una patada en los huevos que hace que caiga de rodillas ante mí. Vaya que sí me gusta verlo a mis pies, aunque no me lo imaginaba así, más bien, de otra manera, más gustosa.

— ¡¿Pero te volviste loca?! —Grita como un niño al que acaban de quitar un

caramelo y en cierto modo así ha sido. Me rio y me agacho en cuclillas para ponerme a su altura.

—Eso te pasa por baboso. Que sea la última vez que vienes e intentas besarme —digo muy cerca de él y le guiño un ojo antes de levantarme y salir del almacén.

Cuando salgo, me voy riendo como una auténtica loca. De verdad que dejarlo tirado en el suelo ha sido muy divertido. Creo que lo haré más a menudo.

Me pongo a limpiar las mesas y a poner las sillas en sus lugares y minutos después Cristian sale y me mira con cara de pocos amigos, le ignoro y sigo con mi tarea. Y cuando creo que se va a ir sin decirme nada, me deja helada al soltar:

—Venía a pedirte una cita, pero como siempre serás así conmigo... —Y con las mismas se va.

—¿Me habré pasado? —Me pregunto a mí misma y niego en el mismo instante en que recuerdo cómo se sobaba en el bautizo con la maciza pelirroja.

Resoplo y voy hasta el interior de la barra para encender la radio. Un poco de música me vendrá bien para olvidar al merluzo que tanto deseo. ¿Será que algún día besaré sus labios? No lo creo y menos si sigue comportándose como un auténtico gilipollas.

La mañana pasa rápida y al ser un lunes hay bastantes personas, cosa que ayuda para no dejarme pensar en el “guaperas gilipollas”.

Dos horas después y cuando por fin se han ido la mayoría de los desayunadores de la empresa de abogados que tenemos justo al lado, puedo sentarme para tomarme un mísero café, porque ni hambre tengo. En eso llegan Belén y Lara. Sonrío al verlas y después de saludarlas, me siento con ellas en una mesa de la terraza. Por fin un poco de descanso.

—¿Dónde está mi sobrino? —Le pregunto a Lara.

—En la guardería. Te dije que ya mismo empiezo a trabajar y tenía que meterlo.

— ¿Tan pronto? Pero si es muy pequeño todavía —replico ofuscada.

Nunca me han gustado las guarderías, pero claro, si tiene que trabajar... ¿Qué puede hacer con el pequeño Ángel? Ya me gustaría a mí poder quedármelo, pero yo solo podía por la tarde. Entonces mi cabeza empieza a divagar y se me mete algo entre ceja y ceja. Si es que a veces soy muy cabezona.

—Lara. ¿Y si cambio mi turno en el bar y me quedo por las mañanas yo con el peque? —La pregunta le pilla de sorpresa porque sus ojos se clavan en los míos y arruga la frente, como si no pudiera ver con claridad.

—No es mala idea —dice Belén que hasta ahora no había abierto el pico, cosa que es raro en ella. La miro y ya sabía que la siguiente en la lista de conversaciones era ella.

—No sé, Luisa. ¿Tu padre estará de acuerdo en cambiarte el turno? A lo mejor le fastidias la mañana —habla Lara apenada. Yo niego para quitarle importancia y le sonrío.

—No te preocupes. Mi padre solo tiene que hablar con Melisa para decirle que, a partir de ahora, vendrá en el turno de mañana. La chica es trabajadora y no se va a negar y si lo hace, la despido y contrato a otra. Será por parados en España. —Soltamos una carcajada y me levanto para ir hablar con mi padre.

Mi padre era un hombre serio y estricto, pero se podía hablar con él. Yo sé que no se va a negar y menos si es para decirle que voy a cuidar a mi sobrinito y a su nieto postizo.

Después de hablar con mi padre y convencerlo de que llame a Melisa para ofrecerle el turno de mañana, salgo y me siento de nuevo con mis amigas. Las dos me miran con cara de psicópatas y no creía que fuese solo por el niño, así que levanto una ceja y las obligo a que me digan porqué cojones están mirándome así.

—¿Se puede saber por qué me miráis así? —Mi voz suena un poco brusca y las dos se ríen de mí—. Lo que me faltaba. Ahora os reís de mí.

—¿Le has pegado una patada en los huevos a Cristian? ¡Eres la puta ama, Luisa! —Exclama Belén casi ahogándose por la risa.

—Joder con la maruja. Ya fue contándoselo a todo el mundo. Si así de cotorra es por una simple patadita, no me quiero ni imaginar cuando consiga llevarme a la cama. Si es que lo consigue. —Eso último lo digo tan bajito que casi no me escuchan, pero sí, me escuchan y dejan de reír.

Pero antes de que comiencen a darme la vara, me levanto y las dejo con la palabra en la boca. No me iba a poner ahora a explicarles mis motivos por los que aún no he dejado que Cristian ni siquiera me bese. Claro que ellas no saben lo que siento cada vez que lo tengo cerca. Mi corazón brinca como un loco y mi sexo se contrae con solo sentir su aliento cerca de mi cara.

Dios, cada vez estoy peor y necesito un polvo urgentemente. Tendré que salir de marcha y buscarme un maromo que me lleve a la luna sin necesidad de saber siquiera su nombre. Vamos, lo que viene siendo un polvo de si te he visto no me acuerdo. Prefiero eso mil veces a abrirle las piernas a un tipo que voy a ver todos los días y que, seguro, después de hacerlo, pasará de mi culo como hace con todas. No, me niego a ser la siguiente en la lista de sus conquistas.

Capítulo 2



Llevaba en el baño metida diez minutos y ya tenía que salir, por lo menos antes de que las locas de mis amigas vinieran a sacarme por los pelos. Me sentía como una niña pequeña a la que descubren el niño de su clase que le gusta. Lara y Belén no iban a entender esto que siento, porque no quiero sentirlo. Sinceramente no sé si es amor o realmente no quiero que sea amor. No lo sé, me siento aturdida con tantas cosas que nos han pasado.

Ahora quiero centrarme en cuidar a mi sobrino y preparar con Belén su boda con Martín, aunque esta vez sin que haya despedida de solteros por medio para joderlo todo.

—Qué tonta eres, Luisita —me digo mirándome en el espejo del baño. Me hecho agua en la cara y abro la puerta para salir.

Al hacerlo, en el pasillo de los lavabos, están Lara y Belén esperándome con cara de “habla de una maldita vez o verás la que te vamos a dar”. Sí, así de brutas pueden ser las dos. Pero yo no estoy por la labor, así que vuelvo a dejarlas con la palabra en la boca y me meto en el interior de la barra para seguir con mi trabajo. En teoría sigo en mi tiempo de descanso, pero prefiero mantener la mente ocupada, así que me pongo a trabajar.

—¿En serio no nos vas a decir ni una palabra? —Pregunta Lara sentándose en uno de los taburetes. Yo niego mientras friego los vasos y todo lo hago sin mirarlas a la cara.

—Está bien. No te preguntaremos nada, pero por favor, Luisa. Tómate tu descanso —pide Belén preocupada. Yo levanto la mirada y ahí están las dos mirándome con cara de perro abandonado.

¿Será que pueden entender mi silencio? Las adoro y daría mi vida por ellas, pero a veces siento que necesito un gran espacio, algo para poder pensar yo

sola con claridad, un “kit kat”, como suelen decir, para poder mirar mi vida, mirar hacia atrás y hacía adelante y darme cuenta de que Cristian no es para mí, aunque no creo que sea para ninguna mujer. Una mujer con dos dedos de frente no creo que se deje embaucar por un “guaperas” solo para follarse. Las hay más inteligentes que la “pechugona” que estaba en la fiesta del bautizo de mi sobrino. En fin, hay de todo en la viña del señor, como decía mi abuela.

—Está bien, pero dejad de mirarme así, por favor —hablo al mismo tiempo en que salgo de la barra y ambas se acercan a mí para abrazarme.

—Vale, no quieres hablar. Lo entendemos, bueno, no lo entendemos, pero lo respetamos. ¿Verdad, Lara? —Pregunta Belén intentando hacer que Lara olvide el tema, cosa que será muy difícil. Mi amiga no es de las que olvidan un tema importante, aunque solo lo sea para ella.

Sonríe y asiente falsamente. Cómo la conozco a la jodía. Salimos de nuevo a la terraza y ahí nos ponemos a parlotear de todo tipo de temas. Lara sigue expectante a que yo suelte por fin lo que ella quiere escuchar, pero no, no se lo pondré nada fácil, así que me pongo a hablar de la boda de Belén.

Al final, tanto rato hablando, pasa el tiempo y ni me doy cuenta. Tampoco mi padre me avisa. Y es que cuando estoy con ellas, se me pasa el tiempo volando. Lara y Belén deciden irse y quedo con Lara para que me dejara al niño en mi apartamento por la mañana. Se me iba ser muy raro el tener un bebé en casa, pero tenía ganas de pasar el tiempo con ese Ángel que nos robó a todos, el corazón. Creo que el niño es más de todos nosotros que de sus propios padres.

Una semana después.

La semana que llevaba cuidando del hijo de Lara fue una semana muy intensa para mí, jamás en mi vida había pasado tanto tiempo con un bebé de menos de un año y tengo que decir que no se me daba nada mal.

Me encuentro en mi habitación, vistiéndome sexy porque Belén y Martín

estaban preparando una cena de compromiso que a mi amiga le hacía mucha ilusión. Y a mí mucho más, ya que en esa cena iba a ver a Joseph y Roberto, el hermano de Belén, y la verdad... los dos estaban muy buenos. A Roberto no lo conocía en persona, pero sí lo había visto en fotos y no podía negar lo que era más que evidente. Pero bueno, mi intención era ver a Joseph y, con suerte... Bueno, que quiero verlo, para que dar más datos.

— ¡Luisa ¿Estás lista ya?! —Grita Belén desde el salón.

Estábamos esperando a que Martín viniera a recogernos, pero primero fue a recoger a Joseph y a su cuñado. Los dejaría en casa de Lara y Rubén, que era más grande y tenían un gran jardín, y venía a por nosotras.

— ¡Sí, ya salgo, pesada! —Grito y abro la puerta con cara de loca.

—No grites, joder.

— ¡Coño! Que me has asustado —digo poniéndome la mano en el pecho a la altura del corazón.

Ambas nos reímos a carcajadas y me besa en la mejilla. La muy zorrón estaba guapísima y así Joseph no me iba a mirar a mí, si no que no le quitará ojo a la cabrona.

— ¿Qué me miras tanto? —Pregunta y me agacho para ponerme los tacones de metro y medio que me había comprado en las rebajas para ocasiones especiales como esta.

—Pues qué más voy a mirar. Estás cañón.

—Y tú estás como un cencerro. —Cojo el bolso y ya estaba lista para esperar al bombón de... Mmmm... ¿Cómo se llamaba? Ah sí, Joseph.

Salimos de mi habitación y, por consiguiente, lo hacemos hacia la calle. Martín le mandó un mensaje a Belén avisándola de que ya estaban abajo. Lo leyó delante de mí y casi me da algo al escuchar “estaban”.

—No me jodas, Belén. ¿Están los tres abajo? —Pregunto nerviosita perdida, pues ver a esos dos hombres tan de cerca y encima tener que sentarme en el

coche con ellos, estando aún más cerca, pone cardíaca a cualquiera—. Yo me voy en mi coche. ¿Vale?

—No digas tonterías, Luisa. ¿Qué pasa? ¿Acaso te ponen nerviosa? Déjame decirte que ahí abajo tienes dos dioses griegos para que elijas y te olvides de Cris...

—Calla, ni me lo nombres, que ese es como el diablo, lo nombras y aparece.

—Belén hace un gesto militar y salimos del ascensor.

Estaba muy nerviosa y lo notaba en mis piernas, flaqueaban. Al salir, Belén sale corriendo hasta alcanzar a un hombre alto, de pelo claro que venía vestido con un pantalón vaquero y una camisa blanca. Pude deducir que era el hermano, ya que a Joseph sí que lo conocía. Camino despacio, haciéndome la interesante y paso justo por su lado. Joseph me coge del brazo y me hago la sorprendida, fingiendo no haberlo visto.

— ¡Hola! Luisa... ¿Verdad? —dice con voz amable.

<< No se acuerda ni de mi nombre, pues mal empezamos>>, pienso sonriéndole simpática.

Otra cosa no, pero a mí a simpática y a falsa, no me gana nadie. Osea que, podía ser ambas cosas a la vez. Belén se separa de su hermano y por fin me deja verlo de cerca. Y joder, joder. Su hermano estaba muy, muy... <<Luisa como no pares, te dará un colapso aquí mismo>>. Me reprendo por tener la mente tan calenturienta. Pero no se trata de estar más salida que el pico una mesa, si no del tiempo que llevo sin tener sexo. Eso, déjame decirte, es algo que no soporto.

Podría tranquilamente abrirle las piernas a Cristian, pero a él y nunca, nunca lo haré. Me gustaba más de la cuenta y hacerlo sería mi perdición.

—Luisa, te presento a mi hermano. Roberto, ella es mi mejor amiga y compañera de piso, Luisa. —Nos presenta y se acerca a mí para darme dos besos. Entonces, en ese transcurso de tiempo, Belén se acerca a Joseph y lo

saluda con un beso en la mejilla, a Martín no le hace mucha gracia.

Aunque estaba frente a un tío brutal, no podía dejar de mirar a Joseph. Ese hombre para mí era de esos con los que cometería una locura una y otra y otra vez, pero sin llegar a tener nada serio.

Nos montamos en el coche y me siento en medio de ambos, mis pulsaciones están a un ritmo alocado y mi mente solo piensa en lo que sería tener a estos dos hombretones para mí solita, haciendo mil y una locuras con mi cuerpo. Tengo que abanicarme con la mano por el calor que me está entrando. Belén me mira por el espejo y sonrío al verme y a mí me entran ganas de patearle el culo.

Llegamos por fin a casa de Lara y cuando aparcamos y salimos del coche, por fin vuelvo a respirar con normalidad. Camino decidida hasta Lara y así poder evitar a esos hombres, poder expulsar de mi mente esos pensamientos y con ellos el calentón que tengo, pero poco dura mi tranquilidad cuando veo a Cristian casi a escasos centímetros de mí y sin que me dé cuenta, coge mi mano y tira de mí. Caminamos deprisa y menos mal nadie que nadie se dio cuenta, o eso esperaba yo. Estaba harta de este hombre y no quería que consiguiera más de lo que ya le daba, o sea... nada.

— ¡¿Quieres parar?! —Grito soltándome de su fuerte agarre y le doy un tortazo que le doblo la cara hacia la derecha.

— ¿Se puede saber qué haces? Solo quiero hablar contigo, Luisa —habla conteniendo su cabreo, aunque me la sopla lo cabreado que llegue a estar. Yo lo estoy más.

— ¡No! ¿Qué coño haces tú? ¡¿Qué quieres, Cristian?! —Pregunto a pleno pulmón, estoy tan cabreada que a la mínima que se acerque, le meto otra patada en las pelotas.

Se da la vuelta y vuelve a mirarme, sus ojos reflejan... Espera... ¿Qué reflejan? Ni siquiera puedo descifrar lo que quería decirme o lo que quería de

mí. Cristian es tan, tan... ¿Veis?, no sé qué decir de él y me estaba volviendo loca, porque como soy gilipollas, el tonto ha llegado a mi corazón. Como no recibo la respuesta que yo quiero oír, me doy la vuelta y camino hasta el jardín delantero para disfrutar de la fiesta, o por lo menos intentarlo. Cristian no me retiene y lo agradezco, es mejor para ambos, mantener las distancias es lo mejor que podemos hacer.

Cuando llego a donde Belén y Lara están, me miran y sonríen maliciosamente y ya me estoy cansando de las amigas que tengo y quiero irme a mi casa. Estoy hasta el moño. Me siento con ellas y veo que los hombres están sentados al frente, bebiendo cerveza y hablando sobre cosas sin sentido, vaya, lo que se dice una conversación de “Hombres”.

—¿Dónde andabas? —Pregunta Lara con retintín.

—Dando un paseo —respondo secamente.

—Sí, ya. ¡Dando un paseo con Cristian! —exclama Belén y la miro mal.

—No empecéis, por favor... Esta noche quiero olvidarme de todo y si no lográis hacerlo, lo haré yo bebiéndome todo el alcohol que tengas en el mueble bar. ¿Estamos? —afirmo mirando a Lara y esta asiente reprimiendo la gran carcajada del siglo, pero da igual porque la suelta de igual forma.

No las aguanto cuando están en plan marujas o cupido. Los hombres miran en nuestra dirección y Cristian, Roberto y Joseph me miran a mí. ¿Qué cojones? Los tres ¿Para mí? Venga. ¿Con quién empiezo? Esto es surrealista. Me levanto bajo sus atentas miradas y siento cómo mi cuerpo se acalora. ¡Joder, joder! Camino hasta la nevera que tenía Lara en el jardín, cojo una cerveza y justo en el momento que me la voy a beber de un trago, Joseph se acerca a mí sigiloso y me quita la cerveza de las manos. Lo miro con el ceño fruncido. Otro que se cree que puede hacer lo que quiera. ¿Pero de qué van los tíos?

—¿De qué vas? Devuélveme mi cerveza, por favor —pido con respeto, pero

este no me conoce y cuando yo pierda los papeles... me conocerá de golpe.

—No creo que debas beberte la cerveza de un solo trago... Hay que saborearla —dice bebiendo un trago de la que era mi cerveza. Hala, a coger otra, mona.

Me quedo con la mirada perdida en esa pequeña e insignificante gota que cae por su incipiente barba y casi babeo. Me muerdo el labio inferior casi por instinto y Joseph, con sus dedos, hace que deje de hacerlo.

—Te harás daño. —Su voz resuena en mi cabeza y es como un murmullo, porque yo en este momento no estoy en este planeta—. Luisa. ¿Me oyes?

—Eh, sí, claro. ¿Qué decías?

—Que te harás daño si sigues mordiéndote el labio así de fuerte.

Estoy tan aledada que lo único que puedo hacer es coger una nueva cerveza y sentarme de nuevo con mis amigas que, cómo no, están viendo toda la jugada y dios, es la primera vez en mi vida que he sentido vergüenza, yo, vergüenza... ¿Estaba loca?

En toda la fiesta no me acerco a ningún “Macho calentador de mujeres necesitadas” por miedo a que me hagan perder la poca cordura que me queda. Ahora, eso sí, no me quitan ojo de encima y es como si estuviera eligiendo con cual, aunque ya tenía descartado a uno. Cristian, estaba completamente fuera de mi plan y eso sería siempre.

Capítulo 3



Cuando por fin Roberto le da la bendición a Martín para poder casarse con Belén, cosa que haría sí o sí, me levanto y me voy a coger otra cerveza. Ya no sé cuántas llevo, pero ya me cuesta caminar con normalidad y estoy a punto de quitarme los zapatones que llevo.

Llego a la nevera, saco otra cerveza, la abro y todo lo hago a cámara lenta. Me doy la vuelta y, al hacerlo, tengo a Cristian pegado a mi cuerpo. ¿Qué quiere este ahora?

Nos miramos, solo eso y no decimos nada, no hace falta, al menos no por mi parte. Está siento un momento “mágico” hasta que el muy cazurro quiere besarme, aunque le dije la última vez que no lo hiciera. Entonces hago lo mismo que hice el otro día en el bar, le pego tal patada que cae de rodillas ante mí.

— ¡Te dije que no volvieras a intentar besarme! ¿Qué es lo que no has entendido de eso? —Pregunto y no responde ¿Cómo hacerlo? Si lo he dejado sin respiración—. No vuelvas a hacerlo, Cristian o la próxima vez no seré tan suave. —Termino de amenazarle y me encamino hasta mis amigas y vuelvo a sentarme.

Lara y Belén me miran y yo sigo tan tranquila bebiéndome mi cerveza. ¿Para qué les voy a decir nada? Cualquier cosa que mi boca pronuncie se usará en mi contra y volverán a la carga. Entonces, como soy así de tonta, desde nacimiento y no puedo callarme...

—No me miréis más. ¿Vale?

—Otra vez lo tiraste al suelo —dice Belén.

—Pobre hombre. A este paso no será padre nunca —responde Lara y comienzan a hablar entre ellas.

Resoplo, suspiro, ya me tienen más que harta. Me están haciendo sentir mal y estoy a punto de pedir perdón a Cristian y digo a punto porque soy muy orgullosa y mi orgullo me ayuda mucho en momentos como este. Sigo bebiendo y ellas despotrican sobre mí en mi cara y no quiero hacerles caso, pero ya llevan diez minutos con lo mismo y, al final, mi orgullo se va a la misma mierda.

— ¡Vale, joder! —Me levanto.

—¿Dónde vas? —Pregunta Belén extrañada.

—A pedirle perdón al gilipollas. —Se callan de golpe y sigo mi camino.

Camino decidida, aunque sin muchas ganas de bajarme las bragas ante el estúpido de Cristian. Joder, que ni orgullo puedo tener. Los chicos están todos juntos bebiendo y diciendo cosas sin sentido como: “Esta noche le voy hacer de todo” o “Esta chica está muy buena, pero vaya carácter de amargada tiene”. Y cómo no, eso lo dijo él y no había que ser un lince para saber que hablaba de mí, así que, como yo soy tan amargada, me acerco a él por atrás, lo hago levantarse y le pego otra patada en los huevos que hace que caiga de nuevo al suelo ante mí. Me está gustado eso de tenerlo a mis pies. Le sonrío con malicia y me vuelvo a agachar para poder hablarle clarito de una maldita vez. Por dios, que este tío no me deja más en ridículo porque a mí no me da la gana.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? —Susurra bajito, ya que lo había dejado sin aliento.

—Lo siento... Es que estoy buena, pero soy una amargada. —Abre los ojos sorprendido y llenos de miedo.

Parece que yo soy el mismo diablo por la manera en la que me mira. ¡Joder! ¿Es que no puede mirarme de otra forma? A lo mejor tenía razón y soy una amargada, pero ¿qué hago? Soy así y no me va cambiar el primer chulo de playa que se cruce en mi camino.

—¿Estabas escuchando?

—Largo y tendido. —Suspiro agotada y lo ayudo a levantarse.

Mi mirada sigue clavada en la suya y ya no sabía descifrar lo que él pensaba, porque su expresión cambia a otra muy distinta y ahora la que tiene miedo, soy yo. Me doy la vuelta sin decir nada más y Cristian, cómo no, viene tras de mí, como si yo lo hubiera pedido a gritos que no me dejara sola y en cierto modo así era, no quería estar sola, no me quería quedar sola en este mundo, pero mi carácter de mierda echaba a todos de mi lado, incluso a mi hermana. ¿Por qué pienso en ella ahora? Mis ganas de llorar se hacen visibles y ya no puedo retener más las lágrimas. Cristian me agarra del brazo y me hace voltear, dejándome completamente hundida ante él.

Nunca he dejado que ningún tío que quiere acostarse conmigo me vea de esta manera, pero en este momento solo necesito que alguien me abrace y me diga que todo está bien. Y como si me hubiera escuchado, me acerca a él, a su pecho duro como una piedra, ese que me hace suspirar cuando lo veo con las camisas ceñidas al cuerpo y me aprieta en un fuerte abrazo. Me rodea la cintura con sus brazos y ahora sí, me siento en casa. ¿Será que estoy enamorada de este gilipollas? Pues claro que sí lo estoy, pero él no es para mí. Cristian no quiere amor en su vida, solo sexo sin compromiso y yo... Yo lo quiero a él.

—¿Mejor? —Me pregunta al oído y siento su cálido aliento chocar con mi cuello, haciéndome estremecer. Asiento casi por instinto y me da un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

—Gracias —susurro apenada por haber sido tan dura con él, aunque todas las veces se lo merecía.

—No tienes porqué y te pido perdón por lo que he dicho de ti, realmente no lo pienso —se disculpa sorprendiéndome.

—¿No piensas que estoy buena? —pregunto sonriendo de lado y suelta una

carcajada.

Ni siquiera nos habíamos dado cuenta, pero aún me tiene entre sus brazos, con nuestros cuerpos muy pegados el uno del otro.

—Eso sí. Lo que no pienso es que tengas un carácter de amargada —explica nervioso—. Ahí me pasé... Lo siento.

Entonces, antes de responderle, escuchamos un carraspeo y como si nos hubieran pillado haciendo algo malo, nos separamos y por primera vez en mi vida me sonrojo notablemente, aunque Cristian no se queda atrás, pues su cara parece una amapola. Miramos a la persona que nos ha interrumpido y este era Joseph, frunzo el ceño al verlo acercarse a nosotros y a Cristian se le cambia la cara y se aleja de mí como si el tenerme cerca le asqueara, cosa que hace que mi corazón se desquebraje un poquito más, pero no dejo que se me note y pongo toda mi atención en el moreno de ojos verdes que me mira fijamente. Trago saliva nerviosa al tener a Joseph mucho más cerca de lo normal y su perfume se cuele en mis fosas nasales, llenando todos mis sentidos y haciendo que mi cuerpo anhele su olor.

—¿Estás bien? —Pregunta cogiendo mi mano y llevándosela a sus labios para depositar un pequeño beso que me deja sin aliento.

—Sss... Sí —respondo como una autentica lela.

Joseph sonrío y ahí si me mata del todo. Ya no sabía qué más podía hacer este hombre para hipnotizarme por completo. ¿Cómo lo hace? Parece increíble pero solo su presencia hace que Cristian desaparezca de mi mente por completo, dejándole el hueco a él. ¿Podría hacerlo también en mi corazón? Eso está mucho más complicado.

—¿Quieres tomar una copa conmigo? —Su voz suena algo gruesa, como si pronunciar alguna palabra le costara. Y el mero hecho de tenerle igual de nervioso que yo, me excita.

—Claro. ¿Dónde?

—En tu casa —responde y mis piernas se convierten en flan y ya no me sostienen.

Mis ojos se abren tanto que me escuecen y mi sexo se moja al instante al oírle decir eso y cómo lo dice... Dios, tendré un orgasmo con solo oírle hablar así. Pero antes de siquiera volver a responderle, la maldita conciencia se cruza en mi camino. Parece que tengo un ángel y un demonio, uno en cada hombro.

¿En serio te vas a acostar con él después de que te mueres porque Cristian se meta dentro de ti? No tienes remedio. El ángel parece tener razón.

Fóllatelo. Total... ¿Qué puede pasar? Estás necesitada y él a tiro. ¿Qué más quieres? Encima está muy bueno. El demonio parece tenerlo muy claro.

Pero... ¿Y yo? ¿Lo tengo claro? Uf, en mi vida me había visto en una situación como esta. No digo que no me hayan propuesto ir a mi casa para echar un polvo, eso sí que lo he hecho, pero no en estos momentos de mi vida en que mi corazón manda y no quiere acostarse con otro que no sea el gilipollas de mi rubio. ¿Por qué la vida es tan perra conmigo? ¿Qué había hecho yo?

Entonces, haciéndole caso a mi ángel y no al demonio sexual, miro a Joseph con cara de “no te lo crees ni tú, chato”, y le digo con todo el dolor de mi alma y lo que no es mi alma:

—Lo siento, pero estoy cansada y no tengo el horno para bollos. —Así, sin más.

Menos mal que el hombre es muy simpático y se lo toma a broma porque suelta la mayor carcajada escuchada en la historia y creo que hasta en Barcelona lo oyen.

—Me alegro que te haga gracia. Buenas noches, Joseph —me despido y voy a darle un beso en la mejilla, pero él, que es tan picarón, voltea la cara y mi beso llega a sus labios. Y para qué contar...

Después de probar esos labios carnosos, cosa que ya me hacía falta porque ya

no me acordaba de la última vez que me besaron, camino hasta mis chicas y me despido de ellas. Belén no quiere que me vaya y Lara sabe el motivo y por eso no me insiste, así que me voy sin despedirme de nadie más.

Cuando estoy llegando a la verja de la casa, escucho que me llaman, me doy la vuelta y Cristian corre hasta mí, se acerca y agarra mi cintura para pegarme a él. Su corazón late tan fuerte que el mío lo reconoce y comienza a latir igual o más desbocado.

—Deja que te lleve, por favor —propone con sus labios muy cerca de los míos y cuando creo que me va besar, se separa y se aleja un poco de mi cuerpo, dejándome de nuevo incompleta.

—No hace falta. No quiero fastidiarte, te lo estabas pasando bien.

—Porque sabía que estabas tú, pero ahora que te vas, ya no quiero estar aquí. Mi corazón se para y casi entro en paro cardíaco, pero me obligo a pensar que solo es como amigos y que lo único que está haciendo es ser educado. Niego sonriendo y él me sigue, él sí que tiene la sonrisa más perfecta que he visto en mi vida, pero jamás sabrá lo que pienso y mucho menos lo que siento.

—No seas terca y deja que te lleve a tu casa. Ya sé que has venido con Martín y no trajiste tu coche y a esta hora no hay ningún taxi cerca...

—Vale, vale... Cállate de una vez y ve a por tu coche —respondo sin dejarle terminar y vuelve a sonreír.

Me quedo embobada mirándolo y se va hasta el parking para coger su coche y poder irnos. Suspiro, cuento hasta diez, hasta veinte y no me calmo. Ya no sé hasta cuánto llego a contar y me siento la mujer más tonta y débil del planeta.

<<Luisa, Luisa... ¿Qué estás haciendo? Aléjate de él o sufrirás como una estúpida>>, me digo a mí misma y lo veo acercarse en su BMW rojo.

Se pone justo delante de mí, se baja y viene a abrirme la puerta como todo un caballero, cosa que me tiene totalmente sorprendida, pues no conocía esta

faceta de Cristian. Aunque ¿cómo iba a conocerle? Nunca he dejado que se acerque a mí. Me siento y me cierra la puerta para luego entrar él. Me mira, le miro, nos miramos y toso un poco para romper el momento o me tiro encima de él y muerdo sus labios. Entiende mi señal y arranca, salimos del terreno de nuestros amigos y se incorpora a la carretera principal para llevarme a mi apartamento.

Estoy más nerviosa que mi primera vez en el ginecólogo o incluso que la primera vez que tuve sexo y mira que esos momentos fueron los más terribles que he pasado en toda mi vida, pero no, hoy lo estoy aún más, casi rebosando nerviosismo, o también podía ser las ganas que tenía de que Cristian me arrancara la ropa con los dientes y me hiciera... <<Calla, Luisa, que te pierdes>>. No puedo dejar que se dé cuenta de lo que provoca en mí y mucho menos puede saber que estoy enamorada como una tonta, porque eso sería mi perdición, ahí sí que este hombre conseguiría de mí lo que quisiera y la fachada de tía dura que se lo suda todo, se me iba a caer y en su defecto dejaría ver a la Luisa enamoradiza, la princesita que espera por su príncipe, ese príncipe que sabía que no era él... A quien quiero engañar, los príncipes no existen y este no iba a ser la excepción.

Capítulo 4



En el coche lo único que se escucha son nuestros suspiros. En alguna ocasión nos miramos de reojo y mis mejillas arden, cosa que tapo con mis manos para no dejar que lo vea. Jamás me había sentido así estando a solas con Cristian, siempre había llevado el control, pero en este momento me siento perdida y no puedo pensar con claridad. Solo con oler su perfume, con el roce de sus dedos en mi rodilla izquierda al cambiar de marcha, las miradas furtivas. Con todo eso me siento abrumada y en cualquier momento mi mente se nublará y haré una locura.

De pronto, y sin darme ni cuenta de que la había encendido, la radio comienza a sonar provocándome un repullo.

—Joder, que no me lo esperaba —susurro bajito, pero él, que parece estar atento a todo lo que digo y hago, se ríe y me mira, aunque esta vez fijamente.

—Lo siento, no pretendía hacerlo. ¿En qué pensabas? Llevas mucho rato callada —pregunta y me encojo de hombros intentando quitarle importancia al asunto y que no vuelva a preguntarme.

Cristian sigue mirándome, esperando la respuesta a su pregunta. Parece que este hombre no es de los que se quedan tranquilos con la negativa y quiere respuesta sí o sí. Pierdo mi vista en la carretera y, al final, tiene que conformarse con esto y nada más.

Nunca el camino hasta mi casa se me había hecho tan largo como esta noche, parece que hoy Madrid no quiere dormir y todo el mundo salió a la calle. Todavía queda al menos diez minutos para llegar a mi apartamento y yo no dejo de pensar en él, en lo que podría pasar y en lo que él piensa. De pronto se para en el semáforo, al mismo tiempo en que una canción de James Arthur suena, provocando que nuestros ojos se encuentren. Me doy cuenta de que no

es la radio, si no su música, lo que a él le gusta y darme cuenta de que nos gusta la misma, hace que las mariposas que dormían desde hace tiempo en mi estómago vuelvan a despertar revolucionadas. La canción que comenzó a sonar me toca el corazón, pues aunque era una nueva de este cantante, se había convertido en mi favorita: **Say You Won't Let Go.**

**I met you in the dark, you lit me up
You made me feel as though I was enough
We danced the night away, we drank too much
I held your hair back when
You were throwing up
Then you smiled over your shoulder
for a minute, I was stone-cold sober
I pulled you closer to my chest
And you asked me to stay over
I said, I already told ya
I think that you should get some rest
I knew I loved you then
But you'd never know
'Cause I played it cool when I was scared of letting go
I know I needed you
But I never showed
But I wanna stay with you until we're grey and old
Just say you won't let go
Just say you won't let go**

No sé cuánto tiempo ha pasado, ni siquiera me doy cuenta de si la canción ya ha terminado o no, solo nos miramos en silencio, aunque la letra de esta

canción se estuviera convirtiendo en lo que sentíamos, o lo que nos prometíamos, no lo sabía, pero algo es y por un momento quiero creer que así sería, pero no, no debo hacerme ilusiones y como si estuvieran salvándome de caer en sus brazos como una quinceañera, los cláxones de atrás comienzan a sonar avisándonos de que el semáforo ya está en verde y haciendo que la burbuja que habíamos creado en apenas unos segundos, estalle en nuestra cara, devolviéndonos a la cruda realidad de nuestra relación.

—Eh, lo siento —se disculpa en apenas un susurro y arranca como si no hubiera pasado nada entre nosotros y aunque me duele que así sea, prefiero esto a sufrir por amor.

Minutos después, sí, solo minutos, el camino antes de la canción había sido largo, pero ahora, por obra del destino, llegamos a mi casa en... ¿Tres o cuatro minutos? ¿En serio? Esto es la leche. Cristian aparca frente a mi edificio y no, esta vez no se baja del coche para abrirme la puerta y el gilipollas vuelve a aparecer en todo su esplendor dándome la mayor bofetada sin manos de la historia.

—Buenas noches, Luisa —dice sin más, sin mirarme siquiera y estoy por darle un puñetazo porque una patada en los huevos no puedo.

—Buenas noches. ¡Gilipollas! —Grito saliendo del coche y cerrando la puerta de un portazo y creo que me duele más a mí que a él, ya que es su máspreciado BMW.

Camino pisando tan fuerte que uno de los tacones se me rompe y me quedo coja, miro atrás para comprobar si Cristian sigue ahí, esperando a que entre, pero para mi desgracia, no, el muy capullo ya se había ido, había salido a toda leche, como si le hubiera contando que estaba embarazada de él o algo parecido. Desde luego que, si en algún momento he pensado que el rubito de ojos azules iba a cambiar, estaba muy equivocada y gracias a dios, me ha abierto los ojos de una maldita vez. No quiero ver al “guaperas” nunca más

en mi vida.

Ya en casa y con el pijama puesto, me siento en el sofá y cómo no, con una botella de ron en la mesa, lista para bebérmela entera yo solita y coger la segunda mayor borrachera de la historia. Con lágrimas en los ojos, esas que me negaba a derramar y que, aun prometiendo que jamás derramaría, suelto como si toda mi familia se hubiera muerto. Sí, puede que sea demasiado brusca a la hora de expresarme, pero es que duele, tanto como si arrancaran mi corazón y se lo echaran a comer a los leones.

—Tonta, tonta y más... Bueno, no, tonta no. Soy gilipollas, una muy grande, incluso más que el capullo de, de... No quiero ni pronunciar tu nombre — sollozo cogiendo la botella y bebiendo el primer sorbo que quema toda mi garganta, pero no importa— ¡Gilipollas! ¿Por qué tengo que pensar en ti? ¿Por qué me enamoré de ti?

Y justo al hacerme esa pregunta, entra Belén junto con Martín y ambos me miran como si estuviera loca, aunque cómo no pensar de mí eso, si me ven en pijama, con los ojos hinchados de tanto llorar, el pelo enmarañado como si no me hubiera peinado en un mes y gritando como una posesa. Eso es, como poco, preocupante. Belén se acerca a mí a toda prisa y sin decirme nada, se agacha a mi altura y me abraza para consolarme, o al menos, para intentarlo, porque no creo que el gran dolor que siento en mi pecho se cure con facilidad. Puede que esté exagerando, pero no, no es así. Ya sufrí una vez por amor, tanto, que nunca veía la luz al final del túnel oscuro en donde me había metido antes de conocer a Belén y por eso siempre tuve miedo a enamorarme, aunque siempre creí en los príncipes azules, en los hombres buenos, en que algún día me volvería a enamorar y ese día iba a ser la mujer más feliz del mundo porque esa persona me iba a amar tanto como yo a él... Pero no, otra vez me equivocaba y otra vez, sin darme cuenta, me enamoré y aquí estoy, sufriendo como una autentica gilipollas y sin saber si esta vez el

túnel abrirá sus puertas para dejarme salir o me dejará aquí metida para toda la vida.

Ya ha amanecido y en realidad no dormí nada y Belén tampoco. Bueno, Belén y Lara, porque mi otra amiga vino también a estar conmigo, ya que Martín se había encargado de llamarla y en menos de una hora la tenía en mi casa.

Por la noche no dije nada y ellas no me preguntaron tampoco, respetaron mi silencio, mi mirada perdida y las ganas que tenía de emborracharme aún y claro, una botella de ron más tres amigas y una de ellas despechada, igual a borrachera segura y cómo no, así fue. Las tres bebimos, hablamos de muchas cosas, pero no de las realmente importantes y hoy sí debía darles una explicación, se la merecían por ser las mejores amigas que puedo tener, mis hermanas.

Me levanto con dolor de cabeza, pero no es tanto ese dolor como el que tengo en mi interior y no creo que un café con un analgésico me lo cure, pero, aun así, para mi cabeza sí me viene bien, así que me dirijo a la cocina con la intención de prepararles el desayuno a mis chicas y ¿cuál es mi sorpresa?, que ellas ya me lo tenían preparado.

—Buenos días, chocho —me saluda Lara dejando ver su espectacular carácter andaluz, pues según ella, era lo único que tenía.

— ¿Cómo está la mujer más guapa de este apartamento? —Me pregunta Belén y me río al escucharlas.

Me acerco a ellas y las abrazo fuertemente, las quiero mucho y no me veo sin ellas en el futuro, así que, el día que me case, si es que ese día llega, el hombre que esté conmigo tiene que quererlas a ellas también, de no ser así, no me tendrá a mí. Y al pensar en una futura boda, me emociono y sus ojos azules se cuelan en mi mente.

—Eh, Luisa. ¿Qué te pasa? Nos tienes preocupadas, cariño —susurra Belén en mi oído al escucharme sorberme la nariz.

Me separo de ellas y me siento en el sofá de las lamentaciones, siempre que tenemos algo que hablar, nos ponemos en este sofá tan feo que compramos Belén y yo en una tienda de segunda mano, cuando nos mudamos y cuando nos compramos el nuevo, nos dio pena tirarlo y lo dejamos para los lamentos y este era uno de esos momentos. Yo en medio de las dos y cada una agarrando una de mis manos, así me encuentro.

Belén y Lara me miran preocupadas y yo no puedo pronunciar palabra, lo único que puedo hacer es llorar como una niña pequeña y absurda, porque eso soy, una niña tonta que llora por alguien que ni siquiera me ha dado esperanzas, que ni siquiera sabe lo que yo siento por él, que lo único que quiere de mí es meterse entre mis piernas.

—Luisa, por favor. Habla de una vez. —La voz de Lara suena tan preocupada que tengo que mirarla para comprobar que no está llorando.

—Lo siento, de verdad que no quiero que estéis así por mi culpa, pero es que no me encuentro con ánimo de contaros nada. Me siento estúpida. —Siento cómo mi voz se quiebra a cada palabra que digo.

—Yo sí sé lo que te pasa y déjame decirte que no es lo que piensas —dice Lara sorprendiéndome y cabreándome a la vez.

— ¿Cómo que no es lo que pienso? —Pregunto incrédula—. ¿Acaso tú sabes lo que siento? Ah claro, ya sé. Tú lo defiendes porque es tu amigo del alma...

—No es justo, Luisa —me interrumpe Belén y ya creo que las dos están en mi contra—. Nosotras solo queremos ayudarte y no creo que estar así —dice señalándome—, sea la mejor manera. Ningún tío merece tus lágrimas. ¡Joder! Ya sabemos cómo es Cristian y siempre te ha dejado claro que lo único que quiere de ti es echarte un polvo, así que no entiendo que estés así.

La miro completamente perpleja y no me creo lo que mi amiga me acaba de

decir y, aunque me joda escucharla, tiene razón. Agacho la cabeza avergonzada y me seco las lágrimas, cabreada, pero no con ellas, si no conmigo misma, por haber sido tan estúpida y dejar que un hombre como él entrara en mi corazón e hiciera lo que le viniera en gana. Lo peor de todo es que lo hizo sin ni siquiera darse cuenta.

—Perdonadme, por favor —me disculpo ahogada en lágrimas—. Soy una tonta y sí, tienes razón —digo mirando a Belén—, pero me enamoré de él, incluso cuando comencé a odiarle, aunque creo que jamás lo odié y solo fue lo que yo me dije para no dejarle entrar en mi corazón... ¿Sabéis?, me gustaba que viniera todos los días a buscarme, que me pidiera citas a escondidas y que en todas ellas me pidiera ir a su casa y tenerle ahí, día tras día, fue lo que hizo que me enamorase de él —declaro todo lo que he vivido con él mientras me levanto del sofá y camino hasta la cocina para coger esa taza de café que tanta falta me hace.

Mis amigas vienen tras de mí y me rodean entre sus brazos y esta vez sí que me ayuda a calmarme, porque esta vez me dejo hacer. Tengo que dejar de pensar en él, tengo que dejar de verle o, al menos, tengo que dejar de verlo como hombre y comenzar a hacerlo como amigo. Es la única solución, volveré a poner la gran muralla en mi corazón y ningún otro tío volverá a romperla.

Capítulo 5



Dejando de pensar en mi pésima vida amorosa y volviendo a ser la misma Luisa de siempre, me voy a trabajar al bar en el antiguo turno, sabía que no hacía falta, pues ya estaba la chica de la tarde, pero yo, necesitaba trabajar y, con ello, dejar de pensar en todo lo que había pasado anoche y bueno, los días anteriores.

Estar en el bar siempre hacía que me evadiera de cualquier problema, perderme en mis pensamientos mientras observaba a todos los clientes que pasaban a diario, era relajante, por lo menos para mí. Me gusta el trabajo que tengo, conocía a muchas personas y también me enteraba de muchos chismes que, a veces, me hacían el día.

Mi padre se extrañó al verme entrar en el bar, pues yo fui la que le insistió en cambiar el turno, pero como buen padre que me conoce cuando llego sería, mejor calla y espera a que yo misma le cuente el motivo o simplemente lo deja estar y punto. Así es mi padre, un hombre reservado, respetuoso y sobre todo un hombre que me aguanta, diría que el único.

En este momento me encuentro lavando los vasos de los desayunos, ya son las doce de la mañana. Las horas han pasado muy rápidas o me metí tanto en el curro que ni siquiera me enteré del tiempo. Entretenida con la limpieza, escucho a lo lejos mi móvil, alguien me está llamando, así que cierro el grifo, me seco las manos y voy en busca de mi móvil que ya me tenía loca de la cabeza con tanto sonidito. Debería ponerlo en silencio durante la jornada laboral, bueno y durante todo el día. Lo saco del bolso y veo que es Lara, frunzo el ceño y de pronto voy abriendo los ojos desorbitadamente, dándome cuenta del motivo de su llamada. Descuelgo y antes de siquiera saludarla, mi amiga ruge cual león enjaulado.

—¿Se puede saber dónde coño estás? Luisa. ¡Luisa!

—Que sí, calla joder. Estoy aquí —le digo y se carcajea, pero con total sarcasmo.

—Nos ha jodido que estás ahí, pero es que no deberías estar ahí. Bueno, dónde coño quiera que estés. ¿Dónde estás? —Me pregunta.

—En el bar —susurro cagada de miedo, pues Lara tiene un carácter de bruja que no se aguanta ni ella.

—Vamos a ver, Luisita, fuiste tú la que te ofreciste a cuidar al niño. Si no podías, me lo hubieras dicho. He tenido que llamar a Cristian que tiene el día libre para que se quede con él —me explica y cuando oigo su nombre mi corazón late estúpidamente desbocado—. Luisa. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, aquí estoy. Entonces... ¿Qué quieres que haga si ya está Cristian con el niño?

—Luisa, pareces tonta, hija mía. Ve cuando puedas a recogerlo, por favor. No es que no confíe en Cristian, pero es un hombre y ya sabes...

—No, no sé —respondo haciéndome la tonta.

—Ay, Luisita, pues que tiene el instinto paternal en el culo, por no decir otra burrada.

Suspiro y vuelvo a contar hasta diez, como cada vez que tengo que encontrarme con él, como veo que hasta diez no vale, lo hago hasta veinte y así hasta que Lara me vuelve a interrumpir preguntando si iré a por Ángel. Le respondo que sí, que, si no hay remedio, pues iré a por el niño y de paso le pego una patada en los huevos a Cristian, más por costumbre que otra cosa. Después de hablar con mi amiga, le cuelgo y voy en busca de mi padre para decirle que tengo que irme a por el hijo de Lara y claro, no me dice nada, si supuestamente he ido por gusto, así que sin más salgo del bar, camino hasta mi coche y entro en él para luego arrancarlo.

Por el camino pienso en cómo actuar frente a él después de la despedida que

tuvimos anoche y no se me ocurre nada, así que no me quedará más que actuar con total normalidad, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Bueno, realmente así ha sido, entre nosotros no pasó ni pasará nada de nada.

Cuando llego al edificio de Cristian, siento como mi estómago se estruja por lo nerviosa que estoy. Nunca he pisado su apartamento y siendo la primera vez, pues estoy echa un flan. Cuando encuentro un aparcamiento, entro en el edificio y subo en el ascensor hasta el piso de Cristian.

Al llegar a su planta, camino arrastrando los pies hasta su puerta, las manos me sudan, toda yo sudo.

—Joder, parece que lo voy a ver por primera vez —susurro—. Venga, Luisa, toca el timbre. Tú puedes. —Y como si mi dedo tuviera vida propia, lo pongo en el timbre y este suena, despertándome de mis pensamientos.

Suspiro, respiro, inspiro, todo acabado en piro. ¿Me piro? No mujer, aquí te quedas. Tienes que ser fuerte y hacer lo que tu amiga te ha pedido. Me digo a mí misma en el mismo momento en que la puerta se abre y me deja ver el pecho duro de mi gilipollas favorito desnudo. Trago saliva y no puedo apartar la mirada de su cuerpo semi desnudo. Siento cómo mis mejillas arden al subir mi mirada y encontrarme con la suya, completamente perpleja al verme frente a él. Nos quedamos mirando por un segundo. ¿O habían sido minutos? Yo qué coño sé. En este momento no puedo mirar más que lo que mis ojos ven y eso es a un hombre que está muy, pero que muy bueno y que me tiene loca de remate.

Entonces, y como nos pasó en el coche, escuchamos el llanto de Ángel y somos salvados por la campana de nuevo, antes de abalanzarme sobre él y comérmelo a besos o lo que sea.

Cristian entra y corre hasta el pequeño y lo coge en brazos, demostrándome todo lo contrario de lo que había dicho Lara. Entro en el apartamento y cierro la puerta tras de mí. No he sido invitada a entrar, pero ya que me dejó en la

puerta, pues entro y punto. Él me mira y me pongo roja pensando que se ha enfadado por haberme auto invitado a entrar.

—Siento entrar sin invitación —me disculpo y niega sonriendo y ver su sonrisa de nuevo hace que me derrita.

<<Pero que débil eres, Luisa>>, pienso.

—No te disculpes, pasa. Ya sabía que venías, lo que no sabía era que vendrías tan pronto —expresa tranquilizándome y me señala el sofá para que me siente.

Camino hasta el sofá de cuero negro y me siento con las piernas juntas, como si con eso no dejara entrar nada. Pero seré tonta. Miro al niño y lo ha dejado dormido con las mecidas y vuelve a ponerlo en el parque cuna que, seguramente, le ha traído Lara. Después de eso, viene hasta mí y se sienta a mi lado y con él su olor, ese que hace que me pierda en cada sentimiento, llevándome a un mundo nuestro, solos él y yo.

Le viro la cara para dejar de mirarle y poder volver a este mundo, en donde es completamente diferente a lo que yo quisiera y así volver a la realidad. Por un momento pienso que mis ojos derramaran alguna lágrima, pero me las trago para no dejarme ver así, débil y enamorada de un hombre que jamás me dará lo que quiero.

—Luisa, mírame —me pide y con su mano derecha toca mi mejilla e hace que lo mire.

Al hacerlo, bajo la cabeza, no quiero que me vea llorar, porque no sabría qué decirle. ¿Qué pensaría de mí si me ve llorar sin motivo? Aunque sí que tengo motivos, pero él, por supuesto, no los sabe y no tengo intención de que los sepa nunca.

—Eh, ¿por qué lloras? ¿Acaso hice algo que te molestó?

Niego y me encojo de hombros al mismo tiempo. Está siendo tan dulce conmigo que me cuesta creer que no siente algo por mí, y si es así... ¿Por qué

se niega a tener algo más que una aventura sexual? ¿Por qué se niega al amor? Yo no puedo seguir viendo a un hombre que no quiere estar conmigo, a no ser que abra mis piernas. Lo siento, pero no. Así que, sin decirle nada, me levanto del sofá con la intención de irme, pero antes de llegar a la puerta, Cristian me alcanza y me coge del brazo, dándome la vuelta y pegándose a su cuerpo. Siento cómo mi pecho se infla de los nervios, mis piernas tiemblan y si no es porque él me está agarrando, creo que me voy a caer en cualquier momento.

Nuestras miradas están completamente conectadas y no podemos dejar de observarnos, de comernos. No sé cuánto tiempo ha pasado, no sé si llevamos en la misma posición minutos u horas, solo sé que estar así es, sin duda, lo que deseo.

Mi mente está volando en este momento, metiendo muchas cosas que no debo en mi cabecita loca, como, por ejemplo, que Cristian me va a besar, que por fin sus labios y los míos serán uno, pero también sé que cuando eso pase, no podré separarme de él. Entonces, y como si él estuviera pensando lo mismo, se acerca lo suficiente y soltando mi cintura, posa sus manos en mis mejillas y pega nuestros labios en un beso tan desesperado y dulce a la vez que hace que muera aquí y ahora.

Nuestros labios siguen pegados y a mí solo me queda entre abrir la boca para que nuestras lenguas jueguen y eso justamente hacemos. Cristian mete su lengua en mi boca, buscando la mía y el beso cada vez se pone más intenso, mucho más desesperado. Mis manos comienzan a tocar su espalda, sus hombros, acariciando cada parte de su piel.

—¿Luisa? Te estoy hablando —La voz de Cristian hace que despierte y me doy cuenta de que todo ha sido mi mente, jugándomela.

Me siento avergonzada y quiero salir de aquí de una vez por todas, me levanto con la intención de irme de una vez y me acerco al niño para cogerlo.

Entonces, cuando lo tengo entre mis brazos, también tengo a mi lado a Cristian que parece no querer que me fuera.

—¿Qué ocurre, Luisa? No me hablas y quieres irte así, sin más. Siento lo de anoche, en serio, pero...

—No tienes que disculparte. Anoche no pasó nada —replico sin dejarle terminar.

Ya lo tengo todo listo para poder irme, también a Ángel entre mis brazos bien acurrucado, entonces me doy cuenta de que el niño está muy caliente, lo miro y las mejillas estaban muy rojas.

—Tiene fiebre —digo sin dejar que vuelva a responder y su cara cambia a una de preocupación.

—Hace un momento estaba bien. ¿Qué habrá pasado?

—No sé, pero hay que llevarlo al hospital antes de que se ponga peor. La fiebre es peligrosa si no se trata. —Cristian asiente y desaparece por el pasillo.

A los dos minutos lo veo salir ya con una camiseta simple y las deportivas. Así, tan natural y sencillo, se ve hermoso. Muevo la cabeza de un lado al otro para dejar de pensar en él y ambos salimos de casa con el niño entre mis brazos.

Cristian conduce de prisa y la verdad me da un poco de miedo ir a esta velocidad, pero hay que llegar pronto a urgencias. Yo estoy en el asiento de atrás con el niño y él no deja de mirarme por el espejo, así no puedo concentrarme en lo realmente importante ahora.

—Deja de mirarme, por favor —susurro bajito.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque eres hermosa.

¿He escuchado bien? Ha dicho que soy hermosa y que por eso no puede dejar

de mirarme. Si mi intención es dejarlo y no verle más, así no lo voy a lograr. Cristian no podía un día mirarme como si no quisiera verme y al siguiente como si me amara. Joder, esto es una locura, una que no sé cómo curar. Porque sí, me estoy volviendo loca, pero de amor y deseo.

¿Será que algún día dejaré que me toque como deseo sin pensar en el amor? ¿Será que algún día se enamorará de mí como yo lo amo a él? ¿Por qué la vida es así? Yo podría estar con cualquiera, incluso anoche podría haberme ido con Joseph, pero ni eso puedo hacer, porque a todos los comparo con él y mi corazón no me deja estar con otro.

Muchos meses saliendo a cenar, donde lo único que él me pedía era pasar la noche conmigo, en una cama o un baño o donde fuera, pero follarme hasta dejarme sin aliento, sin saber ni cómo me llamaba. Eso fue lo que me dijo la última vez que salimos.

—Quiero follarte tan duro que no sabrás ni cómo te llamas.

Ese día fue cuando comprendí que entre nosotros lo único que había era una inmensa atracción, pero también, que me había enamorado de él sin darme cuenta.

Capítulo 6



Cuando llegamos al hospital, Cristian está muy atento con el niño y conmigo, cosa que no me gusta demasiado, por el simple hecho de que no quiero que se me note lo que provoca en mí. Entramos a urgencias y buscamos a un doctor, Ángel está muy mal, cada vez tiene más fiebre y está dormido o eso quiero pensar yo. Un médico de unos treinta años se acerca a nosotros, pues mis gritos desgarradores lo han alarmado. Estoy muy preocupada y desesperada por ver de nuevo la sonrisa de mi pequeño sobrino y, sobre todo, no quiero ver sufrir a mi mejor amiga y a su marido.

—Señora. ¿Qué ocurre? —Pregunta el médico y lo miro mal, muy mal.

¿A mí me llamaba señora? ¿Pero cuántos años se creía que tenía, cincuenta? Cristian, al percatarse de mi cara de cabreo por lo que me había llamado el guapo médico, todo había que decirlo, sonríe tanto que me enseña hasta los empastes de las muelas y eso me cabrea aún más.

—¿Y tú de qué te ríes? —Me iba a responder—. No, déjalo, no me respondas. —Vuelvo mi atención al médico y sigo mirándolo como si quisiera arrancarle la cabeza—. Por favor, el niño está muy mal.

Comienzo a contarle todo y una vez todo dicho, se lleva al niño y desaparece por una de las puertas que ponían: Prohibido el paso. Solo personal sanitario. La angustia inunda mi cuerpo y mis mejillas están rojas, pero esta vez era de cabreo, miedo y todos esos malos sentimientos que un cuerpo puede soportar. Cristian coge mi mano, despertándome de mi trance y me lleva hasta la sala de espera, donde me obliga a sentarme y serenarme. Ambos nos miramos y me dieron ganas de pedirle un abrazo y aferrarme a su cuerpo como una balsa, como si me estuviera ahogando. Y como si mi mirada le dijera lo que quería, se acerca a mí, posa su brazo derecho por encima de mis hombros y

me atrapa con su duro cuerpo, estrechándome como le pedía en silencio. Una vez a salvo de este mundo, me permito llorar, sollozo como un alma en pena y todo es por la preocupación acumulada, porque no quería que le pasara nada a mi sobrino, porque Lara... Espera. Tengo que llamar a Lara. Me separo de él bruscamente y saco mi móvil del bolsillo de mi pantalón.

—¿Qué pasa, Luisa? —Me pregunta nervioso.

—Tengo que llamar a Lara.

—Joder, es verdad. Bueno, llama tú a Lara y si no te lo coge, yo llamo a Rubén —responde y asiento marcando el número de mi amiga.

Un tono, dos, tres, cuatro y ya me iba a salir el buzón de voz cuando la voz de Lara suena al otro lado de la línea. Me comienza a hablar bajito y cómo no, si la pobre está dando clases.

—¿Qué pasa, Luisa? Nunca me llamas a esta hora. Estoy en la escuela —susurra y se escucha el cerrar de una puerta.

—Bueno, perdona... No me di cuenta.

Me quedo en silencio un minuto, solo uno para poder pensar cómo decirle a una madre primeriza y embarazada del segundo que su hijo está en el hospital por una fiebre muy alta y encima lo cuidaba Cristian. Nos mata, seguro, después nos descuartiza y nos da de comer a los perros.

—Luisa, ¿quieres hablar de una vez? No tengo toda la mañana para tus cosas

—replica sacándome de mi ensoñación.

—Sí, sí. Lo siento —respondo inquieta—. Verás, Ángel... Tu niño, mi sobrino.

—¡Joder, Luisa! Sé clara ¿Qué le pasa a mi niño?

—Estamos en el hospital. —Y no puedo decir más, pues mi amiga comienza a ladrar y no se le entiende nada de nada—. Lara, cálmate, por favor.

—¿Qué me calme? Os lo dejo un día a los dos, un puto día y tenéis a mi hijo en el hospital... Y encima tienes el descaro de decirme que me calme.

¡Mierda! ¿Dónde coño estáis?

Le dije dónde estábamos y me cuelga sin escuchar los motivos por los que trajimos al niño. Miro a Cristian y este se encoge de hombros, por lo visto también estaba hablando con Rubén y este lo mandó a la mierda por no saber cuidar a su hijo. Me acerco a él y volvemos a sentarnos en las mismas sillas de antes.

—¿Qué te dijo a ti? —Me pregunta con una sonrisa daleada.

—Pues que cuando venga te cortará las pelotas y se las dará a su perro — bromeo con una sonrisa. La primera sonrisa sincera que me salía ante él.

No soy falsa ni mucho menos, pero delante de él siempre me he mantenido fría y distante, pero la situación hace que me sienta a gusto con él. Es extraño cómo venir al hospital con nuestro sobrino ha hecho que nos unamos un poquito más, aunque sea como amigos. ¿No?

Su cara al oírme decir eso es de horror, pero niego rápidamente para que sepa que me estoy quedando con él y así logo que me sonría como solo él sabe hacerlo.

—Quita, quita. Que con tener a una loca pegándome patadas en los huevos cuando intento acercarme a ella más de la cuenta, porque la deseo como un puto loco, tengo suficiente —dice rápido y trago saliva al escucharle.

Dijo que me desea como un puto loco... Este hombre pretendía matarme o hacer que yo misma me suicide. No podíamos seguir así, yo no podía seguir viéndole o al final no podré controlarme, provocando en mí el mayor dolor de todos por su rechazo amoroso. Me quedo mirándolo y suspiro tan fuerte que posa su mano en mi mejilla, creando electricidad entre ambos, haciendo que me quemé y lo desee aún más de lo que ya le deseo. Joder ¿Por qué será tan difícil? La antigua Luisa se habría abierto de piernas la primera noche, pero la que soy hoy está enamorada y lo único que hago es cuidar mi corazón y mi cordura.

—Siento mucho si te he molestado, Luisa, pero lo que te digo es verdad... Llámame loco, pero no logro separarme de ti...

—Déjalo, Cristian, por favor. —Me levanto dejándolo con la palabra en la boca, no podía seguir escuchándole.

Camino hasta la máquina de café y me saco uno bien cargado. De pronto siento su presencia tras de mí, o también fue su olor, me doy la vuelta y ahí está, muy cerca de mí. Cristian respira con dificultad y sus brazos rodean mi cintura para pegarme más a su cuerpo. Estamos a milímetros y mis piernas comienzan a temblar en el momento en que sus labios comienzan a acercarse a los míos, pero como no podía ser de otra forma, y como si fuera una señal divina, mi café se riega encima de mi pecho y suelta un grito de dolor, lo había quemado.

— ¡Aug! ¡Joder! ¿Pretendes matarme? —Grita, berrea y maldice tan fuerte que hasta el de seguridad viene a ver qué pasa.

Se va fulminándome con la mirada y vuelve a sentarse en el mismo lugar. Lo nuestro no tenía remedio. Cuando me disponía a acercarme para pedirle disculpas, llegan nuestros amigos locos, muy locos. Lara viene hasta mí y me agarra fuerte de los brazos como si Satanás la hubiera poseído. Quiero mucho a mi amiga, pero se está pasando de la raya conmigo. Rubén la agarra y Cristian quiere hablarle, pero los dos le gritan que se calle.

— ¡¿Qué le habéis hecho a mi hijo?! —Grita, bueno más bien berrea a todo pulmón.

—Lara, cálmate. ¡Joder! Me has hecho daño en los brazos. ¿Tú, qué pasa, que en vez de tomar hierro te lo comes? Pareces de acero...

—Cállate, Luisa —escupe cortándome.

— ¡No! No me voy a callar. Y tú te vas a sentar y a escucharme de una puñetera vez. —Se sienta, pero no se calla— ¡Que te calles! El niño está aquí porque tenía mucha fiebre... No le hicimos nada. ¿Cómo puedes pensar eso?

Desde luego que a ti el embarazo y las puñeteras hormonas te tienen gilipollas. —Vi a Rubén haciéndome señas para que no dijera nada sobre su estado de ánimos por el embarazo, pero ya era tarde y frota el puente de su nariz con los dedos.

Cristian, al ver a su amigo así, comienza a reírse como un loco, agarrando su barriga exageradamente y el pobre no se da cuenta de que mi poseída amiga se levanta y poniéndose justo delante de él, levanta la pierna y le pega una patada en los huevos que le corta hasta el aliento.

—Te vas a reír de tu abuela. ¡Gilipollas!

Pobre mi rubio, tiene que tener los huevos amoratados de tantas patadas que se lleva. Rubén coge a Lara y se la lleva a la cafetería, necesita una tila urgente y yo, pues me quedo con mi “amigo” y lo ayudo a levantarse del suelo. Cuando logro que se siente, lo imito y lo miro reprimiendo las carcajadas que luchan por salir de lo más hondo de mi garganta. Aunque tengo que callarme al ver su semblante serio, incluso más serio que anoche y no me gusta lo que veo en él. ¿Será que me he pasado?

Me levanto con la intención de irme y alejarme lo más posible de su oscura mirada, temerosa de lo que pudiera soltar por su boca para herirme, pero no me deja marcharme, cogiendo mi brazo con fuerza, demasiada diría yo, se levanta y, sin esperármelo si quiera, me besa bruscamente, pega nuestros labios que ardían en deseos de estar así, unidos. Mi cuerpo tiembla entre sus brazos y eso hace que él se sienta aún más poderoso, sabiendo que puede hacer conmigo lo que quiera.

Se me ha nublado completamente la vista, la mente y hasta el corazón y me dejo llevar por este apasionado beso que hacía que mi sexo ardiera en deseos de ser atendido.

De pronto lo vi todo claro y si Cristian quería jugar, jugaríamos, aunque en ese juego la única que sufra sea yo. Levanto mis manos, que las tenía

aprisionadas y las paso por su pelo, agarrándolo de la nuca y tirando de él con posesión, como si la que mandara en esto fuera yo. Cristian suelta un gruñido excitado, así que ya sabía lo que debía hacer. Por unos minutos nuestros labios se separan y nuestras miradas se clavan la una en la otra. No puedo descifrar lo que sus ojos azules, oscurecidos por el deseo, me hacen sentir, pero no, aunque me estuviera muriendo por sentirlo de una vez por todas y sabiendo que al ser este nuestro primer beso ya estaba más que muerta y enterrada, no le dejaría terminar lo que le había dejado empezar.

Suelto su pelo y paso mis manos por su pecho, bajando hasta su tableta de chocolate que me moría por morder y lo haré algún día, pero hoy no es el momento. Miro a mi alrededor para cerciorarme de que estuviéramos solos y doy gracias porque hoy no haya mucha gente y estábamos lo bastante alejados para no dar el espectáculo y, sobre todo, para que no nos denunciaran por escándalo público.

Cristian me miraba ansioso, sabiendo a dónde iba a parar mi mano, voy bajándola hasta que llego a su entrepierna. Suspiro al sentir lo dura que la tenía y me relamo los labios para ponerlo aún más cachondo de lo que ya me demuestra que está.

—Como sigas así, me correré en el bóxer —susurra acercando su boca a mi oreja y besando mi cuello.

No puedo negar que yo también estoy muy, pero que muy caliente y ya mi sexo está dando palmas de alegría, pensando que al fin me había decidido a echar un buen polvo, pero la desilusión llega para ambos. Endurezco mi mirada y mi mano en su paquete. Lo hago tan fuerte que Cristian suelta un grito de dolor que es tapado con mi boca. A este se le van a quitar las ganas de seguir intentado meterse entre mis piernas. Le pego un mordisco en el labio inferior a la misma vez que aprieto aún más su entrepierna.

—Que sea la primera y última vez que me besas —amenazo al separar mis

dientes de su labio—. ¿Cómo tengo que decirte que no, óyeme bien, no me acostaré contigo? —Él intenta hablar, pero le estoy agarrando tan fuerte que no puedo—. ¿Cómo dices? No te entiendo, Cristian. Tendrás que ser más claro, guapetón.

—Sue... Suéltame.

—Ah, vale. Que te suelte. —Asiente y lo aprieto aún más—. ¿Has entendido lo que te he dicho? —Asiente y lo suelto.

Cuando por fin lo dejo libre de mí, se pone de rodillas tocándose sus partes bajas y escuchamos una carcajada detrás nuestra. Me doy la vuelta y ahí están, Lara y Rubén se están partiendo de la risa y su amigo está muy cabreado. Pero me da igual, él se lo buscó.

Sin decirme ni media palabra más, se levanta con el poco orgullo de hombre que le queda y se marcha, dejándonos completamente perplejos. Aunque no lo culpo, el pobre se había llevado hoy ración doble de maldades y dudo mucho que vuelva a dirigirnos la palabra algún día, sobre todo a mí.

Capítulo 7



Me siento a esperar la bronca monumental que mi amiga me echaría por el simple hecho de que Cristian es su mejor amigo. Pero no, no dice nada, en cambio se sienta a mi lado y coge mi mano como si quisiera consolarme, cosa que me emociona y saco todo lo que llevo dentro desde anoche, llorando como una adolescente enamorada y culpándome de todo lo que había pasado. —Solo quiere acostarse conmigo y yo... Yo no estoy dispuesta a eso. — Sollozo sin consuelo.

Creo que lo que más coraje me ha dado es lo que me había excitado y el tener que rechazarle. Dios, si incluso voy a tener que ir a casa a cambiarme de bragas, las tenía empapadas, pero claro, cómo no lo iba a estar si el hombre se propuso hacer conmigo todo lo que su mente le decía. Me lo estaba demostrando en el gran bulto que guardaba sus vaqueros y me moría de ganas por ver esa gran... Calla, que te pierdes loca. Joder, necesito un buen polvo, no sé ni cuántas veces lo habré dicho ya, pero es que lo necesito de verdad, urgente.

En ese momento, el guapo médico que se llevó al pequeño Ángel llega para decirnos el estado del niño. Lara y Rubén están muy preocupados, bueno, en realidad creo que los tres lo estamos.

—Buenas. ¿Los padres del niño? —Pregunta señalando a Lara y Rubén y los tres asentimos.

Antes de que el doctor prosiga, vuelvo a sentir esa electricidad, ese olor, ese imán que me hacía saber que ahí estaba él, tras de mí, a punto de tocarme. Me doy la vuelta y ahí está Cristian. Nuestros ojos se encuentran y creo que me mira con odio, pero me equivoco, su mirada es... Cómo lo puedo describir... ¿Tierna, dulce? Este hombre pretende volverme loca, sí, lo sé.

Volvemos a poner nuestra atención en el médico y sin esperármelo, Cristian agarra mi mano entrelazando nuestros dedos. Lo miro de reojo y me guiña un ojo, como si eso significase algo.

Me nublo por completo, tanto que ya no escucho ni lo que dice el doctor del niño, tanto que ya no estamos aquí, en el hospital, si no en nuestra burbuja particular, esa que había creado mi mente cuando estábamos cerca el uno al lado del otro. Esto es una locura, una auténtica gran locura.

Estamos en el bar tomándonos algo, pues Lara quería celebrar que su hijo no tenía nada malo, solo un simple catarro y la infección se fue a los oídos. Parecía que estaba celebrando que le había tocado la lotería, y claro, Rubén la dejaba hacer lo que quisiera. Ella decía que su hijo había pasado su primera visita al hospital con éxito y que eso era motivo de celebración. Para mí está como una puta cabra, pero no se lo voy a decir.

Yo me siento feliz, rara o raramente feliz. Es extraño todo lo que está pasando y más después de haberle atacado. Cristian no se separa de mí en ningún momento y sus dedos siguen entrelazados con los míos, cosa que nuestros amigos no dejan de mirar, ni yo misma me lo creo y no hago más que bajar mis ojos a nuestras manos.

—¿Estás bien? —Me pregunta muy cerca de mi oído.

—Sssí —respondo nerviosa, aterrada y mil cosas más.

—Tenemos que hablar —susurra y asiento comprendiendo.

Ahora había llegado la hora de la verdad, la hora de decirnos todo, o, más bien, decirme todo y a qué venía esto, porque no me entra en la cabeza que, después de lo que le hice, venga como si nada y agarre mi mano como si fuera de su propiedad. No voy a mentir sobre el hecho de que me encanta estar así con él, pero... ¿Qué somos? ¿Acaso somos novios? Cristian se levanta tirando de mi mano y me lleva hasta el almacén, una vez dentro,

cierra la puerta con pestillo y yo en cualquier momento me caería de lo nerviosa que estoy. Jamás en mi vida un hombre me había hecho sentir así, jamás un hombre ha logrado tenerme a su merced y este lo está consiguiendo de la manera más bruta y extraña del mundo entero.

Se da la vuelta y se acerca a mí desesperado, coge mis mejillas y pega nuestros labios. Ya es la segunda vez que me besa en un día, olvidando mi amenaza de esta tarde. Aunque en realidad yo no quería que fuera la última. El beso se va tornando apasionado, mucho, provocando que mi sexo se contraiga y se sintiera necesitado, desesperado por tenerle dentro de una vez por todas. La poca cordura que aún me queda, me hace despertar y salir del estado en el que Cristian, con solo un beso, me lleva y abro los ojos, para luego separarme de él.

—Perdona por volver a besarte, pero no he podido evitarlo —se disculpa.

—No pidas perdón cuando yo lo deseaba tanto como tú. —Abro los ojos al escucharme a mí misma decir eso. Ay, Luisa. ¿Por qué pensaras en alto?

Cristian sonrío triunfante, como si su cometido fuera al fin saber lo que yo sentía, aunque hasta un ciego podría ver que babeo cuando lo veo pasar por mi lado. No hacía falta que me besara así para saberlo, no hacía falta que me cogiera de la mano como si fuéramos novios para darse cuenta de que me tenía completamente enamorada de él, porque, ¿quién no se enamoraría de semejante adonis? Por dios, si estaba más bueno que las torrijas de mi padre.

—¿Así que tú también lo deseabas?

—Yo, eh, yo... Por favor. —Suspiro y me avergüenzo por la gran pillada.

Comienzo a dar vueltas de un lado al otro. Justamente no quería que llegara este día y llegó mucho antes de lo que pensaba, no quiero que Cristian sepa lo que yo siento por él, nunca salen las cosas como una quiere. ¡Coño! ¿Y ahora que le digo? ¿Que fue el subconsciente? Eso no se lo creería nadie. A mi amigo “el rubio guaperas gilipollas” se le ve demasiado tranquilo, como si

estuviera disfrutando de mi frustración y no, no y mil veces no iba a dejar que me manejara a su antojo. Así que me siento en una de las cajas de cerveza y lo miro fijamente, después de haber contado hasta cinco mil, claro está.

—Vale. ¿De qué tenemos que hablar, señor lo sé todo y hago lo que me sale de los huevos? —Ole ahí, con dos ovarios. Por fin la Luisa que no se deja pisar ha vuelto más serena.

—Luisa, Luisa. No me gusta que digas palabrotas y mucho menos que vayan dirigidas hacia mi persona, es hiriente —replica con esa maldita sonrisa que no borra de esos maravillosos labios que... Uf <<Cállate, Luisita, que vuelves a caer>>.

—Nos ha jodido que es hiriente. ¿Y tú qué eh? Tú no haces más que volverme loca.

—¿Te vuelvo loca?

—Oh, vamos, Cristian. ¿Ves lo que te digo? ¿Es que no puedes hablar serio por una vez en tu vida? —Pregunto y asiente poniéndose serio o fingiendo, ya no sé ni lo que hace—. Bien. No puedes venir un día y querer meterte en mi cama y al otro mirarme como si me odiaras, al otro vuelves a jugar las mismas cartas y al siguiente más de lo mismo...

—Vale, vale. Ya lo pillo...

—No, no lo pillas, Cristian... —Resoplo—. Anoche, en el coche, parecías otro, un Cristian muy diferente, uno que sí podría entrar en mi vida, pero después volviste a ser el mismo tío insoportable que hace que quiera patearte las pelotas. —Sonríe—. Hoy que pensé que estarías igual, vuelves a portarte bien, hasta el momento en que decides meterme la lengua hasta la campanilla, aun sabiendo que te dije que jamás me besarías. Y después ya sabes lo que pasó, no hace falta que te recuerde lo que ha pasado en el hospital. ¿No? —Niega—. Ahora vamos al punto importante...

—¿Quieres dejarme hablar de una vez o voy a tener que cerrar tu boca con

mis labios? —Su pregunta me pilla desprevenida, así que me callo. No voy a discutir con él de nuevo—. ¿Tienes que analizarlo todo siempre? Lo único que yo quiero es que te dejes llevar, que no me rechaces... Es verdad que cuando comenzamos a vernos, mi intención era solo el sexo...

—¿Y ya no? —Pregunto esperanzada.

—No, no sé... Lo que quiero decirte, es que me gustas mucho, Luisa, pero no sé... Joder. Luisa, mi vida es muy complicada y si la supieras no querrías ni verme.

Su voz suena preocupada, nerviosa y no sé por qué, pero hay algo en él que me hace querer estar con él, aun sabiendo que lo nuestro no tiene futuro. Podríamos intentarlo o no, no sé qué hacer. Cristian me mira con notable angustia, como si supiera que yo no me alejaría, aunque su vida fuera la peor de todas.

—No sé por qué dices que tu vida es complicada. Yo no la veo así ¿O será que me escondes algo? ¿Hay algo que deba saber?

—Yo, no... Lo siento —dice y sale del almacén como alma que lleva al diablo.

Salgo corriendo tras él, pensando que se sentaría de nuevo con nuestros amigos, y no es así. Cristian sale del bar bajo la atenta mirada de todos los ahí presentes y no puedo alcanzarle. ¿Qué le pasa? Es todo muy raro y es la primera vez que Cristian intenta abrirse a mí, la primera vez de todas las veces que habíamos estado solos, que al menos me dice algo más que: Quiero follarte. Tengo que averiguar qué le pasa, que es eso que tanto le preocupa y que no deja que tenga una relación normal con una mujer, sin tener la necesidad de echarla por la mañana de su cama como si fuera una puta.

Me doy la vuelta y vuelvo a sentarme con mis amigos. Lara y Belén, que no sabía cuándo había llegado, pero ahí estaba, me miraba esperando una explicación y se la daría, pero no ahora, no hoy. En este momento necesitaba

estar sola y si es posible cogirme otra borrachera, a ver si así me enteraba de algo, porque últimamente estaba más perdida que el barco del arroz. Espero unos minutos y después me levanto y salgo del bar que tan pequeño se me había hecho. No me despido de nadie, no me siento con ánimos de nada más que llegar a mi apartamento y beberme la botella que me quedaba en el mueble bar.

Cuando llego a mi casa, voy directa a mi habitación, me cambio de ropa para ponerme algo más cómodo y vuelvo al salón para perder la conciencia en el alcohol. A este paso me volveré alcohólica.

Mientras bebo, me voy acordando de todos los momentos que había pasado con Cristian desde que lo conocí, salimos en muchas ocasiones y en todas sus intenciones eran la misma, entrar en mi cama, pero una noche, esa maldita noche que me pidió cenar con él, a escondidas de nuestros amigos y sonreí como una boba al poner en mi mente la noche que paseamos por el parque como si fuéramos una pareja de enamorados, creo que ahí fue cuando me di cuenta de que me había enamorado de él.

Flash Back

El cielo está oscuro, casi no se veía nada. La luna y las estrellas tapadas por unas nubes tan espesas y negras que avecinaban la tormenta más grande de la historia. Cristian me pidió salir a cenar, cosa que en principio quise negarme, pues en todas las veces que salimos siempre era lo mismo y no quería relacionarme con el típico baja bragas que va a lo que va, aunque no podía negar que estaba muy bueno y por eso acepté. Podrían llamarme superficial, puede que sí, pero me daba igual lo que pensara la gente de mí, hacía tiempo que eso no me importaba.

Estaba en mi habitación arreglándome, pintándome como una puerta, bueno, tampoco había que ser exagerada, tenía que pasar por chapa y pintura y

listo. Cuando terminé de maquillarme, con unos labios tan rojos como la sangre y los ojos pintados de negro, cosa que resaltaban mis ojos verdes, fui al armario para coger mi vestido rojo que había elegido en la mañana, con la intención de provocarle un paro cardíaco al baja bragas. No soy facilona, simplemente me gusta hacer que los hombres babeen, aunque después no se coman un pijo conmigo, porque eso si lo tenía claro, en mi cama entraba solo el que mi cuerpo quisiera.

Terminé de arreglarme, dejándome mi larga melena suelta y cogí mi bolso con la intención de marcharme. Salí para coger mi coche, pero al salir me encontré con Cristian y su sonrisa. <<Lo que daría por morder esos carnosos labios>>. Pero no, eso no pasará, no aún. Me miró de arriba abajo y sus ojos se llenaron de deseo.

— ¿No habíamos quedado en el restaurante? —Pregunté nerviosa.

—Sí, pero decidí sorprenderte viniendo a por ti. No sería un caballero y me gusta hacer las cosas bien. —Sonreí como una auténtica estúpida, habiendo caído en su trampa de “esta noche te voy a meter hasta lo que no tengo” y asentí entrando en su coche.

La cena estaba siendo demasiado amena, cosa que me sorprendía, ya que Cristian estaba demasiado caballero para como es él en realidad y eso me puso alerta, porque si era un juego para conseguir meterse entre mis piernas, lo llevaba claro.

Después de cenar, fuimos a dar un paseo a un parque cercano. No llevábamos paraguas ni nada y sabíamos que llovería en cualquier momento, pero realmente no era algo que nos preocupara. En el parque Cristian fue muy atento conmigo y a cada cosa que hacía, más me sorprendía, era todo muy extraño y sabía que la noche haría que sintiéramos y pensáramos lo que no era. Nuestra relación no podría ser y menos siendo como es él.

— ¿Tienes frío? —Me preguntó al verme cómo sobaba mis brazos y asentí.

Se quitó su cazadora de cuero y me puso en los hombros, provocando que mi cuerpo se estremeciera con solo sentir su olor encima de mí. No quería imaginar lo que sería sentirle piel con piel. <<Deja de pensar así, Luisita>>. Me regañé mentalmente, aunque no sabía por qué. ¿Acaso era malo desear a un hombre como él? <<Es malo desear a un hombre del que te has enamorado perdidamente y del que sabes no vas a conseguir más que un buen polvo>>. Di que sí, conciencia, tú poniendo las cosas claras. Suspiré como si me acabase de enterar de mis sentimientos y exclamé algo que Cristian escuchó claramente.

—No te preocupes. Esta noche no te insistiré sobre lo de acostarnos. —Me dejó helada y... ¿Decepcionada? Desde luego que no sabía lo que quería.

—Lo siento. Soy una bocazas, pero es que todas las veces que nos hemos visto, siempre han sido igual y hoy... Hoy es diferente, eres diferente. ¿Por qué?

Y me quedé sin respuesta a esa pregunta porque comenzó a diluviar y tuvimos que volver a casa.

Flash Back

Capítulo 8



La botella cada vez estaba más vacía y yo más borracha. ¿Desde cuándo bebía tanto? <<Pues desde que Cristian quiere algo y se va antes de contarte su oscura vida, so' tonta>>. Puta conciencia que no me dejaba en paz. Tengo que saber qué era eso que hacía que no pudiera tener una relación estable con cualquier mujer, aunque también cabía la posibilidad de que me estuviera mintiendo para deshacerse de mí y no tener que dar más explicaciones. Eso, como no conseguía su cometido, me daba la patada como si fuera una desesperada, aunque aquí el desesperado de la relación era él. << ¿Estás segura? No me hagas reír que se me arruga la cara>>. Debo estar muy borracha para hablarme a mí misma como si estuviera con alguien más. Eso, o que me volví loca. <<Sí, pero una loca sexual>>.

— ¡Cállate! —Grito al tiempo en que Belén entra en casa. Bueno, realmente no sabía si era Belén o un unicornio que venía a sacarme de esta amargura.

—¿A quién mandas a callar, Luisa? —Pregunta el unicornio de mi amiga.

— ¡Hola, unibelén! —exclamo moviendo las manos lentamente, como si me pesaran.

—¿Has bebido?

—Shi... ¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema? Pero deja de moverte.

—Dios —susurra mi uniamiga—. Anda, vamos, que te llevo a la cama. —Se acerca a mí para ayudarme a levantarme del suelo.

No sé cómo he llegado a sentarme aquí, es probable que me haya caído.

— ¡No! ¿Estás loca? Ahí seguro que me espera Cristian —respondo arrastrando las palabras. Ya me está costando hablar y mis ojos se comienzan a cerrar.

—Está bien, pues quédate aquí. Te traeré una colcha.

Ya no escucho nada más y mis ojos se cierran del todo, llevándome a un sueño profundo donde mi rubio de ojos azules y perverso favorito es el protagonista.

Siento calor, mucho calor y no sé si es porque estoy tapada hasta la cabeza o porque tengo sus manos por todo mi cuerpo. Cristian estaba encima de mí, besando mi cuello y acariciándome por encima de la tela del pijama que ya me estorbaba. Deseaba sentirlo de una vez y por todas. Sus labios chocaron con los míos en un beso apasionado, un beso que me llevaría a la máxima locura. Abrí mi boca para dejarle acceso a su lengua y el beso fue subiendo hasta el punto de sentir como mi sexo se contraía deseoso de su contacto. Cristian bajó su mano y la llevó hasta el elástico de mi pantalón, metió la mano y esta fue directa a mi clítoris. Oh, sí...

— ¡Luisa! —Escucho los gritos de mi amiga y abro los ojos, asustada.

—¿Qué pasa, por qué gritas? —Hablo tapándome los oídos.

Tengo una resaca de mil cojones y no es para menos si me bebí la botella de ron entera yo solita, como si me la fueran a quitar. Pongo mis manos en mi cabeza, pues parece que me están dando con un martillo.

— Te duele la cabeza, ¿no? Pues te lo mereces ¿En qué pensabas para beberte todo eso tú sola? ¿Acaso tienes algún problema y no me lo has contado?

—Deja de preguntar y dame una pastilla, por favor. Te prometo que después hablamos, ahora déjame dormir un rato más —suplico escondiéndome bajo la colcha que no sabía quién me la había echado encima. Pero mi amiga parece sorda porque me destapa en seguida.

—De eso nada. Levántate, dúchate y vete a trabajar. Te recuerdo que estamos a martes, bonita. —Su aclaración hace que me levante como un resorte y poniéndome las manos en la cabeza, aunque esta vez no es por el dolor, grito como una posesa:

— ¡Joder, joder! ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Pero... ¿Qué? Hostias. —Belén se pregunta y responde a la misma vez.

Comienzo a dar vueltas intentando centrarme, porque el alcohol aun corre por mi organismo. Entonces mi amiga Belén, al darse cuenta de mi estado, se pone ante mí y me para agarrando mis brazos.

—Espera, espera. Que me había olvidado...

—¿De qué? —Pregunto cortándola.

—Tranquilízate. ¿Quieres? Lara me llamó esta mañana para decirme que, como otra vez la dejaste tirada, dejó al niño con Cristian. —Mis ojos se abren sorprendida, pero entiendo la postura de mi amiga— ¡Tendrás que ir a por el niño allí! —exclama Belén haciendo ojitos.

¿De qué va todo eso? Si me llego a enterar que mis amigas están intentando que Cristian y yo nos veamos, las cogeré a las dos de los pelos y las dejaré calvas. Asiento y voy a mi habitación para coger la ropa que me pondré y después me ducho. Cuando termino de arreglarme y voy al salón, mi amiga ya se ha ido, así que cojo mi bolso y salgo de mi apartamento, me dirijo a mi coche.

Me siento nerviosa, muchísimo y claro, cómo no voy a estarlo si después de que saliera corriendo del almacén de mi bar, por no querer contarme su vida, no habíamos vuelto hablar, aunque solo hacían horas de aquello, pero en otro momento Cristian me habría mandado un mensaje y tampoco pasó y ahora voy yo y me planto en su casa, así, sin más.

Ni siquiera tengo ánimos de poner música en el coche, total, ya estoy llegando al edificio de mi rubio. << ¿Luisa cuando vas a empezar a entender que no es tuyo? >> Pero quería que sí lo fuera. Dios, estoy hecha, un maldito lío y todo porque él no tiene claro lo que siente por mí, o, puede que sí lo tenga, pero se niega a aceptarlo.

Ya he llegado al edificio de Cristian, pero no me atrevo a bajarme del coche. Sopeso unos minutos si irme y llamar a Lara para decirle que estoy enferma.

—Vamos, Luisa. Tú puedes con esto y mucho más.

Con ese pensamiento, me bajo del coche y camino arrastrando los pies hasta el interior del edificio del gilipollas. Subo hasta su piso y cuando llego, me quedo otra vez unos minutos pensando en si tocar el timbre o huir como una auténtica cobarde. Pero otra vez me armo de valor y toco el timbre, despacio. Unos pasos se escuchan acercarse y abre la puerta. Cristian me mira extrañado, como si no supiera que vendría a por el niño. Nuestras miradas quedan conectadas mucho tiempo, más de lo debido y más de lo permitido. Entonces carraspea y así ambos sonreímos. Yo, por mi parte, me siento avergonzada y siento mis mejillas arder.

—¿Qué haces aquí, Luisa? —Pregunta cuando ya estoy dentro.

Miro a mi alrededor y parece que ha pasado un tornado, todo está revuelto. Platos sin fregar, ropa sin planchar y miles de cosas que puedo decir.

—Siento mucho cómo está todo —se disculpa—. La señora que venía a limpiar se puso enferma y no he podido buscar a otra que ocupe su lugar.

—No te preocupes —respondo mostrándole una sonrisa sincera—. Vine a por Ángel... Me quedé dormida y por eso Lara te lo trajo. ¿Dónde está? — Pregunto extrañada al no ver la cuna de mi sobrino.

—Él no está aquí —responde—. Rubén vino hace una media hora. Al parecer Lara dejó hoy el trabajo para estar con él. Además, el embarazo la tiene muy...

—¿Neurótica? ¿Esquizofrénica? —Termino la frase por él y ambos soltamos una carcajada—. No me dijo nada. Y ahora que he cambiado el turno de las mañanas para cuidarle... ¿Qué haré ahora?

Cristian se queda mirándome fijamente y podría decir que, a la vez que lo hace, piensa algo. Es muy expresivo, o puede que yo lo conozca ya

demasiado. Entonces me insta a que me siente en el sofá y él se sienta a mi lado, cosa que me pone muy nerviosa. Su cercanía hace estragos en mí, su fragancia, ese olor a hombre que desprende, hace que mi cuerpo vibre con solo tenerle cerca, tan cerca, tanto que nuestras rodillas se rozan. Suspiro pesados, muevo mis manos como si temblaran, aunque así es. Estoy temblando como si tuviese frío, y no, no tengo tal cosa, al contrario, él me acalora y mis mejillas me delatan.

—¿Estás nerviosa? —Pregunta en un hilo de voz, como si él estuviera igual que yo.

Parecemos críos, unos pequeños que recién se enamoran de su primer amor. Yo no puedo decir que él es mi primer amor, porque mentiría, pero sí era una persona demasiado importante para mí y hasta puedo decir que lo amo mucho más de lo que amé a ese que entró en mi corazón cuando yo tenía quince años.

—Un poco. ¿Y tú? —Se encoge de hombros desilusionándose, pero después asiente y mi corazón late frenético.

No decimos nada más, no hacen falta las palabras, nuestras miradas son las que se comunican... Mi corazón no deja de latir desbocado y podría jurar que a él le pasa exactamente lo mismo. Entonces, y sin esperármelo, Cristian se acerca a mí y cogiendo mis mejillas, besa mis labios con una dulzura aplastante. ¿Cómo con un simple beso podía llevarme al mismo cielo? ¿Cómo voy a poder parar después de esto? Lo necesito, necesito sus manos recorriendo mi piel, sus labios besando cada rincón de mi cuerpo.

Mi mente está nublada, solo tenía cabida para él, solo él y yo y este preciso momento. Cristian podría ser muy dulce cuando quería, pero yo también había visto su lado más duro y algo oscuro. Pero aquí estoy yo de nuevo, fallando a mi propia promesa de olvidarme de él, fallándome a mí misma. Lo amo, lo quiero y deseo ser suya para siempre, pero... ¿Hasta qué punto él

siente lo mismo que yo?

Cuando nos separamos, sus ojos me miran con un brillo especial, uno que no había visto antes en él. Quiere hablar, pero niego intentando mantenerme serena, aunque me está costando horrores conseguirlo. Me levanto con la intención de huir de nuevo, porque sí, soy una cobarde, una que no desea sufrir de nuevo por amor. Camino hasta la puerta y antes de abrirla, me para.

—No te vayas —susurra—, por favor. —Mis ojos están cristalizados y no quiero llorar de nuevo ante él—. Luisa, quédate conmigo.

—¿Para qué? No, Cristian. Esto no acabará bien y solo yo sufriré. —Se acerca a mí, sin dejar de mirarme, con esos ojos azules que tanto amo y que tan loca me vuelven—. No me mires así, por favor. No me pongas las cosas más difíciles.

— ¿Cómo no desearte como un loco? ¿Cómo dejar de mirarte si eres hermosa? No me pidas que deje de hacerlo porque no puedo... Es imposible. No sabes los besos que necesito darte.

Y con esa respuesta, vuelve a besarme, apretándome a su cuerpo sin dejar ni un milímetro de distancia entre los dos, convirtiéndonos en un solo cuerpo y me encantaría que también fuéramos un solo corazón. Sus labios me enloquecen.

Tanto que había soñado con tenerle así, besándome con locura, porque la dulzura en este momento está escondida. Ahora somos dos personas que se desean y que necesitan el uno del otro. Quiero esconder mis sentimientos en lo más profundo de mi alma, meterlos en una cajita de cristal irrompible, una que nunca pueda abrirse. Solo así podré entregarme a él, entregar mi cuerpo al suyo, sin necesidad de sufrir, solo por el disfrute del sexo.



Cristian

No puedo dejar de besarla, no puedo dejar que se escape de nuevo de entre mis brazos. Tenerla así, conmigo, pegada a mi cuerpo, como siempre he querido desde que la conozco. Solo hay algo que aún no puedo descifrar cuando estoy a su lado. ¿Estoy enamorado de ella? Sé que siento algo y que por ello no logro dejarla marchar, dejarla hacer su vida, pero es que cada vez que pienso en que puede estar en los brazos de otro, bajo las caricias de otra persona que no sea yo, me muero y eso solo puede significar que... Ni idea de lo que significa. Solo quiero estar con ella y nada más.

¿Cómo haré para soltarla? Me tiene completamente hechizado y necesito sentir su piel, sentir el calor que desprende su cuerpo al sentir mis caricias. Entonces me separo de ella unos segundos y la miro, contemplando cada rincón de este perfecto cuerpo. Viene con unos vaqueros pegados, haciendo que sus piernas se vieran más largas y una blusa cerrada con una cremallera en la espalda. Mi mirada sube de nuevo a sus ojos, temeroso de que vuelva a huir de mí y no quiero asustarla.

—¿Puedo? —Pregunto señalando la blusa.

Quiero desnudarla despacio, acariciarla, sentirla. ¿Amarla? Sí, amarla. Quiero que todo sea especial. Yo no soy un tipo romántico. Lo fui, hace mucho tiempo, pero poco a poco y con el paso del tiempo, me volví frío y distante, solo buscando a mujeres para pasar un buen rato y nada más. Y ahora está ella. ¿Qué quiero con ella? Luisa ha llegado a mi vida llenándola de completa locura, porque ella está chiflada y creo que eso es lo que más me gusta de ella.

Seguimos mirándonos y aún estoy esperando su respuesta, la siento nerviosa

y el miedo entra al no saber descifrar su mirada. Y como si me estuviera escuchando, asintió despacio, tanto que casi no me doy cuenta. Esbozo una sonrisa y mis manos van a su espalda, bajo la cremallera despacio y todo sin dejar de contemplarla, hasta que, al fin, se la quito por completo, dejándola con el sostén de algodón negro.

¿Cómo esta mujer podía pedirme que no la mirase? ¿Cómo esta mujer podía pedirme que la dejase en paz? ¿Cómo soy tan tonto de no hacerla mía de una vez por todas? Es hermosa, simplemente perfecta. Mis manos temblorosas, sí, así estoy. Raro, ¿no? Pues estoy muy nervioso, pero es justificado, si tengo a tremenda mujer frente a mí, a punto de desnudarse por completo, a punto de disfrutarla como deseo. Acercó mis labios a su hombro, consiguiendo erizar su piel. Parece de porcelana, tan inmaculada, tan suave, tan diferente a las mujeres con las que he estado.

—Eres tan hermosa —susurro mientras beso su cuello.

Mis manos bailan en su espalda, buscando el broche del sujetador, hasta que lo encuentro. La dejo desnuda de cintura para arriba, mientras que ella me hace levantar los brazos para quitarme la camiseta que llevo puesta. Ambos nos miramos a los ojos, aunque poco dura cuando sus pechos me llaman, los cojo con mis manos, acariciándolos, tocando con mis dedos sus pezones endurecidos, bajo mi boca y me meto uno de ellos, lo chupo y lamo, arrancándole a Luisa unos gemidos que me trastornan. Jamás había escuchado una melodía tan perfecta.

Estoy perdido, muy perdido, es como si una burbuja se hubiera creado a nuestro alrededor y no hubiera nada más. Luisa tiene los ojos cerrados mientras que yo sigo degustando sus pechos. Me estoy volviendo loco y no quiero, no debe ser así con ella, no merece que solo la utilice y le haré saber que ella no es un juego para mí, sino algo más, mucho más.

—Cristian —susurra y subo a su altura, dejando sus pezones enrojecidos.

—Dime, loquita —respondo y beso sus labios con puro deseo.

Desde que los probé por primera vez, no ha habido un día en que los haya olvidado y mucho menos, en que no quisiera probarlos de nuevo. Me encanta toda ella. Su locura. Su sonrisa, esa que me encanta porque se le ríen hasta los ojos. Pensar en ella de ese modo, me hace darme cuenta de que sí, que siempre estuve enamorado de ella, pero el miedo me hace ser un cobarde. Sus labios... Es lo que más me gusta de ella. Incluso podría decir que me gustan hasta en los momentos que más bruta se pone. Tiene como un maldito imán que hace que me pegue a ella como una maldita lapa y es por eso por lo que siempre he querido robarle un beso, o meterme entre sus piernas como ella tantas veces me ha repetido. Y ahora que la tengo bajo mi cuerpo, lo haré despacio. Solo así podré disfrutarla como tanto anhelo,

Al separar mis labios de los de ella, una gran sonrisa se dibuja su cara, provocando un vuelco en mi corazón, algo que nunca había sentido. ¿Será qué? No... No sé. Puede ser que esté descubriendo mis sentimientos hacia ella por el hecho de verla sonreír gracias a mí. Saber que yo he conseguido eso y no hacerla irritar, me llena el pecho, tanto que me cuesta respirar.

—Desnúdame de una vez y hazme tuya —me pide sorprendiéndome.

—¿Es una orden? —Pregunto mientras bajo mi mano derecha hasta su cintura y me pego más a ella, frotando mi excitación sobre sus pantalones, haciendo presión, creando una unión superficial que casi nos lleva a la locura. Luisa se arquea, buscando más y no la haré esperar. Comienzo a desabrochar su pantalón y lo bajo, quitándoselo por completo, me pongo de rodillas y voy dejando un reguero de besos desde sus pantorrillas, subiendo hasta el interior de sus muslos, donde me quedo por un tiempo limitado. Quiero volverla loca, que sepa lo que provoca en mí su locura, su cuerpo, su frescura. Toda ella hace que pierda la cordura. La escucho gemir, suspirar e incluso maldecir, cosa que me hace mucha gracia.

Ya está empapada y me muero de ganas de beberme toda su esencia, todo de ella, así que le quito la ropa interior casi de un tirón y cuando la tengo completamente expuesta ante mí, acerco mi boca a su sexo, donde degusto lo que tanto quiero.

— ¡Dios! —Chilla y sigo con la tortura.

Lamo mientras que meto dos dedos en su interior, comprobando qué tan mojada está y, joder... No aguanto más y saco mi cabeza de entre sus piernas, voy al cajón de la entrada y me quito los pantalones junto con el bóxer. Entonces, bajo su atenta mirada, me coloco entre sus piernas y sin decirle nada, entro en ella de una sola estocada. Luisa se arquea y yo acerco mis labios a los suyos para besarla con pasión.

No puedo explicar lo que siento el estar en su interior, haciéndole el amor como siempre he soñado. Luisa siempre piensa que yo solo la quiero para acostarme con ella y en realidad así era. Pero ahora que la tengo bajo de mí, piel con piel, llenándola por completo, no se imagina lo que ella me llena a mí. Podría jurar que mi corazón comienza a sentir algo muy fuerte por esta mujer que tan loco me había vuelto en estos años. Por eso y por todo lo que me hace sentir, le hago el amor, despacio, disfrutándola y haciéndola disfrutar.

Dejo de besar sus labios y beso su cuello, bajando hasta sus pechos y los beso, chupo y soplo para endurecerlos aún más.

—Cristian... Sigue, por favor —pide entre gemidos—. Más duro.

—Este cuerpo es para disfrutarlo... Y eso hago —respondo y me mira asombrada, con un brillo especial en sus ojos—. Solo te haré el amor, Luisa.

—Asiente y besa mis labios con dulzura.

Me muevo lento, con... ¿Amor? Sí, con amor. Luisa levanta sus piernas y las pone en mi cintura, me levanto sin salir de su interior y la llevo a mi cama, donde le haré el amor durante todo el día. No la dejaré irse así como así, no la

dejaré escapar. Esta vez no. Estando en la cama, comienzo con las embestidas más fuertes, más rápidas, con más pasión. Es nuestra primera vez y quiero que sea especial, que se sienta especial. Siento cómo su interior se aprieta, envolviendo mi sexo, diciéndome que está al límite, donde estoy yo también.

—Agárrate fuerte, loquita.

—Sí —gimotea.

Vuelvo a levantarme y la pego a la pared, donde la penetro más duro, enterrándome aún más en su interior, provocando que un fuerte orgasmo colapse nuestros sentidos y caigamos al suelo sin aliento. Luisa reposa su cabeza en mi pecho. Por su frente cae sudor y no es para menos, estamos agotados. Minutos después, cuando ya por fin recuperamos las fuerzas, la miro y beso sus labios para hacerle ver que no cambia nada entre nosotros el hecho de haber conseguido, al fin, meterla en mi cama. Salgo de ella y llevándola en brazos, la deposito en mi cama, donde rápidamente se queda dormida.

Yo la miro embobado. ¿Podía ser más hermosa? Verla en mi cama, con su cabello reposando en mi almohada, sus ojos cerrados, sus labios hinchados por mis besos y su piel fresca e inmaculada...

Decido que una ducha me vendrá bien, así que me encamino al baño y me meto bajo el chorro de agua caliente. Estoy nervioso y ansioso porque se despierte y hablemos de esto que ha pasado. No es que quiera una relación con ella. Bueno, en realidad no sé lo que quiero en este momento. Lo único que sé es que no la voy a dejar escapar de mi vida, la quiero cerca en todo momento.

—Te enamoraste de ella, capullo, aunque eso es algo que ya sabías de antes... Yo solo quería alejarla de mí y resulta que soy yo quien no puedo separarme de ella —me digo a mí mismo.

Acabo de ducharme y salgo del baño directo al armario, cojo unos pantalones

de deporte y una camiseta de tirantes. Hoy no tengo que trabajar, así que no hay prisa. Vuelvo a mirar a Luisa y una estúpida sonrisa se dibuja en mi cara. Niego mientras salgo de mi habitación y me dirijo a la cocina para preparar algo para almorzar, con todo lo que ha pasado, ya son las dos de la tarde. Saco de la nevera todo lo necesario para hacer unos macarrones a la carbonara y me pongo a ello. Me siento bien, a gusto sabiéndola en mi cama, es una sensación extraña, como si el tiempo no hubiera pasado. Me gusta y eso me da miedo. No quiero que pase lo mismo que ocurrió hace años con... No puedo pronunciar su nombre, pues duele demasiado, aun la herida está abierta.

Cuando termino de cocinar, tapo la sartén y voy en busca de mi loquita durmiente. Estoy a punto de ir a la habitación, cuando suena el timbre. Extrañado, me acerco a la puerta y la abro. Los ojos se me abren desorbitados e intento por todos los medios cerrar la puerta, pero eran tres y yo solo uno.

El tipo que tengo ante mí me mira con odio y los recuerdos del pasado se meten en mi mente, apareciendo uno a uno. Todos los momentos, todos los errores cometidos, todo lo que tuve que hacer y todo lo que pasó después. Un frío helado corre desde mi espalda a la nuca y solo esperaba que Luisa no se despertara y apareciera aún. Pero no, eso no pasó, Luisa llegó al salón y Eduardo la mira de arriba abajo, sabiendo que con ella me atacaría.

Me pongo delante de Luisa que está bastante nerviosa y poso su mano en mi cintura, apretándome con fuerza. Eso es lo que el Sr. Manzano provocaba. Nervios, miedo e incertidumbre. Solo espero que la visita no se complique, al menos antes de que Luisa por fin se vaya y nos deje solos.



Luisa

Siento la tensión en su cuerpo. ¿Quién es este tipo y por qué me mira así? No salgo de mi escondite tras el cuerpo de Cristian, me cobijé con miedo, como si algo me dijera que no podía confiar en este hombre que amenazaba con solo una mirada.

— Vaya, vaya. Pero mira qué tenemos aquí. Nuestro Cristian se echó novia —soltó de pronto con voz áspera.

—No es mi novia y ya se iba. ¿Verdad? —Pregunta dándose la vuelta, con una mirada suplicante y llena de preocupación—. Te prometo que después hablamos. ¿Vale? —Susurra bajito para que solo yo pueda escucharle.

Asiento y me escabullo rápidamente hasta la habitación para poder vestirme. A la mierda el maravilloso día. Todo jodido por culpa del desconocido que amenaza con ser un puto grano en nuestras vidas. No sé por qué, pero algo me dice que ese hombre tiene mucho que ver con el pasado de mi rubio.

Suspiro sentándome en la cama, intranquila. Siempre que él y yo estamos bien, o medianamente bien, pasa algo y se jode todo. ¿Será que el destino no quiere que estemos juntos? Hacerme esa pregunta solo me llena la mente de recuerdos, recuerdos de hace unas horas, donde Cristian me ha amado por primera vez y no quiero que eso acabe. Sentir sus manos en mi piel ha sido lo que yo más he deseado desde que se cruzó en mi camino. Morder esos carnosos labios es lo que yo más quería. Tenerle dentro de mí, haciéndome sentir mil sensaciones a la vez, como si nada ni nadie pudiera empañar ese momento.

Termino de vestirme y parece que ese hombre y sus gorilas se han ido, pero al salir, los veo y él, ese tipo con cara de hijo de puta, no me quita la vista de

encima. Cristian se pone delante de mí al ver cómo me miran los tres. Coge mi mano y sale conmigo al rellano del edificio, caminamos hasta el ascensor y le da al botón. Parece que quisiera deshacerse de mí y eso en parte me duele.

—Lo siento mucho —se disculpa obligándome a entrar en el ascensor—. Luisa. —Lo miro con miedo, pues esto parece una despedida—. Prométeme que no volverás aquí, que no me buscarás.

—Pero...

— ¡Prométemelo! —Grita y mis ojos se aguan.

Cristian entra conmigo en el ascensor y las puertas se cierran, quedándose conmigo a sola, como tanto deseo, importándole muy poco que esos hombres estuvieran esperándolo en su casa. Pasa sus dedos por mis mejillas, secando las lágrimas que no sabía que tenía y agacho la mirada, dolida.

—Lo siento, lo siento. De verdad... Perdóname. —Mira al suelo abatido.

Con mis manos, levanto su cabeza y sin dejarle pensar, beso sus labios con deseo. Él me pega a la pared y ahí toca todo mi cuerpo, llenándome de caricias, haciendo suyo cada parte de mi piel, cada parte de mí. ¿Cuándo me enamoré de él?

Sin saberlo, sin darme cuenta, entró en mi corazón, en mi ser, quedándose con todo a su paso. Yo ya no soy mi propia dueña, no soy la que decide qué hacer. Ahora soy suya, soy de él y solo espero que después de esto, de todo lo que hemos pasado y de lo que sé que está a punto de pasar, no cambien las cosas entre nosotros. Al separarnos, las puertas del ascensor se abren y él, sin decirme nada, sale y me deja sola. No me queda más que darle al cero y bajar.

No entiendo mucho qué pasa y algo me dice que las cosas se están complicando, que ese hombre vino para amargar su vida.

Estoy nerviosa a la espera de noticias de Cristian. No sé por qué, pero algo me dice que él no está bien. ¿Quiénes eran esos tipos? Tengo que preguntarle a alguien, tengo que saber qué pasa y qué quieren de él. Entonces pienso en Lara, así que cojo mi bolso y salgo de mi casa. Me da igual que sean las nueve de la noche y llegar a su casa así, como una loca, pero la preocupación inunda mi cuerpo y no puedo ni comer.

Media hora después, estoy pegando en el timbre de la casa de Lara y Rubén me abre la puerta, extrañado por verme ahí, delante de él.

—Hola, Luisa. ¿Pasó algo? —Me pregunta y asiento.

—Necesito tu ayuda, es sobre Cristian.

—¿Qué pasó con él? —Dice tensando su cuerpo.

Entramos y nos dirigimos al salón, donde Lara descansaba tumbada en el sofá. Al verme, se levanta rápidamente y se acerca a mí y me lleva hasta el sofá. No me siento bien y se me nota en la cara.

—¿Qué pasa, Luisa? Nunca vienes a esta hora —dice Lara cogiendo mis manos.

Yo miro a Rubén, ya que es a él a quien necesito. Es su amigo desde hace años y seguro que conoce a ese hombre.

—Estaba en casa de Cristian cuando llegó un hombre con dos tipos más —comienzo a decir mirando a Rubén—. La impresión que me dio es que no eran amigos y ese tipo lo miraba con cara de querer matarlo.

—¿Cómo era ese hombre? —Pregunta preocupado.

—Era alto, canoso y ojos negros, ¿Qué pasa, Rubén? No me preocupes, por dios.

—Tranquila, Luisa. Ya verás que no pasa nada —Me tranquiliza Lara—. Cristian sabe cuidarse. ¿Verdad, cielo? —Dice mirando a su marido.

Pero Rubén no dice nada y eso no ayuda en nada. Nos preocupa mucho más de lo que debe y se acerca a la mesa, donde tiene su móvil y marca un

número, que claramente es el de Cristian. Marca varias veces y bufá al no recibir respuesta.

—Voy a buscarle —habla tensándome, pues parecía ser más grave de lo que yo pensaba.

—Rubén, dime qué pasa, por favor —suplico levantándome del sofá y me acerco a él.

—Luisa, el hombre que fue a casa de Cristian es el Sr. Manzano. Es un mafioso que conoció en una de las intervenciones que hacía cuando era de la policía secreta —explica dejándome con la boca abierta—. Cristian tenía que conseguir pruebas para meterlo en la cárcel, pero las cosas se salieron de las manos y acabó matando al hijo de este.

A cada cosa que me decía, más intranquila me dejaba. Porque si Cristian mató a su hijo, ahora podía matarle a él. No, eso no podía ser cierto, no podían hacerle eso. Comienzo a dar vueltas de un lado a otro, nerviosa, más bien aterrada y quiero saber más, mucho más. No puede dejarme así e iría con él a buscarle o me moriría de miedo.

—Voy contigo y no acepto un no por respuesta —sentencio de manera tajante.

—No, Luisa. Hay algo que aún no sabes y si vienes, puede salir algo mal y Cristian no me perdonará jamás si algo llega a pasarte. Él te... —Se calla de pronto.

—¿Él me que, Rubén? Dímelo o me moriré. Te lo suplico.

—Él está enamorado de ti, Luisa y no soportará perderte a ti también. Por eso no quería tener una relación seria con nadie —me explica nervioso, como si lo que me fuera a decir me hiciera apartarme de él.

—No puede ser. Él me dejó muy claro que solo quería sexo. ¿Cómo es posible que esté enamorado de mí y no me lo haya dicho? Además... ¿A qué te refieres con perderme a mí también? ¿Acaso ya perdió a alguien? —

Asiente.

—Luisa, ese hombre, cuando se enteró de que Cristian era un policía y el causante de la muerte de su hijo, fue a su casa y mató a su novia. —Se me hiela el corazón al escuchar semejante locura y mis ojos se cristalizan al pensar en que algo así podría pasarnos—. ¿Ahora entiendes por qué no te quería cerca? El simple hecho de poder perderte, lo mataba, pero veo que no ha podido hacerlo. ¿No? —Niego secándome las lágrimas que ya ruedan por mis ojos.

Me estoy muriendo por dentro al saber su historia, y más saber que ese tipo podría haberle hecho algo cuando me marché de allí. No podíamos esperar ni un segundo más y yo iría con él, quisiera o no. Me da igual que ese hijo de puta me quisiera matar solo porque ame a Cristian. Ahora que sabía que siempre estuvo enamorado de mí, no me alejaría, aunque me lo pidiera de rodillas.

—No puedo soportar saber que por eso siempre me echó de su lado y no pienso dejarle solo en este momento, así que iré contigo, aunque me ruegues que no lo haga. Yo también lo quiero, incluso más que hace unos minutos y si algo llegase a pasarle, seré yo quien muera por él. —Rubén asiente comprendiendo y después de despedirnos de Lara, los dos salimos de la casa. El camino está siendo de lo más largo y no aguanto más la preocupación, cómo el miedo atenaza mi cuerpo. Me muero de ganas de verlo, de saber que está bien y comérmelo a besos, sabiendo que por fin lo tengo conmigo y a salvo.

Rubén se mantiene callado en todo momento, pues tampoco creo que lo esté pasando mejor que yo. Lo único que le escuché hablar fue cuando llamó a la policía diciendo que mandaran refuerzos a casa de Cristian y también en otra dirección diferente que parecía ser el escondite de ese cabrón. El saber que ese hombre podría tener a mi rubio en sus manos, que podía estar

maltratándolo, me mataba por dentro y mi corazón latía tan fuerte que pronto se me saldría del pecho.

Minutos después llegamos a su apartamento y ya la policía estaba allí. No nos dejaron pasar y todo apuntaba a que ese tipo aún estaba en su casa y con él. Mi cuerpo tiembla y no soporto el dolor de mi pecho, no soporto saberlo herido y en peligro.

— ¡Tenéis que dejarme pasar, joder! Es Cristian. ¡Es mi hermano! —Grita Rubén desesperado discutiendo con otro policía.

Yo me estoy muriendo dando vueltas de un lado al otro. La cabeza no para de darme vueltas y todo hace que me preocupe aún más. Quiero entrar ahí, quiero comprobar por mí misma si está bien, pero ¿cómo lo hago? Miro a mi alrededor y todos están ocupados pensando en la manera en que podían sacar a Cristian sano y salvo y poder meter en la cárcel a ese cabrón que intenta matarle.

Rubén sigue peleando con ese policía gilipollas que no le deja actuar y aunque en el portal hay dos policías, me las ingeniaría para poder entrar sin ser vista. Si alguien supiera lo que pensaba hacer, me tacharían de loca, pero me da exactamente igual, si se trata de salvarle a él, me importan una mierda lo demás. El amor que siento por él me hace ver las cosas de diferente manera, como hacía tiempo no veía y tenía que hacer lo que estuviera en mi mano para ayudarle, aunque me cueste mi propia vida.

Camino decidida hacia el portal, pegada a la pared y mirando fijamente a los policías que no se movían de ahí. Me estaba acercando y podrían verme en cualquier momento, entonces, cuando pensé que se iban a dar la vuelta, suena un disparo y mi corazón se para en ese mismo instante. Todo comienza a verse en cámara lenta, como si estuvieran pasado una película antigua de atrás para adelante. Es frustrante no saber nada. Quiero caminar, moverme al fin y correr en su busca, pero mis pies se anclan al suelo y mis lágrimas no

paran de salir y ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando.

— ¡JODER! ¡¿Por qué cojones no actuáis de una puta vez?! —Grita Rubén.

Un policía se acerca a él y le dice algo al oído, algo que no puedo saber qué es. El semblante de Rubén es de pánico y eso hace que yo me ponga peor, porque solo puede significar una cosa, algo grave está pasando.

De pronto, tres policías encapuchados salen con los dos tipos que acompañaban al desgraciado del Sr. Manzano, arrestados y lo meten en una patrulla. La ambulancia no tarda en llegar y mi pánico se incrementa. En mi vida he pasado tanto miedo y no sé cuánto puedo soportar. Los mismos policías que salieron, vuelven a entrar, pero con los paramédicos. Alguien está herido y podría ser Cristian, solo espero que no sea así.

Cuando mi cuerpo por fin comienza a responder, me acerco a Rubén para que me diga algo y me hundo al ver cómo una camilla va apareciendo en mi campo visual con una persona tapada completamente. Me quedo estática, muerta en vida y no puedo siquiera moverme. Saco todo ese valor que mi padre me inculcó desde pequeña y corro hasta ellos para ver por mí misma si es él. Los paramédicos y policías no me dejan, pero los empujo y sin que nadie me impidiera nada más, abro esa bolsa negra que tanto miedo me da y cuando vi el cuerpo sin vida de ese hijo de puta, la calma llega a mi alma para luego hundirme en mis lágrimas una vez más.

—¿Luisa? —Mi cuerpo se paraliza cuando escucho su voz.

Me doy la vuelta y ahí está él, ese hombre que robó mi corazón sin proponérselo y corro hasta él, apresurada y con ganas de comérmelo a besos y meterlo en lo más profundo de mi alma para no dejar que se vaya jamás. Cristian está magullado y herido en el brazo. Esos hijos de puta lo habían torturado y casi lo matan.

—Estás bien, estás aquí... Casi me muero de la angustia —susurro apretándolo a mi cuerpo sin importarme hacerle daño.

—Claro que estoy bien, mi loquita hermosa. —Lo aprieto aún más—. Luisa, cielo, cariño. Me haces daño.

Escuchar de sus labios esos apelativos al dirigirse a mí, hace que me tiemblen hasta los tobillos.

—Lo siento... Es que lo he pasado tan mal en tan poco tiempo... Pensé que te perdía. —Sollozo abrazada a él.

—No me perderás nunca... Te quiero, Luisa —declara mirándome a los ojos.

—Yo también te quiero, Cristian.

Su boca busca la mía y nos fundimos en ese beso tan deseado por ambos. Por fin sé lo que siente por mí, por fin puedo gritar a pleno pulmón que lo amo, que me enamoré de él incluso antes de conocerle. Cristian y yo nacimos para estar juntos y no iba a desaprovechar ni un segundo de mi vida lejos de él.



Meses después

Por fin llegó la boda de Martin y Belén. Estamos tan emocionadas que no cabemos en nosotras mismas de felicidad. Estos tres meses que han pasado, han sido de ensueño y no puedo negar que jamás en mi vida había sido tan feliz como lo soy ahora y todo gracias a él, a ese hombre que se cruzó en mi camino para llenármelo de locura, pero una locura que ambos compartíamos. Cristian y yo por fin formalizamos nuestra relación y cómo no, nuestros amigos estaban felices. En un principio pensamos que se lo tomarían a mal, pero nos equivocamos. Lara y Belén, mis chicas, esas hermanas que la vida me regaló sin pedirme nada a cambio, estaban llenas de felicidad al saber que yo, al fin, encontré el amor y saber que esa persona que compartía su vida conmigo me amaba tanto como yo a él, dándome lo que yo más ansiaba, una estabilidad, más todavía.

Estamos en mi apartamento ayudando a Belén a arreglarse. Lara y yo somos las damas de honor y no sabemos quién está más nerviosa, si la novia o nosotras.

—Belén, quédate quieta de una puta vez —le digo maquillándola, bueno, más bien intentándolo, porque no se queda quieta ni amarrada.

—No puedo... Estoy que me subo por las paredes —responde y sonrío abiertamente.

—Me la suda ¡Lara, ayúdame! —Lara viene a ayudarme y entra en la habitación.

Está preciosa con esa barriguita que ya comienza a salir. Ya está arreglada con el vestido de gasa morado que la novia nos había obligado a ponernos y para qué negarlo, a Lara le sienta de maravilla.

— ¿Qué pasa, ya estáis peleando otra vez? —Niego.

—Es que la muy cazurra no se queda quieta y así no hay quien la maquille. ¿Puedes maquillarla tú mientras yo la agarro de los brazos? —Belén me suelta una colleja— ¡Oye! ¿Qué coño te pasa?

—Vas a agarrar a tu abuela, bonita.

—Belén, Belencita. No digas cosas de las que te puedas arrepentir después. Me acerco a ella y la agarro con fuerza. Comienza a forcejear conmigo, pero yo soy más fuerte, además que cuento con la gran ventaja de que tengo frente a ella a una mujer embarazada y que encima es su mejor amiga. Así que para de hacer la tonta y se deja hacer. ¡Por fin!

Una hora después, sí, una puñetera hora hemos tardado, salimos del apartamento y Cristian, mi Cristian, nos espera abajo con la limusina que nos llevará a la iglesia. Al salir, lo veo echado en la puerta del Hummer blanco, con ese esmoquin que le queda... Dios, estaba loca por llevármelo arriba y desnudarle, bueno, sin quitarle esa pajarita roja. Me acerco a él melosa y beso sus labios con dulzura.

—Estás preciosa, mi loquita —dice después de separarnos.

—Tú estás para comerte hasta el hilo de los calcetines...

—Pero qué bruta, eres cabrona. —Escuchamos la voz de Belén y ambos soltamos una gran carcajada.

Nos montamos en la limusina y nos encaminamos hasta la iglesia. Belén está hiperventilando y yo riéndome de verla así.

— ¡No te reirás tanto cuando seas tú la que esté en mi lugar! —exclama mirándome mal y yo más me río.

—Eso no llegará —respondo.

— ¿Y por qué no? —Pregunta Cristian haciendo que me trague mis palabras —. ¿Acaso no nos ves así en un futuro? —Belén y Lara nos miran con los ojos bien abiertos, pero no dicen ni una palabra, expectante a mi respuesta.

No sé qué responder, pues esa pregunta me ha pillado muy desprevenida. Claro que quiero verme así en un futuro, pero en uno muy lejano. ¿No? Joder que solo llevamos juntos tres meses y ya estábamos hablando de boda. No sé, es apresurado.

—No es eso, no me malinterpretes, cielo, pero eso es algo que pasará dentro de mucho. ¿No? —Niega y trago saliva.

—No quiero esperar más para despertar todos los días y tenerte conmigo... Luisa, he estado pensando mucho y quiero que te vengas a vivir conmigo. Quiero amanecer contigo y darte los besos que deseo todas las noches de mi vida, por favor. Cásate conmigo ya.

No sé qué decir, no sé qué pensar... Se volvió loco de remate y se suponía que estaba diciendo que me fuera a vivir con él. ¿En qué momento la boda se metió por medio?

Mi silencio le preocupa y su rostro lo delata, en cambio, mis chicas se lo están pasando de puta madre a mi costa. Mi mente comienza a recordar cada momento con él y cómo no, son los más felices de mi vida. Inconscientemente hace que mi corazón se acelere al entender que yo quiero lo mismo que él, que separarnos no es una opción y que amanecer con él es como un sueño para mí.

—Sí —murmuro mirándole a los ojos.

Cristian me mira y se queda bloqueado, sin saber qué hacer, sorprendido por mi respuesta. Me acerco a él, bajo la atenta mirada de mis amigas, siendo testigo de todo el amor que siento por él y todo lo que Cristian puede conseguir con solo una mirada suya.

—Sé que es pronto y te aseguro que estoy cagada de miedo, pero sí, me casaría contigo ahora mismo si con eso puedo despertar todas las mañanas de mi vida a tu lado —declaro y me pega a su cuerpo, sintiendo cómo el mío se eriza con solo tenerle cerca.

—¿Estás segura? —Asiento y acerca su mano al bolsillo de su pantalón, saca una cajita y la abre dejándome completamente noqueada—. Luisa, mi loquita preciosa... Llegaste a mi vida arrasando con la poca cordura que me quedaba, llenándola de una locura extrañamente atrayente y no pude separarme de ti nunca más. Te pido que te cases conmigo, ofreciéndote todo el amor que siento por ti y prometiéndote que tendrás todas las mañanas esos besos que siempre quiero darte, ¿Aceptas? —Asiento y lo abrazo con fuerza, llenado mi corazón de esa felicidad que no sabía que existía hasta que llegó él.

—Te adoro y quiero todo de ti —susurro en su oído.

—Te lo daré todos los días de mi vida... Te amo, hermosa.

Fin

Música de la historia:

Pablo Alborán – Quién

<https://youtu.be/lvfyf7R8NVg>

Carlos Rivera - Otras Vidas

<https://youtu.be/ViDW2Aj9aM>

Pablo Alborán – Recuérdame

<https://youtu.be/hGCUETIaPyI>

Pastora Soler – Por si volvieras

<https://youtu.be/JuE4ovv4yP8>

Laura Pausini – En cambio no

<https://youtu.be/0-3h5fGyT5o>

James Arthur - Say You Won't Let Go

<https://youtu.be/0yW7w8F2TVA>

Datos para contactarme:

Email: priscilasautora@gmail.com

Página de Facebook: Priscila S. Autora

Instagram: [Escritora_sin_alas](#)

Agradecimientos

Quiero dar las gracias por su apoyo y motivación a mis niñas Gara y Soledad; sin ellas, esta aventura no hubiera sido posible. A mi marido que ha sido mi gran apoyo para no dejarme vencer. A mis padres y hermanos que, aunque no sabían de esto, han sabido apoyarme. A mi tía Hermi... Siempre aguantando mis preguntas.

También agradecer a Fanny Ramírez por ser mi gran apoyo para este nuevo paso y por ser una de las mejores amigas que se puede tener. A mi Rocio... Ella sabe quién es y también sabe el cariño tan grande que le tengo. Como no podía ser de otra manera, tengo que agradecer a Elisabet Castro por la preciosa portada que ha creado para mí y también ser otra amiga que llevo en mi corazón.

Y no puedo olvidarme de mis lectores, ya que sin ellos esto no sería nada. Un fuerte abrazo a todos.